

ANTONIO CILLERO ULECIA

UNA CUENCA DESCONOCIDA EL NAJERILLA



PREHISTORIA - HISTORIA - MISTICA
ARTE Y LITERATURA DE UNA ZONA SEÑERA

UNA CUENCA DESCONOCIDA
EL NAJERILLA

R 37

1950

C-37.532

X

Una guerra
disconcordia
Et Niterida

Provincia
1600
1601
1602
1603
1604
1605
1606
1607
1608
1609
1610
1611
1612
1613
1614
1615
1616
1617
1618
1619
1620

908/165. 35 Cuenca del Najerilla

ANTONIO CILLERO ULECIA

R-37

Una cuenca desconocida: El Najerilla

PREHISTORIA

HISTORIA

MISTICA

ARTE Y LITERATURA

DE UNA CUENCA SEÑERA



EDITORIAL OCHOA

PRIMERA EDICION
FEBRERO 1975

R/12.907

ANTONIO GILERO ULECIA

Una cumbre
desconocida:
El Najerilla

PREMIOS

INSTITUTO

ARTÍSTICO

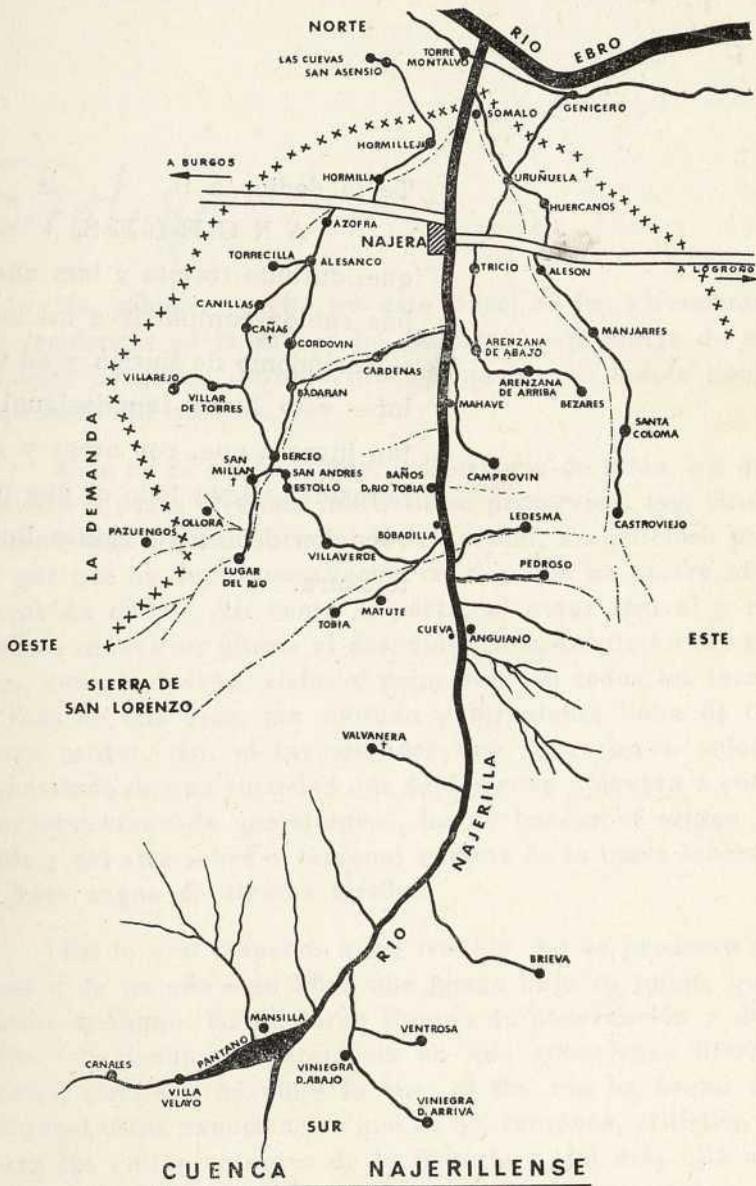
ARTE Y LITERATURA

DE UNA CIENCIA BARBARA

EDITORIAL OCHOA

Edita: Editorial Ochoa - Dres. Castroviejo, 19 - Logroño - ISBN 84-7359 - 029 - 5

Imprime: Gráficas Ochoa - Dres Castroviejo, 19 - Logroño - Dep. Legal LO - 49 - 1975



Te la dedico a ti,

A N G E L E S,

que, durante treinta y tres años,
has sabido compartir a mi lado
—llenándome de ilusión y de va-
lor— esta lucha tan desigual y
tan ingrata que, con amor y ge-
nerosidad, lleva todo el que por
vocación dedica su vida a la li-
teratura.

Prólogo

No hubiera escrito yo este libro, si las circunstancias de residencia en la zona y los hallazgos —producto de mi incesante búsqueda durante muchos años— no me lo hubieran solicitado día tras día.

Esto no es novedad que, a diferencia de tema, así ocurre cuando el poeta vive una maravillosa primavera, una situación climatológica, para él fuera de lo normal, un delicioso paisaje y, por qué no, hasta una acción trágica que no quiere ni debe dejar en olvido. Así como al poeta, al autor teatral y al novelista mueve su pluma el desequilibrado existir en las ciudades, con sus lacras, vicios y poluciones en todos los terrenos, a más de una vida, por agitada y turbulenta llena de temas para contar, así, el investigador que se retira a soledades —hastiado de una sociedad que se destruye y devora a colmillo ensangrentado de semejante—, ha de buscar el origen de la vida y del arte sobre el terreno; encima de la mesa laboratorio o bajo capas de tierras fértiles.

En lo que respecta a mi trabajo, no es producto de un mes o de un año este libro que pongo bajo tu juicio, querido lector anónimo. Es un largo tiempo de observación y dedicación —haciendo un paréntesis en mis vocaciones literarias: teatro, poesía y novela— lo que, al fin, me ha hecho volcar al papel estas experiencias que no sé, tampoco, si tienen valor para los cultos amantes de la historia y del más allá oscuro en que se debatió el género humano desde sus inicios.

Desde lo más ignoto del amuleto llegaremos hasta los siglos próximos al nuestro, donde, a partir de ellos, seguir la historia ya no es problema porque todo ha quedado mejor documentado para el estudio de cualquier investigador.

Por lo gigantesco de las desproporciones, en un período que no va más allá de los veinte a treinta milenios, es por lo que toma valor aquello que se refiere al inicio de la vida en sociedad y de las artes, concebidas como primer eslabón en esta cadena que nos llega hasta el siglo actual.

El terreno, como el de casi toda mi rica y hermosa tierra riojana, está virgen de muchas investigaciones que, poco a poco, irán haciéndose para mejor conocimiento de una cuenca con características decisivas en el pasado español. Lo que en la cuenca najerillense pasó no es sólo de importancia provincial, ya que muchos de sus aconteceres repercutieron, para bien o para mal, en la historia de España.

Pido disculpas si, en aras de una buena información y guiado por mi pasión regional, fuese algún juicio equivocado. He tratado de ser sincero conmigo mismo, pero, sabido tenemos que todo el pasado tan remoto, donde no se cuenta con documentación, obedece más a lo intuitivo que a las propias obras que dejaron aquellos hombres tan próximos a las bestias. Trataremos de ajustar nuestra idea a una realidad que está palpable en lo geográfico y en documentos legados al azar. Si nos hemos equivocado en algo, mucho hemos de agradecer que alguien, con mejor información que nosotros, lo rectifique en su día, para dejar mejor asentado lo que está por desaparecer en un próximo futuro. Esa es nuestra principal finalidad: no haber dejado pasar más tiempo sin denunciar estas investigaciones que aún están ahí, llamando la atención para el que quiera verlas.

Es el justo momento de hacerlo, porque, al ritmo de aniquilamiento ecológico y artístico que llevamos, en dos o tres

siglos no quedará ni rastro de cuanto hoy hemos contemplado. Sabida es la destrucción que, desde hace un cuarto de siglo, está convirtiendo en erial parte de nuestro planeta, por la incesante contaminación atmosférica, que no tardará en llegar a los lugares más ocultos de la tierra. Esta ha sido nuestra única finalidad, si de algo vale: dejar un pequeño testimonio de lo que hemos tenido el placer de poder ver, y llevarlo a unas páginas que lo señalen en cualquier tiempo que venga, con mejor o peor fortuna que el nuestro. Consideramos esta cuenca tan importante como la que más de la Península. Si nos hemos equivocado pedimos disculpas. Si hemos acertado agradecérselo a ella, que fue quien nació llena de méritos y virtudes. ¡Ojalá que así sea!

Un poco de geología

Para entender la situación y vida de una época en la historia de la raza humana, es menester partir de otras anteriores hasta llegar a enlazar con aquella que nos vamos a ocupar. Así, no puede verificarse —como ejemplo— la división, ni siquiera multiplicación o resta, sin tener antes conocimiento de lo que es suma. Tal ocurre con cualquier época que tomemos en el desvivir humano. Si, para mayor inconveniente, hemos de iniciar nuestro ensayo sobre lo primitivo de una nación o de una zona —como en este caso—, la cosa se pone mucho más difícil.

Por ello, y para mayor comodidad de quien tenga interés en este trabajo, vamos a partir de lo que es el albor del hombre como mamífero, hasta que lleguemos, como mejor podamos, a la Era Cristiana, que es, en muchos aspectos, punto de partida en nuestra cultura occidental.

El que yo me haya ocupado de este tema —hasta hoy inédito en la región riojana, por otra parte tan rica en documentación geológica— lo motiva mi acendrada vocación hacia una tierra que he llorado más de veinte años fuera de España, y la mucha paz que tengo en el rincón donde actualmente vivo. Un silencio inmenso me circunda, y unos legados milenarios que, a diario, me estaban diciendo que los sacase del anonimato. El tema es arduo y yace perdido en las tinieblas de una eternidad, qué duda cabe, y lo es más aún para quien, como yo, no es sino aprendiz de geólogo y antropólogo.

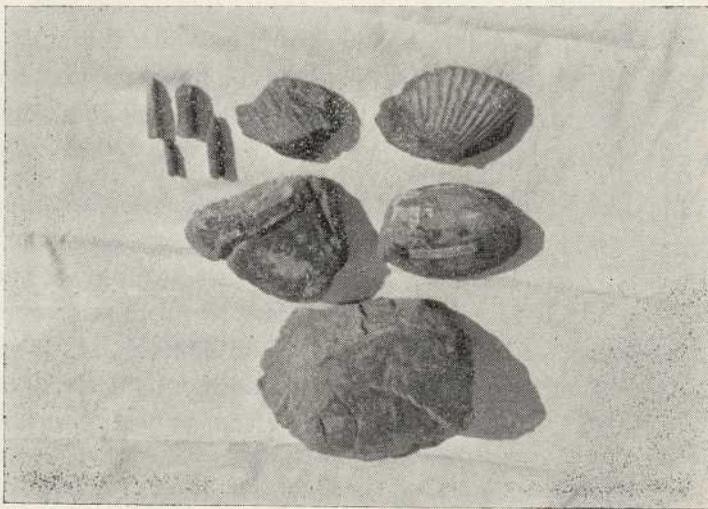
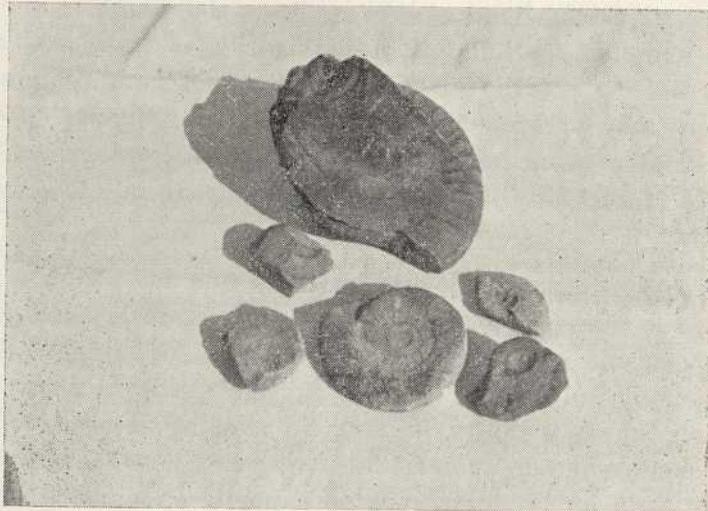
Vamos a tratar de escalar hasta los veinte mil años, quizá treinta... en que se iniciaron los eslabones de esta gigantesca cadena que ha llegado hasta el momento actual, donde la ciencia pasa con vértigo sobre estos terrenos primarios del hombre silvestre; del hombre águila o del hombre que comenzó a moler sus bellotas y, más tarde, el trigo, sobre un molino de dos piedras circulares. De aquel hombre que comenzó a trabajar la arcilla y el metal, para defender su existencia contra otros hombres que quisieron dominarlo y privarle de la sagrada libertad que poseía desde que lo echaron al mundo.

Como esta zona najerillense, de la que nos vamos a ocupar —yo la entiendo y lo he dicho—, es una de las más ricas de la Península para investigaciones, no quiero tampoco dejar pasar por alto el primer síntoma de vida que aquí se produjo como en tantos y tantos lugares de nuestro planeta. ¡Hasta en eso hemos tenido suertecilla! Así, pues, desde ese primer rayo de vida en la tierra, vamos a partir en nuestra inicial carrera: los fósiles.

Los fósiles fueron los primeros seres que tuvieron vida animal o vegetal sobre la Tierra. Pero, ahora, ya que hemos llegado a este inicio, a este milagro del ser, no podemos por menos que decir: ¿Qué es vida?...

Vida hubo, según las últimas investigaciones, antes de la misma Tierra, y esta misma vida existe en el espacio sideral. Pero, refiriéndonos a lo terrestre, sabemos que la vida es originaria de virus compuestos de proteínas, que son los fundamentos de todas las células vivientes. La diferente graduación en este mecanismo complicadísimo del protoplasma, o materia celular, trae consigo las variadas criaturas que viven y actúan en la creación de cada ser. Así, cada especie nace de un proceso primitivo y, con el devenir de los decenios o milenios, va modificándose en común con el estado

de la naturaleza, que es madre creativa e indispensable en la evolución, llegando a los más variados aspectos. Sabido esto, hablemos o, mejor aún, dialoguemos sobre lo primitivo



Fósiles de Peñalba

que tuvo vida, que es aquello que he conseguido fosilizado, precisamente en la cuenca del Najerilla.

Aquí están los fósiles en mi poder, en mi pequeño museo arqueológico.* No hemos conseguido aún el trilobites, pero sí el segundo capítulo en el despertar de la tierra para dar cobijo a toda criatura viviente. Tampoco descartamos que no esté el trilobites, pero, no lo hemos hallado y, no estando, imposible inventarlo para que, con él, comience la vida en este jalón riojalteño. Ya hemos dicho que partimos del segundo capítulo en tan larga historia que se remonta a más de 600 millones de años.

Partiendo de Peñalba (Peña-Alba), ya tenemos, como hemos dicho, el inicio de la vida en nuestro planeta, puesto que hemos retrocedido hasta el período Cámbrico que —según los especializados en estas investigaciones— llega, como mínimo, hasta los seiscientos millones de años.

Al no haber seguridad en la cifra, tanto pueden ser 400 como 800 millones, los años que tienen estos fósiles de la cuenca najerillense.

¿Dónde está este importante yacimiento?... Cerca de Matute, pueblo que le dio cuna al Cisne del Najerilla, don Esteban Manuel de Villegas. Peñalba es la graciosa mole de más de 1.200 metros sobre el nivel del mar, cuyas características de antigüedad y transformación se aprecian perfectamente en la fotografía que adjuntamos.

Desde la carretera que va de Baños de Río Tobía a

* Este museo particular es visitado frecuentemente por los niños de las escuelas, que acuden con sus maestros.

También han acudido de la Universidad de Navarra alumnos adelantados en Arqueología para estudiar las cerámicas halladas por el autor.



La erosión en el río de Matute ha creado auténticas maravillas que permanecen desconocidas dentro de la provincia.

Valvanera —en su paso por Bobadilla—, al fondo, sobre la mano derecha, se destaca Peñalba con sus laderas quebradas. Los sedimentos de lo que fue vida crustácea aparecen a una profundidad mínima, muy próximos a la corteza.

El estar tan superficiales se debe a que, tras el alejamiento del inmenso mar que cubrió todo el continente europeo y asiático, se congregaron en distintos desniveles, gigantescos bancos de crustáceos que, por sedimentación y efectos de convulsiones volcánicas, hizo colocar en vertical las rocas y los yacimientos, llegando así a poco menos de un metro de



Pila prehitórica

la superficie. Allí mismo se halla el cauce de un pequeño arroyo de lava volcánica, por donde descendió en su día una colada de fuego.

Todo Peñalba —de ahí el nombre— es materia caliza y, todo él, está encuadrado dentro del período Cámbrico superior. La similitud de Peñalba con los picos de Altmann y Faulhorn, en los Alpes, son exactos en el plegamiento.

¿Qué aparece en el yacimiento a que hacemos referencia?: Moluscos bivalvos: braquípodos y, de ellos, la *Platystrophia*. El *Cardium*. El *Pecten* en distintas variedades. Los amonites y belemnites, en todos sus tamaños: desde cuatro centímetros hasta doce o veinte. He conseguido dos hermosas almejas, de color oscuro, con unas valvas de doce centímetros. Otra, partida, que superaría los treinta. Fósiles que se

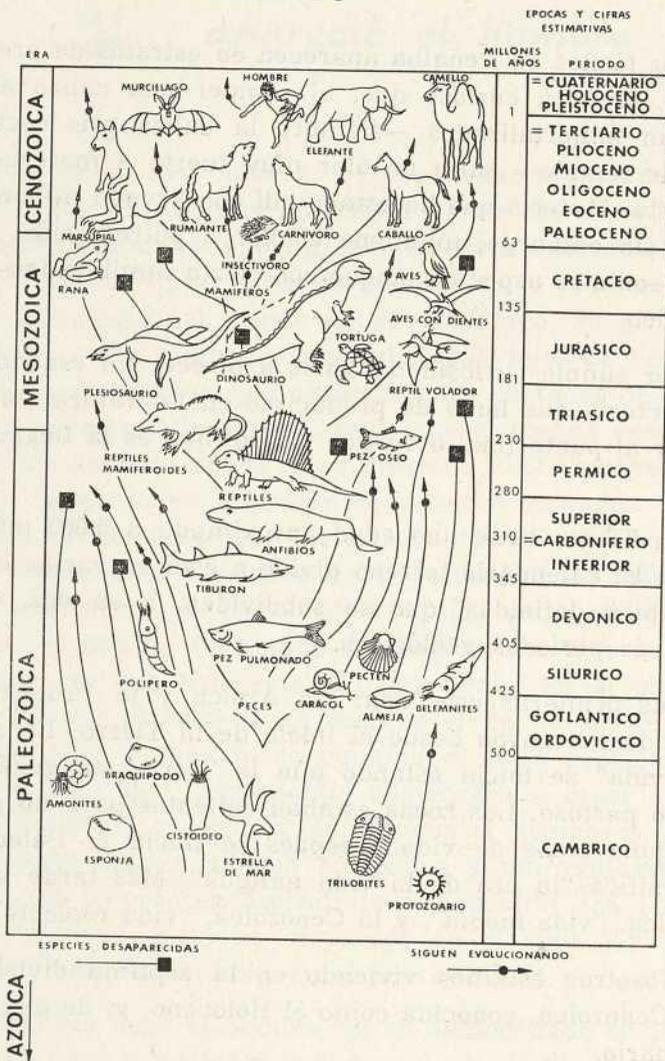
mejor raíces, y los titulados Dendroides. También he bajado de Peñalba: troncos, cortezas y ramas petrificadas. Las raíces fosilizadas forman un cuerpo común con la caliza. Un caso curioso, en la perfección del vaciado creado por la naturaleza, es el hallado al romper una roca caliza y, en su interior, aparece relleno de calcita la variedad Pecten en un ejemplar muy hermoso de tamaño y con un vaciado perfecto, formando altorrelieve y bajorrelieve, como si fuese un auténtico estuche.

Para completar esta colección, pero traídos de Argentina, tengo dos fósiles muy curiosos hallados en tierras del Plata: Un pedazo de rama, madera blanda y jugosa, tipo ombú, en el que se ven las perforaciones de los gusanos, y otro fósil de piedra color ámbar —el ámbar es la resina natural de las antiguas coníferas que se ha endurecido y fosilizado—. Dentro de esta piedra transparente se ven los insectos prehistóricos muertos, conservando, incluso, el color de su sangre. Pero sigamos con Peñalba y sobre fósiles digamos que los hombres primitivos relacionaban todo acontecimiento climatológico o fisiológico, favorable o negativo, con el poder casi divino que para ellos tenían aquellos fósiles, que ya, en aquel despertar de la humanidad, advirtieron en los vivientes petrificados. Tras de Peñalba existe un risco que la tradición verbal le llama “La Peña que escribe”.

He acudido allí. Quizá hubo dibujos prehistóricos, pero lo que sí hay son fósiles, y tengo la certeza que se llamó “la que escribe” por suponer que aquellas figuras habían sido dibujadas por humanos o atribuidas a condición divina; así, de siglo en siglo, pasó con la titulación de “la que escribe” o “que se escribe”, por no saber decir: “la que dibuja”, pues son relieves de moluscos.

Hemos dicho que, en otras latitudes, se les consideraba

EVOLUCION Y DESAPARICION
DE ALGUNAS
ESPECIES



Dibujo animales prehistóricos.

como cosa divina. Aún existen en Polinesia gentes que siguen coleccionando fósiles y no para un posterior estudio buscándoles antigüedad, sino porque les atribuyen condiciones curativas.

Los fósiles en Peñalba aparecen en estratos de arenisca y caliza. Resulta curioso que, al romper una caliza en las que están inmortalizados —siempre la caliza gris oscuro y fresca de temple— salta un olor muy fuerte a materia descompuesta. Materia que ha estado allí conservada millones de años y, sin embargo, mantiene el olor a putrefacción, como ocurre —en otro aspecto, aunque con cierta familiaridad— con el petróleo.

Por simple curiosidad vamos a ofrecer un esquema de la trayectoria que hubo de producirse en la Naturaleza, hasta llegar al punto final o vértice álgido, que es la llegada del hombre.

La Tierra tiene una edad aproximada a 5.000 millones de años. El calendario terreno divide a ésta en varias edades o eras bien definidas, que se subdividen, a su vez, en un número de períodos geológicos.

Las primeras eras son: La Azoica y la Proterozoica, que, unidas, llegaron desde el inicio de la Tierra. La Azoica o “sin vida” se inicia estando aún la Tierra sin vegetación o estado pastoso. Las rocas estaban calientes para no permitir ninguna clase de vida. Después se inicia la Paleozoica, que significa “la era de la vida antigua”. Más tarde vino la Mesozoica, “vida media”, y la Cenozoica, “vida reciente”.

Nosotros estamos viviendo en la séptima división de la era Cenozoica, conocida como el Holoceno, y, de ella, en el Cuaternario.

Y... apareció el hombre

Dejamos las blancas, perpendiculares piedras calizas de Peñalba. Dejamos el picacho lleno de hermosos plegados formando graciosos y peligrosos escalones circenses, donde ya hemos dicho que sirve de panteón para todo un primer vagido universal: el vagido del invertebrado. El género pensante sobre dos piernas aún estaba muy lejos de ver la luz. Tan lejos, que tenían que pasar muchas centenas de millones de san silvestres "nuestros", para que el bípedo enseñoreara su planta desnuda sobre estas cresterías. El hombre ha sido el más perezoso en aparecer de cuantos animales vivientes se han conocido. Claro que, con harta razón tuvo que venir el último porque, siendo así, iba a dar testimonio de todo lo ocurrido anteriormente. El hombre tuvo que ser, ¿y qué otro podía serlo?: notario del tiempo. No llegó tarde. Vino en el justo momento en que todo estaba funcionando, en el último segundo en que el reloj iba a marcar el fin de su trayectoria circular. Con su venida se cumplía el ciclo evolucionista y propicio para que, lentamente, comenzara a crear cosas su mente estrecha, que así la tenía, y con el tiempo, cuando fue adquiriendo mayor cabidad encefálica y maravillosas genialidades, se empeñó en destruir todo el habitat donde su raza es la soberana. Esto ha empezado en el siglo XX y quizá destroce todo cuanto hizo, en el próximo XXI.

Cuando llegó el hombre ya se habían dado en la tierra todas las eras y períodos que, por el propio "homo sapiens", han sido denominadas así:

PROTEROZOICA = Pre-Cámbrico

Paleozoica	}	Cámbrico
		Ordovídico
		Silúrico
		Devónico
		Carbonífero

Mesozoica	}	Pérmico
		Triásico
		Jurásico
		Cretáceo

Cenozoica	}	Terciario
		Cuaternario

¡Tres mil millones de años han pasado hasta que llega el hombre!

En último instante aparece quien iba a llenar de población el globo terráqueo. En el último instante aparecen las plantas del animal cuyas facultades creativas son un milagro aún sin descifrar, aunque por milagro, y grande, tengamos todo lo creado, desde la mosca hasta la flor, desde la hormiga hasta el murciélago.

El hombre vino para sembrar todas las tierras de cultivos. Para extraer todos los minerales de montañas y ríos. Para surcar mares y espacios siderales. Para dominar y matar —cuando quiera que se le antoje—, tanto a los otros animales anteriores a él como a sus propios hermanos por cuestiones de ambición, envidia o poderío. El endiablado cerebro racional, a base de paciencia, estudio y superación, ha llegado a controlar, incluso, la Naturaleza —que fue su madre—, y puede crear lluvias, hacer radiaciones solares, producir terremotos o aniquilar todas las especies, en cosa de minutos, si quiere proponérselo.

Cuando aquel hombre rústico y peludo —mejor será que le llamemos homínimo— lleno de parásitos, como actualmente perros y monos, con cráneo distinto al nuestro de hoy, se puso de pie sobre sus extremidades inferiores, y comenzó a servirse de las manos para tirar piedras y agarrar palos, golpeando al contrario, se hizo soberbio y dictador. Cuando se dio cuenta que tenía memoria para repetir lo anteriormente hecho y dicho, desde aquel momento se enseñoreó sobre las otras fieras y un algo interno le hacía creerse el dios terreno.

Con el hombre comienza la historia universal. Claro que no vino como la aurora o el rayo: lo que es no se hizo en él de un día para otro. El bípedo pensante, para llegar a ser lo que es, tuvo que partir, como tantos animales de su especie vertebrada, desde las formas más primitivas y sencillas, hasta llegar, con el decurso de muchos milenios, a ser lo que hoy es, somos, soy.

El hombre entra dentro de la familia de los mamíferos vertebrados de sangre caliente, que amamantan a sus hijos. Están definidos entre sí, porque la mayoría de ellos crecen revestidos de pelos, o, poseen piel peluda. Predominan en todo el globo. Dentro de esa enorme familia estamos en una de sus ramas: la llamada placentaria, que asegura la vida del hijo dentro del vientre de la madre por medio del cordón umbilical. La familia es tan extensa que abarca desde criaturas de unos pocos centímetros de tamaño hasta las de veinticinco o treinta metros, como son las ballenas azules.

Como vertebrado que es este hombre maravilloso al que vamos a seguir sus primeros pasos muy cerca de Peñalba, se manifiesta en nuestra rama por ser mamífero —ya lo hemos dicho—, ésta es su base total.

Por tener los huesos del esqueleto unidos a una columna

vertebral dentro de la cual funcionan, o hacen funcionar, los organismos más esenciales: médula, cerebro y sistema nervioso. Porque en la parte delantera —o baja en los cuadrúpedos—, como el resto de todos los que poseen mamas siendo hembras, tienen su aparato nutritivo, digestivo, vascular y respiratorio. Exactamente igual que cualquier otra especie de mamíferos.

Su inicio para “el ser” arranca de una simiente microscópica que, al tomar contacto con la matriz de la hembra y siempre dentro de su madriguera, incuba al nuevo germen, a quien va nutriendo desde antes de ver el mundo; como lo hará después de haber tomado contacto directo con la Naturaleza. ¿Cómo ha venido el hombre en el último día o minuto de la creación...? Difícil tema, oscuro horizonte para el que, con tanto progreso como tenemos en este último tercio de siglo, aún no podemos ofrecer una solución perfecta. Si nos fundamos en la teoría de Darwin podemos decir que sí, que somos descendientes del mono; que nuestros primeros padres habitaron en Africa, y que nuestra rama es la de los antropomorfos. Que nuestro final en la columna vertebral ha sufrido una transformación al estar erectos, pero que, cuando se iba andando a cuatro patas, de ese último huesecillo (cucusilla) salía el rabo como en cualquier otro animal cuadrúpedo. Que la hembra está constituida para llevar a sus hijos dentro del vientre en posición horizontal, y que, tal como lo hace desde que se puso en dos pies, en vez de reposar, los lleva colgados en una postura mucho más agotadora para la madre. Que, hasta el mismo acto creacional, al erguirse la hembra, lo ejecuta el macho contra natural, y que, la columna vertebral, al ir en posición vertical, sufre graves trastornos, condición que no se ve en ningún otro mamífero.

En 1936 se descubrió en Java los fragmentos y la cabeza completa de un niño, al que no dudaron los antropólogos en calificarlo de un primate erecto. También se han hallado hom-

bres-monos en Pekín, pero éstos ya fabricaban sus herramientas en cuarzo y sabían hacer fuego.

Estos investigadores llegaron a calificar los repetidos hallazgos de Pekín dentro del mismo género de "hombre-mono de Java" y lo bautizaron con este nombre un poco extraño para el documento de identidad: "Pithecanthropus pekinensis". Sea como fuere, y decididamente, porque la ciencia lo atestigua y a ella hemos de ceñirnos cada vez más, si no queremos caer en ingenuidades que mucho desdicen con los tiempos de progreso que vivimos, el hombre entra —científicamente hablando— dentro de la categoría de los primates, que quiere decir: "personaje principal: prócer". El hombre es prócer dentro de todo el universo animal, incluso dentro de los lemúridos. No extrañe que nos hayamos salido de Peñalba y sus contornos. Es un anticipo a lo que vamos a ver en seguida. Siendo el hombre como es, de características tan similares a los simios, entramos sin temor, como hemos dicho, a considerarnos —por tantas afinidades en común— dentro de la categoría de los primates, aunque lo más positivo parece ser que, el gorila, el chimpancé y el orangután son productos llevados a la perfección, pero, dentro de su rama, como lo es el hombre dentro de la suya, que, quizá, como tantas otras, llegó a extinguirse. Sirvanos como ejemplo el elefante.

El hombre aparece sobre la tierra en el período diluvial o glacial en el común europeo. Ya hemos dicho que lo mejor será clasificarlo dentro de una rama especial que, por esfuerzo evolutivo, ha llegado física y mentalmente a ser lo que es, distanciándose cada vez más de aquellos otros animales a los que, quizá, estaba muy próximo cuando vivía en las cavernas, y no tenían conocimiento de cómo se podía hacer fuego sin necesidad de los fenómenos atmosféricos que siempre conoció.

Cuando teníamos terminado este trabajo ha querido la coincidencia que aparezca un cráneo humano del que se ha dicho tiene millones de años (¿...?). Según la noticia: Ha sido hallado en Kenya por un antropólogo inglés. "Dicho cráneo contradice las opiniones existentes sobre la evolución del hombre. El origen de este cráneo se adelanta en un millón de años a las pruebas anteriores de la existencia humana". El enigma sigue y jamás podrá tener solución. Unos dirá que es origen primate y otros que puede ser una raza que nació erecta —como en este último hallazgo—, pero, ¿nació erecta o se puso erguida milenios después?... ¡Ahí está el quid de la cuestión!



Inicio del clan humano

A menos de un kilómetro, donde, desde millones de años atrás, estaban enterrados los primeros elementos de vida animal sobre este planeta, que, según le vieron los astronautas en su viaje a la Luna, dijeron que tenía —visto desde miles de kilómetros en el espacio— color azul, decimos que, a menos de un kilómetro de Peñalba apareció el hombre aborigen: los primeros pobladores de esta cuenca del Najerilla.

¿En qué lugar? Vamos a denunciarlo: al retirarse las aguas, quizá por variación angular en el eje de rotación terrestre, al terminarse en todo Europa y parte de Asia el período glacial, para radicarse en los actuales polos Norte y Sur, fueron quedando al descubierto montañas y macizos rocosos y, por contraste, otros más lejanos, cubriéndose de agua, como ocurrió con la legendaria Atlántida, formando un nuevo océano en lo que antes eran las denominadas tierras de Gondwana.

Entre los grupos que mayor erosión sufrieron en esta provincia de Logroño, están las cuencas del Iregua, la del Cidacos y la del Najerilla. Las tres son importantes para un amplio estudio sobre la evolución de la raza humana partiendo de la estación en que formaban sus clanes de vivienda, pero, de las tres, me inclino por la najerillense que, como se verá, reúne todas las condiciones necesarias

para llegar a ser transcendental, desde los inicios en la vida fósil hasta los vagidos del cristianismo; hasta la fundación del condado de Castilla; hasta ser muralla de contención del romano; hasta poder ser declarada "ruta de la tierra santa española"; hasta ser corte del Reino de Navarra; hasta tener la gloria de ser cuna de la poesía castellana, con nuestro nunca bien elogiado padre Gonzalo de Berceo.

Al retirarse las grandes masas de agua que formaban, como hemos dicho, una cubierta sobre el continente —época Eocena— dejaron en grandes embolsamientos los moluscos, hoy en estado fósil y, además, legaron a la posteridad unas bellezas, producto de la erosión, que aún están en anonimato para los propios riojanos. Es lamentable la poca atención que se ha dedicado al estudio de nuestra prehistoria, e incluso a los valores geológicos, que los tenemos ricos y en abundancia. En cuanto respecta a nuestra cuenca,* Matute tiene una garganta tras del pueblo, por el que corretea el río de su nombre, que, vista de lo alto de la carretera forestal Las Frádigas, posee un encanto como pocas provincias tienen la suerte de ofrecer. Dantescas paredes de piedra lavada, sin una matuja, prominencia ni cornisa, bajan hasta el fondo por donde discurre el río, que, en muchos puntos, no se ve por lo estrecho del cañón y el precipicio. Pero, si hermoso es el paisaje visto desde la carretera, quien pase a la mano opuesta del río, tendrá una visión de tanta grandiosidad que le ha de parecer fantástica, irreal, increíble de su tierra. Pues tal maravilla ha estado, está, en nuestros días en el más absoluto desconocimiento.

No me voy a preciar de descubridor, pero he tenido que venir a residir dentro de esta zona para decir muy alto: ¡Esto también es Logroño! ¡Esto también es Rioja! ¡Esto también

* Cuando citamos cuenca nos referimos a esa extensión aproximada de 1.500 Kms. cuadrados cuyas aguas vierten a! Najerilla.

es de nuestra provincia! Hay que hacer bandera; lo está pidiendo a gritos el terreno. Pocos lugares tiene la provincia con tanto porvenir para visitar. Esperemos que, un día, se apoyen estas frases y se haga lugar de visita obligada, como hizo Cuenca, como han hecho tantas provincias. Yo advierto que esto de Matute nada tiene que envidiar a Cuenca ni a Guadalajara. Con un poco de esfuerzo económico puede hacerse lo que se hizo en Sto. Domingo de Silos con su Yecla. El río de Matute puede tener un pasadizo a media altura de la barrancada que lo llenaría de turistas. Además, no es eso sólo, que tiene al lado Peñalba y la Peña de Tobía. Aunque ofrezcamos algunas fotografías apoyando nuestro pensamiento, ellas no valoran lo que el terreno denuncia. Pero sigamos. Todo esto lo vieron, lo recorrieron aquellos hombres corzos que vivían sobre estas grutas entonces también inaccesibles. Ya hemos dicho que, unido a este cañón matutense —de aspecto dantesco—, está la Peña de Tobía, que se eleva majestuosa al pie del río de su nombre, en cuyos planos y gargantas, dignos de pasar a cámaras de televisión o pantalla cinematográfica, para ofrecer un hermoso documental de relieves, perfiles, cuevas buitreras, sinuosidades y, en el fondo, aguas cristalinas. ¡Forma y sonido del maravilloso valle por donde discurren dos ríos que se hacen uno para ser vigoroso afluente del Najerilla!

En la Peña de Tobía se observa un contraste bien marcado con Peñalba, no obstante estar unidos el uno a la otra. Aquí hay dos épocas que distan entre sí varios millones de años. La Peña es un conglomerado fluvial, compuesto por enormes depósitos de cantos rodados, que quizá bajaron atropelladamente por vertientes de todas las barrancadas linderas durante los glaciares, deteniéndose hasta formar una barrera de casi cuatrocientos metros de altura por la que el río, siglo tras siglo, fue buscando mayores profundidades. De esta misma época y pareja formación es la masa pétreo de Islallana y

Viguera. Las dos cuencas tienen idénticas estructuras: rocas sedimentarias.

Peñalba, que está lindero, es, ya lo hemos dicho, más antiguo. De ahí que Peñalba sea caliza, granito, hierro, cobre y otros materiales que, en el corte de la carretera, han quedado bien marcados.

Al asentarse el hombre primitivo sobre lo alto de la Peña de Tobía, al construir su habitat a 300 metros en vertical sobre el río, dominaba desde su casa toda la comarca. La posición de este poblado sobre las crestas de la Peña está, exactamente, en lo que parece —visto desde Bobadilla— una cabeza de perro, porque toda la Peña, adviértase a distancia, figura ser un gigantesco perro de caza tumbado sobre la montaña; con las manos delanteras extendidas, llegando sus dedos hasta el río de Matute. Lo que figura ser cabeza fue elegido por aquellos primitivos para mejor visión, mayor dominio y más inteligencia... Colocados allí ya tenían asegurada la tranquilidad hogareña. Ya no temían a otros hombres, ni a los diluvios, ni a las bestias. Había que pensar en la subsistencia y eso no les era difícil, sabiendo con qué facilidad cazaban y pescaban. Tras de ellos estaba la cerrada Demanda, llena de mamuts, osos, ciervos, jabalís y caballos salvajes.

A sus pies corría el río Tobía, al que bajaban por una estrecha garganta que desciende al fondo mismo de sus cuevas. Aquel clan había buscado uno de los sitios más protegidos de España contra los invasores. Cuando decimos clan queremos decir una gran familia, o varias familias unidas, lo que también cabe dentro de la denominación: tribu. Aquel hombre primitivo —no sabemos si llamarle magdaleniense o, mejor aún, demandaniense— tenía que matar por necesidad de vida y no por capricho cinegético, como ha ocurrido después. Bueno es saber que, en esa época, el troglodita indo-ibero no tenía animales domésticos. Eso vino después, mucho más tarde, cuando, por fin, se le hizo amigo el perro y el caballo.

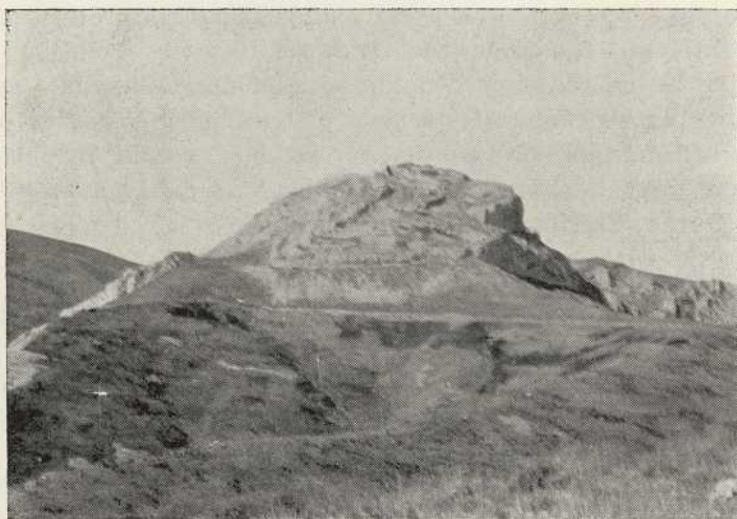
El hombre que vivió al pie del gigantesco macizo de la selva existente entre las provincias de Soria, Burgos y Logroño —en tiempo de los romanos denominados Montes Idubeda— tenía que armarse de elementos rústicos, preparados por él para batir los animales que estaban a sus pies, y cabe la abrupta montaña que llegaba, buscando alturas, hasta Pancrudo, Cabeza Parda, Chilizarrias, San Lorenzo.

¿Qué podía cazar aquel hombre en estado primitivo? Ya lo hemos dicho: entre otras cosas, lo que era común: bisontes, mamuts, elefantes*, ciervo, reno, oso, jabalí y caballos salvajes. ¿Cómo los cazaba? Si era posible con flechas, o a pedradas. Quizá, las más de las veces, era preferible darles batidas entre todos los mayores y llevarles hasta los precipicios, como ese cañón matutense y, por allí, precipitarlos. Se sabe que, en aquellas épocas iniciales, uno de los alimentos más seguros eran los caballos (época magdalenense).

No debe extrañar esto a nadie, sabiendo que, en Francia, se han cazado caballos salvajes hasta pleno siglo XVI, y que, en Solutre (de ahí la época solutrense) hallaron un depósito con más de cien mil esqueletos de caballos. Cazado el animal era preciso llevarle a lo alto de la Peña, subiendo empinadas escarpas. ¿Qué constitución física tenían aquellos hombres y mujeres para escalar semejante desnivel, donde la fatiga se apodera hasta de los pechos adolescentes!

¿Qué mujeres aquellas, para subir en época de gestación por tales precipicios!... Y qué niños gacelas tuvieron que ser los primitivos, que dieron sus pasos sobre un terreno tan peligroso, como si en nuestros días fuese habitado el techo de un campanario (igual que las cigüeñas) y, sus accesos, las cornisas.

* En la Cueva de Fuente Viego puede verse pintado un elefante.



Peñalba (Peña-Alba)

Sobre la Peña estaba la vivienda más primitiva que conocemos en la provincia: la del clan indígena que podía agrupar —según cálculo que hemos apreciado por las cuevas existentes—, en unas quinientas personas adultas. Junto a ellos, en la cara opuesta que mira hacia el Norte, las dantescas cuevas de águilas y buitres cuya escalada hoy es imposible. Quizá, en aquel tiempo, también fueron lugares de vivienda, porque la erosión mucho ha trabajado, haciendo la Peña vertical como una pared.

El clan había previsto todo. Puede apreciarse, junto a la cueva más grande —en la que entran a cubierto un hato de ovejas—, que tenían un aljibe confeccionado en la misma roca. Yo he cavado buscando el fondo. Esta enorme pila la llenaban las lluvias, y así, tenían asegurada el agua para todos ellos. En aquel inicio de la vida humana sobre la costra terrestre del oeste español, no cabe duda que las lluvias tenían que ser más abundantes que en nuestros tiempos, por la interminable

alfombra de selva y dehesa que cubría toda la Península, alfombra que llegó, siglos después, a ser vista por los cronistas romanos. Estos hombres, del más oscuro primitivismo, comerían también lo que mucho abunda en la sierra: bellota y encina, a más del fruto del haya que tanto aprovecha a las palomas en noviembre cuando toman por paso esta zona. Tampoco les faltaban setas, que aquí se dan en grandes cantidades y muy ricas. De fruta tenían alta variedad, todas silvestres, aún las hay: fresilla minúscula pero sabrosa. Los tobianos le llaman "mayatas". Una manzana pequeña y de sabor agrio conocida por "maguillas", y hasta para sus enfermedades, plantas medicinales: te y tila, cada cual mejor en calidades. El monte tiene todo: hasta cicuta, hasta digital.

Encima de la llamada Peña de Tobía —repetimos una vez más— estuvo asentado uno de los primitivos clanes que habitaban la inicial raza ibera, según denominación conocida para determinar estos aborígenes. Era la época paleolítica.

La posición es ideal porque su defensa estaba asegurada simplemente con piedras, y, como además, sólo contaban con dos o tres pasos de subida de difícilísimo ascenso, con piedras del tamaño de mandarinas, dejándolas caer desde las crestas de la roca no había humano que llegara hasta la cima. Esto por el sur, oeste y este, que, por el norte, no hay aún escalador que corone la cima.

La panorámica que se divisa desde aquella altura, donde estuvo el antiquísimo poblado, es una de las más bellas que pueden admirarse en esta Rioja tan alegre, tan sabrosa y tan multiforme en todo.

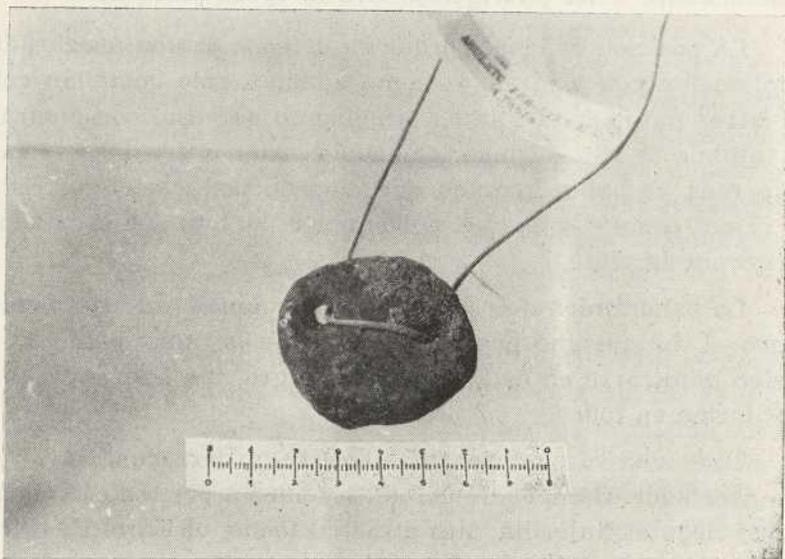
Toda una circunferencia aparece en derredor del atrevido escalador. Campos de cereales y huerta por toda la cuenca que riega el Najerilla. Más atrás, al fondo, el Ebro. El Ebro y los montes Cantábricos, que cierran horizonte por todo el Norte desde aquí visible. A la derecha, el Serradero con Cam-

provin, Ledesma y Pedroso. Entre el Serradero y Cantabria —sobre Logroño ciudad— los montes de Navarra, las tierras de Estella y, finalmente, los Pirineos, perdidos entre la bruma en días muy claros. A la espalda y lado izquierdo, la Demanda en sus 120 grados hacia el sur y oeste.

La zona que citamos —alejada que fue por ley de la Naturaleza, la época glacial— ya no era ni de nieves perpetuas ni de agobio estival.

Entendamos que aún estamos en la edad de piedra, y nunca más justificada que en este lugar.

Hemos hallado dentro de esa cueva, que los tobíanos llaman “de los moros”, un ídolo de piedra. Un ídolo o amuleto que llevaban colgado al cuello o a la muñeca, como se llevan hoy —no importa los miles de años— pendientes, collares y pulseras, lo que no dejan de ser reminiscencias del más ale-



Amuleto prehistórico - Tobía

jado primitivismo. La profusión de piezas colgantes del cuerpo parece que era lógica en la época magdaleniense.

Se han encontrado en lugares de Europa algunas sepulturas del paleolítico en las que los cadáveres tenían collares de conchas o brazaletes enhebrados. Este precioso ídolo de nuestro clan demandaniense es mucho más primitivo porque su única materia de trabajo es roca: no cabe mayor antigüedad.

Los objetos perforados parece que se usaban para dos fines: hechizar y también como prenda suntuaria. Demás está decir que, en esa época, no se conocía la vasija de barro cocido; eso vendría después, y de ello daremos testimonio de que también nació en esta cuenca.

Ya tenemos el primer eslabón del hombre prehistórico, venido después de los fósiles, que hemos anunciado están ahí sepultados.

Quizá, aquellos hombres corzos o más bien águilas, porque, como ellas habitaban en covachas, tenían sus propios recipientes —como se sabe de otras zonas—, contruidos del cuero de los animales que cazaban. Hasta nosotros ha llegado y yo tengo pruebas en mi poder, de cómo los pastores se han servido hasta este siglo de vasos, saleros, botellas y cuencos, elaborados en asta de vaca o de buey.

Los primitivos no dejarían de tener algún elemento de piel para conservar mayor cantidad de alimentos y grasas.

No podemos imaginarnos al hombre de la cuenca del Najerilla, sino con una sucia y larga pelambreira que le bajaba hasta los hombros, y con todo el cuerpo cubierto de vello, que no era ni más ni menos que como fueron sus antepasados bien próximos. Tapándose con una piel de cabra o de cervatillo el bajo vientre, que siempre fue en zonas frías de mayor cuidado para la salud.

Sabemos también —lo hemos de suponer—, que se lavaban el cuerpo y los dientes con orina vieja, igual que más tarde hicieron los celtíberos, según nos han dicho los cronistas romanos.

Por tener el río Tobía al pie de la Peña y el Najerilla a poco más de dos kilómetros, no dejarían de bajar hasta él para pescar. Si hoy es rico en truchas el segundo, no cabe dudar que, en aquellos tiempos iniciales de tan reducida población, la pesca tenía que ser abundante. A más del citado clan sobre la Peña había otro más en cuevas, tras de Peñalba, y uno en la bonita y dominante cueva que se ve a la salida de Tobía, camino de Las Islas y Rajao, una cueva natural llamada Costa el Horno. Sobre el río Najerilla, camino de Anguiano, hay tres grupos de viviendas producto de tres tribus distintas. Entre ellas está la cueva de “Trónvalos” (tres valles), habitada siglos después por Nuño y Domingo, principales personajes para el inicio del Monasterio de Nuestra Señora de Valvanera, Patrona de la Rioja.

Otras cuevas hay sobre la margen derecha, en lo alto de algunas cresterías, y había una muy grande cerca del puente de las Ruedas, a la que llamaban hasta que se derrumbó, no hace muchos años, “Cueva de los gitanos”. Esta estaba junto al camino romano que llevaba a Cuevas, barrio de Anguiano, cuya denominación ya nos aventura que allí están las bonitas cuevas frente al puente que enlaza las rocas sobre el río Najerilla.

Yo estimo que esta gente a que nos estamos refiriendo, además del primitivismo más rupestre que pueda uno suponer (25 a 30 mil años), era torpe por lógico despertar y por lo escondido de la región, a donde nunca llegaba noticia de otros pueblos ni de otras razas que vinieran navegando sobre las aguas. Así no hemos hallado por estas latitudes ni rasgos de imitación plástica ni trazos de perpetuar algo, como se

hizo en otras estaciones prehistóricas del norte, del mediodía y sur español. Bien es verdad que la formación de la Peña no se lo permitía, y así, el sentido artístico de esta cuenca fue muy tarde en animarse. El ídolo nos da una idea de su torpe imaginación, además de suponer que de estos clanes a los de Altamira quizá vayan unos miles de años de antigüedad.

Esta era época de canibalismo, como lo ha probado la cueva de Ofnet, en Wutemberg. La mayoría de los cráneos encontrados fueron de niños. Lo que defendían de la ferocidad culinaria era la cabecita, quizá por religión. En otros cráneos se hallaron perforaciones, lo que indica que eran comidos por sus semejantes, quizá, para superarse en inteligencia. Luego aquí, también hemos de suponer que existió el canibalismo.

Pasados siglos, en otra época de mayor convivencia y, posiblemente con ideas religiosas, junto al estanque del referido poblado —del que aún no hemos descendido—, partía un pequeño arroyo hendido sobre la misma roca, arroyuelo que venía a caer, tras de una trayectoria de cien metros escasos, en la pila que los tobianos y matutinos o matutenses han llamado “lavaderos de los moros”. Resulta curioso cómo la gente llama a todo lo antiguo “obra de moros” o “cosa de moros”. La antigüedad de España arranca para las mentes de los pueblos —allí donde no entró la cultura— en obra de moros. En ello hay algo de motivo religioso, buscando ir contra ellos, o partiendo de ellos. Podemos decir que, para el hombre no cultivado en historia, y no ha sido él su creador, sino que “se lo han dado” durante siglos con esa denominación: Lo creado, lo erigido, lo trabajado desde la antigüedad es “obra de moros”. Y, por el contrario, lo roto, lo destrozado, aquello que se incendió y se arrasó es cosa de “la francesada”. Lo han conocido así desde la cuna, y ¿quién será capaz de torcerles la idea?...

¿Qué saben ellos lo que es prehistórico, ibero o romano o si primitivos no son, acaso, los moros?...

La pila, que no es obra de los hijos de Mahoma y sí de los primeros que habitaron estas cuevas, cuya fecha se pierde en la más absoluta lejanía de siglos; la pila es, no de una cuarta o dos de profundidad, como se me dijo. He llegado hasta el fondo y sus medidas son las de un pequeño lagar de 3,50 metros de lado por 1,75 de fondo. Se achica según va profundizándose, llegando a tener cincuenta centímetros menos en la base que en la boca. Debajo de esta pila perforada en la misma roca, como es todo este macizo, hay una oquedad que también estuvo habitada. Hoy es imposible llegar a ella, pero en los tiempos que estamos tratando era fácil su acceso.

Y ahora nace una nueva incógnita en tantas como hemos de tratar en este libro destinado a dar a conocer valores ocultos de esta provincia. Si a treinta metros, en plano más alto, tenían el estanque del que se servían para beber, ¿qué sentido tenía esta pila-lagar, perforada en los mismos bordes de un precipicio dantesco?... Después, siglos después, esto está más claro, veremos que fue utilizada por los romanos, pero, en aquel tiempo inicial, ¿qué objeto tenía? ¿No era altar de sacrificios?... Todo ello lo indica perfectamente. Su posición sobre la comarca es ideal para que fuese un monumental altar pagano. ¿A quién?... Pongamos, por ejemplo, destinado a la noche: a la Luna. ¿Altar de sacrificios para animales y criaturas humanas?... Puede que sí. Baste saber que los iberos adoraban al Sol y a la Luna, a las nubes y a los astros. También se sabe que al dios Sol le llamaban Endovélico o Yun, y a la Luna: Hillargúa. Pero, esto del clan y su pila, es anterior a lo ibero, aunque, a veces, citemos ibero como arranque de historia.

Que nadie se sorprenda de esta hipótesis creyéndola fantasía del autor. No olvidemos que estamos a principios del hombre humano. Para quien lo dude o crea exagerado lo de sacrificios humanos le recomendamos que lea a Bernal Díaz

del Castillo; él nos lo cuenta muy bien, para eso era cronista en Indias. Lo que él dice ocurría en pleno siglo XVI, que era decir ayer en el tiempo, y pasaba en un pueblo culto, cultísimo, como era el de los incas. Allí se sacrificaban personas a sus dioses. Veamos lo que escribe: "Y estaban allí unos braseros con incienso que era su copal, y con tres corazones de indios que aquel día habían sacrificado, y estaban todas las paredes de aquel oratorio tan bañado y negro de costras de sangre y así mismo el suelo, que todo hedía muy malamente". Otro altar, quizá al dios Vichilobos, vio ese día Bernal Díaz del Castillo y dejó escrito esto: "E allí le tenían presentado a (Montezuma, dice Bernal), cinco corazones de aquel día sacrificados)".

Si esto ocurría en el siglo XVI, ¿ha de extrañarnos que la pila de la Peña de Tobía, cuando aún el hombre era una bestia, fuese altar de sacrificios? Pudo serlo. Pero no hay un altar, sino dos. El otro tiene su posición al mediodía y es redondo, circular en su forma primitiva. ¿Estaba destinado uno para cada astro? De ser así yo me aventuraría a decir que el redondo, el que está en un saliente hacia el sur, estaba destinado al dios Sol y el otro, el cuadrado, el que es una perfección en trabajo, quizá a la Luna. No tienen otra explicación las dos perforaciones en plena roca.

Dice la tradición en estos pueblos que sobre unas rocas, al otro lado del río Matute, "existen marcadas las herraduras del caballo de Santiago cuando vino a luchar contra los moros". Ya tenemos otra vez a los moros en "estos pagos". Cerca de Matute, hacia el este, está Clavijo. "Desde aquí saltó el caballo hasta Clavijo". Esta leyenda existe por toda la comarca. He oído que "también saltó desde Laguardia hasta Clavijo". He recorrido esta cuenca acompañado del pastor que me aseguraba que "iba yo a ver hasta los clavos de las herraduras que están allí bien marcados".

El lugar es una roca sobre el río, una roca que semeja el taco de un zapato de mujer, invertido por la gran erosión que ha sufrido; una meseta de breve superficie, que es lo que ellos llaman: "La mesilla". Lo que allí está hendido no son las patas del caballo, sino tres agujeros perforados en la roca y que tienen la misma antigüedad que "las pilas".

Agujeros hechos por los primitivos, con un diámetro de 20 x 30 ó 40 cms. de profundidad. ¿Qué era este nuevo hito?... ¿Se colocaban allí palos hincados a semejanza de mástil? ¿Servía para avisar a los pobladores que estaban sobre la Peña de alguna invasión?... ¿Era un nuevo altar?... Están formados —no como es lógico que ande un caballo, no—, están los tres en línea, con una separación de 0,25 cms. Pero, no están ellos solos en esta cuenca del río Matute, también existen en otro lugar llamado "La Escalera de Ociso" y en "Nimanillo".

Frente a este enclave —con violento desnivel vertical hasta el río— se contempla un paisaje precioso en la otra vertiente, por la que en su mitad de altura va la carretera a Las Frádigas. Esto es sencillamente una maravilla riojana. Al abrupto terreno frente a esta Mesilla, me dice el pastor que le llaman: "El Ponzó" y "Sorriba".

Todos estos contornos de la Demanda tienen preciosos nombres, según vamos a ver indicando algunos de ellos como ejemplo:

Majada de Fragosto... Navar... Los Medales... Saleguillas... Majada de Cirban... Campo las Brujas... Pico el Rando... Colla el Brezo... Pedroarmas"... Costa el Horno... Cabeza Parda... Pancrudo... Aguascárdenas... Cañamar... ¡Qué maravilla!

Pasamos por una caliza vertical y me dice el pastor:

—A esto le llamamos “La Cuerda”. Es la misma costilla que llega hasta el puente de Anguiano. Aquí nace. Pasa por el cerro del Reloj, junto a la ermita de San Quirico —en estos pueblos: San Quiles—.

Este castillo roquero, quizá uno de los más majestuosos, amplios e interesantes de España, porque en él se podía cobijar toda una población, cuenta con el privilegio de estar rodeado por dos ríos y por unas murallas imposibles de escalar. Este castillo fue, pasado el tiempo, residencia de los iberos. Ello no cabe dudarlo porque en el fondo del aljibe he hallado cerámica del neolítico.

Más tarde vendrían los romanos dominando toda la cuenca del Ebro y llegaron hasta lo alto de esta Peña. Que aquí estuvieron no cabe la más mínima duda porque he sacado el enterramiento de un romano junto al actual cementerio tobiano. Se sabe que en Tobía hubo un castillo romano. En otro castillo, también romano, se encontraron lápidas con leyendas, esto lo cuenta el P. Fita. (Tomo L. Pág. 308 y 301 Bol. de la Academia de la Historia)

Cuando los romanos conquistaron este fiero reducto aún vivían en él gentes primitivas. Tomarlo no tuvo que ser nada fácil. ¿Qué hicieron los que venían de la Península itálica al ver aquel poblado y su pila? Ya lo dijimos en su día; escrito está en *El Cisne del Najerilla*, libro dedicado a Villegas en su tercer centenario: Sobre la Peña de Tobía existieron baños romanos. Sabido es cómo en muchos lugares de España hubo termas (baños) que, después, llevaron esa denominación los pueblos cristianos: Baños, Bañuelos, Bañuelo, Bañolas, etc., tal es el caso, entre otros, de Venta de Baños, Baños de Cuntis, Baños de Río Pisuerga, Baños de Cerrato, Baños de Valdearados, Baños de Rioja y Baños de Río Tobía. Al fundarse esta

última localidad cristiana les pareció mejor idea denominarla con el título de aquel alto poblado donde tuvo sus baños el invasor politeísta. No le pusieron Baños del Najerilla que era lo lógico por tener el río a cien metros de la localidad, no, le llamaron sus fundadores, Baños de Río Tobía, por los baños de la Peña, que son los que se ven desde la nueva población, distante seis kilómetros del balneario rocoso. Esta denominación no admite dudas para Baños o para el Bañuelos ribereño.

Cuando se fueron los romanos y comenzó a predicarse la nueva fe por esta cuenca, como ocurrió con los tres discípulos de San Millán: Citonato, Geroncio y Sofronio, que aquí se establecieron, fundando un monasterio en pleno siglo VII. Cuando aquí vivió Santo Domingo de Silos, castigado por el Rey, como diremos más adelante, es curioso saber que estos nuevos cristianos, llenos de fe y de nobles sentimientos —nosotros lo intuimos—, subieron a la Peña, donde estuvo tantos siglos atrás lo pagano, y allí mismo, junto a la pila de sacrificios y de abluciones, hicieron al borde mismo de ella una cruz hendida: la Cruz de Cristo. ¿No fue acaso para purificarla según sus creencias? ¿No era una especie de exorcización?... Esto marca una época más en la cuenca del Najerilla, pero, antes de llegar a ella, sigamos siglo tras siglo avanzando hasta ver cómo discurre el hombre y cómo va creando poblados por la ribera najerillense, que ya es tierra de cultivos y factor de nueva riqueza.

Entre los cráneos hallados en las proximidades del poblado prehistórico de Nájera, vamos a dar las medidas correspondientes al hombre normal de hoy y al de ese cráneo que tiene la frente "huida" y, por tanto, podemos decir, carente de plano frontal, por lo que siendo —lo creemos así— de la época del hombre de Neandderthal, lo denominamos "HOMO NAJERILLENSE".



Foto: Raúl

¿«Homo najerillense»?...
Cerro «La Mota» - Nájera

HOMBRE NORMAL DE HOY		CRANEO PREHISTORICO	
	cm.		cm.
De exterior a exterior en fosas orbitales	13	Idem	10
Ancho arranque hueso nasal	1	"	3
Circunferencia total	58	"	52
Largo total v/vertical ...	21	"	17,5
Arranque de h/nariz a occipital	40	"	31
Esfenoide a esfenoide o (sien a sien)	16	"	12
Temporal a temporal (oído a oído)	33	"	23
Ancho total en vertical ...	18	"	14

El hueso occipital del prehistórico tiene un marcado saliente que no tiene el hombre actual. También están muy marcados los huesos superiores de las fosas orbitales, viéndose como cejas abultadas o mejor dicho: "gruesas arcadas superciliares".

Otros cráneos, hallados en esa misma zona, son cortos y deformes. Uno de ellos excesivamente ancho en la parte parietal, con estrechez delantera y también muy alto en el frontal trasero, que es casi plano. Puede ser un cráneo celta. Estos dos cráneos son posteriores al arriba citado. Como estas cuevas, tienen las mismas características que de Les Eyzies (Grutte Richard), y asentadas sobre el Najerilla, como aquellas lo están sobre el río Vézère, en la Dordogne, ¿por qué negarle que sea de la época Neanderthal, ya que allí se encontró dicho hombre? Pero esto mejor lo han de decir los investigadores cuando llegue su momento oportuno. Nosotros por ahora nos dedicamos a todos los estudios de esta cuenca, y he ahí cómo hemos llegado a éste que puede ser fundamental para la llegada del hombre a nuestra tierra riojana.

La cuenca va siendo poblada

Pasaron siglos y más siglos. Gentes venidas de otros contornos, quizá descendientes de ¿auriñacenses...? ¿solutrenses...? o ¿magdalenienses...?, han arribado a estas orillas y fueron edificando su casa habitación. No han podido subir a lo alto de la Peña porque esa posición, a más de ser estéril, es inútil para tantas gentes, y, porque allí siguen habitando núcleos primitivos, enemigos de los nuevos huéspedes. Por ser extraños a la tierra que han venido a poblar, les conviene estar lejos de aquellos aborígenes aferrados al monte y a las alturas pétreas.

Si los montaraces indo-iberos son de talla corta, de color bastante atezado, de ojos y cabellos negros, los que han llegado son más fuertes que ellos. Tienen la cabeza más redonda; son más altos; de color rubio y de ojos claros.

Los aborígenes demandanienses, o najerillenses, que será más correcto, seguían teniendo su clan inaccesible para cuantos vinieran del río Najerilla, que era zona peligrosa de invasión. Por eso las cavernas estaban todas enfiladas hacia el Norte, que era decir cara al Ebro y, más lejos, el Pirineo. Ya sabían ellos que, al otro lado de aquellas altas cresterías, había gentes de otras razas que se agrupaban en grandes poblaciones. Por eso había que mirar siempre hacia allí y tener vigías frente a los montes Cantábricos y las tierras que después llamarían de Vascones.

El clan del río Tobía comunicó la llegada de estas gen-

tes a los otros clanes amigos, como eran los que habitaban en las cuevas del Najerilla, lado izquierdo, término de An-guiano, hasta más allá del actual pueblo central, donde aún se sigue denominando el poblado, Cuevas.

Unos y otros oteaban desde las peñas, cómo en las rocas arcillosas de Bobadilla, camino de Ledesma, y frente al actual Baños y Mahave, se dedicaban a socavar roca arenisca, haciendo viviendas a semejanza de ellos, pero, en terreno más blando para trabajarlo. Estos nuevos vecinos no eran agresivos: ellos querían situarse en la vega, cerca del río, tanto para pescar con mayor comodidad como para trasladarse por caminos más fáciles. Eran hombres del paleolítico. El esqueleto hallado en la falda, frente a Baños, demuestra un origen algo más lejano que el de Cro-magnon.

Otra tribu muy importante se instaló en la pared más imponente de la cuenca, al mismo borde del río, pero, al otro lado de su margen, en el desafiante promontorio, donde muchos siglos después edificaría un monasterio románico el rey de Navarra don García.

Todo el morro con planos verticales comenzó a ser horadado. Aquello parecían enjambres de personas trabajando por las cornisas, haciendo cuevas y pasadizos. Allí se estaba asentando una población de varios miles de almas. Allí se fundaba una ciudad colgada como una colmena. Allí se radicaba la mayor población de toda esta región. Todos estos clanes eran del mismo período, con la diferencia que existió siempre que, quien vivía cerca del río Ebro, si recibía mayor cultura también estaba expuesto a sufrir invasiones. De todos estos clanes citados: Bobadilla, Baños, Ledesma, Mahave (o Maabe), Camprovín y Nájera, el más rico en hallazgos es Nájera, como lo demuestran las fotografías adjuntas.

Yo calculo que había una población —metida en rocas—

no inferior a tres mil personas. Las cuevas que aún quedan son muchas, pero las que se han perdido fueron diez veces más. Contemplando las paredes en una extensión de casi dos kilómetros, se aprecian desde el suelo hasta lo más alto de la roca fondos de cuevas. Muchas partes de la pared rocosa se han derrumbado, dejando algunos fondos de viviendas. Todo el tramo que va desde la carretera a Santo Domingo, hasta el barranco que conduce hacia Alesanco estuvo horadado. He recorrido y medido todas estas cuevas y es admirable la construcción que les daban. En algunas se comunicaban de una a otra y a otra. Yo supongo que están trabajadas con punzón y que no todas son de la misma época; las hay posteriores imitando a las primitivas. Por una entrada común se pasa a cierta sala y de allí a dos o cuatro habitaciones. De esta última, por un agujero, se asciende a otra estancia de pare-



Interior viviendas primitivas - Nájera

cida compostura. Su altura de techos oscila entre 1,75 y 1,90, lo que quiere decir eran de una talla parecida a la nuestra. Algunos compartimientos tienen en las paredes hendiduras como para poner puerta, bien que fuera de palos, tablas o cueros, pero puerta al fin. Dentro de ciertas habitaciones también hay hendiduras y divisiones. Quizá para separación de unos y otros. Quizá para despensas... Quizá para encerrar a gente castigada... No faltan trazos en los techos, destacando la cabeza de un caballo.

La panorámica que se divisa desde estas cuevas es extraordinaria. Toda la falda del montículo es un continuo yacimiento de huesos, cenizas, cerámica hecha sin torno, cuernos, etc. Sobre los cerros que guardan por el Oeste a Nájera está bien determinado el calendario de la evolución del hombre, con su arte y con toda la historia que llega hasta nuestros días. Por las gargantas que conducen a Cárdenas, Alesarico o Cordovín, también subían algunas cuevas de éstas, que son exactas a las conocidas en la roca de Les Eyxies (Dordña): época paleolítica.

Toda esta población que vivía en este núcleo rupestre, estaba bien defendida porque, en principio, si se venía del este, había que vadear el río, en aquel tiempo nada fácil por el caudal de agua que llevaba. Por el Norte está, no muy distante, el Ebro. Donde quedaba un pequeño barranco o portillo libre, hemos visto que, incluso, habían levantado pared para cercar más toda aquella ciudadela. De no ser bloqueados por la espalda, imposible pretender conquistar ese terreno, si no venía un poderoso ejército para que se rindieran por hambre. El grave, el terrible inconveniente que tenían todas estas viviendas colgantes, tanto que fuesen sobre el Najerilla como sobre el Cidacos —donde mucho abundan también, aunque no las hemos visitado— es el reducido espacio para sus movimientos exteriores. Eran pasadizos más propios para gatos

que de humanos. Difícil sería cruzarse en plena cornisa, o tener enemistades y encontrarse sobre la escarpa... Un pequeño movimiento y diez... veinte o cuarenta metros de vacío... ¡Mala cosa tenerse ojeriza entre los vecinos o parientes de tribu!... ¡Mala coincidencia cruzarse llevando a la espalda una gavilla de leña o tratando de salir para pescar!... El vacío da vértigo, por más que lo suaviza un hermoso río que corretea lamiendo los pies de la montaña.

Curiosas son también las Siete Cuevas en las que se pasa de una a otra por un agujero. Estas miran al sureste y están mucho más bajas que las aquí presentadas en fotografía. En una de ellas, hay una leyenda, que, en su día, puede llamar a confusión. Los italianos, en nuestra guerra del 36-39, dejaron allí recuerdo de su paso. ¡Cuántas etapas de nuestra historia no han vivido las cuevas de Nájera! Así llama a confusión y hay quien las titula de eremitas, en pleno siglo VII, como se han llamado hasta no hace mucho "de los moros". Si la leyenda citada permanece unos siglos, alguien puede decir que allí está marcado el paso de los romanos por "Las Siete Cuevas"... cuando, la verdad, es que fueron Camisas Negras en época de Mussolini.

La defensa y cuidado del mejor núcleo de las cuevas ha caído bajo nuestra guardia, y habiendo formado la Asociación Amigos de la Historia Najerillense, de ellas haremos museo y motivo de orgullo para Nájera y su provincia. Las cuevas serán anticipo de visita a Santa María la Real. Existe el proyecto de declararlas Monumento Histórico y Artístico Nacional. Si tal se logra, Nájera tendrá dos monumentos nacionales, y no ha sido poca cosa que ello haya nacido a raíz de haber escrito este libro que hoy pongo en tus manos.

La cerámica que hemos hallado junto a las cuevas, o tras de ellas en un barranco que desciende, cabe la falda del castillo por el Sur, es netamente del paleolítico. También lo

son las herramientas allí encontradas: hacha de piedra, y piedra de corte. Esta cerámica es la característica hecha sin torno, estirando el barro de dentro hacia fuera, haciéndole pasar entre los dedos que lo van adelgazando.

Cerca de Nájera he hallado, hace veinte años, una valiosa estación para investigar todo el proceso cultural en la cerámica. Estación que sigue estando virgen de una excavación programada por las autoridades provinciales. Lo he dicho en varios artículos: en dicho montículo hay toda una trayectoria que abarca las más diversas épocas y que tiene, además, todas las características del túmulo dolménico. No extraña la proporción del cerro sabiendo que el túmulo de Saint Michel, en Bretaña, tiene 115 metros de longitud por 58 de anchura. En el túmulo de Entrena —y no seré yo quien le diga túmulo con certeza— se practicaba el culto a los muertos, como lo demostraré más adelante. Este cerro está enclavado entre Navarrete y Entrena (término Los Alisos, junto a la ermita de Santa Ana), a cuyos bordes de la población corría la calzada romana que, viniendo desde Roma, pasaba por Tarraco, Cesaraugusta, Calagurris, Vareia, para llegar a este poblado y seguir por Manjarrés a Tritium. De Tritium Megalón salían dos vías: una hacia Briviesca (Virobesca) y la otra, por la margen derecha del Najerilla, cruzado el río, pasado Bobadilla (donde existe aún la maravilla de un puente romano poco conocido en la provincia). De allí, por Cuevas hasta Canales, donde también existía una ciudad Ibera

En el cerro citado de Entrena (o cerro de Santa Ana), hay cueva prehistórica, porque lo denunció un agujero que hice en la meseta y no hallaba fin por más que metía larga barra. Bajo la meseta hay una gran oquedad, no cabe dudar. En mis frecuentes investigaciones sobre ese terreno hallé fragmentos de cerámica que, una vez armados, dieron un objeto curiosísimo, que yo diría es el anticipo del botijo de

dos pitorros y asa. La metamorfosis del barril se inicia en este cacharro rústico construido sin torno. Que es el inicio de un barril lo demuestra el tener junto a la boca una especie de chorro para beber al alto, pero, ilógicamente este chorro tenía que estar colocado al revés, ya que lo estrecho de él está en la parte alta, y además, ¿qué sentido tiene tener este vertedero si está junto a una boca que facilita el beber directamente?... Este jarrón-botijo ha de tener, fijándonos en las investigaciones, unos seis mil años. La decoración es sencilla, rústica, plenamente neolítica: líneas paralelas muy mal trazadas porque no tiene esfericidad perfecta al estar hecho a mano, sin torno. Otras líneas sinuosas y el asa también con hendiduras producidas por un palillo u objeto punzante cuando el cacharro estaba tierno. Ya hemos dicho la procedencia de este hallazgo y de otros que tenemos del mismo yacimiento. En Nájera, bajo el terreno del cerro, también salen objetos de esta época y asas de la misma cerámica.

Todos los habitantes de las cuevas del río Najerilla, cuyas viviendas ya hemos dicho que estaban socavadas en los grandes paredones por donde discurre el río, se comunicaban unos a otros mediante humo, tantanes o gritos de auxilio. Desde Nájera hasta Anguiano está todo perfectamente situado —y son 20 kilómetros—, saltando de una margen a la otra para hacer saber la noticia en cosa de minutos.

¿Cuánto tiempo vivieron en estas condiciones? No lo sabemos, pero sí podemos asegurar que fue menor al transcurrido entre la llegada de los indígenas a la Peña rocosa y el arribo de los corpulentos rubios extranjeros que, un día, pasaron los Pirineos buscando mejor clima, más abundante caza, más paz o, mejor terreno que dominar.

Ya hemos dicho que no se entregaban tan fácil los primitivos que seguían en el castillo roquero. Hay que suponer que les costó mucho bajar al llano y convivir con quienes parecían invasores de su terreno.

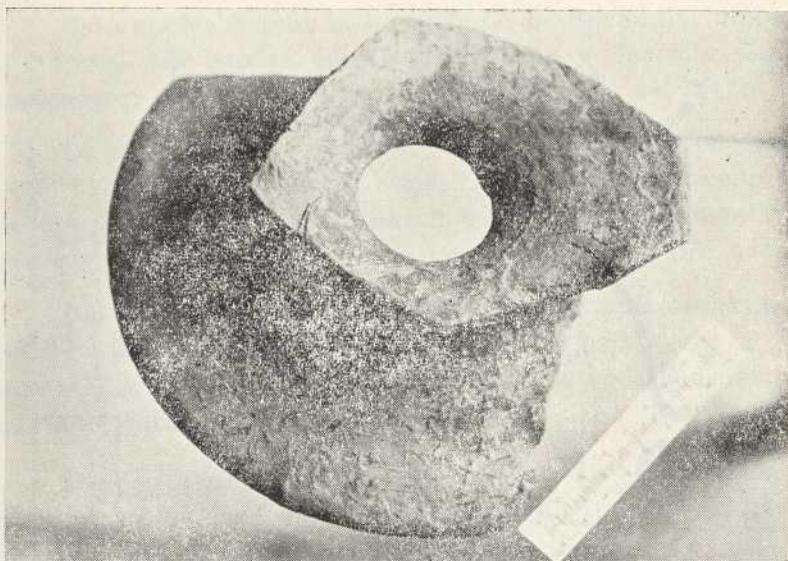
Siglos después vieron sus descendientes cómo otros pueblos se formaban en las laderas de Nájera, cerca del cauce del río, pero, ahora ya no eran cuevas como las de sus antepasados. Estos nuevos pobladores comenzaban a edificar en llano, socavando las habitaciones y ponían techos artificiales. Estos habitantes, más sociables, llevaban ropas cubriendo sus cuerpos en vez de cueros, y, hasta trabajaban el barro.

También tenían animales junto a ellos y de ellos se servían para viajes y labores. Son pueblos de raza y costumbres idénticas a los numantinos. Numancia quedaba a unas decenas de leguas más al sur, y quizá, de ellos, sabían sus quehaceres que aquí habían instaurado, o aquéllos de éstos. ¡Vaya usted a saber!...

En este pueblo —entre Bobadilla y Baños—, jamás estuvieron los romanos. En Nájera hemos encontrado muy poca sigillata, la que hay quizá fuera llevada de Tricio, donde mucho abunda, así como en Manjarrés y en el poblado camino a Cordovín.

Los pobladores de la inicial Bobadilla habían traído un despertar a toda la cuenca, pero, aún estamos en aquel poblado de la zona baja al que no hay otro remedio que llamarle Nájera. ¿Qué otra denominación podemos darle si no la sabemos?... Quince denominaciones tuvo Nájera, y es atrevido darle uno de sus primeros nombres, porque nos aventuraríamos y podíamos equivocarnos la titulación, aunque quizá los más apropiados fuesen Garusia, Senona y hasta Tenara. Claro que todo esto ya es dentro del período Ibero, habiéndole dado fin a lo prehistórico.

¿Ibero?... Desde luego. ¿Nombre de la zona o región?... También lo ignoramos y no queremos darle aún el de berones; de esto ya hablaremos más adelante. Ahora vamos a iniciar nuestro estudio de la cuenca en un poblado que ha salido recientemente a luz y de cuya existencia damos una amplia documentación fotográfica.



¿Carrete?... Cerámica ibera - Manjarrés



Cerámica ibera - Manjarrés

Este pueblo estaba a la entrada de Bobadilla, viniendo de Nájera. Allí habían construido alfares y depósito de alimentos para animales y personas. Era la edad del hierro.

La comunicación hasta él venía de tierras más bajas, por el camino que bordea el Najerilla en su lado derecho. Todas las vías, desde los tiempos iberos hasta el momento actual, las vamos a trazar en cuanto respecta a nuestra cuenca.

Del Este traían al poblado vasijas mejor trabajadas: copas y jarrones elaborados con mayor gusto, pero lo fundamental aparecido son grandes recipientes para guardar grasas, vino, cereales, etc.

Tiempo después hicieron los telares, de cuya existencia también damos pruebas. En este pueblo, como en Nájera y Manjarrés, hacían unos ladrillos que han de ser aquellos de los que se admiró Plinio y Strabón.

He hallado algunas piezas en el poblado de Bobadilla y tengo también dos muy curiosos de Manjarrés (el Manjarrés Ibero). De ellos dijo Plinio: "hacen ladrillos que, ya secos, flotan en el agua; su materia es una piedra porosa, excelente cuando se le puede amasar".

No son secos, sino cocidos. Tienen un color oro viejo y el que floten lo atribuyo a que están hechos con mucha paja, y quizá, acaso, con excrementos de animales y alguna arena porosa, como dice Plinio. Al llevar tanta paja, cuando se cuece deja grandes vacíos internos que le permiten la flotación. Yo tengo algunas muestras, pero, la verdad, no flotan, aunque sí son muy livianos. Son del tamaño del adobe habitual. Quizá el menos pesado es uno muy recocado color negro.

Quienes tenían fama de expertos salieron un día recorriendo la frondosidad de la selva que nacía en los mismos bordes del poblado para buscar lo que ya tenían en otras lati-

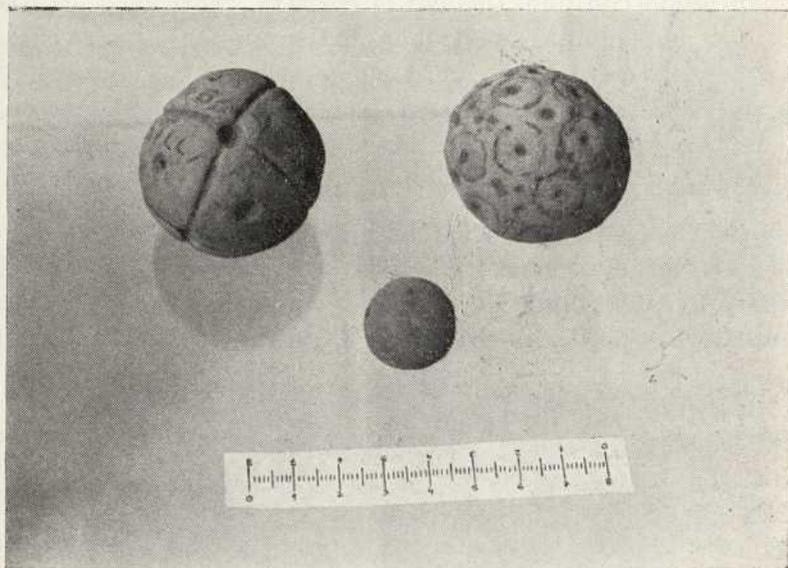
tudes: hierro, tierra ferrosa. Subieron por el pie de la gigantesca Peña y, sin mucho trabajo, lo hallaron en diversos puntos. ¡Había empezado en la cuenca del Najerilla la era del hierro al igual que la del bronce! Aquí tenían leña para fundirlo y tenían arcilla para construir hornos.

De ello dan testimonio gráfico unas fotografías.



Troncos de copas iberas - Bobadilla

No extraña a nadie que aquí nació la nueva fundición de hierro. Los montes de Tobía y Villaverde son ricos en este mineral. La historia del hierro en esta cuenca se pierde en la bruma de la eternidad. Aún existe una "ferrería" a dos kilómetros del pueblo, río arriba, cuya inicial construcción quizá sea de la época que estamos tratando, para seguir después siendo factoría romana. En el monte están las minas de donde lo extraían. Son varias épocas las que se ha puesto en marcha esa fundición de hierro en la zona tobiana, la última



Bolitas de barro cocido trabajado (ibero) - Bobadilla

en el siglo XIX, cuyos dueños, alguno de procedencia extranjera, se arruinaron en la empresa.

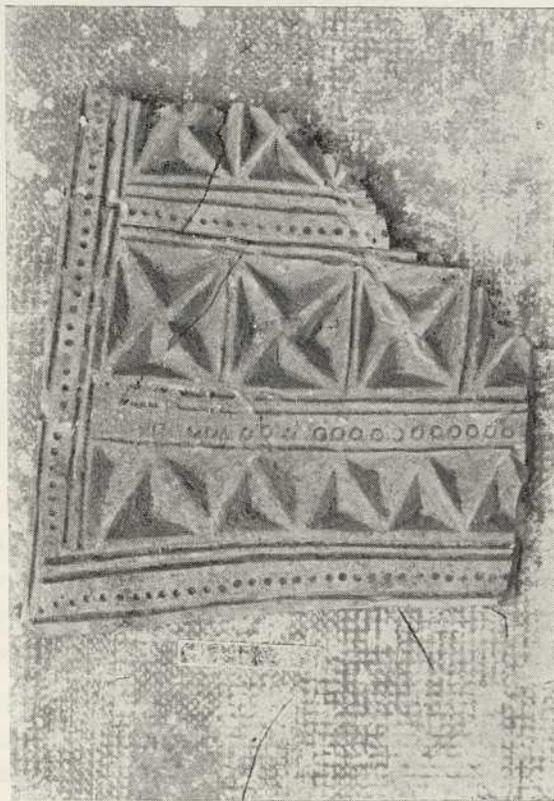
¿De dónde habían salido aquellos pobladores de la ribera najerillense que ya sabían hacer labores de arte? Sabiendo que mil años antes de Jesucristo ya estaban en España los celtas, que vinieron invadiendo la Península por el Norte, casi no cabe otro juicio que más se aproxime a la realidad. Los pobladores asentados junto al río podían ser emigrantes —en éxodo— que habían salido de la antigua Bélgica. Pasados los Pirineos, algunos quedaron en el Najerilla, otros siguieron adelante hasta las costas de Galicia.

Ellos trajeron, como hemos dicho, nuevo despertar y, con él, una mejor explotación del campo y la ganadería.

Ya tenían para acribar el cedazo y el tamiz, que lo

hacían tejido con lino. Usaban la cerveza, “cervesia” dice Plinio. Con la espuma suavizaban las mujeres el cutis facial. Quiere decir que ya existía la coquetería en las damas... Plinio sigue diciendo: “Sirven en los convites alegres una bebida de cien hierbas a la que añaden vino mielado, bebida que se tiene por muy agradable”.

Parece ser que estos habitantes, ya residentes en la que más tarde se llamaría Rioja, denominación que se cita como proveniente del Río Oja, que, en lógica contracción —en el medievo— perdería una O, para quedar en RIOJA, aunque



Plancha de cerámica excisa ibera - Bobadilla

también se cita “errioksa”, palabra ésta que significa tierra fría. De todos modos, diremos que Rioja es palabra muy cómoda y hermosa para denominar nuestra región. Palabra que debería mantenerse firme denominando a toda la provincia por tal nombre y dejándole a Logroño sólo el trisílabo, a mi entender tan poco favorecedor. Sin ánimo de ofender a nadie, Logroño es la palabra que menos me agrada de las que tiene nuestra provincia. Resulta fea y en las más de las veces sólo sirve para tomadura de pelo... Quien ha estado fuera de España la mitad de su vida, como hemos hecho nosotros, sabemos cuánto da de sí esa palabra y qué gracia y vanidad pone el riojano cuando, si le preguntan de dónde es, prefiere decir Rioja y no Logroño. La Rioja es mundialmente conocida. Logroño no lo será tan fácil. Hay vocablos que perjudican a una ciudad o a una provincia, y Logroño tiene esas tres oes que le restan dulzura en la dicción, ya que es la peor vocal para repetirla. Si a esto añadimos que en Europa no se pronuncia la ñ, nos daremos cuenta del problema de ellos para decir Logroño y la facilidad que lleva en sí RIOJA. Ya, con España, tienen que decir: “Spain”, “Espagne” o “Spagna”. ¿Por qué complicarles más aún con una eñe entre vocales o?... No facilita nada para el Mercado Común, esa es la verdad, aunque a muchos les extrañe ésta mi opinión.

Los habitantes de esta zona, y estamos hablando de Bobadilla, tenían las tumbas dentro de la misma casa, apenas sin espacio libre entre habitaciones. El poblado ocupaba una amplia meseta, llegando hasta el mismo borde del río, que es un precipicio.

Se sabe, porque lo ha dejado escrito Plinio, que las cosechas de cereales, las pocas cosechas que conseguían —y esto lo aplicamos para todos los iberos—, claro está, las conservaban en hoyos, a los que ya llamaban silos. Los cavaban en terreno seco y les hacían un techo de paja. Las más de las veces lo conservaban con la espiga, porque era de mejor re-

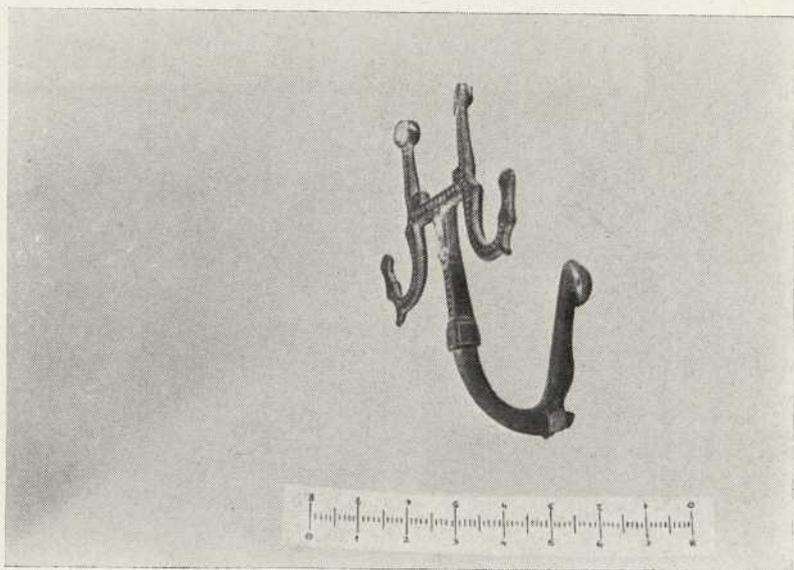
sultado. En la excavación de los nuevos depósitos de agua para el abastecimiento de Nájera (1972) —donde existió una antiquísima población—, los albañiles han sacado espigas de cebada en un pequeño foso a dos metros de la superficie, espigas procedentes de aquella tribu. Lástima grande que yo estuve un mes después de haberlas tirado; de no ser así tendríamos un testimonio eficiente de aquella producción. De ese mismo agujero tengo trozos de madera y cenizas.

Los iberos sabían que el trigo guardado así podía conservarse más de 50 años —esa era su estimación—. También guardaban el mijo, durante más de cien años si era preciso. Las habas y las legumbres las metían en tinajas llenas de aceite, cubiertas de paja las bocas, así se mantenían en perfecto estado durante muchos años, en caso de sufrir asedio. Dato curioso de mencionar —porque lo dice Strabón— es que los hombres de Cantabria tenían por costumbre, después del parto de la mujer, echarse en la cama para ser cuidados por la parturienta. Esto aún se hace en ciertas zonas de Africa. Y sigue diciendo Strabón: Los hombres llevaban brazaletes de oro llamados “viriolae”. en la céltica y celtiberia”.

Ahora tomamos datos de Plinio: “Hay paredes llamadas de molde porque se hacían vaciando el barro entre dos tablas, las cuales paredes duran siglos por ser inmunes a la lluvia, al viento y al fuego. En Hispania aún están a la vista las atalayas de Hannibal y las torres de barro alzadas en lo alto de las montañas. También de esta naturaleza son los parapetos que se levantan para fortificar los campamentos y los diques que se oponen a la impetuosidad de los ríos”. Esta edificación ha seguido desde aquella lejana época y ha llegado hasta no hace muchos tiempos en esta zona. Sobre el molde que nos dice Plinio, pueden verse en Matute algunas paredes que tienen cientos de años y se conservan perfectamente. Se ve que están,

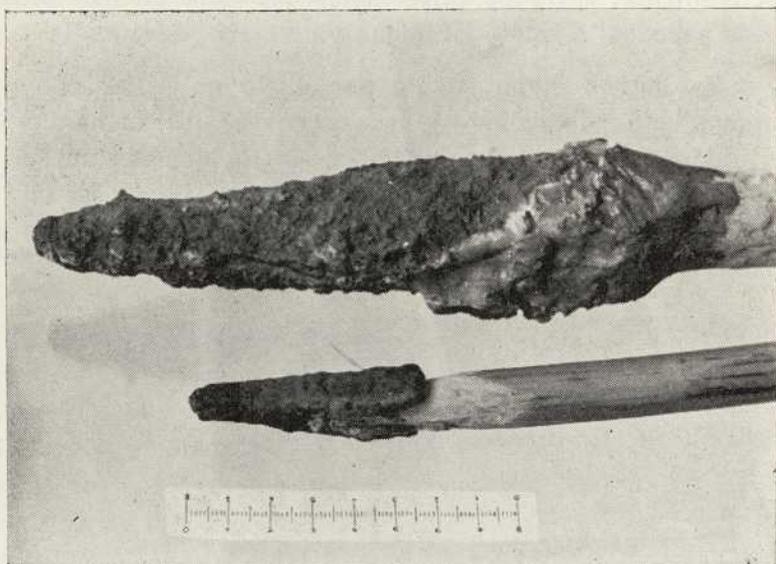
efectivamente, vaciadas entre tablas. En estos pueblos llaman a esas paredes: Tapión. El adobe vino siglos después.

Ya hemos dicho cuánto nos duele no saber cómo se llamaba esta población —y todas cuantas iberas hemos encontrado en la cuenca najerillense—. ¿Balsio, Ocelum?... Su emplazamiento estaba a 12 kilómetros de Nájera y en ella se trabajaba hierro, como hemos señalado. Tenemos como demostración algunos trabajos de su producción:



Adorno femenino ibero - Bobadilla

Dos regatones o puntas de lanza. Una especie de macheta, quizá, aunque más tosca la primitiva "falcata"... Curioso ha sido el hallazgo de un objeto de bronce que tanto pudo ser para conservar prendas y adornos femeninos en el hogar como para llevarlo sobre la frente y colgar un velo que les tapaba el rostro cuando se cruzaban con un hombre. Y, una pulsera de niña, con doble cabeza de serpiente. Hierros



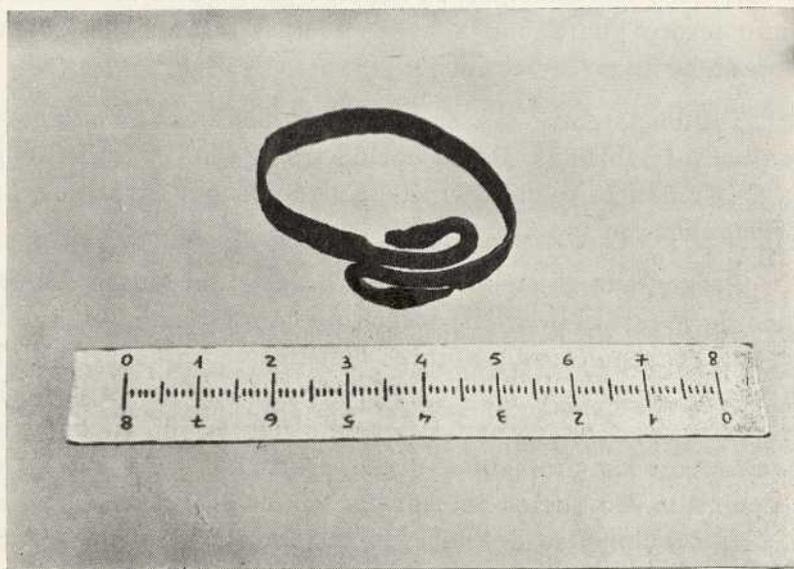
Regatones iberos - Bobadilla

como clavos y otros elementos sin determinar, todos hechos con bronce. También han aparecido huesos de animales enormes y grandes tabas. Cuernos de ternero, ciervo, corzo y cabra. Colmillos de jabalí y grandes molares de animales ruminantes. Los yacimientos de animales y de humanos salen juntos.

La cerámica encontrada en Bobadilla es auténticamente ibera —o celtíbera— tanto en forma como en procedimiento. Todas ellas son de grandes tamaños, como hemos dicho. Diversas formas de bocas o barreños. También hemos sacado troncos de copas lisas y otras en forma de huso, exactos a los de Numancia (Museo Numantino, Soria). Estas copas como las llamadas “numantinas” eran más bajas de tronco que las de Numancia, pero idénticas en torneado.

El destrozo efectuado en la finca donde estaba el poblado es enorme

¡Qué gran fortuna de objetos machacados por las palas mecánicas para hacer buen nivel de la finca inclinada! Y ha sido todo en el 1972. Para cuando me di cuenta ya estaba todo triturado. Me denunció el yacimiento ver unas piedras de molino que sacaron a la cuneta de la carretera. ¡Más de veinte, completos, he llevado a mi finca! Entre lo que he logrado salvar está lo siguiente: bloques de barro cocido, perforado en varios puntos, que se denominan "pesas", pesas para telares. Los unos cónicos, los otros cuadrados. Unos ladrillos y planchas labrados con triángulos rebajados, que son algo similar a lo mudéjar. Estos ladrillos son originalísimos. Buscando datos para su mejor calificación me he puesto en contacto con don Martín Almagro, Director del Museo Arqueológico Nacional



Pulsera para niña, dos cabezas de serpiente - Bobadilla

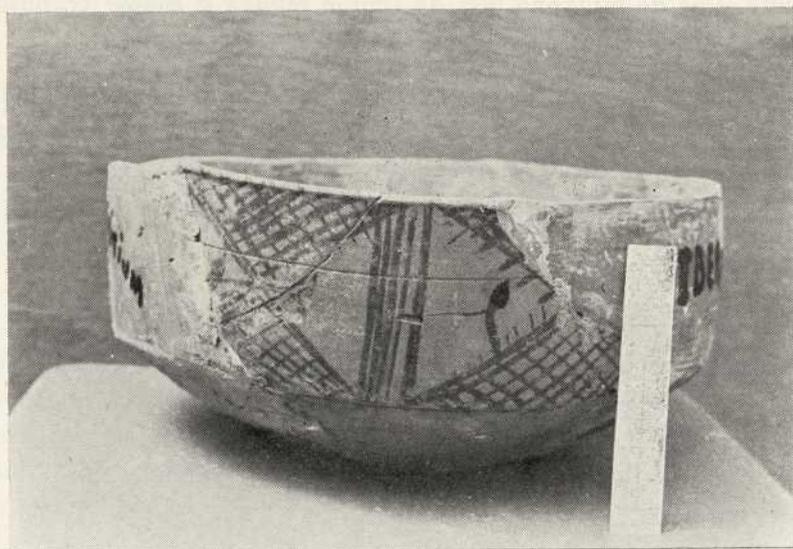
de Madrid, y me dice que, por los dibujos que le adjunto en mi carta, se trata de "la cerámica decorada excisa, a la que yo dediqué un minucioso trabajo y he tratado de ella en varias ocasiones. Uno de ellos parece una cajita como las que aparecieron en La Joya de La Guardia. No puedo orientarle más sin ver los objetos".

El mérito de este yacimiento está acreditado por una personalidad tan reconocida en los terrenos de la arqueología como es don Martín Almagro. Los ladrillos son, efectivamente, cerámica excisa. Es decir, trabajados con un cuchillo haciendo triángulo tras triángulo de fuera hacia dentro. Y están hechos con una perfección que maravilla.

Uno de ellos tiene tres caras y las tres son distintas. Puede ser lo que dice el señor Almagro: trabajados para hacer una cajita que, quizá, tenía dentro un tesoro. Baste conocer el Museo Arqueológico de Madrid para tener una idea de cuánto tesoro guardaban aquellos iberos, tesoros que se han ignorado hasta no hace mucho.

También, entre los hallazgos de cerámica, he logrado unas bolitas labradas. Barro cocido trabajado. De éstas tengo una de Numancia y, del cerro de Entrena saqué otras dos. Las de Bobadilla son superiores.

Preguntado su significado al Director del Museo Arqueológico de Madrid, dice: "Aparecen indistintamente, lisas o decoradas, en sepulturas y ajuares dispersos o en hogares. Existen varias teorías, si bien ningún especialista en la materia, por representar un campo de estudio demasiado reducido en relación con los problemas que representan esas épocas en la Península. Se suelen interpretar como proyectiles de honda, como recipientes de calor, lo que explicaría su presencia en los hogares, o bien como objetos de significación religiosa. Lo cierto es que no podemos llegar, al menos por el momento,



Composición cuenco ibero - Tricio

a una tesis satisfactoria. Aparecen en toda el área vaccea, hasta Palencia y Valladolid, siempre sin mostrar diferencias apreciables entre sí”.

Yo me inclino por la última suposición: objetos de significación religiosa. Donde las he hallado han salido huesos humanos.

De las tres diferentes bolitas damos un detalle gráfico. Las más curiosas son las de Bobadilla. Grabadas con puntos y rayas circulares como si se tratase de paralelos y meridianos, y otra con puntos, rodeando cada punto una pequeña circunferencia.

Los molinos hallados son idénticos a los numantinos. Su misma factura, los mismos agujeros en la piedra superior, quizá para hacerle girar más fácil, ayudando al que molía la

bellota. Los de Eutrena son de mejor piedra y mejor trabajos; los de Bobadilla, más rústicos.

Es curioso que, bajo esta finca de Bobadilla, la tradición dice que a una heredad junto al río se le llama "La del caballo del Rey". ¿Rey Godo?... ¿Rey Navarro?... ¿Castellano?... Otra incógnita que dejamos sobre esta cuenca llena de fama y de leyenda.



Cerámica «Terra Sigillata» - Tricio

Cerámica neolítica

En varios puntos de la cuenca he hallado cerámica del neolítico. Ya lo hemos dicho anteriormente que en el poblado asentado sobre el cerro en el que se edificó el castillo medieval de Nájera existen fragmentos de cerámica neolítica: cacharros de barro fabricados a mano cuando aún estaba lejos de conocerse el torno. Pero, aunque nos salgamos de esta cuenca unos pocos kilómetros camino de Navarrete, vamos a situarnos por un breve tiempo en el enclave prehistórico de Santa Ana (Entrena). —Atiliana en los romanos. Entelena en el siglo XI—. Y nos trasladamos allí porque hace veinte años que buscando las edificaciones (algunas de cuyas paredes ya he dejado en parte descubiertas) hallé unos pedazos que, unidos, dieron el jarrón-botijo de que hemos hablado en el anterior capítulo. Ya hemos dado también las características: barro estirado entre los dedos, deforme por fuera y por dentro. Asas punteadas con objetos de hierro o de madera, y líneas circulares adornando el objeto. Estas mismas cerámicas aparecen en Nájera, con lo cual, una vez más, decimos el origen remotísimo, prehistórico de Nájera, y también las he sacado del aljibe que tuvo el poblado primitivo en la Peña de Tobía. Pedazos tengo del aljibe y de la "pila de sacrificios". Al poblado de la Peña llegó desde Entrena, en cuyos terrenos, camino de Lardero, he hallado gran cantidad de esta cerámica y el emplazamiento de los hornos.

Pero vamos a seguir en el montículo de Santa Ana, don-

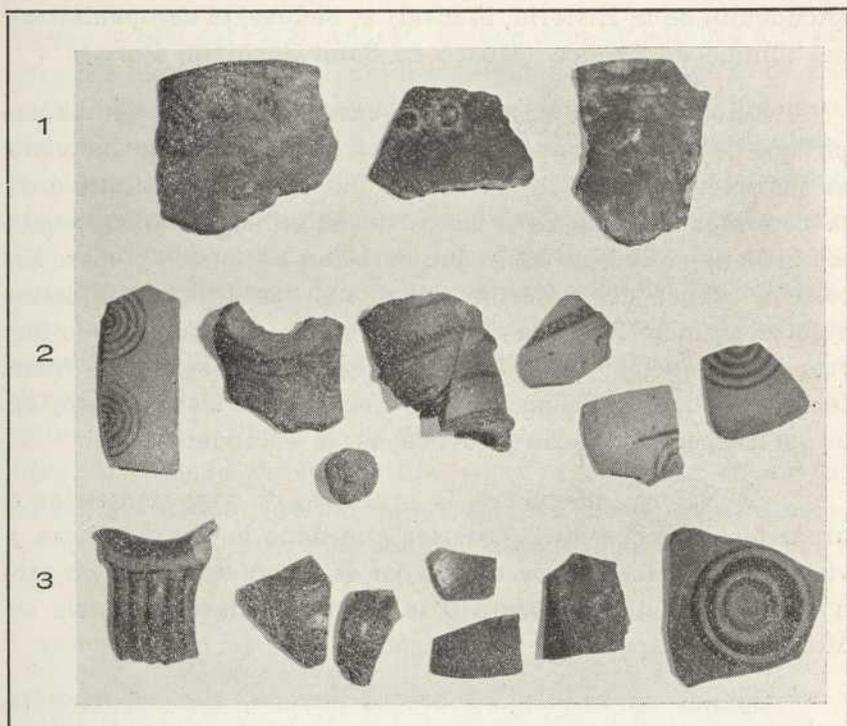
de hay toda una evolución en cerámica de admirable trayectoria, tanto, como si fuese un libro abierto en el que los pedazos de arcilla cocidos nos van señalando períodos del desvivir humano sin el más mínimo error.

Allí está la población prehistórica. Allí, después, lo ibero. Allí la destrucción de los romanos, igual que Numancia. Allí Atilia o Atiliana, familia importante con ramificación en el Tritium Megalón. Allí el establecimiento del poderío romano y el paso de la calzada —por las barbas de la población— para seguir después por el Portillo de los Ladrones, cayendo en los Corcuetos y, por ellos hasta Tritium, dejando atrás Manjarrés. En Atiliana estuvo Antonio Pío en su viaje conociendo Iberia. De este poblado tengo un excelente trozo de vaso campaniforme.

Todo está por este buceador denunciado en periódicos y revistas. Aún están por decidirse las autoridades y enviar allí a gentes que se preocupen por sacar lo enterrado, como si nuestra tierra estuviese tan llena de obras históricas que no necesitamos una estación que podía ser decisiva para el turismo y el bienestar de la zona.

Pero vayamos por partes. De ese montículo —también esto ha salido en La Mota pero no tan perfecto—, de ese montículo tengo unos pedazos de cuenco que son de gran valor histórico. Fragmentos negros, aparentemente de arcilla refractaria. Algunos trozos tienen abultamientos en forma de pezones —que son clara alusión a los ídolos del neolítico—, tanto que fuesen representación de varón como de hembra.

Otro fragmento tiene forma de abanico. Estos objetos, se ha dicho por historiadores y arqueólogos bien informados, como es José Pijoan, que eran utensilios funerarios. Ellos bajaban a la sepultura junto con el cadáver y contenían alimentos para el largo viaje...



Tres épocas distintas en cerámica, halladas por el autor en el cerro de Santa Ana.

- 1.—Cerámica neolítica: Negra, tosca con abultamientos.
- 2.—Cerámica ibera: Barro muy fino. Dibujos geométricos pintados en negro.
- 3.—Cerámica romana: «Terra Sigillata». Utilizada para el hogar en Atiliana, residencia que fue de Antonino Pío y cuyo emplazamiento hasta hoy era desconocido.

Se supone que el hombre del neolítico imitó con formas arcillosas cocidas los objetos que tenía en uso, bien que fuesen de madera o de fibras. Así se ha dicho que la inicial cerámica carecía de asas y tal lo parece, a juzgar por los vasos de Los Millares (Almería), y los primitivos de Ciempozuelos

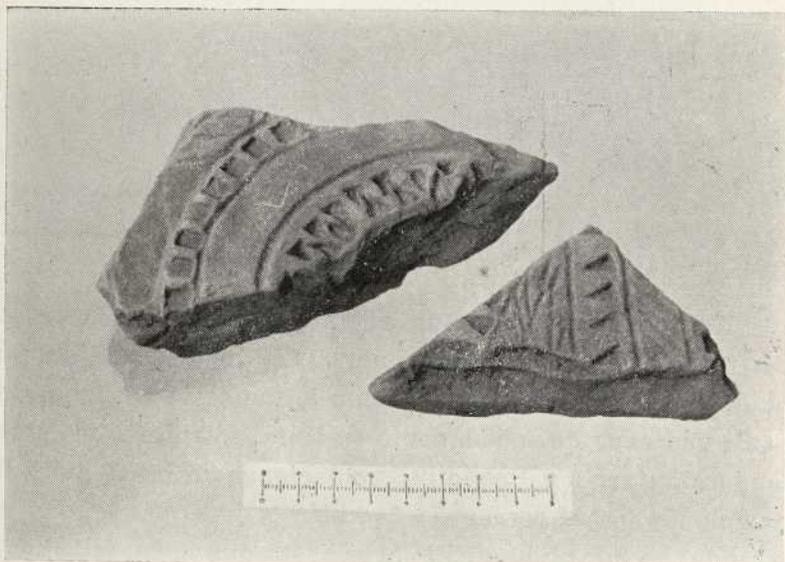
(Academia de la Historia, Madrid) e, incluso, el campaniforme del túmulo de Crugón (Museo de Saint-Germain, París).

Esto, en lo que respecta a nuestra cuenca, podemos decir que lo inicial comenzó aquí con asas, como se ha visto en las fotografías de los jarrones, que es lo más primitivo de la cerámica riojana. Otro contraste hallamos también, según los investigadores, al decir que carecían de fondos planos. En toda la cuenca del Najerilla tienen sus bases planas aquellos objetos prehistóricos que hemos logrado sacar, aun siendo iberos. Dicen que, como eran para colgar, no necesitaban mantenerse en pie, y de ahí que no necesitaban bases. Esto, en lo que respecta a nuestra cuenca, no lo entendemos así.

En Nájera, además de la primitiva de asas punteadas o arañadas, aparece otra posterior que tiene hermosas bocas y vientres redondeados, pero, ésta ya está confeccionada en torno. Mucha de ella es oscura y se halla con más frecuencia en Malpica. Se supone que es visigótica.

Cuando se investiga sobre el terreno, una sorpresa te lleva a otra y todo se va quedando a descubierto como libro abierto. Esta investigación sobre el terreno de Tricio, me ha llevado a ir más allá de lo romano, y ahora, al igual que en Nájera, podemos decir, asegurar que Tritium no es romano, y que el Tritium Megalon romano fue edificado sobre una población ibera, como en el caso de Santa Ana —o Atiliana—, por ellos destruida, arrasada. De que tal ciudad ibera existió lo demuestra un cuenco ibero restaurado, siglo VI antes de Cristo, y algunas pesas de telares halladas en sus campos. Una noticia más para determinar la importancia de lo ibero en esta cuenca. Aquí lo ibero no fue pequeña cosa y hubo grandes poblaciones en estas lomas y montículos circulares como lo estamos denunciando. Otro yacimiento ibero está al lado del actual Manjarrés, tras de sus corrales y, junto a la calzada, en el

mismo bordel del río S. Andrés, río que debe su nombre a la ermita pre-ibérica. Yacimiento ibero, igual en cerámica al de Bobadilla, en el que aparecen grandes tinajas, enormes, gigantes, de las que hay pruebas en mi poder. Alguna tierra sigillata, muy poca, quizá traída del Tritium romano. De esta cerámica nos ocuparemos en espacio aparte. También de Manjarrés tenemos una bonita piedra labrada, al parecer de celosía, pero no aventuramos juicio de época, aunque bien pudiera ser romana. Está labrada por ambos lados y quizá fuese de un templo, ¿el que estuvo en Tritium, dedicado a Júpiter?... De allí he sacado algunos bloquecitos de los utilizados para pesas; ladrillos flotantes que dijo Plinio y, lo más importante: una mascarilla ibera. Un molde de mascarilla —que, restaurada en su totalidad y vaciada, me ha dado esta cara ibera, cuyas facciones en rictus de dolor y genialidad de ojos son de gran curiosidad artística.



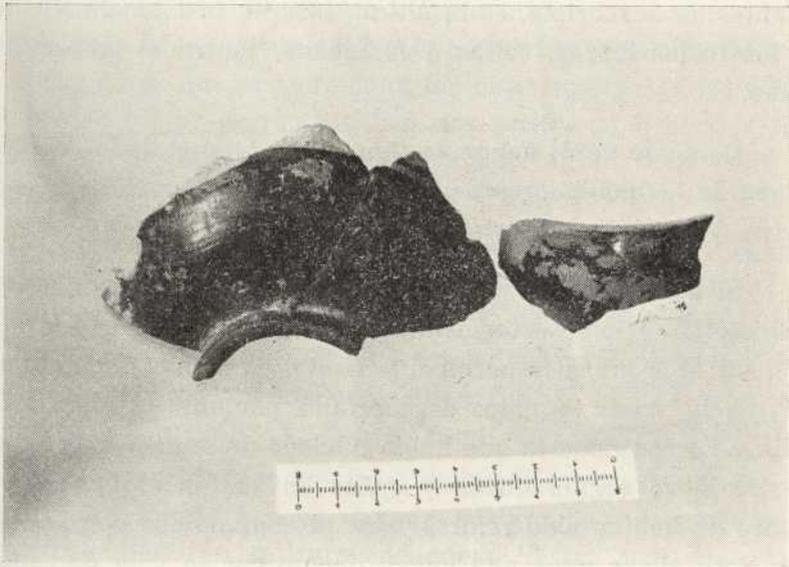
Cerámica excisa ibera - Bobadilla



Composición de máscara ibera - Manjarrés

No cabe duda que toda esta cuenca tuvo que ofrecerle gran resistencia al invasor romano. Lo demuestran los pueblos desaparecidos, quemados como lo fue el de Entrena, donde sale una capa de ceniza como en Numancia. Lo sigue atestiguando Manjarrés y Bobadilla, poblaciones donde lo ibero fue exterminado por el romano, y también Nájera, donde, una vez destruida, ya no volvió a edificarse hasta que llegó, felizmente, el dominio de Navarra en esta cuenca.

IV En el montículo najerense hemos hallado una prueba más de sus objetos y armas en uso. Tenemos un cuchillo primitivo que ha sido desenterrado a dos metros, junto a los nuevos depósitos del agua. Este es un puñal del neolítico que viene a sumarse a los hallazgos de interés para esta región que nos ocupamos y de la que tenemos formado un pequeño museo que acrecentará cada día más los valores que marcaron una época inicial dentro del arte y la convivencia najerillense.



Cerámica campaneiforme - Cerro de Santa Ana - Entrena

La Guerra Cántabro-Astur

La Guerra Cántabro-Astur, que va desde los años 29 al 19 antes de Jesucristo, es la última fase de resistencia heroica de las tribus iberas, celtas o cántabras, contra el invasor romano.

Como se verá, nunca se tiene seguridad cuando decimos origen de los pobladores dentro de aquella época. Existe vacilación, y es lógica en esta zona.

Si nos fundamos en la mayor antigüedad —salvando lo prehistórico—, bien estaría llamarlas iberas, pero, como también sufrió la invasión nórdica, y de ello ya hemos dado alguna referencia, no es tampoco desacertado, por una vez, llamarles celtas. Yo reconocería que había núcleos de ambas razas, porque lo ibero seguía dueño y señor en sus montañas, y sus clanes no habían sido reintegrados ni confundidos con los celtas. Pero ahora nace una nueva denominación y la dan nada menos que los cronistas romanos: los cántabros. Si obedecemos como es de rigor, a los historiadores de aquellos hechos: Plinio, Mela y Strabón, vamos a llamarles ahora cántabros.

Poco se conoce de los detalles militares que allí se utilizaron, y menos aún de los caudillos cántabros, que llevaron a su pueblo a una lucha no menor que la numantina. A Numancia le cupo la gran suerte —dentro de su trágica desgracia—

de haber tenido, como dice Schulten, un gran historiador en Polibio. La gente cántabra, aquellos valientes e indomables guerreros durante tantos años sin rendirse, no tuvieron otras fuentes para informarnos sobre su fabulosa gesta que las facilitadas por Dion Casio, Floro y Orosio, y eso, claro está, fue en la última fase, la definitiva, la que iba a ser puntilla contra los núcleos más cerrados en las montañas de Asturias y Santander, que es hacia donde se volcó todo el poderío romano para después cantar victoria.

Sobre la vida de los cántabros dice el cronista: "La vida salvaje de las tribus del Norte hemos de reconstruirla con los pocos datos que proporcionan las citas sueltas de los autores, siendo mejor lo que Strabón nos refiere al describir sus costumbres y ciertas escenas espantosas de su resistencia y suicidio".

César Augusto, viendo la indomabilidad de los cántabros y que estaban unidos más que nunca con los astures y galaicos, el año 24 antes de Cristo, partiendo de Tarragona con un imponente ejército, marchó sin más esperas contra los sublevados, invadiendo Vizcaya y Guipúzcoa.

Los insurrectos con sus familias abandonaron los poblados y se ampararon en las frondosidades de los montes. Pasaban los meses y poco o nada adelantaba, viéndose moralmente obligado a retirarse de nuevo hasta Tarragona. Dicen las crónicas que enfermó de melancolía. Quedaron como generales en jefes: Marco Agripa, Publio Firmio, Cayo Antistio y Publio Carisio.

Bloqueado todo el Norte por mar y ejército; reducidos a último extremo de miseria, resolvieron vencer o morir, acometiendo a los invasores. Exacto, idéntico a como hicieron cien años antes los numantinos, cuyo recuerdo no habían olvidado. Augusto llegó hasta el Nervión y allí puso frontera,

que completó con el Ebro, donde se detuvo. Se cuenta —dice Strabón— que, en las guerras de los kantabroi, las madres mataron a sus hijos antes de que cayeran en manos de sus enemigos. Un muchacho, cuyos padres y hermanos habían sido hechos prisioneros y estaban atados, mató a todos ellos por orden de su padre, con un hierro del que se había apoderado. Un prisionero que estaba entre sus guardianes embriagados, precipitóse en una hoguera. Una mujer mató a sus compañeras de prisión. La valentía —dice Strabón— no es sólo en los hombres, sino en las mujeres. Estas cultivan la tierra apenas han dado a luz. Con frecuencia paren, en plena labor, y lavan al recién nacido inclinándose sobre la corriente del arroyo, envolviéndole luego”.

La barrera inicial —o una de las primeras— que contenía a los romanos de los cántabros no tenemos la menor duda en afirmar que era el Najerilla, desde su inicio en la Sierra de Neila, hasta su confluencia con el Ebro, que son, aproximadamente, unos setenta y cinco kilómetros. Pero sigamos los datos de aquella época sobre nuestros cántabros. Dicen: “Fueron desabaratados y muertos como gente juntada sin orden, que no conocía banderas ni capitán, y que, ni por vencer esperaban loa ni temía vituperio si era vencido; cada cual era para sí capitán y caudillo y, más por desesperación y despecho que por esperanza de la victoria se movían para entrar en batalla”.

Esto hace dos mil años fue dicho sobre los cántabros, pero, ¿no es el mismo carácter bien definido del hombre español de todos los tiempos? Han cambiado las circunstancias, pero no el genio, que sigue siendo idéntico en muchos casos. Sigamos la crónica: “Los valerosos cántabros que pudieron escapar de la derrota se refugiaron en Monte-Vimío o Hir-mio, de tan grande altura que desde su cumbre se divisan las riberas de Cantabria y Francia” —o decimos nosotros: los Pi-

rineos—. Y aquí, con perdón del arqueólogo Adolfo Schulten, defenderé más adelante mi criterio sobre aquella batalla. Sigamos, sigamos al cronista, que nos dice: “Era el tal monte de todo punto inaccesible, por lo cual los generales de Augusto decidieron bloquear a los que en él se hallaban en vez de atacarlos. Imposibilitados de escapar, pero resueltos a no rendirse jamás, prefirieron suicidarse o dejarse morir de hambre”.

Lo que hemos relatado no puede ser más exacto para dedicárselo, no a una cordillera, sino al castillo roquero tobiano, donde pueden refugiarse varios ejércitos. Aquí no eran ejércitos, eran todos los pobladores de los pueblos que recibieron mal a los romanos y al atacarles buscaron refugio en las alturas de Matute, Anguiano y Tobía. Ya hemos demostrado las ruinas de Manjarrés, Nájera y Bobadilla.

¿Qué era el Monte-Vimio o Hirmio? ... ¿Eran dos?... Schulten coloca el Mons Vindius detrás de León y es una apreciación suya que, geográficamente hablando, sale muy mal parado el arqueólogo. Aquello no coincide en absoluto. Hagamos caso al relato romano, que es el que siguió Schulten. ¿Puede verse desde allí —desde León— toda la tierra de los cántabros y el Pirineo?... Esto es imposible. ¿Qué era Cantabria?... ¿Hasta dónde llegaba?... ¿No se llama Sierra de Cantabria a la cordillera sobre la que se asienta Laguardia y Peñacerrada? ¿No estaba la ciudad de Cantabria junto al actual Logroño? ¿No se cita a Anagarum —Nájera— capital del Ducado de Cantabria? Yo hubiese invitado al arqueólogo alemán —de haber vivido en este tiempo— para que suba conmigo a Peñalba y Peña Tobía —que todo es uno— y pueda desde allí decir quién está más ajustado al texto romano sobre ese teatro de guerra.

Desde Peña Alba se divisan “las riberas de Cantabria y Francia”. ¿Se puede decir esto, colocado en tierras de León?...

¿No llama Plinio Pyrineos a los montes de Alava?... —Gorantes—. “De todo punto inaccesible”. Claro que lo era, y lo es, por eso tiene más realidad lo que dice el cronista: “bloquear que atacarlos”. El bloqueo, una vez pasado el Najerilla, que era frontera, es muy fácil, porque los dos ríos que circundan el macizo ayudan al aislamiento, quedando sólo una franja de terreno que cubrir con ejército. Como el terreno bloqueado no tiene ni un árbol, ni siquiera fuentes, la desesperación tenía que cundir muy rápido.

Sabido tenemos que en Villaverde —en aquel tiempo Cólía— hubo un castillo romano que los del pueblo siguen llamando “de los moros”. Otro hubo en Tobía. Que puede haber error en citas o repetición de nombres ni nos paramos a dudar. Errores hay decenas en todos los relatos de esa época, y el mismo Schulten tiene duda sobre dónde queda Bergidum, o si es Bergidum Flavium...

Lo propio le ocurre con Aracillum, ya que hay otra Aracellium, y Bergida, y Bellica, y Segisama Brasaca y Segisama Julia. ¿Es que sabemos cómo se llamaba exactamente Tritium? ¿Tritium Megalón o Tritium Megallum?... Y, ¿dónde estaba otro Tritium Tobuoricum o Tubioricum?... ¿No ha podido quedar de ahí, como se llamaba hasta el siglo XVI, Thubia?...

Dijo Schulten que el nombre Vindius es ligur-céltico y viene de Vindo, que es tanto como decir blanco. “Todavía —dice— se sigue llamando hoy la sierra del sur de Potes Sierras Albas”. Si esto le extrañaba a Schulten, ¿cómo no podemos decir nosotros lo mismo de Peñalba? Luego hay coincidencia para llamarle Monte Vindius. También en Canales hay otro Peñalba, pero no coincide con la crónica como éste en el que estamos detenidos.

Que este enclave ha estado ignorado hasta de Schul-

ten no puede extrañarnos porque todo investigador ha seguido la ruta romana y, más tarde, la jacobea, que iba pareja. Como, por otra parte, ningún nativo se ocupó de sacar a luz estas investigaciones que hacemos por nuestra cuenta, pues peor que peor. Tampoco había poblaciones y menos carreteras para viajar; con todo ello ya se ve que llegar a estos rincones hace medio siglo constituía casi casi una aventura.

Esta falta de interés por los de fuera e incluso por los de la tierra ha llegado al desconocimiento de la existencia de un puente romano junto a Bobadilla. Un puente que tuvo sus cuatro arcos con una anchura de cinco metros de ancho por diez de luz en cada ojo. Ahí está denunciando el origen y seguir siendo una reliquia romana que merece cuidarse algo más de lo que hasta hoy se hizo. Lo que queda es muy suficiente para que sea motivo de visita. ¿Quién lo conoce?... La carretera pasa a menos de cien metros. El puente está entre choperas, en una zona de pésima visión, pero donde



Molinos celtíberos - Bobadilla

el Najerilla se ciñe tras de una curva lleno de gracia y poderío.

¿Para qué era este puente romano en paraje tan poco poblado? ¿No era una calzada bien estudiada? ¿No lo construyó César Augusto para comenzar el ataque, cercando toda la cuenca desde Canales hasta Nájera? Este puente no lo conoció Schulten ni nadie se lo citó.



Puente romano - Bobadilla

Para conocer un terreno, para dar testimonio de su realidad en el pasado, hay que vivirlo sin prisas. Hay que dejar pasar semanas y semanas, meses y meses, para que te cante todos sus secretos. Esto no puede hacerse como novela de aventuras. Schulten vivió mucho su Numancia, y gran favor nos hizo descubriendo cuanto hay, debido a su tenacidad y ciencia, pero no tocó para nada nuestra provincia, que fue fundamental en el tema cántabro, ese tema que a él tanto le agradó descifrar. Cantabria es zona grande y merece perder-

se mucho tiempo en conocerla, por eso nosotros, sencillos buceadores, sólo estudiamos esta ribera, que está llena de enclaves valiosos. ¡Qué lástima no haberlos conocido el alemán, tan enamorado de España! Si por no citar, no cita en su libro de la guerra Cántabro-Astur, ni a Tritium Megalon, como si Tritium hubiese sido una aldehuela y, quizá, pasaba de los diez mil habitantes. Tampoco tiene noticia, o no lo dice, de Livia, y esta población era de gran importancia.

Es tanta la confusión sobre los textos romanos que cuando se citan —por ejemplo— Namnasa y lo atribuyen al Nansa actual, lo hacen con temor, y nosotros, viendo el temor de ellos, también podemos decir, puestos a dudar: ¿Y si era Namnasa Nájera?...

¡Pues no ha tenido nombres la ciudad de la cuenca najerillense!: En un tiempo lejanísimo se llamó Senona o Senonas... Después: Garusia y más tarde Terana, para terminar en la Edad Media con Nájara. Pero aún hay más: Nágara... Naggara... Nahara... Nágara... Nayara... Nazara.

Los cronistas árabes la llaman: Nasrá, Naxir y Najira.

Menéndez Pidal dice que su forma originaria es prerromana. ¡Qué sabia intuición tenía nuestro glorioso Menéndez Pidal! Rodrigo Jiménez de Rada la llamó Anagara. ¡Como para tener seguridad en las crónicas romanas y en las denominaciones sobre los hechos de nuestra historia, desde los iberos hasta los árabes!

Siguiendo las frases del cronista romano, cuando se llega al nombre de Namnasa, ya lo dice García Bellido: “trozo dudosísimo como los que siguen”. Y en otra ocasión: “trozo muy corrupto”. Advertimos una vez más que está hablando el cronista sobre Tritino y Bellunte. Dice García Bellido. ¿Será Tritium Touborikum?...

Olvidado ha estado este río y zona. Lo sigue estando, incluso para los hombres riojanos que algo podían haber hecho cuando han contado con elementos y autoridad a su favor. Lo malo fue en todo tiempo y lugar, y lo seguirá siendo, cada vez más, agrupar investigación y literatura con política. Siempre saldrá perjudicada la primera. Lo ideal es que vayan separadas —si es que puede ser—, para mayor provecho de todos. Pero, sobre lo nuestro hablando: ¿No ha sido lamentable en el olvido que estuvo Suso —nuestra rica joya visigótica— hasta bien entrado el siglo XX? Más aún: hasta la mitad del siglo actual. Y ahí es nada lo que significa Suso para España, o mejor digamos todo San Millán. ¿No fue aquel Santo el primer fraile español? ¿No fue posteriormente Patrono de Castilla, por voluntad del Conde Fernán González? ¿No fue el cenobio más importante desde el siglo VII al XI? Ello lo explica mejor que nada cómo los árabes llegaron hasta sus recintos sólo para quemarle. ¿No han nacido en aquel solar las Glosas Emilianenses, de las cuales hemos celebrado milenario en 1974? ¿No han nacido en aquel Portaleyo o Portaliello las primeras estrofas rimadas y cantadas por nuestro mester de clerecía, Gonzalo de Berceo? ¿No fue ahí donde, por primera vez —lo dice Menéndez Pidal— salió el vascuence escrito? ¿Cuándo se ha dado a conocer esto e incluso se ha defendido?... Hace bien pocos años, y aún no está bien difundido a nivel nacional. ¿Cómo puede extrañarnos que, desde Canales hasta Torremontalvo, haya quedado esta maravillosa cuenca perdida en los anales históricos, máxime, cuando han sufrido tantos embates pueblos que fueron iberos, celtas y cel-tíberos, terminando en árabes, y casi todos desaparecidos por la violencia del invasor, que, en toda Cantabria, acabó destruyendo todo cuanto hallaba a su paso?

No mencionemos en este desconocimiento de nuestra cuenca a historiadores de poca talla, sino a figuras señeras

que después han sido copiados por otros y así confundir la historia. Vamos a dar un detalle. Se trata sobre la razzia que Almanzor organizó para destruir Suso en San Millán de la Cogolla. Dice un historiador, de la talla de Dozy, textualmente: "Castilla fue llevada a sangre y fuego, y los musulmanes penetraron hasta Canales (Rioja) y hasta el claustro que, según todas las apariencias, era el de San Emilio, patrón de Castilla. Efectivamente, en una carta de 1027 —sigue diciendo—, Sancho el Grande, de Navarra, cita ese convento, que se encuentra en las cercanías de Canales, como uno de los que fueron destruidos por los bárbaros y por el feroz perseguidor". Este mismo error aún puede leerse, aunque no tan voluminoso: Manual de Historia de España, por Pedro Aguado Bleye (Espasa Calpe 1971). "Llegó hasta Canales —nos referimos a Almanzor— en La Rioja, nueve leguas al sur de Nájera, y destruyó el monasterio de San Millán, uno de los más famosos de Castilla y de toda España. En la retirada dicen los autores y con ellos Dozy, se sintió enfermo". Ni Dozy, ni en nuestros tiempos Bleye han visitado la cuenca y así se cometen abultados errores que tratamos de rectificar. Hacer historia desde un despacho tomando a otros autores como base es muy cómodo, pero se repiten las fallas que los primeros cometieron.

Tengo en mis manos un librito, "Vida y milagros de Santo Domingo de Silos", editado en este 1973, y leo: "Se dirigió al mísero priorato de San Cristóbal, llamado también TRES CELDAS, sito en bravíos montes, entre Ledesma y Pedroso". No es verdad. Hay un error por no haber visitado detenidamente la cuenca. El monasterio de San Cristóbal está a 1.200 metros de Tobía, al oeste, internándose en el monte, como lo aclararemos más adelante, y a unos doce kilómetros de Pedroso.

Esto es, precisamente, lo que pretendemos con este am-

bicioso ensayo: hacer un poco más de luz y que ello sirva para mejor información de nuestra tierra riojana.

Pero sigamos con otro relato de aquella guerra, que dice, entre otras cosas de sumo interés para mejor conocer y entender aquel tiempo en que estamos sumergidos. "Son bebedores de agua. Duermen en el suelo y llevan el pelo largo como mujeres, atándose a la frente durante el combate. Tienen una divinidad semejante al Ares griego (Marte romano), una divinidad guerrera a la cual sacrifican cabrones, prisioneros y caballos. La sangre de estos últimos era bebida, según ciertos textos". "Usan vasos de madera. El contenido es calentado metiendo en él una piedra candente". "Los serranos, durante tres partes del año, comen bellotas, que secan, machacan y muelen haciendo pan con ellas para tener provisión. Desdeñan a los que están condenados a muerte, mientras apedrean a los parricidas, llevándoles fuera del término. Comen sentados sobre bancos contruidos alrededor de las paredes, alimentándose en ellos según las edades y dignidad. Los alimentos se hacen circular de mano en mano; mientras beben danzan los hombres al son de flautas y trompetas, saltando en alto y cayendo en genuflexión. Las mujeres bailan también mezcladas con los hombres unidos unos y otros por las manos. Los hombres van vestidos de negro, llevando la mayoría el "sagós", con el cual duermen en sus lechos de paja.

En las cuevas de Nájera, allí donde Amigos de la Historia Najerillense está empeñada en hacer un museo —único por sus bellezas naturales y así contemplar la grandiosa labor realizada por aquellos primitivos iberos—, qué magnífica escena para montar sobre aquel escenario: Unos hombres sentados sobre bancos de madera. Otros pasándose los alimentos de mano en mano, y, parte de ellos con sus mujeres bailando en común una especie de "sardana" najerillense. Este tema

ya lo he llevado a mi obra teatral RETABLO NAJERILLENSE, obra escrita para montarla en Santa María la Real. Ella fue leída por el director que hace las representaciones y le gustaron todos sus temas, que son muchos de ellos los aquí tratados, pero... no se pudo llegar a un acuerdo y es una lástima porque nadie ganaba sino la cuenca y sus personajes: los cántabros, San Millán, Berceo, Don García, Santo Domingo, Villegas, etc., etc., pero esto ya ha sido salirnos del tema, aunque no de los valores najerillenses.

Razones para tomar el Najerilla como frontera

Como he dicho anteriormente, tomo por base el río Najerilla y no por capricho, sino porque, desde siempre hasta los días actuales, los ríos son frontera en lo político y militar. En la guerra celtibérica lo fue el Ebro y Jalón. En la de Cecilio Metelo contra Sertorio y contra los Lusitanos —dice Schulten— lo fue el Guadiana. En la de los árabes, el Guadalete y también el Ebro. El Duero ha sido muchos siglos frontera. Si miramos guerra tras guerra hasta nuestros tiempos veremos cómo los ríos son la mejor trinchera natural para dividir razas y políticas. En nuestros días, y dentro de nuestra Patria —guerra civil 1936-1939— ahí está nuevamente el Ebro. En él se decidió la guerra.

El Najerilla tiene una topografía que lo delata plenamente. No hay más que recorrer, investigando este motivo, su ribera desde Torremontalvo hasta Anguiano, que es zona obligada de paso viniendo de la Tarraconense romana.

A la izquierda del mismo aparece la zona rocosa, que estaba plagada de enemigos cántabros alojados en cuevas y en poblados iberos como el citado de Nájera, Baños, Bobadilla, Camprovín, Ledesma, Anguiano y los núcleos de retaguardia, que llegaban hasta el Oja y Tirón, donde también hubo algunas tribus, aunque más reducidas. Desde Hormilleja (o Formilleja) en su primer título castellano, existe en la margen izquierda un paredón imposible de escalar, salvo pequeños pasos que conducen a estrechos barrancos. En la zona de Nájera hay,

aún puede verse, pasos que fueron cerrados con piedras, formando pared artificial para que no dejara mejorado el terreno y, por allí, pudieran sobrepasar el poblado. Así se llega varios kilómetros más arriba hasta el río Cárdenas, afluente de importancia para el Najerilla. Allí está el portillo mayor, pero también allí tiene el río mayor anchura. Suponemos que por ahí fue por donde rompió líneas el ejército romano y se colocó en el ángulo que forman el Cárdenas y el Najerilla. Sobre un cerro después llamado de Santa Cecilia hubo una población ibera, dando cara a Camprovín y al medio-día, sirviéndose del agua del Cárdenas. Ahí se hizo después una población romana, como explicaremos más adelante.

Estamos en Mahave y aquí vemos cómo ha cambiado la posición defensiva, pasando al otro lado del río. Ahora, la pared inaccesible está en la margen derecha. Allí están los núcleos de cuevas en terreno de Mahave, en tierras de Camprovín, frente a Baños y Bobadilla y en la subida a Ledesma. Si hay una llanada desde Mahave hasta Bobadilla, por donde discurre la carretera, el foso queda al otro lado, en la otra ribera, y allí es donde están otros clanes iberos. Estos clanes tenían amurallado el monte por el Este, que era por donde subió el romano. Frente a Mahave hay un grupo de seis cuevas. Lo curioso, lo realmente curioso, es que estos clanes se comunicaban unos con otros, así, por ejemplo, desde Najera hasta Anguiano —y hay más de veinte kilómetros de cuenca—, en caso de ataques o ante cualquier peligro, se transmitían perfectamente el aviso directo porque se ven unos a otros, llegando incluso, desde todos ellos a la Peña de Tobía, que es faro en todo este trazado de cuenca.

Por la parte de Bobadilla-Anguiano, el Najerilla es más peligroso de pasar por ir metido en una garganta pétrea. No habiendo puente, imposible saltar la frontera. Por ese lado sólo tenía que ser franqueable si se hacía un puente y los roma-

nos —quizá César Augusto— lo hizo. Hizo tres puentes para poder pasar las tropas sobre la Demanda, que era zona de aguerridos cántabros. Uno, en Torremontalvo. Otro, junto al actual puente de Arenzana, y el tercero, en Bobadilla. El primero en cruzar fue el de Torremontalvo. Le siguió el de la desembocadura del Cárdenas, para hacer rendir a Nájera y su zona de retaguardia. Una vez dominada esta zona se elevó un castillo junto a Villaverde, desde el cual dominaban los valles de San Millán. El puente de Bobadilla aún está a medio hundir. ¡Qué lástima de joya romana si no se mima como merece! Este puente tiene un hermoso arco y un arranque digno de cuidarle. Estos tres puentes fueron construidos para que pasara el ejército, en un principio, y, después, para sometimiento de toda la zona hostil. Una vez dominadas todas estas alturas, se daría en su día —años después— el golpe definitivo a los cántabros de Asturias.

No veamos al Najerilla con el caudal de agua actual. Pensemos que dos mil años atrás había de ser doble su capacidad o triple, y ya tenemos el inconveniente de frontera mucho más sólido. Esto se explica fácil viendo cuánto ocurrió en la guerra civil de los Trastámara. El Najerilla fue factor decisivo que dividió a los dos ejércitos: Don Enrique se asentó en los barrancos de Nájera, aún se le sigue llamando a uno de ellos El Barranco del Inglés. Don Pedro y sus huestes estuvieron en Navarrete. Tras el desastre en que salen diezmadas y huidas las tropas de caballería de don Enrique, es el Najerilla el que contiene a los vencedores, que les siguen hasta el mismo puente pisándoles los talones. Por el río Najerilla pudo el bastardo enterrar a sus caballeros muertos, en San Millán (Yuso) y en Nájera, no porque fuera distinción de lugar, o privilegio real, sino porque el Najerilla detuvo a los de don Pedro, que estaban al otro lado del puente siguiéndoles con la mirada.

Los romanos habían llegado en sus primeros avances

contra los cántabros hasta el Najerilla y llegaron destrozando todo cuanto hallaron a su paso, por la fiera resistencia que les ponían los naturales.

Desde Calagurris hasta el poblado ibero donde después elevaron Tritium todo fue destruido e incluso quemado como en Numancia. Así lo demuestran las cenizas halladas en el montículo junto a Entrena. También arrasaron un pueblo ibero próximo al actual Manjarrés. Junto al poblado de Entrena han aparecido sepulturas de romanos, algunos con coraza, lo que no deja de indicar que allí hubo valiente resistencia.

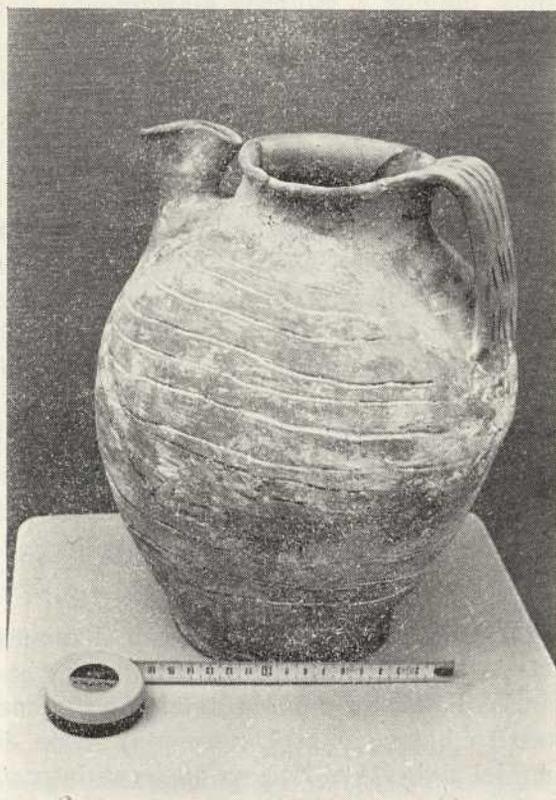
Llegadas las tropas a la costa del Najerilla, asentándose en la destrozada población ibera (Tritium romano después), y viendo lo escabroso del terreno a partir de ese punto, que era estribo de lo que ellos denominaban Montes Idubeda. "Idoubeda es la cordillera llamada Ibérica —dice García Bellido—, pero sólo en el tramo que va de los Montes de Oca al Norte de Burgos, hasta las estribaciones mediterráneas del macizo de Teruel". El cronista romano dice: "La vertiente ibérica del Pyrene tiene hermosos bosques de árboles de todas las especies singularmente de hoja perenne". Más allá de la Idubeda —dice Strabón— nosotros decimos —siguiendo el Najerilla arriba— comienza inmediatamente la Keltiberia, región amplia y de vario aspecto, pero cuya mayor parte es áspera y está regada por ríos". Los cronistas romanos vieron en Cantabria fuentes intermitentes, de cuyo crecer y menguar se admiraron. ¿No la tiene Anguiano desde tiempo inmemorial?

Llegados a terreno de Tricio edificaron al pie del poblado y del cerro la grandiosa Tritium Megalón. Y la edificaron allí para tener una ciudad poderosa y moderna frente a lo indígena, que seguía viviendo y hostigando desde las cuevas y iaderas. Allí tendrían un poderoso ejército que les atacará a los cántabros cuando fuera preciso. Que Tritium era muy extensa lo demuestra la gran cantidad de cerámica "sigillata" que aparece en más de un kilómetro de lado. Entre las actua-

ies fincas dedicadas a patatas, maíz, coles o pepinillo, he hallado cerámica romana que denota la alta calidad de los jarrones, platos, cuencos, etc., etc., que tenían aquellos habitantes de la recién estrenada ciudad. Esta cerámica no es inferior a la que guardan los museos de Sagunto y Ampurias. Fragmentos como los de Tritium y platos como el hallado allí. también los hay en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid. Todos los objetos están decorados con estampas en relieve. Cerámica hecha con moldes, algunos de los cuales tengo hallados sobre el mismo terreno. Los principales motivos deco-



Cerámica neolítica - Cerro de Santa Ana (Entrena)



Cerámica neolítica - Cerro de Santa Ana (Entrena)

rativos son: cabras, cigüeñas, aves, serpientes y personas, quizá diosas.

De esta misma cerámica —yo diría que allí estuvieron los talleres y hornos— he hallado abundante en el término de Entrena, carretera que va a Lardero. Allí hay abundantes escorias de hornos y el terreno cuajado de pedazos de nuestra conocida “Terra Sigillata”. Ya es lamentable que, al cabo de dieciséis siglos se haga en Navarrete —lugar que permanece desde aquel entonces firme en esta artesanía—, que se

hagan, decimos, objetos a millares diariamente, pero de una calidad pésima. Es vergonzoso hacer comparaciones: ni en barro, ni en paredes, ni en fondos, ni en barnices. Domina en estos tiempos la máquina, pero la calidad es deficiente, aunque salga distribuida para todo España e, incluso, se exporta.

En el cerro de Entrena se halla todo el proceso cerámico español: Neolítico. Ibero, Celta. Celtíbero y "Terra Sigillata". Al destruirse el poblado y, posteriormente, lo que fue población romana, se edificaron muy cerca unos pueblecitos encuadrados bajo la denominación de: Corcuetos. Allí se inició en la época visigótica una cerámica pobre y rudimentaria. Aún seguían estando estos pueblos sobre la calzada romana. En el siglo X se funda Navarrete, y al demoler tiempo después, por voluntad, los Corcuetos para trasladarse a Navarrete llevan allí sus talleres, que se establecen cerca del filón arcilloso que tiene el cerro Tedeón.

El barrio se llama Ollerías, porque en él se establecieron más de diez talleres. La cerámica que hacen es rústica, como lo demuestran los hallazgos extraídos del que fue castillo. Emplean barnices en blanco y azul, pero muy torpe de factura. Así ha llegado del siglo XI al XX, en que, con la motorización, se crean nuevos alfares en la llanura. Se elevan chimeneas. Trabajan en algunas fábricas más de 100 obreros. Sus artículos salen lejos de los lindes provinciales, pero... no saben hacer las formas y los gruesores en paredes de los iberos. Ni sus pinturas ni su arte. Cuánto menos si hablamos de la "sigillata". Lo importante es que la alfarería que nació en el neolítico, al cabo de seis mil o siete mil años, sigue enclavada y creciente muy cerca de la cuenca najerillense, ya que Navarrete sólo dista 15 kilómetros de Nájera. Pero, sigamos con el Tritium romano, del que nos ha separado la artesanía.

En las mil incursiones que hice en estos últimos años por las fincas de aquel antiquísimo predio he hallado una

moneda romana, posiblemente la de un Emperador, por su similitud a otra comprada en Argentina pareciera la cabeza de César Augusto. Que el Tritium Megalón o "Grande" fue importante lo demuestra que tuvo un templo dedicado en su religión politeísta a Júpiter. De este templo se conservan en la ermita de Los Arcos —consagrada en 1181— doce trozos de gigantescas columnas que tenían nueve metros de altura. Son estriadas y tienen seis capiteles del templo citado hexáltico corintio. Según inscripción del siglo II tuvo "un gramáticus" al que pagaba 1.100 sestercios anuales (unas 15.000 pesetas de hoy).

Sobre una tapia de Tricio hay una lápida romana con texto bastante indescifrable. Sobre ella, labrada, la figura de un romano.

En la misma casa hay otra piedra romana. Ambas leyendas las damos a conocer en lugar aparte.

Dominar el Najerilla, ya hemos dicho que era poder llegar hasta las lejanas tierras de otros burgos. Era caer decididamente sobre La Bureba de hoy, Clunia, Segeda, Sesamón o Segisamo, para llegar a enfrentarse en la última etapa —una vez dominadas las llanuras de Tierras de Campos— con astures y galaicos en cresterías muy parejas a las de esta cuenca.

Esto, lo decimos una vez más, nos extraña que no lo viera el gran arqueólogo alemán, quien sólo estudió la parte de guerra final repitiendo lo que antes habían dicho sobre esa zona los cronistas.

Lo que nosotros tratamos de dejar aclarado es el inicio de la guerra, tan decisiva para los romanos como fatal para los cántabros, guerra que parte con la ruptura del cerco asentado en esta cuenca.

La primera vez que se menciona a los cántabros fue en la guerra de Catón, año 195 antes de Jesucristo. Más tarde,



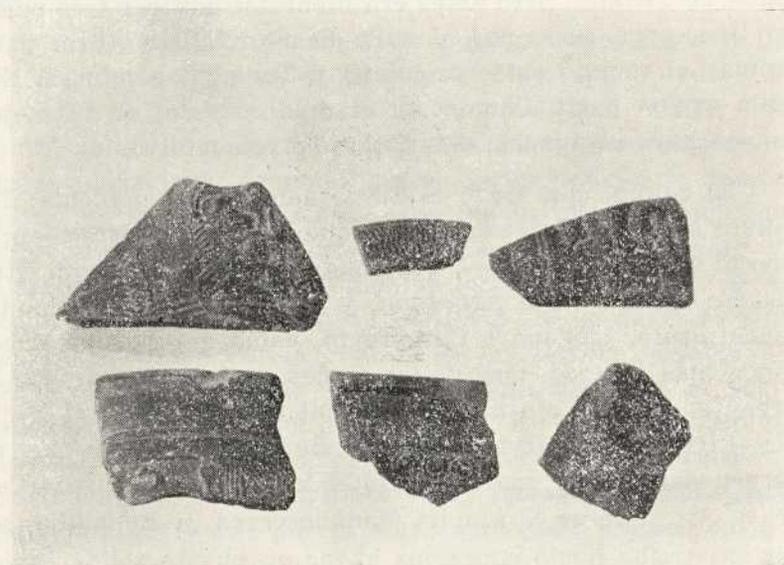
Moldes «Terra Sigillata» - Tricio

Lúculo, dice en la guerra contra los vacceos, aliados en Numancia en el año 151 antes de Cristo, que sometió también a los cántabros. Ha cabido el error, incluso, entre los cronistas romanos, como hizo Juvenal, que llama cántabros a los de Calagurris, a quienes antes llamó vascones y, en eso, estaba más próximo a lo real, por su proximidad a Navarra.

Se sabe que los cántabros tenían relaciones muy estrechas tanto con los del otro lado del Pirineo, los Aquitanos, como con los numantinos, a quienes dieron ayuda durante su largo asedio. Así, pues, Cantabria iba, desde Guipúzcoa hasta la sierra de Neila. Conquistada Guipúzcoa, ¿qué otro río —volvemos a insistir— pudo ser mejor frontera, tomando por un lado la Demanda y por el otro el Ebro? ¡Ninguno! Ni el Oja, ni el Arlanzón, ni el Tirón, ni el Arlanza, ni los propios Montes de Oca con su río del mismo nombre. Ninguno de estos ríos de Rioja Alta o Burgos son suficientes para contener a un



Cerámica «Terra Sigillata» - Tricio



Cerámica «Terra Sigillata» - Tricio

ejército moderno en material y enorme en cantidad como era el romano. Pero sí lo es y mucho el Najerilla, por su cortante ribereña y por su enclave formando ángulo recto con el Ebro. Más al Norte también lo fue el Nervión. Porque bueno es entender que la denominación de Cantabria llegaba hasta Asturias y Galicia. Y ¿no es más extraño decir —como lo hace Osorio— que Gallaecia se extiende hasta Numancia?...

Lo que se conquistó antes que los montes Idubeda —Idubeda o Idubedus— fue el valle del Ebro, llegando hasta Vareia, año 195 antes de la venida del Redentor. Los cántabros de la sierra de Cantabria y los de La Demanda veían detenidos allí a los invasores y se aprestaron a organizar la defensa. Más tarde fue Augusto quien mandó construir la vía riojana que, de Vareia —o Varea de hoy—, pasaba por los lugares que ya hemos citado para llegar hasta Tritium, que era final de ruta con su moderna y populosa ciudad. Si Augusto quería hacer la guerra total a los cántabros, había de partir, lógicamente, de Tritium, pero antes era menester edificar tres puentes: Uno, para subir por el valle de San Millán. Otro, para dominar el recinto entre Anguiano y Tobía, llegando río Najerilla arriba hasta Canales, y el más cómodo, el de mejor posición para el avance, estaría en Torremontalvo.

El camino que trazó el Emperador fue el siguiente: De Tritium salía una calzada amplia que bajaba al puente —próximo al actual de hierro—, que conducía hasta Cordovín. Otra calzada llevaba hasta Arenzana, y de ésta a Camprovín, tomando altura. Llegada a Camprovín, había que buscar el barranco más cómodo, tras de los clanes iberos, y bajar por la garganta del Concejo hasta llegar al río. Llegados al Najerilla —frente a la actual Villa de Baños— continuar por su margen derecha y, una vez pasada la población ibera (¿Celta?...), asentada en la amplia planicie cerca de Bobadilla, seguir río arriba hasta conseguir hacer un puente sólido por el que pasara todo el ejército. Ahí está el puente justificando

nuestras palabras. Pasado el puente y el río Najerilla, seguían por la otra orilla camino de La Granja de Villanueva, que luego veremos cómo fue en el siglo XI lugar de descanso o de (holgar) del rey don García y de su viuda doña Estefanía. Esa ruta romana llegaba hasta las cuevas naturales frente al puente que separaba los dos barrios en Anguiano, puente en su origen romano, para seguir río arriba y cruzarlo una vez más en terreno de Ventrosa.

En el barranco del Concejo hubo un poblado primitivo. Allí están las ruinas. El propio foso del arroyo servía como defensa contra el invasor.

Por lo alto de la loma iba el sendero primitivo, sólo útil para ganado de carga. Junto a ese barranco se elevó, en nuestra era cristiana, una ermita a San Vitores, en la falda meridional del monte Valdevigas. También en Camprovín se elevó otra sobre un terreno que dominaba la ruta romana y posible castro ibero. Esta fue dedicada a la Virgen del Tajo.

Pero sigamos dentro de la época romana. Antes de llegar a Tritium y después de pasado el Najerilla, Augusto atacó a todos los pueblos iberos y los aniquiló para formar nuevos emplazamientos, de acuerdo a sus ideas vanguardistas. De estas poblaciones tenemos buena documentación y damos un plano de situación. Uno de ellos, de la misma época que el situado en Manjarrés, Tricio y Bobadilla, estaba frente al río Cárdenas, a unos mil quinientos metros del puente de Arenzana, siguiendo el camino a Cordovín. La posición es similar en todos ellos. Varias repisas en el terreno, exacto al de Entrena, al pie un río y en la meseta más alta el poblado, siempre mirando al sol de medio-día. En este que citamos actualmente hay viñedos, pero entre las cepas aparecen tejas romanas y la tierra "sigillata". Hay restos de gruesas paredes y unas pilastras de piedra sillar marcando ángulos en la edificación romana que yo diría era un templo, templo o panteón. Tiene unos diez metros de largo por seis de ancho en el sur-

oeste y tres en el fondo. Entre la gleba hemos hallado un pedazo de mármol labrado. Qué lástima no encontrar la escultura completa. Es el pie de un romano calzando su tradicional sandalia. Trabajo —aunque pequeño— precioso en factura. ¡Cuántas joyas hay enterradas entre tierras de cultivo por esta cuenca!

Al retirarse los romanos y venir la Cruz de Cristo por toda España, entrando como veremos, en esta cuenca con más poder y fé que en ninguna otra, sobre el antiguo predio ibero y después romano, se elevó una ermita, allí donde estuvo el templo pagano. A esta ermita le llamaron de Santa Cecilia. Esta denominación tiene todo ese cerro que es jurisdicción de Nájera. Cordovín dista unos cuatro kilómetros. Pero sigamos en la época de Augusto y tratemos de adivinarle sus pensamientos desde este último tercio del siglo XX.

Conquistadas las alturas y riberas del Najerilla, era fácil llegar a Pancrudo, Cabeza Parda, San Lorenzo y todos sus declives hacia el oeste, cayendo sobre Lerma y Aranda de Duero, dominando previamente Belorado y Pradoluengo; cayendo a la izquierda sobre Osma, Termes y Numancia. Es lógico entender que no había otra barrera más poderosa para contener al invasor que subió por el Ebro, que el Najerilla y la Demanda. No tuvo que serle nada fácil al romano vencer esta resistencia; tampoco vamos a decir que el principal caudillo de los árabes estuvo actuando por estas latitudes, aunque tampoco sabemos de otras donde él fue soberano entre sus aguerridas huestes. Lo que sí dejaron dicho los cronistas venidos de Roma es que había un caudillo que se llamaba Corocota. Tuvo que ser temible aquel valiente cántabro, tan dueño y señor de su tierra y de su independencia que no permitía que pueblo extranjero pisase y se engallara sobre sus dominios. El Emperador, asentado en Cantabria, puso precio a su cabeza: ¡25.000 denarios o pesetas oro, a quien le trajera la cabeza del caudillo cántabro! Corocota parece

que se batía en guerrillas, exactamente como en el siglo XIX hicieron Mina, El Empecinado, El Cura Merino, Longa, Abecia y otros valientes, o, como Dionisio Alvarez, que hizo sus correrías por tierras demandinas.

Así vemos que lo puesto muy en actualidad en este siglo XX —las guerrillas—, quizá habían nacido en la Cantabria y que fue Corocota el creador de una guerrilla que, en nuestros días, se le atribuye al Che Guevara, lo que no deja de ser sino una forma de darle popularidad.

No era tarea fácil vencer a tan valientes guerrilleros que conocían el terreno mejor que los corzos y los zorros. El romano contaba con un poderoso ejército, el mejor equipado de la tierra, pero había que internarse en la frondosidad del bosque, subir escarpas, trepar por acantilados o bajar por barrancadas, donde eran diezmados simplemente con piedras tiradas desde las alturas.

Los romanos en la Península componían un ejército de 70.000 soldados. Corocota no contaría con más de mil hombres que le obedecían aquí y allá, donde quiera que lo solicitase. Sin embargo, Corocota no fue capturado. Cuenta Dion Casio que el valiente cántabro, cuando le pareció, cuando lo consideró oportuno, se rindió ante César Augusto por voluntad, y Augusto, “el magnánimo”, ante tal gesto, le regaló él mismo el importe fijado a su cabeza “para demostrar su clemencia” (?). Dion Casio llama a Corocota (en latín) “latro”: ladrón. Parece ser que éste era el título que los romanos daban a los caudillos iberos, título que también aplicó contra Viriato. Exacto también a lo que Napoleón ponía en sus bandos por las localidades, llamando a los valientes patriotas “brigantes”, redactando bando como éste que ponemos como ejemplo:

“AVISO AL PUBLICO”.—Longa ha entrado en Cumillas, en los últimos días de enero; él y su banda se han portado a toda clase de exceso; han asesinado, forzado y saqueado. Al-

gunos brigantes de su banda, entre ellos dos oficiales, han sido presos y ahorcados al instante.

La policía general cree debe emplear todas sus facultades para limpiar el país de todos estos brigantes. En consecuencia, las cabezas de Longa y Abecia están puestas a precio.

Cualquiera que sea de su banda, ó otro individuo que les quite la vida, o los traiga prisioneros, recibirá cien mil reales por cada uno.

Cualquiera otro que matare o aprehendiere un soldado de su bando, recibirá mil reales de recompensa. La justicia de todos los pueblos ocupados por las tropas francesas tienen la orden de pagar inmediatamente la cantidad prometida. Los pueblos que se reuniesen para prender a varios recibirán la misma recompensa, y serán, además, exentos de toda contribución. Todo individuo que les haya favorecido, o servido de espión, será tratado como los mismos brigantes”.

Hasta ahí el bando colocado en las paredes de los pueblos. Como vemos, lo de ayer y lo de hoy poco se diferencian. Baste leer lo que decía el mismo Hitler, al entrar en los países que conquistaba... Baste ver lo que ocurre con los actuales colosos: todos son salvadores de los pueblos; todos vienen a redimir y traer mejor progreso. Todos invaden para darles mayor felicidad y liberarlos de tiranías... ¿Hasta cuándo?... ¿Hasta dónde llegará esta trampa?... Hay que justificar la dominación y nada mejor que presentarse como “redentores” o “guardadores” de sus libertades y de sus intereses...

Cantabria tuvo su enclave principal dentro de esta zona, como lo demuestran, entre otras cosas: Que los antiguos reyes de Navarra se denominaban, por su poderío en la Rioja, con el título de Cantabria.

Navarro Villoslada nos da una idea ilustrativa sobre la Cantabria ciudad. "Las tradiciones de Navarra y Rioja nos hablan de un pueblo y castillo llamado Cantabria, en un cerro conocido con este nombre, orilla izquierda del Ebro, frente a la antiquísima Varia, ciudad ya reducida a pobre aldea, adonde llegaban los barcos del Mediterráneo, y el barrio de Lucronio, hoy convertido en capital de provincia". "A este alcázar construido, según quieren algunos, por la familia de Pelayo, se había retirado Favila, desde que Witiza le sacó los ojos".

Allí nació, en aquella ciudad y pueblo, el hermoso título de Duque de Cantabria. De ahí que, denominar a la Rioja, Cantabria, es estar dentro de lo correcto, pero a esto ya llegaremos en capítulo aparte con mayor información. Seguimos en la cuenca del Najerilla y, puestos en ella, volvemos a preguntar: ¿Qué denominación había a los pobladores de esta zona? Si seguimos a Plinio podíamos denominarles Pelendoni, pues dice: "el curso del Durius (Duero), uno de los mayores de Hispania que nace junto a los pelendoni". Junto a los pelendoni es frontera la sierra de Neila, y allí está Canales y el Najerilla en sus primeros balbucesos. ¿Se extendían los pelendoni hasta Cuevas, viejo barrio del actual Anguiano?... ¿Llegaban hasta el Ebro?...

Esta falta de clara determinación tanto geográfica como de carácter bien definido ha llegado hasta nuestros días, como diremos más adelante.

¿Fuimos Vaccaeí?... ¿Vaceos?... ¿Autrigones?... ¿Arevacos?... Por otro lado nos cabe la denominación de Berones (o Verones), y aquí otra duda: ¿Berones por estar la ciudad de ellos en la actual de Briones, o Verones por la entonces Vareia? Yo dejo el título para Briones, que es más correcto y el propio terreno lo reclama. Briones tuvo que ser enclave poderosísimo para haber tenido allí una ciudad inexpugnable, lo que jamás pudo tener Vareia. La cosa está clara. Bien se

ve que donde hubo ciudad importante en la lejanía de la historia, con el devenir de los siglos sigue llamándose bastante parecido. Pamplona, Zaragoza, Lugo, León, Toledo, Segovia, Calahorra, Lérida, Tarragona, Barcelona y cien más si queremos seguir citando. Vareia tuvo que ser ciudad costera. puertecillo de atraque de lanchas que remontaban el Ibero, pero nunca fortaleza. Todos los pueblos de origen ibero estaban asentados sobre montículos; a mitad de trabajo tenían organizadas las viviendas y la defensa. Briones tiene todas las suposiciones a su favor.

También cabe a esta cuenca la denominación de vascones, aunque eso ya es posterior. Y yo me inclino para meter tal calificativo en la cuenca del Oja, donde están, desde los términos de Haro, pueblos como Cihuri, Ochánduri, Ollauri, Galbárruli, etc. y, subiendo cuenca del Oja arriba: Ezcaray, Ulizarra, Cilbarrena, Amunartia, Urdanta, Azarrulla, Zalদিerna, Aibarrena, Ullarra, etc.

Como vemos, la diferencia de una cuenca a otra, aun estando tan próximas, es fundamental en lo que a filología se refiere. Veamos los nombres de la cuenca najerense: Torremontalvo, Cenicero, Alesón, Baños, Bobadilla, Pedroso, Ledesma, Camprovín, Castroviejo, Anguiano, Santa Coloma, Cañas, Estollo, Viniegra, Mansilla, Ventrosa, Canales, Matute, Tobía. ¿En qué radica todo esto? Muy fácil puesto que en ello estamos: la cuenca del Najerilla siguió siendo frontera incluso para la lengua, una frontera que duró más de dos siglos, IX al XI. Que los "vascones" estuvieron dentro de la cuenca, ¿cómo lo vamos a negar?, si, incluso, lo dicen primero que todo "las glosas", que "son el primer texto en que el romance español —dice Menéndez Pidal— quiere ser escrito con entera independencia del latín, y, al lado del romance se deslizan unas glosas en vasco, primera manifestación de esa lengua, que tardará después siglos en ser lengua escrita".

Por eso no podemos renunciar tampoco a cierta influencia vasca que se extendió incluso muy adentro de la Península, pero en lo que respecta a esta cuenca, por lo cerrada en sí misma que vivió, sin grandes trasiegos de poblaciones la concibo escasa, salvo allí donde había gente culta, como se ha demostrado en el Valle de San Millán, que fue primer faro del saber nórdico español.

Menos podemos decir que a esta cuenca llegase el dominio de Calagurritani, que tenían su influencia dentro de su comarca: Rioja Baja. Ni tampoco los turmógidi o Turmogos, que ocupaban parte de la actual provincia de Burgos y alrededores. ¿Qué denominación tenían los de esta cuenca sobre la que estamos haciendo amplio estudio? Quizá un día pueda saberse, al salir algo que está enterrado a luz, pero hasta hoy no hay ninguna precisión.

Hay una cita curiosa y no quiero pasarla por alto. Plinio dice, sobre una población llamada Tritium. "Hubo otra Tritium Magallum o Megalón, como ya hemos citado —actual Tricio— y otra Tritium Tuboricum o Tubioricum. García Bellido, con la mejor intención, pero entre vaguedades, la cita acaso por el río Deva. Hagamos un juicio más sobre esta cuenca: Baños de Río Tobía —como he dicho— debe su origen a los citados baños romanos que hubo en la Peña de Tobía. ¿Por qué no pudo haberse creado un Tubía, o Thubía, o Tubioricum al arrasarse la población celtíbera de Bobadilla? ¿De dónde viene este nombre que hasta el siglo XVI se le denominaba Thubía?...

¿No pudieron adentrarse en la espesura del monte aquellos vecinos del aniquilado poblado ibero, existente junto al río, y fundar una población cerca del afluente del Najerilla, llamado Thubía? En una explanada cerca del pueblo, cuyo lugar se le llama Mercadillo, existió una población antiquísima. Incluso hay arranques de pared a su entrada. ¿Era Tritium Tubóricum?... El mismo García Bellido, recientemente

te fallecido nos lo dice “este trozo es confuso y lleno de lagunas”. Se refiere al relato romano.

Analizando esta provincia, con respecto a los cronistas romanos y a la denominación que posteriormente nos corresponde, es un laberinto interminable. ¿Castellanos?... ¿Vascos?... ¿Aragoneses?... Es, a mi entender, como debe ser, como es su nombre: dado a todos y no siendo de nadie en concreto, porque al riojano le gusta estar libre de compromisos que le resten libertad. Yo diría que la denominación que más nos encaja es la de cántabros, aunque esté un poco fuera de uso en este siglo XX. San Braulio, el año 633, cuando escribe la historia de San Millán, ya cita a los reyes de Navarra como Reyes de Cantabria, y Cantabria en este caso era el Valle de San Millán. También cuenta San Braulio —que vivió medio siglo después de los hechos que han quedado magníficamente grabados en los marfiles— la destrucción de Cantabria, destrucción que San Millán ya vaticinó.

Antes de dar fin a cuanto respecta a esta zona —y lo poco estudiada que ha estado referente a los romanos, en particular Tricio, que, para algunos historiadores, no ha sido tomado ni en cuenta o se le ha dado por dudoso, cuando fue asentamiento de grandes figuras y un poderoso ejército que más tarde llegaría a tierras de León y allí fundaron la ciudad que lleva nombre de la Legión romana, ¿qué mejor que los documentos pétreos de la época? ¿Qué mejor que cuanto de ello documentó Casimiro de Govantes? De su Diccionario Geográfico-Histórico de España vamos a transcribir totalmente lo que nos dice de Tricio y que ello sirva para mejor conocimiento de esta cuenca, cuyos valores piden más justicia.

“En el año 1819, arando el ermitaño de la antigua iglesia de Nuestra Señora de los Arcos, estramuros de la villa de Tricio, en una heredad próxima a la ermita, detenido

en su labor porque el arado tropezaba en un cuerpo duro, llamó a dos jornaleros para que cavando le ayudasen a remover aquel obstáculo; con ellos habiendo profundizado la escavación como una vara de la superficie, encontraron seis sepulcros de buena forma de piedra franca, de cuya especie de canteras más próximas están a dos leguas y media de distancia". Por no hacer extensa la descripción vamos a pasar directamente a lo que nos interesa.

"Con respecto a las inscripciones de las lápidas no hay duda que son romanas, y aunque es de temer no estén copiadas con la exactitud que convenía sabiéndose que se van deteriorando de tal suerte que algunas ya no se leen; en atención a que por lo que de ellas resulta, se pueden sacar ciertas noticias interesantes para la historia romana de la villa de Tricio (el antiguo Tritium Megalón) y del país en general, como se verá por la explicación que parece útil e interesante que se publiquen.

Lápida número 1. (Advertimos que ésta aún está en una fachada subiendo al centro del pueblo. En esa propiedad hay dos: la número 1 y la número 4, ésta visible desde la carretera). Con piedra a dos vertientes dice:

D M

ATILIVS RAAXVMVS A OPATERNO FRAT
ET ATILIO CATITONI ENTISSMIS

Lápida que puede leerse así:

A los Dioses Manes.

Atilio Máximo hizo este sepulcro para su hermano Atilio Paterno y para Atilio Capitoni piadosísimos.

"Por esta lápida consta que la familia Atilia había residido en Tricio, en donde tenía sepulcros, y que, acaso, sería la fundadora de Atiliana, primera mansión romana en el iti-

nerario de Antonino Pío después de Briviesca, a siete leguas y media de ésta, o treinta millas en el camino que al Este iba de Astorga a Zaragoza, y que pudo estar en Entrena, llamada Antilena en el siglo X, tres leguas cortas de Tricio y doce de Briviesca”.

Hacemos un corte en el relato de Govantes para advertir que no estaba en Entrena, puesto que Entrena no existía sino en el montículo que ya hemos citado y seguiremos citando. Un montículo junto a la calzada romana del cual hemos dado relación en periódicos y de cuyos yacimientos tenemos cerámica neolítica, ibera y gran cantidad de Terra Sigillata. Posteriormente se fundó Entrena —Entelena en el siglo XI— sobre el montículo en forma de cono, pero Atiliana estaba en el cerro de Santa Ana, cuyos vestigios están reclamando salir a superficie. Pero sigamos con Govantes:

“La pequeña diferencia de las ocho leguas del itinerario, a las doce que realmente hay, puede consistir, sin acudir a suponer alguna equivocación, en que las distancias no siempre se tomaban con relación al punto de población principal sino al de jurisdicción; y no tiene nada de extraño que componiéndose entonces los pueblos de otros lugares, poblaciones o aldeas como hoy los partidos, se extendiese la de Atiliana tres o cuatro leguas al oeste o hacia Briviesca. De todos modos, la diferencia es corta; la dirección la única conveniente y recta para Zaragoza por un país llano y ameno, y antes de la segunda mansión Barbariana, hoy despoblado de San Martín de Berberana, próximo a la villa de Agoncillo, a la derecha del Ebro, y en donde se descubre aún la antigua calzada romana. Todo es muy diferente fijando la mansión Atiliana, como lo hace Masdeu siguiendo a Zurita, en Sádaba de Aragón, sin más fundamento que haberse encontrado allí sepulcros de la familia Atilia, olvidando que Sádaba dista de Briviesca treinta leguas o ciento veinte millas, noventa más que la fijada en el itinerario; que Sádaba está muy separada

de la dirección que por cualquier parte deba llevar un camino de Briviesca a Zaragoza, y que, sabiéndose hoy con plena seguridad de la segunda mansión Barbariana, quince leguas de Briviesca, llevando la primera o Atiliana a Sádaba, se ponía la primera a doble distancia de la segunda. "Todo lo contrario sucedería —además— extraviando la calzada romana a la izquierda del Ebro, cuando Briviesca está a la derecha y la calzada romana sigue por toda la zona su recto camino sin necesidad de atravesarle por ninguna parte. Duplicando la distancia multiplicaban los obstáculos. Podemos decir, con toda seguridad, que nos ha cabido la suerte de hallar Atiliana hace más de veinte años, pero, como nuestro trabajo siempre ha sido individual y sin remuneración alguna, más bien todo lo contrario, la noticia, publicada una y otra vez, ha quedado perdida en la indiferencia.

Lápida número 2:

N
DIAE RVRII
LANCIEN
C VALERIO
VO MILL
VII C
C VALERIVS
VINUS L G
PAII ET M.

(Govantes la traduce a su texto corriente, pero nosotros pasamos literalmente a darla en Castellano, como hace con todas).

A los Dioses Manes.

A Didia Rubra lanciense

y Cayo Valerio Flavo, soldado de

la legión séptima gemina, Padre y Madre

Cayo Valerio Firmano, de la Legión
gemina consagra esta memoria.

Lápida número 3:

VALERIO
LAVO VETE
NOTOLETA

Está muy deteriorada: debía ser mayor como lo indican los fragmentos de las letras del cuarto renglón; tiene labradas unas conchas. (Aquí Govantes se equivoca —quizá porque no la vio—, lo que tiene son bustos de los personajes a quienes les faltan las cabezas. Son tres bustos y no conchas labradas). Se puede leer así:

A Valerio Flavo
Veterano Toletano.

Esta lápida está actualmente en el Museo de las Cuevas (Nájera).

Hay otra lápida, a la que hace referencia Govantes y que relaciona con la que hemos citado. Las dos estaban en las tapias de una huerta y han sido donadas para crear el Museo-Habitación, en lo que han dado en llamar “cueva de moros” o “el fuerte”, que ha sido, como ya hemos dicho, poblado prehistórico. Esta lápida tiene una leyenda muy reducida bajo un techo en dos vertientes y en el centro de él un pequeño busto de mujer o de niña y unas letras:

I S
ENTISSIMAE

Si se refiere a ésta, Govantes dice:

“Es notable esta inscripción porque en ella vemos estaba allí encerrada una mujer natural de Lancia, que acaso sería la de los Astures, que algunos reducen a Mansilla; si es que no había en este país alguna otra población del mismo nombre, como lo indican los antiguos nombres de los ríos Arlanza y Arlanzón”. (Nosotros no hemos visto el nombre de Lancia, pero quizá estuvo hace 130 años).



Lápida núm. 4 - Puede verse en una pared de Tricio.

Lápida número 4:

D M

C VAL FIR IMNVS VET LEG
VII G P T ET LVS PATE
RNA VXOR VAL PARAE
FILIAE INOCENTISI
MAE M VIII D X I

Traducido es así:

A los Dioses Manes.

Cayo Valerio Firmano, veterano de la Legión séptima gemina, pia y feliz, y Lucia Paterna, su mujer, hicieron este sepulcro

a su inocentísima hija Valeria Paterna, de edad de nueve meses y once días.

Por remate tiene esta lápida un medallón con una figura de mujer de medio cuerpo, el pecho descubierto y el traje perfectamente labrado. Este Valerio acaso es el mismo de la lápida número 2, el que vemos que costeó el sepulcro de los padres.

Lápida número 5:

D. M.
 DIDIO Y MA
 RCELO MI
 LITI, L Y VII G
 F C LVLI Y CE
 RAANI Y A XXIX

.....

CVNDINO M.

“Esta inscripción es sepulcral a Didio Marcelo, soldado de la Legión séptima gemina, feliz, hijo de Cayo Lulio o Lolio Germano, que murió de edad de 29 años. Parece le dedicaron los curadores de algún cargo, que no se sabe quienes fueron, porque falta el renglón que aclararía esta duda: las letras de la lápida son más claras y mejor formadas que en las otras.

Resulta de estas lápidas pertenecientes a sepulcros de individuos de la Legión séptima gemina, pia y feliz, cuyas copias posee la Academia, que, esta Legión, que según el maestro Risco fundó y colocó Augusto en Dalmacia, y que por decreto de los Emperadores Nerón y Trajano vino a España y fundó la ciudad de León sobre las ruinas de Sublancia, estuvo también en Tricio y en otros pueblos del país que hoy llamamos Rioja, y particularmente en la ciudad de Calahorra, en donde padecieron martirio los dos ilustres soldados de esta Legión, San Hemeterio y San Celedonio, y de la que co-

mo muestra de que pobló algunos puntos de este país nos ha quedado un rastro o vestigio en el nombre de la villa de Jimileo o Gemina Legio, derivación natural que sale sin violencia, y que nos indica que fundaría también otros pueblos, que, más alterados no pueden indicar tan claro origen”.

Lápida número 6:

STAV. LIBER
RELICTVS AB
EO. EX. PRAECEPTO
TO IPSIVS F.

Lápida número 7:

SCRIBIONI
VS ERA P. RH
ASSET ESCRI
BONIA G.M.
HSST. ESCRI
BONIO MA
TERNO FILI
O PIENTISMO
MXIII

Lápida sepulcral de la familia de los Escribonios para su hijo Escribonio, que murió de trece meses.

Lápida número 8:

D M
L MEL MIC
PROB Q. CLV
NIENSI GRAM
NALTCO LATINO
CVI RES. TRTEN

SIVM AN HABEN XXV
 RAIAR CONTITVAE
 M. C. LI: EI. L...

A Lucio Mel Probo Quëstor de Clunia, gramático latino que falleció a los 25 años de edad, la República de Tricio.

(Esta lápida es muy interesante, pues confirma la situación de Tritium (Tricio) en este punto).

Lápida número 9:

C. SEMPRON. GRACVS
 VOCONIVE R.P.

Lápida número 10:

O. L. P.
 B. T.

Estas cinco letras, de una tercia cada una —decían en la comunicación remitida a la Academia— que estaban delimitadas con delicadeza en dos trozos pequeños de una lápida de alabastro del grueso de dos pulgadas. La B debe leerse R.

Faltaría, acaso, el Júpiter o Jovi; estaría en la fachada de un templo y diría:

IOVI
 OLIMPICO
 RESP TRITIENSIVM

(Parece —decimos nosotros— que ni Govantes ni la Academia tenían noticia del templo que existió y cuyas columnas están en la ermita de los Arcos, columnas que no cita jamás Govantes. Lleva razón al suponer que estarían en un templo. Pues sí, un templo en el mismo lugar donde se hallaba la citada ermita).

Lápida número 11:

IMP C.A.
MARCO
CLAUDIO
PONT. M.
TRIB, PO.
II. P. R. OC.

Imperiatori César Marco Aurelio Claudio. Pontífice máximo. Tribunitiae potest. secud Procons.

Esta inscripción estaba en la cubierto de un sepulcro pequeño compuesto de dos piedras que formaban como una columna. Efectivamente son reliquias de una columna destruida dedicada al Emperador Marco Aurelio Claudio.

Lápida número 12:

A... A. MAA F. GEN
iTc FLACC DIV. ATXIT=
SIBI MARCUS FLAVI
NA 3 DIX REMEICASTN
EPP. IV VIXI PATEM-FIR

(No admite explicación).

...S REFERET ME

Lápida número 13:

D M
FIAMINNO SAEM
MCIVEI VII
C.P. FVXFE

Esta inscripción sepulcral correspondiente a un Flaminio Sempronio, soldado de la Legión séptima gemina, dicen en la relación que estaba en una piedra de tres cuartas de grueso, dos pies de ancha y tres de alta.

Lápida número 14:

D M

Este principio de lápida sepulcral a los Dioses Manes se descubrió sólo en una piedra, y sus medias cañas estaban pintadas de encarnado.

Lápida número 15:

V. ER
C. TVM

En las seis últimas letras se puede leer erectum, y por tanto y por su grandor pudieron corresponder a un templo.

Lápida número 17:

D. M.
CLARIANV
S. CLARO
PAT. CAR
N. LXX

Clarianus Claro, patri caríssimo annorum LXX.

En la parte superior de una piedra que tiene poco más de media vara cuadrada, debajo de esta inscripción, tiene una urna abierta con esmero como para colocar una efigie pequeña. Dice más traducido:

Clariano a su amado padre Claro,
que vivió 70 años.

He aquí la gran importancia de esta cuenca, una vez más, diremos tan injustamente olvidada en los destinos patrios. Al Najerilla, como veremos más adelante, podemos citarlo, incluso, como frontera en la "repartición de algunos caracteres fonéticos diferenciales" y, en este caso, seguimos

los esquemas de nuestro admirado amigo el filólogo y Académico de la Española Don Rafael Lapesa. Partimos como frontera desde el paleolítico dentro de lo geográfico y del arte rupestre, para llegar paso a paso a la cultura y es aquí en la cuenca donde nacen, ¡ahí es nada!, en pleno siglo X, las Glosas Emilianenses.

¿Puede alguna cuenca de España ganar a la del Najerilla en tanto mérito? Esto es menester decirlo ya sin temor a que nadie nos ponga la cara de distinto color por habernos excedido en conseguirle laureles, y, aquí, vendrían muy bien para la zona, aquellos versos de José Hernández:

Lo que pinta este pincel
Ni el tiempo lo ha de borrar;
Ninguno se ha de animar
A corregirme la plana;
No pinta quien tiene gana
Sino quien sabe pintar.

Terra Sigillata (Cerámica romana)

Característico del Imperio Romano es la creación de la cerámica que se conoce con el nombre de "terra sigillata", o aretina.

Por la gran cantidad de fragmentos hallados en el yacimiento de Santa Ana (Entrena), en Tricio, en Manjarrés, en el cerro La Mota de Nájera, en el cerro de Santa Cecilia, y en otros lugares de la cuenca vamos a dar a conocer, aunque sea someramente, el origen y características de la misma.

El desarrollo mayor de la cerámica romana se consigue en el siglo I antes de Jesucristo, y en los primeros tiempos del Imperio. Comenzaremos diciendo que es barro rojizo, que esta tierra, hecha barro, fue debidamente colada para que no llevase ninguna impureza de caliza, espejuelo ni raíces. Nada de esto se cuida hoy en la zona alfarera de esta provincia: Navarrete. La cerámica romana es un ejemplo de buen hacer.

Los objetos imitaban a otros metálicos de aquella época, principalmente en plata y cobre. Las paredes de esta cerámica son sumamente delgadas, sin tener, incluso, líneas espirales de los dedos que la trabajaban por dentro. Tan lisas están las paredes en su interior como en su parte externa, ésta casi siempre cubierta de adornos. Los fondos de

las vasijas alcanzan el mayor límite de perfección, por sus muchos retoques y por la gran variedad de modelos que tenían. El torneado de las bases es una obra maestra en cada objeto.

Esto —creado el siglo I antes de Cristo— fue posteriormente eliminado, y así hemos visto que los cacharros salidos de los talleres navarretanos han sido cortados con cuerda o alambre, dejándoles bases planas y sin retocar en lado alguno. Es lamentable comparar los siglos I y XX con respecto a cerámica, en una zona donde tiene la más memorable trayectoria histórica.

El barniz es tan suave, tan trasparente, que no se sabe si es en verdad barniz o un agua especial para abrillantar el barro. Este barniz lo llevaban por dentro como por fuera.

Casi todos los objetos tienen relieves producidos por estampación hecha con otros objetos de arcilla, de los cuales ofrecemos muestra en las fotografías. Extraña que salgan tan perfectos los vaciados, porque la profundidad en ellos es poco señalada y, siendo así, las partículas de barro podían entorpecer los rasgos, y esto jamás ocurre.

Se conocen dos momentos claves de esta época. “El primero —según J. Pijoan— es el de Marcus Perennus, y se caracteriza por los relieves de tipo mitológico análogo a los marmóreos. El segundo por la decoración con temas florales de festones y guirnaldas. Su nombre más ilustre es el de Publio Cornelius”.

De ambas etapas han aparecido en los yacimientos de la cuenca najerillense.

“En España se denominaban “barros saguntinos”. Se importaron desde Provenza, pero había aquí talleres locales

que utilizaban temas autóctonos". Ya he dado a conocer que existían hornos en el término de Entrena, otro en Manjarrés y un tercero en Tricio.*

De los hallazgos realizados en diversas poblaciones damos cuenta, mejor que con la pluma, con testimonio ilustrado.

Aunque sea breve, ésta es la reseña que hacemos de la llamada "Terra Sigillata", o tierra sellada. Denominación obligada porque cada objeto iba sellado por el artesano que lo hacía. Valioso ha sido también el haber hallado moldes —en Santa Ana (Entrena) y en Tricio— de los que se servían para la estampación de relieves.

* Al decir horno queremos señalar un proceso de fabricación con varios talleres de la misma industria.

Ha llegado la Cruz

He comprobado sobre el terreno de nuestra cuenca cómo al llegar la nueva religión —que traía, entre otras cosas llegadas hasta nuestros días, mayor hermanamiento, más humanitarismo y liberalización— trató de imponer su credo y hasta sus signos, sobre aquellos predios en que antes había reinado lo pagano, bien que fuese de aborígenes, como de razas invasoras, que hasta el cristianismo fueron varias.

En el borde de los baños de la Peña, sobre la misma roca en la que en un principio fue pila de sacrificios, a modo de altar, allí está inmortalizada la Cruz, hendida en la piedra. Una cruz de un metro de larga por veinte centímetros de ancha y cinco de profundidad. Yo entiendo que hubo una finalidad de purificación "in situ", de los falsos altares. Pero no fue suficiente con huella sobre la piedra, cara al cielo, bajo la Peña, allí en una profunda umbría, que era por donde bajaban los hombres primitivos a por agua al río Tobía, allí se elevó una ermita dedicada a Santa Lucía. Lugar imposible casi de ascender porque está entre monte y risco, pero era mucha la fe y así se erigió la ermita dentro de un vacío de la roca, como una pequeña cueva. Por si esto era poco, aún se hizo otra ermita —que está en activo— en la cima más elevada del picacho que divide aguas hacia Anguiano y Matute. Sobre aquel vértice, del monte llamado El Reloj, que dominaba toda la comarca del más primitivo origen, está la ermita dedicada a San Quirico (Santo que, en

esta zona matutense, se le denomina San Quiles). El mes de junio es la fiesta de la madre del Santo, Santa Julita, y suben a por El para dejarlo junto a su Madre, volviéndole a tornar después en romería.

San Quirico y su ermita dominan todas estas tierras —desde las frondosidades de Valvanera hasta la desembocadura del Najerilla—, y dominan en primer plano aquellas cuevas y pila donde estuvieron siglos antes los más lejanos clanes en la época paleolítica y después los romanos con sus creencias politeístas.

Así ocurre en el monte Valdevigas, frente a Baños, camino de Camprovín, donde se elevó un edificio a San Vítores. Y así en Camprovín con la Virgen del Tajo y en Canales con San Cristóbal. Algo similar ocurrió en Cuevas —junto a Anguiano—, edificando una iglesia. Y así también en el terreno próximo al poblado de Bobadilla, donde se sabe existió una ermita dedicada a Santa María. Y en Nájera, ermita del Carmen, frente a todos los núcleos de cuevas, e incluso en el mismo asentamiento de Nájera, donde el rey Don García edificó un monasterio románico. Esto ha pasado también con Entrena, donde está la ermita de Santa Ana, a cien metros de la romana Atiliana. También lo vemos en Manjarrés, y, vuelve a repetirse en el río Cárdenas, donde existió la población romana y acabó por fundarse una ermita a Santa Cecilia. En Tricio, sobre los mismos muros del templo a Júpiter —dios supremo de la mitología griega y romana—, se eleva la ermita de Los Arcos, o Nuestra Señora de Los Arcos, sirviendo los mismos pilares romanos para la edificación cristiana. Así, pues, donde hubo una población ibera o romana se irguió la nueva planta con dedicación a la nueva fe, una fe que habían traído desde Tierra Santa, Santiago y San Pablo.

Carácter

Podemos decirlo sin temor a que nadie nos enmiende la plana —como dice José Hernández en su *Martín Fierro*—, que el carácter del riojano es casi, casi desconocido en la Península. Al decir “casi” toda salvamos el norte y parte de Aragón con Navarra. Salvamos Burgos y Soria. Decir en Gerona, Cáceres, Pontevedra, Huelva o Cuenca —por decir algunas— cómo es el riojano en su personalidad, es tanto como inquirirles ¿qué opinan del armenio o del guatemalteco?...

La Rioja es conocida —menos mal...— por sus vinos, que son nuestros mejores embajadores dentro y fuera de las fronteras, pero del terreno, de lo que es la Rioja, cómo piensa y siente el riojano, y a qué línea o grupo está fijada su existencia, ese ya es otro cantar.

Hemos dicho en este estudio que llevamos entre manos, y en obras anteriores, que el riojano tiene ciertas dosis de todas las regiones que le rodean, pero que no es de ninguna en el todo. Así tiene y no tiene de Navarra, aunque quizá sea de ésta de la que más asimiló. Tiene de Aragón en su Rioja Baja: Rincón de Soto, Autol, Arnedo, Calahorra, Alfaro... Tiene, y mucho, de Soria en todo Cameros, tanto que en América forman una familia en unión provincial; en ambiciones comerciales; en fiestas; en su genialidad laboral y económica, pero, aclaremos, no todos, sino los de tierras de Cameros. Como en tiempo de los celtíberos, Duero, Iregua y

Najerilla —todos en sus inicios, hasta que llegan a ser adultos— hacen parejas las mentalidades de los hijos que nacen cerca de sus fuentes.

Tiene la Rioja su parte de vascongada. Que lo diga todo el partido de Haro y su cabeza, que es reflejo de una población vasca. Que lo diga Briñas, San Vicente de la Sonsierra, Briones, San Asensio, Cenicero y, apurando la cosa, hasta Fuenmayor. Tiene de Burgos una pequeña parcela. No olvidemos que en ciertos aspectos ha sido dependiente de la cabeza de Castilla.

Sin embargo, teniendo de todas algo: Aragón, Vascongadas, Navarra y Castilla, la Rioja es distinta a todas y tiene su personalidad bien definida que nada tiene que ver con ellas buscando sus vericuetos internos, allí donde está la existencia del ser y del sentir. Yo diría que la Rioja es extraña; cerrada cuando quiere y liberal cuando se le antoja.

Es tímida y generosa dando cuanto tiene, aunque sea recién conocido quien al riojano se junta. Al riojano hace falta sabérselo ganar, pero nunca con picardía. El riojano busca en quien se le acerca sinceridad: palabra noble y poca vanidad. Pero... cuidado, no vayamos a creer que el riojano no es vanidoso... quizá más que los pueblos vecinos. Es orgulloso de cuanto tiene su tierra, quizá porque sabe que, durante siglos, no se la han considerado como merece. El la canta por su cuenta, y así, cuanto respecta a su provincia y capital lo pone en la cima más alta, tanto que sean frutas, ríos, mujeres, clima, vinos, comidas, diversiones, Redonda o Espolón. Yo entiendo que a la Rioja le ocurre algo así como a las naciones iberoamericanas con respecto a la Madre España. Quizá sea porque la Rioja tuvo que hacerse independiente, concediéndole terreno castellanos viejos y montañeses,

aragoneses y vascos. Así, estar en la Rioja es estar en cualquiera de las provincias limítrofes, pero, entiéndase bien que no es lo mismo estar en Soria, capital, que en El Espolón de Logroño —respecto a carácter, decimos— que, en lo demás mucho y hermoso tiene Soria para nosotros, de la que llevamos con orgullo ser nieto de soriano. Tampoco es lo mismo estar en Pamplona, Zaragoza, Burgos o Vitoria que en la capital del buen beber. Logroño es de todas y así lo ha entendido desde siempre el vecino del riojano. Como lo es España de Uruguay, Chile, Argentina, Paraguay, Cuba, Perú, etc., etc. Nos dice Lope Toledo: “Vivir aquí es ser amigo de todos, amigo viejo, entrañable. Si ver la Rioja requiere hondura, gustar la Rioja exige paladar: dos sentidos de buen catador. Porque la Rioja es solera pura de la mejor de España”.

De la Rioja, aunque sea brevemente, nos vamos a ocupar. Como llevamos tratando con el mayor cariño la cuenca del Najerilla, vamos a dar a conocer un poco más de ella, definiendo sus rasgos físicos primero y lo que hayamos estudiado de su carácter después.

Yo he visto y veo una gran diferencia entre el hombre que vive en la izquierda del Najerilla con el riojano que vive en la margen derecha. Puedo dar nombres de pueblos y de gentes —muchas— que he tratado en mi deambular por las dos márgenes buscando este factor hasta hoy sin estudio ¡como tantos!... Así diré que en la margen izquierda, desde Canales a Nájera, con toda la Demanda a sus espaldas, domina el hombre de pelo rubio y ojos azules. No es tan rubio por el cruce que ha ido haciéndose con los pueblos que entraron en la cuenca provenientes de otras latitudes europeas, pero aún domina el color castaño claro y ojos azulados. El habitante de la margen derecha, desde Uruñuela a Cenicero —incluyendo Nájera que con sus incesantes trasiegos ha desvirtuado lo primitivo—, pasando por Manjarrés, Tricio, Ven-

tosa, Pedroso, Navarrete, Sotés y Ebro abajo, domina el hombre moreno, de pelo laso y ojos oscuros .

El hombre rubio es más bien pequeño, rechoncho: lo que llamamos macizo. Quizá un poco torpe de reflejos, pero hábil, aún sigue hábil y dominador de todo cuanto se refiere al monte que le viene por herencia congénita. El carácter es aún más definitorio que el color de piel, ojos y cabello. Aquí ha existido con pleno poder el matriarcado. La mujer serrana hace más labores que el hombre, y no son pocos los hogares en que la mujer lleva las riendas del ganado y del campo, teniendo al marido como si fuese un niño al que cuida, al que da caprichos porque quiere ser ella la que se sacrifica. Si alguien ha de pasar frío es la hembra quien lo aguanta. Las nieves y las heladas cree la mujer que ella las soporta mejor que "su hombre".

La mujer de esta tierra serrana es dura. De pocas carnes, de no mucha talla, pero templada como el acero. Ella siega si es preciso. Ella labra los huertos. Ella acarrea la mies y los alimentos para el ganado. Ella limpia establos y cuida de gallinas, cerdos, vacas y cabras. Jamás encuentra descanso en el hogar, pero lo que la enorgullece es ver que tiene en casa a "su hombre": "el mío", como es muy frecuente oír las decir. El marido es el rey del hogar y, así, ella nada vende sin consultar al "soberano". Ella vale, en casi todos los terrenos, mucho más que el varón e, incluso, más inteligente, pero la serrana se enorgullece de que la palabra definitiva la dé su "rey". Aquel que sale los domingos en nieves al monte, dando batidas a los jabalís junto a otros vecinos, y han cobrado una o tres piezas para repartirse por partes iguales. ¡Ese es el marido perfecto!

Con esta manera de ser, el hombre se deja servir más de lo que merece. El hombre no tiene ambiciones de lujos

ni vanidades. Sigue en su viejo tren de laboreo y de animales, a quienes defiende y de los que se sirve como hace quinientos o mil años.

El hombre de esta tierra no es gastador, así como el de la cuenca del Ebro quizá sea excesivo —lo da la tierra que es generosa—. Su casa es todo su mundo: animales en los establos de la planta baja de la casa y, en el desván, en los trojes, que no falten nueces, peras y manzanas, a más de la rica matanza. El serrano gusta de matar, si puede, dos cerdos. Tener la casa llena de “matanza” es su mejor aliciente. Aún queda —y esto también es congénito— un pequeño y torpe aspecto de ruindad, que no la censuramos porque va en ellos, en algunos de ellos, como nos lo dejó escrito el mester de clerecía Gonzalo de Berceo, esos que, cuando no les ve el vecino, corren el mojón de su heredad. Aún existen estos pequeños y torpes lunares, que poco a poco irán desapareciendo. Quizá sea más educado, de mejores maneras y trato, el de la cuenca alta que el de la baja. Por tierra de Canales y las Viniegras está el hombre más puro, más ingenuo, quizá más noble que el de la cuenca media, pero esto ha de ser porque este segundo fue más golpeado por las invasiones y el trasiego comercial y se ha tornado más esquivadizo, más receloso en todo. Es un poco difícil de conquistar porque no confía en el de fuera, y, aunque nade en común, siempre está con la mirada en la ropa...

Un poco de lexicografía sobre la cuenca

A más de tantas cosas como vamos mencionando acaecidas en esta cuenca, y las que nos quedan por decir, que no son pocas ni de menor valía, tenemos un tema para el que también sirvió de frontera la cuenca con respecto a las tierras bajas de la Rioja: el idioma.

Así, muchos vocablos de la cuenca y más aún de Villaverde, Matute, Tobía y Anguiano son desconocidos, como si de otra región se tratara, y es porque el río, durante varios siglos, sirvió de frontera o recónditas tierras en las que perduraron los términos más arcaicos. Hemos recogido algunos de ellos que vamos a citar para que sirvan como ejemplo:

- | | |
|------------|--|
| Pangua.— | Ignorante, ingenua. |
| Cajigo.— | Ramas bajas de un árbol. |
| Yantel.— | Hierba cuyo fruto silvestre comen los pájaros. |
| Tapión.— | Pared de barro vaciado, encofrado entre tablas. El mismo sistema que ya vio Plinio a los iberos. Aún existen paredes de este tipo en Tobía y Matute. |
| Umbriazo.— | Fondo de una ladera donde nunca da el sol. |

- Vizcobas.— Fruto rojo de cierto espino.
Calambrujeño.— Espino con rosas silvestres.
Jarota.— De mala cara.
Desmorró.— Cambiar de rumbo.
Vendegar.— Vengar. De origen remoto. Gonzalo de Berceo ya lo menciona en palabra del rey Don García a Domingo el de Silos: "Non me terné de vos, que so bien vendegado".
- Malecurucas.— Bolitas del roble.
Escomar.— Sacar a golpes de palo los caparrones o alubias de sus vainas.
Vividor.— Vecino que vive en el pueblo.
Panto.— Estúpido, exagerado. (Pantar, Pantomima, Es-pantas).
Mayata.— Fresilla silvestre.
Cubercó.— Garganta estrecha, tipo cueva.
Támbara.— Palos. Estacas peladas.
Perta.— Nivelado. Ni ganar ni perder.
Zonia.— Persona de poca picardía.
Minchel.— Ave nocturna parecida al cárabo.
Fri.— Fruto del haya.
Tahorma.— Aguilucho.
Rodión.— Cerco al aire libre para contener el ganado.
Tamujo.— Tamo abandonado. (Dice Rafael Lapesa que esta palabra quizá sea de origen líbico).
Gallarín.— Quizá el turón.
Anavia.— Fruta silvestre, como uva negra, en granos, sin formar racimo.



Lampardos.—
 Marimangorras.— } Limacos. Babosas.

Otro aspecto bien definido de esta región está en su folklore, tanto que sea de Viniegra, Ventrosa o Canales. Y ¿qué no diremos de los danzadores de Anguiano? Una danza que da escalofrío. Una danza que, sin palabras, nos habla de toda esta cuenca mucho más claro que los conceptos aquí vertidos. Una danza que borda el carácter fuerte y bravío de este rincón que ha luchado contra iberos, celtas, romanos, visigodos, árabes y franceses. Una raza que se crece mental y anatómicamente sobre unos zancos. Una raza que se tira volcada cuesta abajo en remolinos de vértigo, como si se precipitara desde Peñalba al Najerilla, antes que verse sometida al vasallaje de fuerza extranjera.

La danza de Anguiano es una verdadera reliquia de esta cuenca cuyos orígenes están perdidos en la más absoluta lejanía de los siglos. Ya se citaba a los danzadores en documentos del siglo XVII.

Todo el idioma que aquí va quedando, no obstante los tra-siegos y emigraciones; todo ese folklore y danza varonil y arrebatadora, son valiosos posos que nos quedan y que es preciso cuidar, para que no se pierda lo que desde muy atrás viene. Ha quedado hasta hoy guardado como en rico fanal porque el Najerilla fue una magnífica frontera en el norte hispano. Lo dice, haciendo buenas nuestras palabras, el Académico de la Lengua, nuestro admirado y querido amigo Rafael Lapesa: “en la repartición de algunos caracteres fonéticos diferenciales, citamos al Najerilla como frontera”. Por eso, precisamente por eso, en esta cuenca es donde nacen en el siglo X las Glosas Emilianenses.

Como hemos dicho anteriormente, volvemos a repetirlo, es de hacer notar la gran diferencia que va en titulaciones

de la cuenca del Río Oja a la del Najerilla, estando una de otra a no más de 25 kilómetros. Mientras en la primera abundan los topónimos vascos: Ochánduri, Cihuri, Aybarrena, Altuzarra, Cilbarrena, Amunartia, Uyarra, Herramélluri, Urquiza, Zalduendo, Azarrulla, Ezquerria, Ezcaray, Urrez, etc., etc., en la cuenca Najerillense apenas si existen nombres vascos. Por lo que ha estudiado Rafael Lapesa sobre la historia de nuestro idioma, podemos decir que Ledesma responde a fonética Iliria, lo que indica que es producto de invasión ligur. Villavelayo —siguiendo su estudio— puede ser origen vasco por llevar “vela”, que quiere decir cuervo. Pero, ¿qué tienen que ver con lo vascón Canales, Mansilla, Viniegra, Pedroso, Alesón, Castroviejo, Manjarrés, Bezares, Matute, Tobía, etcétera, etcétera? Anguiano y Huércanos parecen ser —siempre según nuestro sabio filólogo Lapesa— precélticos y Naiara prelatino. Sí que hay en la cuenca del Najerilla dominio árabe, pero esto ya es posterior. De la diferencia de una a otra cuenca lo dice nuevamente Lapesa: “Todavía en tiempo de Fernando III, hacia el 1235, los habitantes del Valle riojano (río Oja) estaban autorizados para responder en vascuence a las demandas judiciales”. Y es que el vascuence se debe a la repoblación de alaveses, vizcaínos y guipuzcoanos, que bajaron emigrados y fundaron pueblos en las cuencas del Oja y en tierras de la Bureba. Pero, repetimos una vez más: nada tiene que ver, o muy poco, esta cuenca del río Najerilla con todo el oeste que de ella parte camino de Burgos, porque era, como se ha dicho, en muchos aspectos frontera, e incluso lo es —aparte de lo geográfico— en la lexicografía, que bien merece un estudio.

Los visigodos en el Najerilla

Ya sabemos que, ahora sí, ahora, están dentro de nuestras riberas los vascos o vascones y que los godos, en su avance para invadir la cuenca del Ebro tratan de subir hasta Cantabria pero se han quedado en Zaragoza.

La entrada de estos últimos se hizo por los Pirineos y lo hicieron bajo el dominio de tres reyes, cada cual mandando su grey: De los suevos lo era Hermenerico. Gunderico de los vándalos y Atace de los alanos. Sobre estas entradas a España hay varias versiones y tampoco falta la que le hace conquistador del sur Pirineo a Eurico, previo asesinato perpetrado contra su hermano Teodorico. Si hacemos caso a este último testimonio, Eurico dominó en casi toda España y Provenza. Entre otras conquistas de la Península citemos: Mérida, Lisboa, Coimbra, Pamplona y Zaragoza.

Tras de varios reyes godos: Alarico II, Teudis y Atanagildo llega Leovigildo, de la misma dinastía de Atanagildo, combatiendo a los suevos y tomando Palencia, Zamora, León y Salamanca.

Muerto Leovigildo le sucede su hijo Recaredo, que da el paso transcendental para la unificación total de visigodos e hispanorromanos, convirtiéndose todo el país al catolicismo tras el Concilio III de Toledo (año 589).

Sobre el paso de estas legiones por el territorio riojano dijo el cronista Idacio: "Todo lo llevan a sangre y fuego; in-

cendian las ciudades, talan las mieses y siente el pueblo los horrores del hambre.

Llegan las madres a comerse a sus propios hijos; las fieras salen de sus guaridas, devoran los cadáveres y, avezados a comer carne humana, se arrojan sobre los habitantes". "Venían seguidos de sus familiares, conduciendo todos los haberes mobiliarios que su estado primitivo de cultura podía proporcionarles". ¡Cuántas veces, cuántas, a lo largo de la historia se ha visto España invadida, asolada, quemada, segadas sus pacientes vidas en poblaciones y campos!

Muy poco sabemos de los godos y visigodos en nuestra provincia, que, quizá, no fuera más que zona de paso hacia otras tierras del Norte o de la Tarraconense. Lo que de ellos ha quedado es muy poco y ello justifica que no asentaron en gran extensión. La primer noticia nos la da el Cronicón Albedense, cuyo monje Vijila nos dice: "Murió Teudis el año 548. Aunque herético dio paz a la iglesia y dio licencia a los obispos para que celebraran el Concilio de Toledo. Venció a los reyes francos".

Vamos a ocuparnos, aunque brevemente, de Leovigildo en ésta nuestra tierra y le vemos gobernando en el reino visigótico con el ansia de ser dueño absoluto de la Península. Busca dominar los focos de rebeldía y acude desde Zaragoza hasta la Rioja, donde siembra el terror, año 575. Aquí tenemos hechas realidad las palabras de Idacio. Ahí es también donde tiene pleno vigor el relato de San Braulio, recogiendo la tradición del pueblo y refiriéndose a la toma de Cantabria, ciudad, y también al territorio cántabro. El relato cita a San Millán: "el mismo año le fue revelada en los días de Cuaresma la destrucción de Cantabria; y, así, enviando un mensajero al Senado, les intimó que, el día de Pascua, estuviesen juntos. Concurren al tiempo señalado. Cuéntales lo que ha visto. Re-

prende los homicidios, hurtos, incestos, violencias y demás vicios; predicales hagan penitencia por todos ellos y como todos le oyesen con reverencia —porque era venerado cual discípulo de Jesucristo— uno, llamado Abundancio, le dijo que desvariaba el viejo. Mas él le anuncia que ha de experimentar en sí mismo lo que él amenazaba. Verificó éste el suceso porque fue muerto por la espada exterminadora de Leovigildo. Los demás, como no se enmendasen de sus obras, enojado Dios también con ellos, sirvieron de cebo con su sangre al mismo rey”.

Después de esta devastación de Cantabria siguió destruyendo el ducado cántabro hasta llegar a la ciudad de Amaya, donde se había organizado la rebelión que hizo salir a Leovigildo de su alcázar.

Hemos citado a San Millán al hacer referencia a Leovigildo rey de los visigodos, casado con su cuñada Gosuinda, viuda de su hermano Atanagildo. Gosuinda parece que era fea y tuerta, a más de vieja. ¡Buenas prendas para un rey...! Claro que también tenía mucho poderío y eso también cuenta para el que tiene ambiciones. Un historiador dice que: “No dejaba de tener heroísmo Leovigildo al hacer semejante unión”. Pero el heroísmo dejaba de serlo porque el padre de Hermenegildo (Leovigildo), a quien hizo matar en Tarragona el año 585, al casarse con su cuñada por herencia del marido, consiguió dominar en casi todo el territorio nacional. La totalidad de gobierno sobre Iberia llegó —ya lo hemos dicho antes— al heredar Recaredo el trono. Los godos se destruían con sus terribles ambiciones territoriales. Esto, fatalmente, ha sido desde siempre la triste desgracia de España, y por ello se han empollado tantas guerras civiles (o mejor aún: inciviles). Pero volvamos a San Millán, ya que nos queremos ocupar tanto de su vida como del monasterio que es gloria provincial

y orgullo de la nación y, por supuesto, vieja reliquia de los visigodos en esta cuenca.

SUSO: JOYA VISIGOTICA

Se ha preguntado, en más de una ocasión, por gentes lógicamente de mediana cultura, el por qué de la palabra SUSO, para ellos un poco extraña. Yo voy a dar las dos acepciones conocidas y las dos valederas por igual: SUSO proviene de lo anteriormente dicho: susodicho. Lo que estaba más arriba ya citado. Más alto, o bien, lo que está encima. También hemos de hallar la denominación SUSO en "SURSUM", o sea: arriba; en lo más alto.

Se ha discutido mucho si es o no es el monasterio emilianense visigótico en su origen. Yo sé cómo se enfada el actual guía de dicha joya riojana —hijo de San Millán de la Cogolla—, Tarsicio Lejárraga, cuando le ponen en duda el marcado origen visigodo de la inicial fase, y lleva harta razón.

Para un mejor conocimiento de este arte y enjuiciar nuestro monasterio decimos que: los elementos constructivos de un arte visigótico se encierran en las siguientes formas y materiales: El aparejo es pobre, aunque lo hay en piedra sillar, pero, frecuentemente es pobre.

Muros lisos, sin contrafuertes. Los capiteles suelen ser estos tipos: Clásico-degenerado o, lo que es igual (corintio y compuesto con varios estados degenerativos). Bizantino (cúbico o tronco-piramidal) con relieves bajos de dos planos o a bisel. Rectangular cúbico, aproximándose a la zapata de la madera.

Los arcos. Estos, generalmente, son de dos tipos: de medio punto, más o menos peraltado, y más frecuente, el de

herradura. El arco de herradura constituye el elemento más típico y expresivo de la arquitectura visigótica. Su trazado no consiste en el simplemente ultrasemicircular árabe, sino que, en general, está formado por un semicírculo completo, más una prolongación de un tercio de radio, en curva, a sentimiento algo más abierta que el arco del círculo. Peraltado quiere decir que, el centro del círculo del arco está en un punto más alto que la línea de arranque y a una altura de esta línea en un tercio de radio. A veces, el arco semicircular termina en el diámetro del centro y se continúa la curva con una línea de sentimiento casi recta hasta la línea de arranque. (Esto está claro en San Juan de Baños y también puede estudiarse en Suso).

Ha servido de base para partir del conocimiento que hoy se tiene de que el arco de herradura no es de origen árabe —entre otras cosas—, “la miniatura del manuscrito de San Millán de la Cogolla, que reproduce una construcción visigótica no árabe”. Los árabes no conocieron estos arcos hasta después de la dominación de España.

¿Extrañará a alguien, pues, que el monje que escribió y adornó con trazos de obras hechas, que él veía en el citado monasterio de Suso tomara por modelo aquello que todo el día lo estaba contemplando?

El argumento es aplastante. Pero sigamos con lo visigótico. Las bóvedas visigóticas en las iglesias de tipo bizantino son, generalmente, sencillas y de origen romano: de arista en el crucero y de medio cañón en los compartimientos laterales. Algunas están reforzadas por arcos fajones (hoy semicirculares tal vez por haberse rozado los primitivos de herradura). de San Pedro de la Nave dice Lampérez: “la planta de la iglesia es un rectángulo, dividido interiormente en tres naves, atravesada por otra de crucero. Las tres naves de los pies

se comunicaban por arcos sobre pilares rectangulares y por ventanas con el crucero". Aclarado parte del estilo visigótico después nos ocuparemos de algún detalle más en Suso, compruébese con paciencia si, en capiteles, aparejos, bóvedas y arcos no hay relación con lo dicho sobre este arte.

Pero mejor que nosotros lo dice nuestro buen amigo el profesor Luis Monteagudo, primer director del Museo Arqueológico Provincial de Logroño: "La iglesia de San Millán (SU-SO) es de dos naves y capillas laterales excavadas en la roca, al pie de un acantilado en un impresionante paisaje cargado de historia y poesía". Hacia el 910 existía allí un monasterio, donde se veneraba el cuerpo de San Millán, eremita del siglo VI. La iglesia fue consagrada en 929, con toda solemnidad y asistencia de los reyes de Navarra, sus protectores en el 984.

Fue incendiada por Almanzor en su última campaña del 1002.

Las cuevas son enterramientos de monjes, excepto dos que son capillas. Allí estarían sus altares. Esta parte y los muros colindantes corresponderían a la primera iglesia. El resto, de caliza fina muy bien aparejada con mortero de yeso, será lo que consagró el 984 y constituye un ejemplar notabilísimo de arte mozárabe, en fase muy avanzada, más que lo leonés y sin contacto con él, pero tampoco supeditado a lo califal; reflejo, acaso de una modalidad aragonesa desconocida (Gómez Moreno. *Ars Hisp.* III. 384).

Seguimos con otros autores: "Curiosísimo e inesperado monasterio visigodo, conforme con las tradiciones y documentos, pero desconocido de todos. ¡Ahí, ahí está la base de todo el olvido en que ha estado sumido este riquísimo monasterio! "Está excavado en la peña y lo forman cuevas artificiales dispuestas en dos pisos comunicados por un pozo, al lado hay dos capillas o iglesias de igual hechura y fecha, coincidente

con los albores del monasterio. Por el sur, la fachada está defendida por un pórtico. Su puerta de acceso, de herradura, ha sufrido el incendio de Almanzor, fecha límite para todo lo mozárabe. La puerta estaba cerrada con dos trancas, encajadas en sus agujeros correspondientes, en forma que impedían el paso de animales, pero no de personas. Del pórtico se pasa a la iglesia por la conocida puerta, también de herradura; el cierre que no tenía se lo agregó Sancho el Mayor, cuando amplió la iglesia por los pies, torciendo pintorescamente el eje. El resto es mozárabe y, acaso, parcialmente visigodo a juzgar por los sillares de arenisca de alguna zona". Hablando sobre cuevas acaba diciendo: "Otras dos cuevas fueron utilizadas como capillas: una prolonga el crucero hacia el norte; en la otra contigua hacia el oeste, fue colocado el cuerpo de San Millán al fondo de un profundo pozo y cubierto por un cenotafio románico con una impresionante escultura yacente. Ambas capillas presentan en sus costados del este, nichos que sirvieron de altares en la época visigótica. El de la capilla, junto al crucero, es un simple y tosco arquillo de dovelas de toba sobre imposta sin moldura; apoya sobre jambas enterizas de arenisca. La piedra del solero que sirve de ara, fue añadida después y acaso cubrió las reliquias. El otro altar es de tres arquitos iguales, muy calcinados por el incendio de Almanzor. Por eso sus juntas han perdido el aspecto de corte de sierra que tienen las otras. De uno de estos altares, el oficiante pasaba a la otra estancia, que hacía las veces de sacristía, para quitarse o poner antes de la ceremonia las ropas litúrgicas. Aún se ve la puerta que daba paso de una a otra estancia, y así no era visto por las mujeres que veían la ceremonia desde el piso superior, a través de la galería de arcos.

Tras el altar apareció en un hueco una caja de hueso de gran valor, que no vamos a detallar por ser excesiva la relación. La cajita de San Millán está en el Museo Arqueológico

Nacional, bajo la dirección, ya lo hemos dicho en capítulos anteriores, de don Martín Almagro.

Nosotros decimos: ¿No es hora de pedirla para que esté en el Museo Arqueológico de Logroño? Pero sigamos con la relación arquitectónica de SUSO. Interesa destacar la tenaz pervivencia en San Millán y seguimos transcribiendo, para dejar mejor asentado, el origen y modificaciones posteriores del antiquísimo cenobio emilianense.

Han sido respetadas por la restauración y ampliación que Sancho el Mayor hizo durante su reinado las dos capillas citadas, que son el principio de obra del monasterio. "Tal planta —que reflejaría la doble dedicación a Santa Jerusalem y San Juan— en iglesia de dos naves cubiertas por el mismo tejado o delataría un monasterio dúplice, se encuentra ya en la llamada y discutida casa-basílica de Mérida, quizá de origen pagano, luego dedicada al culto cristiano, con dos naves de distinto ancho, pero —según el profesor Schlunk— en comunicación oral, es una parte de unas termas paganas del siglo III, semejantes a las de un santuario pagano de Libia, y se repite en la basílica de Burguillos (Badajoz) y en la primitiva iglesia de Ampurias.

Tiene mayor afinidad con San Millán, la basílica de Ostia, de dos naves, una atravesada por una fila de columnas, de doble cabecera, con uno y tres nichos en los ábsides y baptisterio, al costado izquierdo de la nave. En la basílica de Ampurias se partió en dos la sala de las viejas termas. También varias iglesias de Göreme del siglo VII, excavadas en roca blanda, especialmente la de San Eustaquio, etc., etc.

La persistencia —volvemos a insistir— en San Millán de las dos naves, cada una con su altar para el culto, en el transcurso de las diversas fases constructivas —y comunicada

una con otra como ya hemos dicho— habla claramente de un culto independiente por parte de dos comunidades diversas que, por otra parte, alguna relación habían de tener entre sí, dada la estrecha unión de ambos espacios junto al sepulcro del santo, de modo que las primitivas capillas quedan como formando núcleos pares de la nave izquierda de los siglos mozárabes. Se da, además, la circunstancia curiosa de que una de esas capillas, precisamente la que guardaba el arca con las reliquias de San Millán, comunicaba en la época primitiva por medio de un estrecho pasadizo con una amplia gruta abierta en el monte, que, a su vez, subiendo por un agujero (igual que en las cuevas iberas de Nájera— tenía a su alrededor unas cuantas grutas artificiales, que eran destinadas para retiro de otros ascetas.

El culto de ambas naves no se puede explicar si no se admite —ya lo hemos dicho— la existencia de dos comunidades, y esta separación no se concibe sino en la hipótesis de que se trate de una comunidad masculina y de otra femenina. Es decir, un monasterio dúplice, que se confirmaría por el hecho de que el mismo santo vivía, al final de su vida, en una comunicación extraordinariamente íntima con una comunidad de vírgenes consagradas. Así tendríamos un monasterio de dobles características, bastante distintas del tipo que nos representa *Regula Communis*, de San Fructuoso, pues mientras éste exige que vivan monjes y religiosas en dos conventos separados y bien definidos, sin más relación que la de tener ambos un mismo superior, y prescribía que ni siquiera tuvieran el culto en la misma iglesia, aquí es esto normal y viven en celdas de solitarios esparcidas por los alrededores. Una confirmación más nos la facilita la existencia en la ladera del monte de una variación de celdas con culto, en que, según la tradición, habían habitado santos monjes desconocidos.

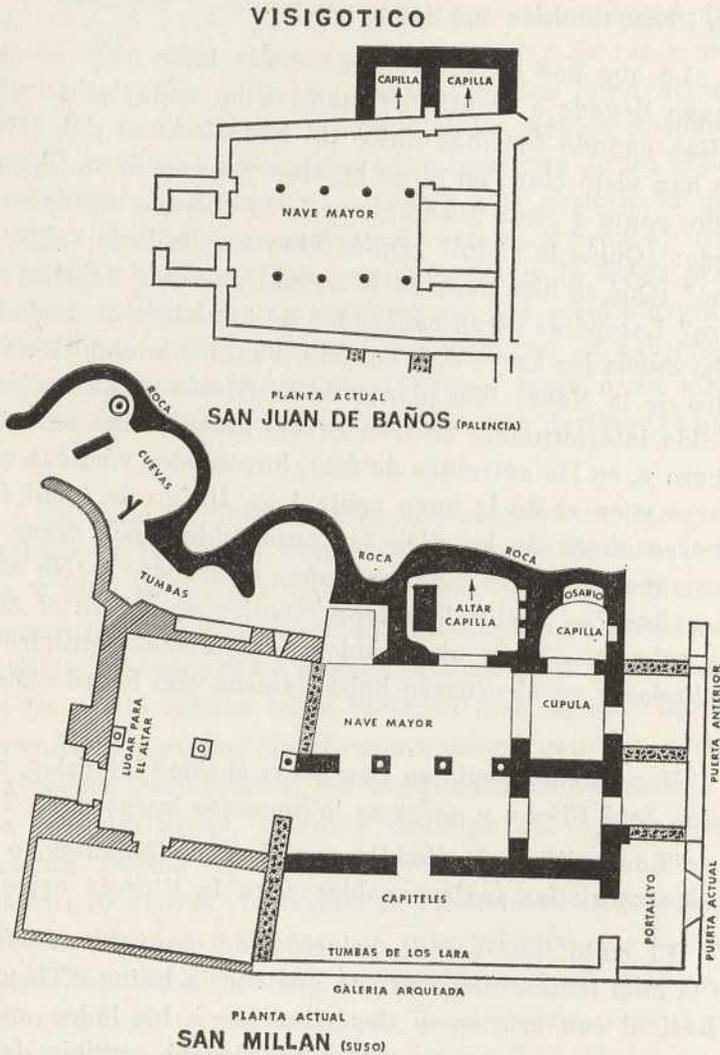
Caso parecido al de San Millán se encuentra en San Juan de la Peña, también con dos naves y cuevas alrededor.

Lo que nos ha sorprendido desde hace años es que no se haya llegado a identificar mejor este monasterio como visigótico cuando tenemos datos de historiadores del arte que sí lo han visto claro en otros lugares y no en Suso. Claro que, a esto, como a otros acontecimientos de la cuenca, seguiremos diciendo: ¿Quién lo visitó? ¿Quién vino a estudiarlo sobre el terreno? ¿Qué se hizo para darlo a conocer desde nuestra propia tierra? Lampérez, gran conocedor de lo visigótico, pudo haber hecho buena luz sobre este edificio. Veamos lo que dice de San Pedro de la Nave: "La planta de la iglesia es un rectángulo, dividido interiormente en tres naves, atravesadas por otra de crucero y, en los extremos de ésta, hay sendos pórticos rectangulares y en el de la nave central un ábside de igual forma. Las tres naves de los pies se comunicaban por arcos sobre pilares rectangulares y por ventanas al crucero —¿No es idéntico a Suso?—. Todos los comportamientos, desde el crucero a la cabecera, están abovedados por cañones semicirculares peraltados y en el crucero hubo linterna con bóveda por arista".

Hemos subrayado en Lampérez ábsides laterales, porque lo dice José Pijoan y nosotros lo hacemos bueno para Suso:

"Los califica de ábsides cuando son aposentos, o acaso las dos sacristías indispensables para la liturgia oriental".

El culto, por ser de origen godo, provenía de Grecia, con la cual tenían más contacto que con lo latino. "Tiene planta básica con crucero y dependencias a los lados, que hoy suponemos eran aposentos para monjes al servicio del templo. Estos debían de vivir allí. En San Pedro de la Nave, los aposentos a cada lado del presbiterio tienen ventanas para asistir al culto desde el interior de la celda". ¿No las tiene



Esquemas de San Juan de Baños y Suso. En ambas se aprecia perfectamente la misma disposición de la arquitectura visigótica.

Suso? Lamentamos que Pijoan o, más conocido su Summa Artis, no haga referencia de Suso para colocarlo dentro de lo visigótico, y sólo se sirve el autor de la noticia de Gómez Moreno para encuadrarle muy brevemente en el mozárabe. ¡Craso error de ambos! En fin, ahí está la obra, ahí está su arte, ahí está Suso clamando que se le llame como corresponde en cada etapa, pero, dejando aclarado que, antes de los estilos que le adosaron al correr de los siglos, su primer nombre debe pronunciarse VISIGODO. Si está la criatura denunciándolo, para qué irse por las ramas, haciendo relaciones de arte histórico, colocado el autor en una oficina de la gran urbe, que es lo que hasta hoy se ha venido haciendo con muchos hitos de ésta y de otras provincias. Ahora, el viajar es cómodo y lo que hasta ayer costaba semanas, el escritor puede hacerlo en horas. Esperemos que esta época de motorización sea bien venida para aclarar algunos aspectos que han permanecido ocultos. A ella debemos agradecer el que estemos aquí, en esta cuenca, y estemos en Madrid, sin perder un contacto casi diario.

Jovellanos, que estuvo en Suso, cuando visitó la Rioja, dejó dicho: "A la entrada de la iglesia, a la derecha, una lápida, conserva la memoria de estar allí sepultadas tres reinas". También dice que, junto al monumento del santo hay otro monumento harto venerable por su sencillez y porque contiene el corazón del cardenal Aguirre, muerto el 19 de agosto de 1699. Y cita toda la leyenda en latín escrito.

San Millán

Después de un breve pero interesante paso sobre la fábrica de Suso, en la que hemos destacado lo visigótico y lo mozárabe, amén de lo extraño de las dos iglesias y de las parejas comunidades, ahora nos hemos de ocupar del creador de tal joya: SAN MILLAN.

Cabe a la cuenca, y por ello a la Rioja, el orgullo de ser la pionera en la Península de tener el primer Abad y el primer monasterio de monjes benedictinos cuando aún vivía en Italia San Benito, al que sobrevivió San Millán —según cita de Constantino Garrán— veintisiete años. Esta cuenca najerillense qué bien denominada estaría dentro del movimiento actual de “rutas” con el título —que alguien ya citó— RUTA DE LA TIERRA SANTA ESPAÑOLA.

Pero sigamos con el quehacer del Valle emilianense. Ni Leovigildo ni ningún otro rey visigodo perjudicó al monasterio, teniendo la suerte de llegar en perfectas condiciones hasta el siglo XI en que Almanzor, haciendo una incursión por todo el camino romano que venía de Osma a Canales, descendió por el Najerilla, cruzó el puente romano primitivo en Anguiano y subiendo por la Calleja de los Serranos arrasó primero el monasterio de los discípulos de San Millán en Tobía (San Cristóbal), del que conservo una pila y, pasando por Villaverde cayó en Suso, reduciendo a pavesas el cuerpo mayor del edificio. Aún pueden apreciarse en un rincón del interior los rastros de aquellas fogatas. Al regre-

so, se sabe que enfermó y fue a morir en la alta y hermosa Medina-Celi (Medinaceli hoy), ayer: Ciudad del Cielo.

Hemos dado una buena reseña en el capítulo anterior sobre la construcción de Suso, pero aún vamos a completar algo más sobre su origen y estilo. Cean Bermúdez —el gran Cean Bermúdez— supone la iglesia de Suso fundación del rey Atanagildo (554 al 567). Ajustándose a estos datos puede coincidir —es bueno aclarar que siempre son cifras supuestas— con los últimos veinte años de la vida del santo, o de su muerte. Siendo así, ¿cómo dudar de su origen visigótico?

Inclán Valdés, en "Apuntes para la historia de la Arquitectura (Madrid, 1833), lo cree edificado en tiempos del santo. Apoya lo visigótico, Tubino, en su libro "Estudios sobre el arte en España" (Sevilla, 1886). Le cita entre los visigóticos, pero dándole algo menos antigüedad.

Pedro Madrazo, en su trabajo "España y sus Monumentos y Artes (Barcelona, 1886), dice que lo construyó, evidentemente, un artífice visigótico.

Gómez Moreno: "Excursión a través del arco de herradura" (Madrid, 1906) lo cree obra del siglo X, tal como ahora se deduce de su presente estructura.

Su juicio es dudoso —él mismo lo dice— porque en esa centuria se hicieron reformas y ya llama a posibles errores".

Lampérez, en su "Historia de la Arquitectura Cristiano Española de la Edad Media" (Madrid, 1908), dice de este monasterio que es "el prototipo de las iglesias visigóticas en España, junto con la de San Juan de Baños de Cerrato".

Suso es preciada joya por diversos motivos y es objeto de veneración para todo hombre que tenga mediana formación de cultura.

De la importancia que tuvo Suso y San Millán dentro de Castilla y Navarra baste decir que dependían de su autoridad más de cien monasterios benedictinos. Que le fueron donadas ciento cuarenta y tres iglesias y ciento cincuenta y ocho pueblos y villas, a más de edificar, administrar y ayudar a sostener: ciento cuarenta y siete hospitales.

De Suso —dice Constantino Garrán— salieron seis maestros de reyes. Sesenta y siete obispos, arzobispos y cardenales, e infinidad de escritores y sabios. No hay monasterio de España que tenga más antigua y gloriosa tradición que el de Suso". Bien sabía don Constantino lo que decía, pero aún no se le ha hecho la debida justicia que merece.

Con el abad San Millán, nacido en Berceo, hubo cuatro discípulos: Aselo, Citonato, Geroncio y Sofronio. San Braulio dice, al darnos estos datos históricos, que "los escribió conforme a noticia fiel adquirida por la declaración de los testigos, el abad Citonato, y Sofronio y Geroncio presbíteros, junto con Potamia, mujer religiosa y de santa memoria". San Millán —a quien se supone hijo de Berceo— se educó en el retiro de las Conchas de Haro (Castillo de Bilibio) con el ermitaño Félix, en cuya compañía estuvo varios años.

Las arquetas de los marfiles, de las que nos ocuparemos más adelante, están dedicadas a los dos santos, dos hombres que han seguido trayendo sus destinos unidos hasta nuestros días: discípulo y maestro.

A San Millán sucedió en la abadía Citonato —más tarde San Citonato—. Poco después se retiró con Sofronio y Geroncio a un lugar más oculto, quizá para no sufrir el trallazo de la popularidad creciente del monasterio —lleno de monjes y religiosas—, quizá por enemistad con algunos nuevos religiosos que regentaban el cenobio.

Llegados a un barranco cerca del río Tobía, vieron que él era bueno de luz, agua y sol, y elevaron con grijos redondos y toba, un monasterio dedicado a San Cristóbal. Al hacerlo trataron de que, cada cual de los discípulos tuviera su celda independiente de las otras, para evitar —decimos nosotros— enemistades, y así se le llamó, más que de San Cristóbal, el de Las Tres Celdas. Allí están los muros de la edificación. Aún se ven las tres celdas de unas medidas aproximadas de doce metros de largo por ocho de ancho. Allí los muñones de su iglesia y su torre. Allí está el predio amurallado con gigantescas piedras de caliza. También estuvo allí, tiempo después, Domingo, el hijo de Cañas —como veremos más adelante— desterrado por el rey de Navarra.

En el nuevo monasterio fue primer abad Citonato. Muerto éste bajó a tierra tobianana hasta que llevaron sus reliquias a Suso, junto a su maestro. De dicho monasterio de San Cristóbal, actualmente convertido en finca de chopos... ¡Chopos en Las Tres Celdas!, de dicho monasterio he recogido, en mi afán de cuidar todo lo que sea historia y arte riojano, o mejor aún najerillense, una pila, quizá bautismal, labrada en piedra durísima, y varios ladrillos de lo que era piso en las viejas celdas.

Los marfiles del siglo XI colocados sobre las arquetas que guardaban los restos de San Millán y San Felices, ya mencionan como santos a Aselo, Geroncio y Sofronio. En este siglo que se labraron los marfiles también se hizo la tumba del Santo, ese soberbio panteón de factura románica sobre alabastro oscuro, en cuya tapa está la figura del santo con las vestiduras sacerdotales usadas en el siglo VI. Este sepulcro, verdadera joya románica española, se cree que lo mandó hacer Sancho el Mayor, rey de Navarra, el año 1030. Digno de un mayor estudio es este maravilloso arcón, donde se pueden admirar los curiosos atlantes, que sirven a modo

de columna para sustentar la pesadísima talla. Los de las esquinas están apoyados en los codos para aguantar mayor peso. Los dos del centro —uno a cada lado— mantienen la sepultura sobre sus espaldas, andando arrodillados y con las manos sobre el suelo. Todo el sepulcro es un amplio resumen de aquella lejana época del santo: monjes con el pelo cortado en redondo, denunciando su inclinación de ofrecimiento a Dios. Luengas barbas en otros. Melenas, a semejanza de judíos. Mujeres, niños y un perro que va guiando. Las ropas del santo no son menos interesantes para hacer comparaciones de otras gentes entre las que convivían: religiosos, ritos, adaptaciones quizá judaizantes y godas.

Suso —ya lo hemos dicho— ha estado perdido en el más lejano olvido durante muchos siglos. Desde hace varias décadas, la cosa va cambiando. Hay un despertar nacional promovido en parte por el turismo y los medios de comunicación, que llegan a todos los hogares, y así se fomenta algo de amor al arte y a la historia. Hoy tiene un cómodo acceso, condición de que carecía hasta no hace muchos años, en que había que subir por una senda que corría en el fondo del vallecillo. Tiene una iluminación que lo engrandece ante los visitantes. Tiene su guardián o guía, para una mejor información. Hasta el año 1963 había que ir a Berceo y solicitar que viniese el que guardaba la llave para que facilitara el acceso al monasterio. Hoy, repetimos, tiene su guarda y cicerone, que, por el mucho cariño al lugar —ya que es hijo de San Millán de la Cogolla— y lo documentado que está sobre el monumento que cuida, es un encanto oírle relatar cuanto de bueno acaeció en el monasterio.

Pequeño es Suso si le comparamos con tantas obras gigantescas como cuenta nuestra querida España. ¿Qué puede hacer Suso junto a Santiago... León... Sevilla... Toledo... Burgos... Segovia... Silos... Montserrat... etc., etc., etc., etc. y mil

etcéteras más? Pero SUSO, ¡ay!, Suso es otra cosa. Al entrar en el pequeño y recoleto monasterio, ya tiene uno, ¡tiene que tenerlo y si no que no vaya!, el regustillo de la poesía, que te lleva hasta el mester Gonzalo de Berceo. Es ahí, ahí mismo, en ese Portaleyo (o Portaliello) donde el curita comenzó a rimar los primeros versos conocidos en lengua castellana. Para sacarle sabor a Suso, estimo que ocurre como con la poesía: el lugar lo reclama. Un libro de poemas no se le puede dar a cualquiera. Es preciso saber leer. Hace falta tener cultura. Es preciso entender más allá de las palabras. Una novela, un cuento puede leerlo cualquier lector y se divierte. Un libro de poesía, no. Burgos, Toledo o Sevilla —por decir algunas, y no digamos El Escorial— pueden entusiasmar al visitante más necio. Suso, no. Para ver los grandes monumentos en volumen no hace falta mucha sensibilidad; para entender y saborear ese pequeño joyero, sí. Hace falta estar dentro de la historia y muy metido en el arte. De no ser así, el visitante sacará en colación: “¡Ah... pues lo que es maravilloso es El Escorial!...”. “¡Ah, pues la catedral de Burgos!...”. “¡Oh!, el Pilar de Zaragoza...” “¿y La Giralda?” Suso es un poema que no está al alcance de paladares sin cultivar. Suso es más que nada el sentir de Berceo.

El Portaleyo y las tumbas de Los Siete Infantes de Lara, ya es prólogo maravilloso de lo que nos espera cuando tras-pasemos esa joya de puerta con capiteles que se salen de todo cálculo. Sólo eso, es más que suficiente para dejar satisfecho al que acude a esa montaña sagrada.

Ahí están los Siete Infantes de Lara y su hayo Nuño Salido. Estar viéndoles en tan rústicas sepulturas es tener de la mano la diestra de Fernando, Diego, Martín, Gómez, Ruy, Gustios y Gonzalo González. ¡Los siete hijos de Gonzalo Gustios y Sancha Velázquez! Ocho arcones de piedra están clamando por la traición de doña Lambra, acción ocurrida en

el año 964. En Salas están las cabezas de los siete hermanos. En Suso están los cuerpos de los infantes. Todos ellos están para no trampear la historia: decapitados. Para evitar dudas, Constantino Garrán —al que en buena hora dieron su nombre en Nájera a una calle— lo aclara así:

“y, así, a 3 días del mes de diciembre del año 1600, ante el alcalde del Valle llamado Felices de Ureta y escribano Diego de Miranda, y muchos testigos, el padre Fr. Plácido de Alegría, abad de San Millán, mandó abrir las dichas sepulturas quitando de encima de ellas las grandes piedras que las cubrían: y no se halló más de una cabeza sola, con su cuerpo en una sepultura, y los demás sin cabezas. Por donde queda llano y sin duda, ser los Siete Infantes conforme a la tradición”.

Desde la arcada —no muy vieja pero bien dispuesta— se divisa el valle que riega el río Cárdenas, con el Monasterio de Yuso en el fondo. ¡Yuso! Otro capítulo habrá que destinarle a éste que se llama El Escorial de la Rioja. Si Yuso es el Escorial, Suso es el espíritu riojano encajado en la mitad de la ladera camino de la cumbre, que es el mirar de los que se acercan a esta cuenca. Suso tiene flotando el alma del primer monje español y del primer poeta que nos dejó su dictado en versos pareados llamado arte de cuadernavía.

Suso no ha empezado a tener nombre. Su porvenir estará señalado para un futuro próximo que nosotros quizá no hemos de ver.

El año 1971 vino para darle un nuevo hito al monasterio. Este hallazgo ha sido ampliado en 1972, en el que han aparecido más de ciento veinte sepulturas de eremitas enterrados sobre la ladera, a la entrada del cenobio. Una hermosa necrópolis, una santa tierra, llena de historia y de arte primitivo, viene a engrandecer con estos enterramientos la gloria de esta mansión. Tumbas del siglo VIII hasta el XI apa-

recen por toda la ladera en escalonados enterramientos. Cuando se terminen los hallazgos, cuando Suso tenga algo más que decir al futuro, será más visitado y cantado este lugar lleno de paz y de silencio. Es preciso poner bien adecentada la celda de Santa Aurea (Oria). Es preciso limpiar las traseras del monasterio y restaurar las cuevas. Esto se hará poco a poco y no cabe duda que aparecerán nuevas sorpresas.

Todo se merece el viejo monasterio y el Santo, del que fue fiel devoto el Conde Fernán González. Conocidos son los muchos privilegios que le concedió el fundador de Castilla y, documentados están los favores que le hizo el Santo, así como las visitas de éste para dar gracias por sus victorias, nombrándole, por méritos, "Patrono de Castilla".

La cuenca najerillense no olvidó tampoco a su buen conde, como lo demuestra la Crónica Najerense, que hacia el 1150 presenta como héroe, de quien "se dice que sacó a los castellanos de bajo el yugo de la dominación leonesa".

Pero, de esto, ya nos ocuparemos en capítulo aparte, que Fernán González bien vale nuestro esfuerzo para desenterrar algo que hasta hoy estuvo oculto y aconteció dentro de esta cuenca.

Monasterio de Yuso

No podemos seguir dando excesivos detalles porque haríamos este relato, en lo que corresponde a edificios, en demasía largo y, sin duda, pesado. Quedan varios temas de qué ocuparnos y, así, seremos breves en cada estación. Estamos aún dentro del Valle de San Millán, y descendemos por una ladera llena de robles y encinas buscando el río Cárdenas. A su vera, adornándose con la cantinela de sus aguas, está erigido y lleno de majestad medieval YUSO. No vamos a descubrir nada nuevo de cuanto encierran estas casas, tan conocidas para los estudiosos y cuyos méritos ya fueron cantados por plumas mejor dispuestas que ésta que hoy viene a tirar unas coplas a la cuenca, pero, heme aquí y voy a soltar mi canción, cuanto de simple como sincera.

Nos hemos de servir, en parte, de lo publicado por aquel admirable estudioso de su tierra don Constantino Garrán, cuyos méritos tampoco hasta este año en que vivimos (o desvivimos) han sido debidamente justipreciados. Ya se hará. Es costumbre nuestra, muy nuestra, dejar que el hombre muera y pudra bien antes de hacerle justicia. Dejarle que pudra —¡y mucho!— porque... a lo mejor, aún puede vanagloriarse y levantar cabeza en la sepultura. Nosotros —me refiero a los españoles todos— hacemos justicia, cuando la hacemos..., al llegar el primer siglo de su nacimiento o muerte; con preferencia al morir, que, hasta suena mejor...

La prensa diaria nos lo dice claro cuando leemos los

actos que se hacen **“con motivo del centenario de su muerte, etc, etc.”**; no importa en los etcéteras, que haya sido escritor, militar, científico o político.

Parece que el monasterio de Yuso o “de abajo” (del latín: *ad deorsum*) se edificó en el siglo XI. “En el tomo L de la España Sagrada del padre Florez, continuada por Lafuente, se sabe que fue el 29 de mayo de 1053 cuando el rey don García VI de Navarra, entusiasmado por su monumental fundación de Santa María la Real, quiso bajar a Nájera el arca preciosa de las reliquias de San Millán y no pudo conseguirlo, porque, estando ya en camino con tan riquísima carga, ésta, en medio del valle, se paró como una peña inmóvil, por lo cual los conductores se vieron obligados a dejarla en el mismo sitio: en la capilla de la Enfermería del Monasterio. Habían acudido al acto, con el rey, su esposa la reina doña Estefanía y otros altos dignatarios de la Iglesia: el obispo Sancho de Pamplona; Gomesano de Calahorra y de Castilla la Vieja —que tenía su sede en Nájera—, y García de Alava.

Las obras de su erección duraron catorce años, pero el rey don García apenas pudo verlas comenzadas por haber muerto el primero de septiembre del año 1054 en la batalla de Atapuerca, que le ganó don Fernando I de Castilla, su hermano y terrible adversario. La reina viuda y sus hijos acabaron de construir el monasterio, por recomendación especial de Santo Domingo de Silos, antiguo novicio y prior de Suso, que, con Iñigo (San Iñigo), abad de Oña, acompañó el cadáver del rey don García por disposición de su mencionado hermano don Fernando. Nosotros decimos que tuvo “cierta elegancia el bueno de don Fernando”... lo mata y después lo pone en manos del Santo de Cañas, para que hiciera buen viaje hasta Nájera. Cortesía medieval. Viajar en manos de un Santo, a fin y postre, no era pequeña cosa.

Al día siguiente de la dedicación de la iglesia hubo un gran funeral por el mencionado rey Don García "El de Nájera". En el acto predicó el elogio póstumo el mismo Domingo de Silos (de Cañas, para mejor entendernos).

Se ha escrito refiriendo el caso, que, Domingo, pronunció una oración tan patética que conmovió a todos los circunstantes. En ella recordó que había sido aquel monarca el que, por diferencias de poca monta, le había desterrado del reino de Navarra y tierras de Nájera Corte. (Esta estampa, que hemos teatralizado en nuestra obra dramática Retablo Najerillense, puede constituir un brillante testimonio regional el día en que sea ofrecida al público, siendo, esperamos, una buena colaboración para mejor conocimiento de nuestras brillantes páginas de la historia). Ya hemos dicho cómo Domingo estuvo desterrado en Tobía, aguantando su primer castigo, al desposeerlo del cargo de Abad en Suso, por no entregarle las riquezas del monasterio al monarca. Suponemos que también en el monasterio de Las Tres Celdas seguía criticando la injusta actitud del rey y, éste, enterado de ello, le envió más lejos de sus territorios, yendo a parar a Silos, donde elevó gigantesco y maravilloso monasterio, una de las mejores obras románicas de España. No era poca cosa la causa. El motivo era muy importante para el monje y para el rey. Domingo, el día del funeral, no olvidó aquel detalle y de la soberbia del poderoso hizo una oración interesante, preciosista quizá, contra el poder material y el triste destino de las riquezas, de esas riquezas que tan admirablemente supo llevarlas a copla en el siglo XVI Jorge Manrique:

¿Qué se hizo el rey don Juan?

Los infantes de Aragón

¿qué se hicieron?

¿Qué fue de tanto galán,

qué fue de tanta invención
como truxeron?

Las justas e los torneos,
paramentos, bordaduras
e cimeras,

¿fueron sino devaneos?

¿Qué fueron sino verduras
de las eras?

A partir de esa fecha, la comunidad de monjes benedictinos —dice Garrán, que transcribe a Lafuente— se dividió en dos secciones: una para el monasterio de arriba Suso, y la otra para el de abajo Yuso, pero con un solo abad, que se llamó desde entonces: de San Millán de la Cogolla.

“Regularmente tranquilos (lo dudamos mucho...) transcurrieron los siglos para el monasterio de San Millán, cuyas propiedades fueron más o menos brillantes, según las vicisitudes de los tiempos, aunque siempre bajo el amparo y protección fervorosa de la monarquía española, ninguno de cuyos soberanos dejó de hacerle objeto de sus larguezas, según lo atestiguan todavía los documentos que allí restan del antiguo y colosal archivo.

Una de las épocas agitadas debió ser aquella de mediados del siglo XIV, durante las luchas enconadas entre el rey don Pedro I de Castilla y su hermano bastardo el conde de Trastámara. Los monjes de San Millán, como otras muchas comunidades benedictinas, eran enriqueñas.

Así que, después de muchas violencias y atropellos, tuvieron un éxito que repercutió grandemente en la comunidad, al salir vencedor el fratricida de Montiel. Una vez colocado en el trono don Enrique supo corresponder a la constante adhesión que tuvo en ese monasterio y más por la caridad demostrada dando enterramiento dentro del edificio,

y tras la cruenta batalla de Nájera (3 de abril de 1367) a grandes personalidades de la milicia que habían caído defendiendo al conde.

“Llegó la francesada y por decreto del rey intruso José Bonaparte, fechado el 17 de agosto de 1809, que extinguió todos los conventos, tuvo que salir también esta comunidad el día 10 de octubre siguiente, dejándolo custodiado por paisanos de confianza y algunos religiosos escondidos por aquellos cristianísimos pueblos de la Cogolla”. “Dos meses y medio después, en la noche del 20 al 21 de diciembre del mismo año 1809, subieron de Nájera los franceses y se entregaron al saqueo de la santa casa, llevándose cerca de cuarenta arrobas de plata, oro y piedras preciosas, en que iban comprendidas las famosas Cajas que contenían las reliquias de San Millán y San Felices, Santa Potamia y Santa Aurea. La antiquísima imagen de Las Batallas y gran número de alhajas de alto precio y notabilísimo valor artístico e histórico”.

¿Cuarenta arrobas de plata, oro y piedras preciosas...? ¿Es posible que no haya en ello error?... Si no le hay, ello nos demuestra que, tanto cuando era Domingo abad en Suso y se negó a entregar al rey los tesoros del monasterio, como en el siglo XIX, los conventos y monasterios han sido algo así como nuestros actuales Bancos. El oro, la plata y las joyas más valiosas estaban allí guardadas. Así fue, así tuvo que ser, pero qué poco favorable todo ello para nuestra religión y para tener un buen concepto en separar los intereses económicos de los espirituales. ¡Ha sido tan difícil conseguir frontera entre unos y otros! Aún lo es, por más que se intente aparentar austeridad y separaciones, y es que cada día —aun siendo otros tiempos—, cada día, tiene más fuerza el dinero y mayor ventura quien es poderoso por sus baluartes económicos.

Las arcas románicas

(Marfiles del siglo XI)

No sabían los soldados ni el jefe que subió desde Nájera hasta Suso el gran valor que tenían las arcas que allí dejaron. Pero esto no debe sorprendernos. Hoy mismo, en cualquier país que entre un ejército extraño, acude antes que nada a por el oro y la plata, dejando marfiles, cuadros o incunables. De las arcas se llevaron las piedras preciosas, que era para ellos más importante que las rústicas figuras labradas en placas.

Parece que, en un principio, “eran veinticuatro tarjetas”, según el analista Moret, aunque Cean Bermúdez no vio ya más de veintidós. Actualmente existen sólo dieciocho plaquetas: Catorce en la arqueta de San Millán y cuatro en la de San Felices.

Las viejas arquetas, en la que la del Santo de Berceo llevaba veintidós plaquetas, en madera enchapada de oro con relieves y cristales de colores, quedaron destrozadas —ya se ha dicho— el año 1809. Las que actualmente pueden contemplarse en un recinto muy bien cuidado —rodeada la estancia de cuadros a semejanza de museo o para bien acreditar lo de Escorial de la Rioja— fueron elaboradas en Madrid una vez terminada la guerra civil 1936-1939 y trasladadas a su antiguo origen, para lo cual se preparó toda la Rioja Alta como en sus días más festivos. Quien esto escribe tuvo la suerte de ir en la caravana desde Logroño hasta Yuso, y

sabe cómo toda la comarca celebró el retorno saliendo a los caminos, cantando niños y mayores alabanzas al reencuentro con sus viejos marfiles.

Para mejor entender qué alto valor tienen estas plaquetas vamos a dar algunos juicios de quienes están más calificados que nosotros para soltarles unos piropos:

Elías Tormo: “son, acaso, lo más importante de Europa en la escultura del siglo XI y una de las pruebas más espléndidas del origen, en tanta parte español, de la técnica escultórica del período románico”.

Poster: “es la que eleva la arquitectura mozárabe, las esculturas de Silos y los marfiles de San Millán, a un nivel superior de los trabajos contemporáneos de Europa”.

Enrique Pérez: “son las más importantes, las codiciadas, las que algunos intentaron robar y otros quisieron comprar, ofreciendo por ellas una suma muy considerable”. ¿Cuántos millones de hoy... Cuántos?

Govantes: “Con primorosos bajorrelieves de estilo bizantino, en los que se aprecian, maravillosamente esculpidos, según el gusto y el arte de aquella época, diferentes pasajes de la vida de San Millán y la vida del Señor”.

Nosotros diremos que, como todo el románico tiene, dentro de una sencillez ingenua y un arte primitivo y hasta un poco bárbaro, el mensaje de lo grandioso, de lo trabajado con el alma en la punta del cincel, por ello cala en lo espiritual con más fuerza que ningún otro estilo. Se suponen trabajadas por un artífice alemán llamado Engelram, por su hijo Redolfo y el discípulo Simeón, terminadas en 1077, y, a cuya inauguración vinieron los tres artistas al valle de San Millán. En la composición de las figuras y gestos hay mucho de Castilla y mucho de lo judaico tan dominante en aquellas épocas.

Son motivos curiosos para un amplio estudio, los arcos de herradura en la entrada de lo que simulan ser castillos —castillos de la Rioja, desde luego—. Y curiosísimo el demonio que, por primera vez en el cristianismo, aparece mezcla de hombre, de ave y de animal astado: el demonio con formas físicas y al alcance del hombre para matarlo o, para expulsarlo del hogar.

Por si fuera poco, la obligación de hacer un viaje sólo para conocer el monasterio de Suso, tanto lo vale el contemplar estas dos arquetas en las que es preciso pasar horas no perdiendo detalle de la vida del santo, entremezclada con ropas curiosamente dispuestas en cuerpos y camas. Edificaciones, tonsuras, calzados y mil motivos de adorno que completan obra tan fuera de lo vulgar y que por ser de un valor incalculable en arte y en historia está dentro de nuestra cuenca najerillense.

Pero hay que ver estos marfiles allí, en Yuso, plaquetas que, al igual que los marfiles carolingios —siglo VIII y IX— son los nuestros una delicia de estampas, considerando que el colmillo de elefante si es fácil de tallar es difícil para el desgaste, aunque suave al tacto y poco poroso.

La obra en marfil es la preferida del artista en todas las épocas de gusto más refinado, más intelectual y raro. En Constantinopla parece que hubo una verdadera predilección por la talla en marfil. Toda obra tallada en el románico vino de los talleres carolingios del Rin y el norte de Francia. Ya hemos dicho que éstas, nuestras placas de San Millán, son de origen alemán. En ese tiempo era corriente poner marfiles en tapas de Evangelio, por lo cual se estima que miniaturista y tallista estaban en el mismo taller. Estas plaquetas de Yuso fueron encargadas para ilustrar las arquetas que hemos citado donde estaban las reliquias de los dos santos y, no cabe

duda, que el tallista del Rin: Engelram, se basó con sus ayudantes en los ejemplares que llevaron los miniaturistas del Valle de San Millán, que los había y muy buenos como lo han demostrado los códices. De ahí que pueden apreciarse en las plaquetas las dos influencias, desvirtuando un poco lo riojano por el artífice alemán, pero sin quitarle un ápice de la gracia hispana. Una de esas ocurrencias —yo diría riojanismo— es la placa que tiene el demonio echando en cara a San Millán el estar habitando con mujeres, a sus ¡ochenta años y, para colmo... enfermo! ¿No hay en ello cierta picaresca riojana?

Terminado cuanto hemos podido decir de las arquetas románicas, vamos a dar un breve repaso a nuestro Escorial riojano.

Tiene amplia y hermosa escalera real, pero, antes de subir por ella, conviene fijarnos en unos cuadros pintados por el pintor del monasterio: Fr. Juan Rizzi. En esta inicial estancia vemos cuatro cuadros pintados por el fraile que, quizá, se prodigó mucho en esta Casa. Ellos son, aunque de mediana factura, el Conde Fernán González, Fundador de Castilla. Alfonso VII de Castilla. Don García, "El de Nájera", y Sancho el Mayor de Navarra. Los cuatro fueron grandes benefactores del monasterio. Hay una nota curiosísima, y nos alegra por cuanto somos amantes del teatro, al que hemos dado muchos títulos y no pocos estrenos en Buenos Aires y en España teniendo encarpentadas más de 100 obras inéditas. La cabeza de uno de estos personajes citados —¿por qué razón lo hizo Rizzi?—: es el retrato de Lope de Vega... ¿Era Lope amigo de Fr. Juan?... Seguramente. ¿Quiso hacerlo rey para el Valle de San Millán y la cuenca najerillense?... ¿A más de Fénix de los Ingenios y Monstruo de Naturaleza, quiso llamarlo "El Mayor" y ponerle ropas de soberano de Navarra en estas tierras?...

La cosa no deja de tener gracia y, aunque un poco fuera de lugar, no cabe duda que nos alegra, y bien hecha está porque ha inmortalizado la cabeza de un genio sobre un cuerpo de rey, quizá con pérdida de valor en Lope, pero... ahí está. Y no deja de ser meritorio para la Rioja tener la efigie de Lope de Vega nada menos que nacida de un pincel famoso.

Tiene Yuso una fabulosa biblioteca en salón construido hacia mediados del siglo XVII. Ella guardó —y bien cuidadas— joyas de nuestra literatura, entre ellas los Códices Emilianenses (siglo X), actualmente en la biblioteca del Escorial. Conserva esta biblioteca valiosos códices y raros incunables. Más de cuatrocientos pergaminos desde el siglo X al XII. Códices en Becerro galicano, copiados en 1194 y 1196. El Bulario del siglo XIII. El Ceremonial de los siglos XIV y XV, con miniaturas. Otro ceremonial miniado del siglo XV. Enormes Cantorales, realizados con posterioridad al siglo VI. Jovellanos, en su visita a esta biblioteca, quedó admirado de la gran cantidad de códices y documentos importantísimos para nuestro idioma y dijo: “¿Quién podrá dar razón de tanto precioso Códice como encierra? Los Góticos solamente llegan a 36 y hay hasta el número 80 de diferentes edades”.

Hemos subido por la escalera real al claustro de San Agustín, donde se pueden apreciar toda una serie de motivos religiosos, como así también en las cámaras donde se expone parte de la obra de Rizzi. En el claustro alto o de San Millán, de estilo clasicista, obra del italiano Andrés Rodi, se hallan 25 lienzos de forma semicircular en los que el pintor José Vexes, realizó diferentes escenas de la vida del Santo y de sus milagros. Estas pinturas datan del año 1778 al 1781, siendo restauradas en 1908.

Importante es la sacristía, construida en 1575 y decorada según el estilo preponderante en su época: barroco.

Tiene bonita cajonería en nogal. Gracioso retablo de la Inmaculada. Dos mesas centrales de mármol espléndidas, de estilo Luis XV. Abundante colección de cuadros por las paredes, algunos en planchas de cobre. La bóveda está decorada a estilo barroco, con profusión de adornos y medallones, con gran aparatosidad en todos sus motivos, como era común en ese estilo tan abundante y con tantas hermosas iglesias por toda esta zona.

La iglesia de Yuso es grandiosa en proporciones y tiene obras dignas de destacar: lienzos de Rizzi; magnífico púlpito con relieves platerescos elevado sobre caríatides y atlantes. Esta iglesia fue construida entre 1504 y 1540. Tiene tres naves con crucero sobre el que se eleva un magnífico cimborio ovalado. En el retablo mayor, compuesto por columnas corintias doradas, hay ocho cuadros de Juan Rizzi. En el central, San Millán en la batalla de Hacinas, cabalgando en su brioso corcel blanco. Este mismo motivo está en la fachada del monasterio, también barroca, obra del siglo XVII.

De resaltar son en Yuso las grandes rejas y forjas que existen en el interior de la iglesia. También es de hacer mención la sillería del coro y el Altar Mayor, de estilo renacimiento.

A la entrada del monasterio y lo verá cuando ya lo ha dejado —de donde bien podemos decir que ha de salir muy satisfecho—, se hallará dentro de una explanada cual foso, circundada como una fortaleza por altos murallones, con sólidos contrafuertes terminados en pirámides, todo ello obra del año 1698 a 1750. Al pie de un lienzo hay una hermosa fuente, donde el viajero puede saciar su sed, después de haber paladeado los estilos románico, barroco y plateresco, que halló dentro de esta santa casa hoy, como ayer, bajo la fiel y sabia guarda de los PP. Agustinos.

El Cid se nombra "Campeador" en la cuenca del Najerilla

Aunque no pertenece al partido de Nájera, pero sí vierte sus aguas al Najerilla, como ocurre con otros pueblos que incluimos en la cuenca, a cuatro kilómetros de San Millán, sobre los montes Distercios, de la Cogolla o de San Millán—que con los tres nombres fueron en distintas épocas conocidos— está Pazuengos. Pazuengos, como tantos otros pueblos de esta cuenca, se está quedando sin vecinos. Da pena ver a qué han quedado reducidos pueblos como Castroviejo, Pedroso, Ledesma, Mansilla, Ventrosa, Matute, Lugar del Río, etc., etc...

El pueblo del que nos ocupamos fue del señorío de San Millán, cuando el conde Fernán González le donó en el año 944. En ese siglo, y esto ya venía de varios anteriores, el Valle y la Cuenca eran frontera cristiana. Pueblos llenos de orgullo para nuestra religión son: Berceo, Estollo, San Millán, Alesanco, Badarán, Cárdenas y, en lo alto de la cuenca: Villavelayo, Brieva, Montenegro, Anguiano.

Desde muy antiguo parece que existía en Pazuengos un viejo castillo. Ya se menciona en el Becerro francés de San Millán la donación y una nota que decía que "el castillo de Pazuengos se hizo en la era 809 (año 771) y que, después, el rey don Fernando lo reedificó en la era 1101 (año 1063).

Esta misma noticia la amplía Sandoval cuando al referirse a la villa dice: "Este lugar es centro en las montañas

que miran a la Ricja, tierra áspera y fuerte; edificó aquí el Obispo Don Sancho de Nájera un castillo y después que el rey Don Fernando el Magno mató a su hermano Don García en la batalla de Atapuerca, se apoderó de este castillo y lo fortificó y puso en él gente de presidio contra los reyes de Navarra en la era 1101". La fortaleza de Pazuengos no cabe duda que era de capital importancia para el reino navarro y que cubría perfectamente un trozo de su frontera contra Castilla. Pazuengos fue castellana; fue posesión navarra; después vuelve a ser castellana; fue árabe y, por fin, de Castilla. Quien mejor la fortificó fue el rey Fernando I y quizá por ello —supone Menéndez Pidal— se originó la causa de reivindicación por parte del rey navarro, que la pidió como plaza suya.

Ahí nació la querrela que vino a dar fama al castillo, y al Cid, acción que nosotros queremos destacar, porque, ella, ocurrió en vertientes de nuestra famosa cuenca, donde aconteció de todo cuanto memorable pueda soñar España. Para seguir este relato, nadie mejor que nuestro sabio maestro de la historia don Ramón Menéndez Pidal, quien, sobre el hecho, nos dejó escrito: "El Cid inicia la hegemonía castellana".

"Al morir el emperador Fernando, Castilla empezó enseguida a dar señales de sus mayores aspiraciones, y Rodrigo de Vivar tuvo en ella un papel relevante que hasta ahora no había tenido.

Sancho II, el nuevo rey de Castilla, distinguió a Rodrigo y le hizo "príncipe" de toda la hueste real, dándole el cargo de portaestandarte, que en latín se decía *ármiger*, y en romance se designaba con el vocablo árabe *alférez*".

(Seguimos más adelante para no hacer pesado el relato que no entra dentro de nuestro interés comarcal).

"En Castilla, cosa curiosa, el *alférez*, a pesar de la preeminencia de su oficio, solía escogerse entre los jóvenes caballeros, y era cargo bastante mudable. Sin embargo, Rodrigo

Díaz lo conservó durante toda la vida de Sancho, y así es él quien dirigirá las múltiples guerras a que se va a lanzar Castilla, ansiosa de expansión y de poder”.

“Por ese cargo de alférez, Rodrigo Díaz tuvo que tomar parte en un combate singular. Fue un duelo a modo de juicio de Dios, para resolver cierto pleito con Navarra sobre posesión de algunos castillos fronterizos, el principal de los cuales era Pazuengos, en el límite entre Castilla y la Rioja, región meridional del antiguo reino navarro.

Por parte de Navarra peleó Jimeno Garcés, uno de los mejores caballeros de Pamplona, que figura mucho en los documentos del rey navarro Sancho García, el de Peñalén, como señor y gobernador de importantes fortalezas. Frente a este personaje peleó el joven alférez de Castilla Rodrigo de Vivar, que sólo contaba veintitrés años, y cuyo nombre apenas ahora empieza a aparecer en los diplomas. Pero el reto judicial era, según el derecho castellano, tal como se expresaba en las Partidas, función propia del alférez, quien obraba como encargado de amparar los derechos del reino “cuando alguno feciese perder heredamiento al rey o villa o castiello, sobre que debiese venir repto, él lo debe facer, e ser abogado para demandarlo”. Rodrigo, pues —en Pazuengos—, no hacía sino cumplir con su alto oficio en el reino al combatir con Jimeno Garcés.

El joven Rodrigo venció al caballero navarro, y su victoria fue celebradísima. El Carmen Campidoctoris se hace eco de la emoción producida por esta primera lid singular, que reveló a todos la genial destreza del héroe. “Entonces —dice— fue Rodrigo, por boca de los hombres principales llamado CAMPIDOCTOR; ya anunciaba allí las hazañas que después había de llevar a cabo: cómo vencería las lides de los condes, cómo hollaría con su pie el poder de los reyes y lo domeñaría con la espada”.

En Pazuengos —en aguas que vierten al Najerilla— tomó

Rodrigo Díaz de Vivar el sobretítulo famoso de Campeador. Lo ha dicho el hombre que más crédito ha merecido en el estudio de la Historia Medieval, y máxime en el personaje de Rodrigo el de Vivar. ¿Podrá alguien dudar de las palabras de Menéndez Pidal?

Allí están los restos del castillo. Allí la tierra sobre la que se dio tan propicio el lance al descendiente de los Diego Laínez y de su abuelo Laín Calvo, principal Juez de la incipiente Castilla.

Varias veces más había de entrar El Cid Campeador en tierras de la Rioja, y con preferencia en la cuenca del Najerilla, dominio y feudo, corte y señorío de los reyes navarros.

“En el año 1074 había enemistad entre los dos primos, el rey de Castilla y el de Navarra. La causa era, quizá —dice Menéndez Pidal— el tributo de Zaragoza. Alfonso invadía la Rioja en el mes de junio, llevando como alférez al conde García Ordóñez, que entonces empezaba a medrar en la corte. Este joven desempeñaba ahora junto a Alfonso VI el distinguido puesto que el Cid había tenido al lado de Sancho; se inicia, pues, ya como rival castellano del Campeador. En la hueste que entra por la Rioja encontramos también al conde Gonzalo Salvadorez y a Rodrigo Díaz reducido a uno de tantos”.

“El ejército castellano evacuó pronto el país y, en diciembre, se hallaba el rey de Navarra en el mismo monasterio de San Millán”.

El Cid tenía entonces treinta y un años, era el año en que se casó con Jimena. Por el fracaso obtenido en la Rioja —pueblos de la ribera del Ebro—, García Ordóñez deja de ser alférez para convertirse en Conde de Nájera. El rey Alfonso, después de darle el condado de Nájera, le concede también la mano de la infanta doña Urraca, señora de Alberite y de otros pueblos riojanos, creando así un nuevo matrimonio po-

lítico que tendía a estrechar nuevos lazos de poderío territorial.

La enemistad entre Rodrigo Díaz de Vivar y García Ordóñez, Conde de Nájera, llena muchas páginas en la vida del Campeador. Esta enemistad dura muchos años, y culmina con la partida desde Zaragoza para invadir todas las tierras de la margen derecha de la Rioja hasta llegar a Nájera, buscando a su peor enemigo: García Ordóñez. Dice Menéndez Pidal:

“Invadió las tierras de Calahorra y Nájera, dejando tras sí llamas, asolamiento y estrago; tomó por asalto Alberite, herencia regia de la mujer de García Ordóñez; saqueó Logroño, y todo a su paso lo devastó de la manera más dura e inmisericorde, sin que el conde acudiese a defender su condado y sus heredades propias”. A su regreso le dijeron que García Ordóñez le esperaba en Alfaro, pero que le diese siete días para organizar la batalla. Se los dio el Cid y don García, “el ínclito don García, honrado de Dios y de los hombres, sostén de la gloria del reino”, no se atrevió a pelear. Después, años después, aparece nuevamente García-Ordóñez, quizá como principal autor del fracasado casamiento de las hijas del Cid con los “flamantes” esposos. Esta fue una zancadilla organizada por García Ordóñez, Pedro Ansures y Alvar Díaz, ricos hombres de Tierras de Campos, pero eso ya escapa a la cuenca del Najerilla y, por tanto, hemos de abandonarlo en esta recopilación biográfica.

Aunque brevemente, ya hemos visto lo decisiva que fue esta zona dentro del personaje más importante de España y uno de los de más gloria universal: Don Rodrigo Díaz de Vivar, “El Cid Campeador”, y cómo un hijo de esta zona, García Ordóñez, fue el peor enemigo que tuvo El Campeador. En ocasiones pareciera que, El Cid, tenía que vérselas con su rey.

Gonzalo de Berceo

No le vamos a quitar méritos a la Rioja Baja, que tuvo la preciada gloria de nacer bajo su cielo calahorreño el maestro de la elocuencia, Marco Fabio Quintiliano; ¡En buena hora le dedicó el pueblo nativo, a tan ilustre hijo, su monumento en el enclave mejor de la ciudad!

Si Quintiliano nació el año 42 de nuestra Era, tres siglos después también nació —aunque ello es discutible— en la antiquísima Calagurris, Aurelio Prudencio Clemente —año 348—. Fue, Aurelio Prudencio, el primero de los poetas latino-cristianos. La Rioja da pocos poetas, esa es la verdad, pero sí está demostrado que son fundamentales y esa no es mala condición. Ya que estamos colocados en el tema poético, bueno será decir que hijo de riojano era Juan Ramón Jiménez, nuestro Premio Nobel de Literatura.

Esto ya lo hice saber hace varios años, en un artículo publicado en "Nueva Rioja", al tratar sobre la vida y la obra del poeta canario Fernando González. El me decía que —en una ocasión que vino de Madrid a Logroño, acompañando a Juan Ramón—, cuando éste llegó a los lindes de Logroño, entrando por Piqueras, su mirada se llenó de ilusión: "Mi padre —le dijo a González—, mi padre era de Nestares, Fernando, y yo me considero riojano. ¡Qué hermosa tierra es ésta!". Le tiraba la tierra camerana, que era la de su padre. Juan Ramón Jiménez pudo haber nacido en Nestares como nació en Moguer. No olvidemos que en San Millán de la Cogolla nació el año 1875 María Lejárraga, después María Martínez

Sierra, importante escritora, digna de figurar entre la generación del 98. A ella se deben la mayor parte de los libros firmados por su esposo, Martínez Sierra. Doña María Martínez Sierra hizo una perfecta biografía de los personajes amigos que tanto trató: Benavente, los Quintero, Galdós, Juan Ramón Jiménez, Albéniz, Usandizaga, Turina y Falla.. “El amor brujo”, que tanto nombre dio a Falla, nació primero del libro que puso en sus manos la escritora nacida en San Millán.

En la visita que le hice el año 1964 en su piso de Buenos Aires me llenó de orgullo al ver que estaba ante una mujer fuera de serie —llena de vitalidad— y tenía ¡ochenta y nueve años!

Pero sigamos con Berceo y decimos que, aun con poca precisión en la fecha del nacimiento, se da como buena la del 1198. Berceo o, mejor dicho, Gonzalo, es el primer poeta de nombre conocido en nuestra lengua castellana. En el valle de San Millán tenía que nacer mucho y bueno de nuestro idioma, hoy hablado por más de doscientos millones de habitantes.

Antes de Berceo advertimos que, dos siglos anterior a sus rimas en cuadernavía —hacia el 954—, según noticia de Menéndez Pidal en su libro “El idioma español”, un monje escribe en el monasterio emilianense el primer texto de nuestra lengua que es una oración. “Esa glosa, se halla en la Academia de la Historia, en el Manuscrito de Etimologías de San Isidro, escrito por Endura presbiter”. Y dice Menéndez Pidal: “Esta glosa, de aspecto ciertamente enigmática, puede acaso interpretarse partiendo de un solo punto seguro. Escrita la glosa en el siglo X, no hay duda que en ella el vocablo “Spani” designa a los mozárabes según el uso de entonces. Sentado esto, “romani”, voz que pone el glosador en vez de “latini” de San Isidoro, designará a los cristianos del norte, los de origen hispano-latino, a diferencia de los “goti”, pues nos consta que en el norte se conservaba aún en el siglo XI memoria de la distinción de romanos y godos. Con letra de En-

dura se lee al margen de la susodicha glosa: "hanc arboor romani, pronum vocant, spani nixum, mandali et goti et suevi, et celtiberi ceruleum dicunt".

A Menéndez Pidal le llama la atención esa mención por Endura de "los vándalos, suevos y celtíberos".

Es, pues, curioso que las primeras glosas del siglo X se escriben en San Millán por el presbítero Endura. Se han escrito, y ahí está la razón, al llamar sensacional, llena de trascendencia y famosa a esta zona: la cuenca najerillense. Después de San Millán también se escribieron en Silos glosas muy semejantes, como hijos que son ambos de la voluntad riojana. (Más tarde tenemos un trovador de gran renombre en la Corte: Don Lope Díaz de Haro).

Y pasamos al siglo XII en el que viene al mundo un niño al que llaman Gonzalo (Gundisalvo) en términos godos. Este niño nace en Berceo, de cuya patria chica tomará apellido, como hizo después el Arcipreste y tantos y tantos hombres famosos cuyo primer apellido tornan por el del pueblecillo que nacieron o donde transcurrió su vida juvenil.

Con el tiempo, Gonzalo acude al monasterio benedictino de San Millán y acaba por ordenarse sacerdote, estando agregado a dicho monasterio como clérigo secular. Se sabe que vivía aún en 1264, año en que firmó un documento.

Ya tenemos a Gonzalo vestido de sacerdote y le vemos caminar a diario el corto trayecto que media entre su pueblo y el monasterio.

Gonzalo sube siempre por la senda que va a media ladera, bajo una frondosa arboleda de robles, y así, tranco a tranco, con un palo en la mano, cual si fuese un báculo, llega hasta el rincón que mana virtud y es para él oasis de paz y de amor. Gonzalo lleva la cabeza llena de rimas, que las sueña perfectas. ¿Dónde habrá leído él cosas parecidas?... ¿Cómo se ha enterado que se puede hablar haciendo música de

la palabra?... Esto era muy difícil que llegara hasta él, porque apenas empezaba a trabajarse el idioma en ese menester, pero Gonzalo era muy culto, muy "leído", según frase rural castellana. Era también buen conocedor de la tierra navarro-castellana. Sus relatos hacen suponer que viajó por tierras de Burgos y de Guadalajara tanto como por su tierra riojana.

Gonzalo no va solo por el camino. El poeta nunca va solo; le acompañan todos sus personajes y con ellos entabla diálogo.

Gonzalo, cuando llega a su portaliello, se sienta en un rincón y comienza a des-hilvanar cuanto pensó por el camino. Lo vierte en un tosco papel para mejor verlo ordenado —que el escribir es algo parecido a la siembra y a la plantación de viña o frutales—, hay que hacer canteros y que lo sembrado o plantado guarde un orden y simetría.

El papel y el terreno lo muestra mejor que la imaginación, porque sobre el papel toma cuerpo y alma visible. Se poda, se agrega más simiente, se apoya lo que estaba endeble y se acaba por completar toda heredad, que es talmente como un poema. ¡Y qué hermoso queda lo bien cultivado!

Los temas que trata Gonzalo son los que él más ama y entiende: cosas de santos riojanos. Gentes del pueblo, bien que sea Berceo, Estollo, Madriz, Badarán o Alesanco, todos por él bien conocidos y donde no falta para dirigirles la palabra en días festivos.

Es allí, en el Portaliello (o Portaleyo) donde comienza a ordenar la vida de Santo Domingo de Silos, del que es grande admirador. Como el tema es de gran largura lo divide en tres partes. Después hará "Milagros de Nuestra Señora", "Visión de Santa Oria", "El Premio de la Virgen", "El pobre caritativo", "El labrador devoto", "Los dos hermanos" y "El labrador avaro".

¡Qué bien va Gonzalo cantando por lo bajo mientras

vuelve al anochecer a su lugarejo! ¡Qué lástima no poderse lo decir a nadie del pueblo eso que él siente, y cómo lo razona escribiéndolo versificado! Se lo podía decir al abad, pero... ¿y si no le gusta?... ¿y si le toma ojeriza por hacer poemas que, quizá, los cree una broma para el sentimiento religioso?... Gonzalo prefiere escribirlo y callarlo. Un día lo verán las jóvenes generaciones. Gonzalo —como todo hombre genial— escribe para el mañana.

Una de esas tarde que volvía feliz, muy feliz de haber pasado su jornada en lugar tan santo como el mismo Jerusalem, comenzó a rimar en su noble y bullidora cabeza:

“En el nombre del Padre, que fizo toda cosa,
et de don Ihesucristo, fijo de la Gloriosa,
et del Spíritu Sancto, que egual dellos posa,
de un confesor sancto quiero fer una prosa.

Quiero fer una prosa en román paladino,
en qual suele el pueblo hablar a su vecino,
ca non so tan letrado por fer otro latino,
bien valdrá, como creo, un vaso de bon vino”.

Hemos de señalar que esta poesía inicial no resulta fácil por las trabas de un metro tan acompasado, monótono y de poca soltura, pero el poeta, nuestro mester de clerecía —que nació cantor—, lo rima perfectamente sin esfuerzo alguno, tomando, incluso, cosas sencillas como material de composición. Berceo es un alma buena, inocente en todo sentido. Un hombre que dice lo que lleva dentro sin artificios ni falsas posturas, y lo dice con una claridad de niño grande que cautiva y atrae. Es el gran poeta, lleno de candor y falto de aparatosidad, pero harto de razones. Es el poeta huérfano de posturas hueras y hasta de rarezas gramaticales, pero henchido de bondad y de encanto como todo niño sin picardía. Berceo va al

sentimiento estético directo y lo consigue plenamente en todas sus composiciones.

Conoce el alma del pueblo como el mejor analista y, así nos dice en "El labrador avaro":

"Era en una tierra un omne labrador,
Que usava de la reia más que otra lavor:
Más amava la tierra que non al Criador,
Era de muchas guisas omne revolvedor.

Fazie una nemiga, faziela por verdat,
Cambiava los mojonos por ganar eredat:
Fazie a todas guisas tuerto e falsedat,
Havie mal testimonio entre su vecindat".

Gonzalo dice "era una tierra", y vemos que no suele decir en la suya, pero esta condición que ya señalaba Berceo ocurrida en el siglo XIII, ocurre actualmente. El problema mayor de los labradores de estas comarcas es el de las mojoneras o lindes y, en Navarrete, una palabra curiosísima: "coseras". ¿De dónde viene coseras?... ¿De coso...? ¿De espacio libre adquirido por cada cual y luego amojonado?... También parece ser terreno que se riega de una tanda, pero el título es idéntico para lo seco. Lo que no cabe duda es que se trata de un riojanismo.

En los términos rurales donde vivió el mester Gonzalo, aún hoy, ¡y cuánto no ha cambiado la forma de vivir!, pero, aún hoy, y este lo hemos visto, hay quien pretende correr mojon poco a poco para ir ganando heredad. ¿Necesita de esos centímetros? ¡No! Es lo que se ha heredado que viene desde muy atrás. De ahí que algunos mojonos son peñascos enormes y metidos bien profundos. ¡A grandes pícaros, grandes piedras que mover y denunciar la torpe acción!

Berceo es un gran pintor del paisaje que vive. Aquello que él dijo en el siglo XIII vale igual para nuestros días porque la Naturaleza, felizmente en esta cuenca, aún no ha sido contaminada.

Aquí tenemos prodigiosos bosques; frutales agradables al paladar; prados verdes “e bien sencidos, de flores bien poblado — logar cobdiciadero para omne cansado”.

Berceo tiene la alegre y feliz socarronería propia de la tierra que le vio nacer; rica en vino y generosa en huertas. Tiene la inocente malicia que es sello bien definido de esta región híbrida de regionalismos pero muy personalista en sus “vivencias”. Así combina lo monacal con lo popular, el verbo rimado y el vaso de bon vino para que salga más garboso, más floreado, más idónea la poesía con lo que dicta su alma.

Berceo canta a la Virgen o a los santos riojanos, y tiene al lado la bota o el vaso (¡qué más da!) como cumple a todo poeta en todo tiempo. Es el premio a la culminación de un poema o de un día dominguero. Es la merienda que da el dueño de la casa a los operarios que le han puesto —¡por fin!— el tejado, y con él un ramo de laurel, o la bandera tras de la última teja: obra hecha; pieza sembrada; poema finado: consumición vínica rubricando la tarea bien cumplida.

Al entrar en Suso es inevitable, obligado, decir algo del poeta que fue nuestro padre Gonzalo de Berceo. Había que ponerlo como regla: al pisar el Portaliello, un vaso de vino de Rioja. Hágalo, en buena hora, una de nuestras prestigiosas bodegas riojanas.

Le falta —ya se hará, que en ello estamos empeñados—, le falta su monumento, el gigantesco monumento que se yerga desafiante, con su papel y su pluma, sobre todo el valle, sobre toda España, por encima de las fronteras llegando a todos los países hispano-hablantes.

Yo pondría este monumento en Suso. A su entrada, en la plazoleta donde está la necrópolis más santa de la península. Cuando esté erigido el monumento, todo poeta que de ello se precie, todo hombre de letras, tiene que ir a Suso y, una vez allí, saludar al curita que viniendo desde Berceo a Suso, hilvanaba poemas que, después, en su rinconcillo del portal santo, completaba hasta formar nuestros primeros versos en castellano. El ha sido el primer maestro conocido de una escuela que llega hasta el siglo XX, y es, además, la más noble de todas las escuelas. Todo ha perecido en tantos siglos menos la palabra escrita. Ahí están las glosas, ahí están los versos de Berceo. Quién sabe si no será la palabra rimada o la palabra llena de belleza y de verdad la reserva del futuro, una reserva que ha de perdurar cuando todo se acabe materializado y destrozado por la mecánica y la ciencia. Cuando la Humanidad sea un cementerio de "robots" aprisionados por sus diabólicas creaciones, quizá haya que volver a empezar de nuevo hablando como Berceo. Ya se ha demostrado que la poesía es inmune a toda contaminación. Quizá sea la tabla de salvación del futuro. Habrá que agradecerse una vez más al mester de clerecía que le nacieron sus versos en esta cuenca del Najerilla.

Nájera Corte

Fallecido el primogénito don Fernando, quedaba único varón en la sucesión de Alfonso VIII (al que podíamos denominar hijo de Nájera), su otro hijo don Enrique I, que contaba once años.

Juró el cargo bajo la tutela de doña Leonor, pero, dicen, que tanto le dolió a la reina la muerte de su marido que se empeñó en morir, y a los veinticinco días de muerto el rey, ella se fue tras de sus pasos...

Muerta la reina, se encargó de la regerencia doña Berenguela. ¡Qué bonito nombre y cómo suena a reinas españolas! Otra nueva muerte favorece a la regente, porque falleció quien estaba destinado para la corona. El caso —haciendo bueno el relato— fue así: Estaban jugando a la pelota el futuro rey y algún otro amigo. El frontón parece que era el palacio del arzobispo de Palencia y, dentro de él, su mejor patio. ¡Ya es coincidencia lo que pasó!... ¿No había uno encima del alero y la soltó con la peor intención?... Quien conoce aquellas piezas de cerámica sabe que pesaban cuatro veces más que éstas de hoy que salen, casi secas de las máquinas actuales. El caso es que una teja cayó desde lo alto y trató de servir de corona para el jovencito rey, destrozándole el cerebro. Con el tejazo se acabó la vida de don Enrique el Primero. ¿Confabulación?... ¿Sabotaje?... ¿Conspiración política?... Todo es posible en todo tiempo.

Doña Berenguela quedaba por sucesora, y las Cortes de

Valladolid la reconocen y juran como soberana. Doña Berenguela lo acepta, pero... algo más interesante llevaba en sus sienes, algo que muy pronto iba a poner en práctica en la tierra por ella tan querida, entregándole allí la corona, al que más tarde sería llamado Fernando III El Santo, o también: San Fernando. ¿Cómo se produjo esto? Es fácil saberlo cuando se analizan los hechos y se está más allí de Valladolid, no olvidando a Nájera, que entonces era tan importante como la ciudad castellana.

Nosotros hemos revisado los acontecimientos y las circunstancias en las que doña Berenguela se desenvolvió para bien de su Estado.

Tenía la reina su alcázar en Nájera. Un alcázar que aún se pueden ver los muros tras del viejo cementerio, dentro de un trozo de ruinas najerenses que son un encanto para el amante de la historia. El alcázar de doña Berenguela (advertimos que aún se le sigue llamando alcázar y que de sus ruinas se han sacado unos mosaicos que son una verdadera maravilla de colorido tipo mudéjar), decimos que, el alcázar de Doña Berenguela, estaba al borde de la ciudad ibera, porque, bueno es saber que, en ese montículo najerino se ha desarrollado mucha historia española y en él estamos con hebra de oro hilvanando los hechos siglo tras siglo.

Vivía esta reina más en Nájera que en ningún otro lugar, tanto que fuese villa o corte. Para ella, Nájera era tan corte como Valladolid, Toledo o León. En la ciudad del Najerilla, y corte que fue de los reyes navarros —como veremos después— se enteró doña Berenguela del suceso ocurrido en el patio arzobispal. Bien sabía ella que la heredera del trono era su testa, y por ello sale para Valladolid, donde es proclamada reina. Lo acepta con ilusión, pero está cociendo el futuro de Castilla y de España en la promesa de su hijo Fernando. Terminado el juramento se aleja con sus magnates de

la ciudad castellana y viene a las riberas najerenses. Reúne a los hombres más importantes de Nájera —que no eran pocos— y decide allí mismo en su alcázar, que era su más alto poderío por la devoción que le tienen los riojanos, que quien debe reinar en España es su hijo Fernando. Esto, qué duda cabe, tuvieron que verlo bien aquellos hombres y se deciden con sorpresa de Valladolid a coronar en Nájera al nuevo rey. Quizá han sido los López Díaz de Haro quienes han decidido el lugar de la coronación. No olvidemos que allí está Don Lope, al que llaman Cabeza Brava, que es Alcalde Mayor de Castilla, XI Señor de Vizcaya, y que fue conquistador de Baeza.

Allí también están los Manriques de Lara. Allí hay tanto señorío como puede haber en Burgos o Zamora. Nájera fue corte y ellos desean que se corone en ella a su joven rey.

¿Lugar elegido para tan prestigioso acto? Donde era tradicional y democrático en aquellas fechas: bajo la fronda de un gran olmo junto al río Najerilla. Lo que iba a ser tradición en el país vasco ya nacía con fuerza en Nájera. El árbol era símbolo de fortaleza y de cámara popular para reunir al pueblo en sus solemnidades.

Lo dice la Crónica: “tal era la llaneza de aquellos tiempos” —y de la Crónica refiere Mariana—. “Alzaron los estandartes por el nuevo rey e hicieron las demás solemnidades”.

Todo ello fue voluntad de doña Berenguela, que quiso dar, desde su querida Nájera, eso que hoy llamamos: “bombazo noticioso”.

Que Nájera era importante en esos siglos, quién se atreverá a dudarlo. Y lo era con mucho para aquella reina, porque también fue reina de esta ciudad la bisabuela de Fernando III, doña Blanca.

Nájera sirvió de cuna —ahí es nada— a don Alfonso VIII, El de las Navas, abuelo del que ha sido coronado. ¿Cómo no iba a tener valor capital una coronación najerense? Pero no falta quien, tratando de restar méritos a Nájera, también ha puesto en duda este magno acontecimiento histórico. Por si fuera poco cuanto va relatado, hay una poderosa razón histórica oral y escrita. Nájera jamás olvidó este hecho, que es rico eslabón en su meritísima historia y así se refleja anualmente la fecha desde tiempo inmemorial. Siglos después, quiso erigir un monumento recordando tan fausto acontecimiento y así dice una lápida puesta en un pequeño monopolito, a modo de obelisco frente al lugar donde el rey fue coronado:

SAN FERNANDO 3º CORONADO EN ESTE SITIO.
DIA 1º DE MAYO DE 1218 NAGERA AÑO DE 1843.

En el mismo obelisco, pero en opuesto lateral, hay otra lápida colocada no hace muchos años que dice:

EN EL VII CENTENARIO DE LA MUERTE DE
FERNANDO III, EL SANTO. EL INSTITUTO DE ES-
TUDIOS RIOJANOS PERPETUA SU RECUERDO EN
ESTE MISMO LUGAR DONDE SE ALZARON POR
SU REY LOS CASTELLANOS.

30 DE MAYO DE 1952

A pocos metros del monumento, una sencilla estatua dedicada a dicho rey y colocada no hace mucho recuerda en efigie al monarca.

Es tradicional —y la tradición no se inventa— acudir la Corporación municipal y el pueblo najerino, el día primero de mayo, ante la efigie del rey —como antes lo hacía en el vie-

jo monumento—, formulando el alcalde unas palabras alusivas al acontecimiento y repartiendo entre los presentes ramitos de laurel. ¿Fue así?... ¿No lo fue?... ¿Chi lo sa?...

¿Otra noticia más para Nájera? Pues sí, tenemos que darla y no es de poca monta: En Nájera se acuñó la primera moneda cristiana de la Reconquista, año 1033-1035, por el rey Sancho el Mayor, al que le gustaba titularse “Rex Ibéricus”.

Este monarca desvió hacia Navarra y la Rioja la Ruta Jacobea para evitar atravesar el poco fácil país vasco, lleno de peligros, y así darle a éstas sus muy queridas tierras, un mayor favor.

Con este desvío —del que damos un esquema— se acortaba en mucho el trayecto, pasando por poblaciones importantes, que, en el devenir de los años, iban a representar un mayor progreso en su comercio y en la cultura traída desde el otro lado del Pirineo.

Los Fueros de Nájera

Prescindiendo del Fuero Juzgo, el más antiguo de España, le sigue el Fuero de Nájera, año 1020, que es de la misma época que el de León.

Alfonso VI, gustándole tanto aquella posición geográfica y la fabulosa historia de que venía precedida la ciudad —llegándose incluso a suponer que los primitivos reyes asturianos: don Pelayo y Alfonso I El Católico, procedían de Nájera— quiso darle fueros, que era lo que hoy denominamos Constitución. Estos Fueros habían de ser después acrecentados y ratificados por El Emperador Alfonso VII.

Cuando hemos dicho “suponer” que don Pelayo procedía de Nájera, no es capricho del autor, que nada de cuanto aquí se ha escrito es producto de fantasía, sino que está ajustado a documentos prehistóricos o a trabajos verificados por el hombre desde los tiempos más remotos.

Esto, que hace referencia de don Pelayo, si hay error acháquese al sabio don Ramón Menéndez Pidal, quien supone y muchas razones tendrá para ello, que “don Pelayo es de origen riojano”.

Los Fueros de Nájera se dieron al público el año 1136. No hemos de copiar todos sus apartados, sino que, haciendo un breve resumen, citaremos aquellos que creamos más amenos. Su inicio es así:

“En el nombre de la Santa e individua Trinidad del Pa-

dre, Hijo y Espíritu Santo, Yo, D. Alfonso (VI de León y de Castilla), por la gracia de Dios dominando en todo Galicia, León, Castilla y Calahorra, y teniendo el principado de España, mando expedir esta carta a la noble ciudad de Nájera, lo mismo a mujeres que a hombres, a casados y viudos, a mayores y menores. Después que mi hermano el Rey don Sancho (IV El de Peñalén) fue muerto por su hermano Ramón, en ocasión en que Nájera estaba bajo mi poder y señorío (y estando en ella), vino a mí el Señor Don Diego Alvarez con su yerno el Conde Don Lope, y ambos mandatarios por mi honor, servicio y fidelidad, juraron ante la Corte que dicha ciudad, con todos sus habitantes y cuanto a ella pertenecía había vivido, permanecido y disfrutado de los fueros cuya copia presentaban, en los tiempos de mi abuelo el Rey Sancho y en los del Rey Don García, jurando a la vez que, en todo tiempo, habían sido y me serían fieles, por lo que bajo la palabra, garantía y seguridad de lo dicho por Diego Alvarez mando, concedo y confirmo que esta ciudad con sus habitantes y con todas sus pertenencias, permanezca y continúe bajo la Ley y Fueros presentados, por los siglos de los siglos. Amén.

Ya hemos visto cómo los Fueros de Nájera fueron realidad en tiempos del Rey don García, y, anteriormente de don Sancho, padre de don García.

Hemos dicho también que no vamos a citar todos los artículos pero sí algunos de ellos como, por ejemplo, este primero.

Los vecinos de Nájera eran francos y libres del servicio de bagajes para la guerra, excepto cuando hubieran de utilizarse por los convecinos para acompañar al Rey en alguna expedición militar.

El Infanzón o noble de Nájera que dejaba de cumplir con la obligación del fonsado, no respondiendo personalmente

a los apellidos de guerra, pagaba al Rey por pena o Fonsadera diez sueldos, aunque por el Fuero se le rebajara a la mitad.

Por virtud de los privilegios de que dejamos hecha referencia, el Infanzón de Nájera no estaba obligado a salir a campaña, sino una vez en el año y esto cuando a la expedición concurría el Rey.

Los Infanzones de Nájera estaban libres de la obligación de sufrir alojamientos, o lo que es lo mismo, de la carga que en otros puntos de Castilla se llamó Alberguería, así como de la pena en que la falta del cumplimiento de aquella obligación hacía incurrir cuando no existía el privilegio.

En casa de mujer viuda o soltera y aún casada que viviese sola, nadie podía recibir ni exigir alojamiento, y se prevenía que nadie se atreviese tampoco a violarlas o forzarlas con tal motivo.

La viuda de Nájera que no tenía hijos no pagaba el tributo de Fonsadera; mas si tenía uno capaz de empuñar las armas, éste se hallaba obligado al servicio por sí o por sustitución con otro hombre, y de no cumplirlo debía aquélla pagar dicha Fonsadera.

Los vecinos de Nájera podían ejercer libremente y sin traba alguna el comercio de los artículos de primera necesidad, comprando y vendiendo el pan, el vino, las carnes y pescados y toda clase de vituallas.

La propiedad de los vecinos de Nájera era inviolable por fuero, hasta tal punto que, en caso de llegar a la Ciudad el Rey o su Vicario, o el Conde de la tierra, ni éstos ni ninguna otra persona podían embargar los bueyes, vacas, puercos, carneros, ovejas, gallinas, ni ninguna otra clase de comestibles, so pretexto de mantenimientos sin el abono del justo precio.

Y aquí sigue diciendo que si por extrema necesidad tenían que comprar algo para el Rey o Conde, que se comprase a las mujeres más pobres las gallinas, pero... que había que pagarlas a precio de carnero.

¡Gran Ley ésta del siglo X! ¿No es esto admirable por democrático? Sigamos.

Los vecinos de Nájera procesados por homicidio, hurto o cualquier otro delito, no podrán ser reducidos a prisión provisional durante la sustanciación de la causa, si daban fiadores de estar a las resultas del juicio, etc., etc., etc.

El domicilio de los vecinos de Nájera es inviolable. Nadie, ni aún los sayones ejerciendo como pesquisas, podía entrar en la casa del sospechoso contra la voluntad del dueño. Aun habiéndose cometido un robo —que es lo más castigado en Nájera en sus Fueros— era preciso que el denunciante fuese con el alguacil o sayón al palacio del Rey y pregonar por tres veces desde el balcón o ventana, tras de lo cual sí se podía entrar en la casa del sospechoso.

Si alguno de fuera de Nájera demandaba o pedía a alguno de la Ciudad alguna cosa, éste por su fuero no tenía obligación de salir al medianeto, más que hasta las puertas del puente.

Por la muerte violenta de un Infanzón, de un Fraile o de un Judeo, pagaba el vecino de Nájera en concepto de multa o composición doscientos cincuenta sueldos y no los derechos de sayonía.

Por el homicidio de un villano, sólo pagaban los vecinos de Nájera cien sueldos, con igual exclusión de la sayonía.

El que causaba lesiones a un Judío, debía pagar por

pena de cada una de ellas, la misma multa que se imponía por las causadas a un infanzón o un fraile.

Aquí vemos, y esto no deja de ser curioso, en qué alta estima tenían los fueros de Nájera a los judíos. ¿En qué parte de España, en pleno siglo XIX, podía escribirse algo semejante? No olvidemos también que uno de los castillos, el de Malpica, era de los Judíos. Pensar que en pleno siglo XX aún hay naciones donde no cuentan con libertad, ¿y qué decir de cómo les trató el Gobierno alemán durante el período de Hitler?

En Nájera estaban a nivel de un fraile y de un infanzón, lo que es mucho decir en su favor. Así pagaron después con vida y hacienda cuando Enrique de Trastámara fue vencido por Pedro I y este segundo no pudo pasar el río.

En los fueros se dictan leyes y pagos por vaciado de un ojo; por pérdida de una mano o de un pie; por golpes recibidos, siendo más pagados los exteriores. Esto también es un adelanto de siglos a las leyes del momento actual, en todo el mundo, sobre accidentes de trabajo. En Nájera ya estaba prevista en el siglo X la Seguridad Social.

Los Fueros castigan a quien hace daño al ganado; a quien rompe las presas del río, y cien datos más en defensa de un pueblo, al que los reyes le habían dado una constitución ejemplar y primitiva, de la cual aún se siguen manteniendo muchos de sus dictados.

Estos Fueros los ratificó después Alfonso VII Emperador de España y ellos son, repetimos, de los primeros que se promulgaron en la Península.

¿Qué apreciamos en estos Fueros de Nájera? Yo diría que el claro deseo de darle importancia de Corte. Ahí está el rey y, el soberano, dicta en su ciudad unos Fueros que son defensa de los vecinos como lo dice muy claro el que

determina que: Si hubiese un homicidio en día jueves —por ser mercado y haber mucha gente en Nájera— no serán responsables del crimen los vecinos de Nájera.

De este Fuero copiaron después para darle otro a Navarra el año 1195 por don Alfonso VIII, quien se hallaba con su esposa, doña Leonor, en Carrión, donde celebró Cortes. También del Fuero de Nájera saldría otro para Logroño y muchas más ciudades castellanas y de Vasconia, pero sépase bien que en la legendaria ciudad del Najerilla no se creó uno sólo, sino tres, que fueron denominados: EL FUERO DE LAS FAZAÑAS, EL FUERO DE LOS FIJODALGOS y EL FUERO DEL LIBRE ALBEDRIO. ¡Qué nombres más bonitos!

El por qué de los Fueros ya lo hemos dicho que proviene de ser Nájera Corte. Corte y con mayúscula. Para quien lo dude damos una escala de reyes que, si son de Navarra también lo fueron de Nájera y cuya titulación la llevaremos por orden de mando.

REYES DE NAJERA

(Unos por dominio de territorio. Otros por haber tenido en la ciudad su residencia real)

SANCHO GARCES.—Rey I de Pamplona y I de Nájera, pues la conquistó. Según el Cronicón Albeldense, conquistó en la Cantabria, desde Nájera hasta Tudela. Falleció el año 925.

GARCIA SANCHEZ.—II rey de Nájera. (Se casó con doña Toda y murió el año 971).

SANCHO GARCES II "ABARCA".—III de Nájera. (Casado con doña Urraca. Murió el 994).

GARCIA SANCHEZ II (EL TREMULO).—IV de Nájera. (Casado con doña Jimena. Murió el año 1000).

SANCHO GARCES III (EL MAYOR).—V de Nájera. Se casó con doña Mayor o Muña. (Murió el 1036).

GARCIA SANCHEZ III (VI DE NAJERA).—Se casó con doña Estefanía y murió el 1059.

SANCHO GARCES IV “EL NOBLE”.—VII de Nájera. “El de Peñalén”. Casado con doña Placencia. Murió el 1076.

¿Puede dudarse de que Nájera fue Corte?

Y, aún tenemos al hijo de doña Blanca, nacido en Nájera y llamado “El de las Navas”. Y tenemos a Fernando III “El Santo”, proclamado según tradición rey en Nájera junto a un gigantesco árbol en la misma ribera del río. Año 1218.

“Ruta de la tierra santa española”

Esta cuenca, así como ha sido fundamental en el inicio de la vida, conservada en estado fósil, después, como núcleo aborigen de lo humano e, incluso, de lo ibero (aunque otros llamen celta), más tarde ha de ser jalón de fe cristiana por Millán y Domingo, con quienes ya es más que suficiente para denominarla, ahora que tantas titulaciones se están dando a las comarcas españolas: “Ruta de la tierra santa de España”.

Pero, en este tema, aún hay más —si de aspectos religiosos nos ocupamos— y, así, vamos a dar, en breve desfile, los nombres de una cantidad enorme de santos que harían bueno este título —que apoyamos sinceramente— para esta cuenca de por sí famosa.

Empezamos por San Millán, el que fue nacido en Berceo, de cuya vida nos hemos ocupado más atrás:

SAN MILLAN

SANTA COLOMA (Virgen y Mártir)

El origen de esta santa llevada a los altares por mártir se debe a que durante la dominación romana —ya hemos dado un amplio estudio sobre dicho poderío en esta zona— padeció el tormento por culpa del invasor asentado en Tritium Megalón.

En Tritium, según varios historiadores, nació la que iba a ser Santa Coloma. Parece que la niña acudía en su localidad a escuchar la santa palabra de otro hijo de esta tierra riojana, el anacoreta y sufrido hijo de Bañares Formerio. Formerio vivía en una cueva de las que tanto abundan en estas riberas. ¿Nájera?... Podemos darlo por cierto, dado su origen antiquísimo.

Que esta zona tuvo que ser en toda época foco de rebeldía contra el invasor está bien comprobado porque llega esta mentalidad hasta el siglo XIX. Tenemos el dato contra los franceses. Ante el creciente peligro que constituía aquella rebeldía cristiana, decretó el emperador Aureliano la detención de Formerio. Dicen los códices y los historiadores que fue llevado a Cerezo, donde, tras de inmensas torturas, fue degollado el día 25 de septiembre del año 274. Coloma, por la devoción que le tenía a su maestro, vio la degollación del santo. Con unvida devoción recogió los despojos y los llevó hasta Bañares. Estas acciones no siempre son del agrado del victimario, aunque se hagan en clandestinidad, como tampoco falta un traidor que denuncie la cristiana acción de recoger el cuerpo martirizado. Así Coloma fue denunciada y el tribunal de la poderosa Tritium la hizo comparecer para dictar sentencia. Coloma no quiso abdicar a sus nuevas creencias y rendir culto a los dioses paganos que le presentaban los romanos, y así es como fue a parar ante un público hostil que llenaba el anfiteatro de Tritium, para que allí, sobre la tierra riojana, cualquier mozo libertino abusara de la nueva cristiana, ultraiándola ante todo un público deseoso de fiestas.

Sobre la existencia de este anfiteatro aún puede apreciarse el tamaño, porque el vacío de la finca lo denun-

cia perfectamente. No era un circo como el de Sagunto ni Mérida, pero para la población que tenía Tritium le iba sobradamente aquel semicírculo sobre la loma. Fracasado el intento de ultraje por culpa del mozo —quizá caso de conciencia—, mandó allí mismo el tribunal romano (especie de presidencia, en nuestra fiesta taurina), que fuese degollada como lo fue su maestro Formerio.

La devoción a la santa en toda la comarca ha sido grande y —según un cronista de Felipe II, don A. Morales— “en Santa Coloma, pueblo que dista poco más de una legua de Tricio, está el cuerpo de la santa”. “La cabeza, según tradición, fue llevada a Santa María la Real de Nájera, encerrada en el vulto de la Santa, hermosamente labrado y suntuosamente enriquecido, el cual yo he visto”. Ordoño II, el año 923, ordena a Guttierr Menendiz la restauración del monasterio dedicado a la santa.

A Santa Coloma han acudido el día de San Marcos, 25 de abril, todos los pueblos de la comarca en procesión porque tenían a la Santa como remediadora de los temporales. El abad de Nájera, Diego Venegas, prohibió la realización de la procesión por los abusos que en ella se cometían. Esto fue en el año 1628.

SANTOS EMILIANENSES:

ASELO

Al que San Braulio llamó santísimo presbítero. La tradición le hace a éste nacido en Berceo.

SAN CITONATO

Abad que fue de Suso después de la muerte de San Millán. Su nombre es cabeza inicial de los abades, en Suso. Después se retiró al monasterio de San Cristóbal, en Tobía, que ya hemos dicho se le conoció con el

nombre de Las Tres Celdas, o "TRIUM CELLARUM". Aún pueden apreciarse las tres celdas con unas dimensiones de cinco metros de ancho por diez de largo. Una de ellas conserva los ladrillos en el suelo, de cuyo hallazgo tengo tres ejemplares. Sobre esas celdas, lastimosamente, hay plantados chopos...

SAN SOFRONIO

Discípulo de San Millán y compañero de Citonato y Aselo.

SAN GERONCIO

De la misma época que los anteriores, componente del trío que se desplazó a Tobía y fundaron un monasterio.

SANTA POTAMIA

Parece que fue de origen francés, pero vamos a tomarla como de la cuenca, porque en ella pasó su vida y la culminó tan santamente que se hizo digna de estar en el Santoral.

Llegó a Suso en tiempo de San Millán y fue testigo de su muerte. Después de muerto el Santo se retiró a Santurde. (¿Era quizá su pueblo?), donde, en un monasterio de comunidad femenina, murió. Según San Braulio murió ésta, que tomamos por santa riojana, el año 636.

En el monasterio de Santurde estuvo su cuerpo hasta el 13 de agosto de 1573 en que el abad Pedro de Medicen hizo el traslado de los restos al monasterio de Yuso.

MUNILLO Y ALODIA

Virgenes mártires nacidas en Bezares y Castroviejo,

pertenecientes ambas localidades al partido de Nájera, a nuestra cuenca najerillense. Martirizadas en tiempos de Abderramán II, previa sentencia del lugar-teniente del Emir llamado Zamail. La Rioja en ese tiempo era dominada por la familia de los Zimaeles, según lo atestigua el Códice Albeldense. Hay una coincidencia entre Zamail gobernador moro y Zimael príncipe moro en la Rioja, lo que hace suponer la realidad de estos martirios.

NUÑO OÑEZ

Nacido en Montenegro y causante del milagro de Valvanera. Habitó en la cueva de Trómbalos (o Tronvalos) —antigua residencia, como otros núcleos de la zona de Anguiano, de clanes iberos—. Poco después de buscar la cueva para vivienda se le sumó en el retiro el presbítero Domingo. Ambos son principales artífices del hallazgo de la Virgen en el roble y, más tarde, de la erección del primer monasterio en Valvanera.

SANTO DOMINGO DE SILOS (1003-1073)

Domingo Manso de Zúñiga, o Santo Domingo de Silos, nacido en Cañas, es una de las figuras más destacadas del siglo XI —un siglo importantísimo en los destinos de nuestra cuenca—. No es salirse de órbita pretender parear al santo —cada cual en su hacer—, incluso, con el propio Cid. Domingo fue, en su adolescencia, pastorcillo de ovejas en su pueblo. Después tuvo que estudiar porque a los veintiséis años fue ordenado sacerdote por el obispo Sancho, con sede en Nájera. Ordenado sacerdote, parece que ejerció en su pueblo, pero aquella vida “muelle” era poco eficaz para quien había nacido con espíritu de sacrificio. Abandona Cañas para ser penitente y se sabe que estuvo en Laguna de

Cameros; en una cueva de Falces (Navarra) y en un pueblo de Aragón llamado Longa.

A los treinta años deja la vida retirada y acude a San Millán para ser recibido entre los monjes tras de cumplir los requisitos benedictinos. Fue el abad Sancho quien le vistió con la sagrada cogulla. Y es allí, en San Millán, donde se decide a formarse dentro de una disciplina intelectual, que tanto provecho había de darle después. Aun siendo el prior Gomesano la máxima autoridad, Domingo era, ¿quién puede dudarlo?, la figura cumbre dentro de aquel cenobio emilianense. No será de extrañar que otros monjes le tomasen un poco de sobre-ojo, ¿dónde no existirá la envidia, aunque el envidioso sea poco competente, y quién le hará comprender de su inferioridad?... Lo que importa es su trayectoria tan limpia, tan clara, tan de hombre castellano. Dice Berceo:

“Porque era tan bono, de todos meiorado
el Abaat de la casa diole priorado”

Por palabras del mismo Berceo, vemos que Domingo era hombre de carácter y así se enfrentó nada más ni menos que al propio rey de Navarra, cuando quiso llevarse los tesoros de Suso, pero antes hemos de verlo salir de Suso para ir a Cañas en calidad de disciplinante. Los envidiosos monjes calentaron mucho la cabeza del abad, y éste lo envía a su pueblo para ver qué hace allí en un monasterio convertido en ruinas. Domingo lo levanta y erige una iglesia. Poca cosa era tal castigo para hombre de tan recia voluntad. De regreso a Suso el abad Sancho le nombra Prior Mayor del Monasterio, como nos lo ha dicho Berceo. Para mí, la mejor postura como santo y como hombre la encuentro en Santo Domingo, cuando siendo por segunda vez abad Gomesano acude don García a Suso, para

hacerse cargo de sus tesoros y se enfrenta con Domingo podíamos decir de hombre a hombre.

El de Cañas tiene un puesto de prior y lo defiende contra la voluntad del abad como le corresponde. ¡Allí manda él! Aquellos tesoros están bajo su guarda y, aunque respeta al rey como quien es, le habla claro, limpio, con razón y con fuerza, pero esto... ¿cuándo no ha costado caro?... Veamos lo que de esta causa tan noble y castellana nos dice Berceo:

“Lo que una vegada a Dios es ofrecido
nunca en otros usos debe ser metido,
Qui ende lo camiasé sería loco tollido
en día de el juicio sería retrahido.
Si esto por ti viene, eres mal acordado,
Si otro lo conseja, eres mal consejado,
Rey, guarda tu alma, non fagas tal pecado,
ca sería sacrilegio, un crimen mal vedado”.

Le dice el rey:

“Monge, dixo el rey, sodes muy razonado,
Legista semejades, ca non monge travado,
Non me terné de vos, que so bien vendegado
Fasta que de la lengua vos aya estemado”.

Dice Domingo:

“Rey, dixo, mal faces que tanto me denuestras,
Dices con la grand ira palabras descompuestas,
Grand carga de pecado echas a las tus cuestas,
Que de miembros agenos quieres fer tales puestas”

Dice el rey:

Fabló el rey e dixo: “Don monge denodado,
Fablades como qui siede en castiello alzado;
Mas si prender vos puedo de fuera del sagrado,
Seades bien seguro, que seredes colgado”.

Para nosotros viene ahora lo más curioso y trascendental del poema de Berceo, salido por boca de Santo Domingo de Silos, o mejor "de Cañas". Fue allí, allí en Suso —aunque Calderón nos lo haya colocado en Zalamea— el nacer de unas frases, que son fiel semblanza en toda la historia del carácter hispano. Las dice Pedro Crespo, pero antes las había dicho un hijo nacido en esta cuenca. ¿No las sabía Calderón y se las aplicó para su personaje? Las palabras son de Domingo, el que fuera pastorcillo de mocito y ahora es sabio y valiente prior:

**"Puedes matar el cuerpo, la carne mal traer
mas non as en el alma, rey, ningún poder".**

Calderón:

Al Rey, la hacienda y la vida
se ha de dar; pero el honor
es patrimonio del alma
y el alma sólo es de Dios.

"Mas non as en el alma, rey, ningún poder".

De aquel enfrentamiento con el rey navarro salió su destierro al monasterio de las Tres Celdas de Tobía, lugar más oculto y donde menos daño podía hacer el fraile riojano. Pero, "¿dónde irá el buey que no are?", dice Martín Fierro, por boca de José Hernández, y es por suerte o desgracia harta verdad. Donde vaya el hombre inquieto, inquietud traerá, aunque esté en una choza de pastor. Así, Domingo, aunque estuviese casi metido en clausura en semejante zona perdida entre bosques, algo trama, algo hace, algo está creando y llega hasta el mismo rey esta inquietud. Sabido esto, le destierra lejos: ¡a Castilla! Allí le recibe el rey Fernando y mucho agradece que haya llegado al exilio tan

claro varón. Para tal hombre nada mejor que entregarle un monasterio para que lo acreciente, y así es como lo destina a Silos (año 1040).

Ya hemos dicho antes cómo vino a los funerales el rey Don García —el que fuera prior altivo y sin vasallismo cuando de su fe se trataba—. En los funerales pronunció una oración altamente patética, no sin perdonarle —para eso era santo y prudente— aquella violencia que tuvo contra él al desterrarlo a Tobía y más tarde a Castilla.

Todo esto tiene un trascendental valor en la historia riojana, desgraciadamente tan olvidada durante siglos. ¿No es obligación aprenderla en los institutos de enseñanza? ¿Por qué no se tienen libros que enseñen lo que aconteció en la tierra para mejor amarla? Tenemos verdaderas joyas históricas que aún están sin ser conocidas por el pueblo. ¡Ya es hora de que esta historia llegue hasta las escuelas y salgan los niños conociendo lo provincial como se conocen las páginas nacionales, cuando de grandes personajes se trata.

SANTA AUREA

Nacida en Villavelayo. El mester de clerecía, en buena hora dedicado al sano y altruista oficio de escribir, ya era anciano, y, quizá, cansado de recorrer caminos y dictar cánticos a los santos queridos de su tierra. Tuvo la suerte de vivir en una época donde no existía el motor de explosión, ni siquiera la locomotora, cuanto menos el avión, que muchos días trazan estos cielos serranos con más de veinte surcos a la vez, haciendo del azul un jeroglífico de blancas carreteras. ¡Hasta el cielo lo están destrozando!

Gonzalo de Berceo había romanceado muchas vidas,

pero un día comprendió que le faltaba quizá la mejor de todas ellas: la de Santa Aurea. No quiso morir sin verla escrita en su cuadernavía y, así, comenzó a rimar:

“Quiero en mi vejez, maguer soy ya cansado
de esta santa Virgen romanar su dictado”.

Berceo va descifrando el viejo pergamino escrito por Nuño, a quien la santa había contado su vida llevada con gran penitencia. El poeta de Berceo la llama Oria, versión popular del latín Aurea, que quiere decir: color oro. Se supone que la fecha del nacimiento de esta mujer ocurrió hacia 1040-1043 y, la de su muerte, veinticinco años después. Esto lo cuenta muy extenso Fr. Serafín Prado (Agustino Recoleta), pero nosotros vamos a espigar lo de mayor interés para nuestra historia del Najerilla.

“Un día, los tres, padres e hija, se pusieron en peregrinación hacia San Millán de Suso. Era, seguramente, por el mes de mayo del año 1053. Por aquellos días, un gran acontecimiento movilizaba a los pueblos riojanos: la traslación de las reliquias del gran anacoreta de los Distercios desde el Monasterio de arriba, Suso, al de abajo, Yuso. Los tres peregrinos marcharon Najerilla abajo por las Viniegras y Anguiano. Torcieron por Villaverde y Estollo (antes Madriz), siguiendo el camino de peregrinos que hoy, todavía, se le llama “Cuesta de Baja-romeros”.

Después de las fiestas ya no regresaron a su pueblo. Habían visto la montaña santa poblada de monjes, de ermitaños, de emparedados que querían seguir viviendo del gran espíritu del muerto, cuyo cuerpo allí reposaba.

García, Amuña su mujer y Aurea, la hija, pidieron también una celda o cueva para vivir y para morir en la santa tierra de San Millán. Según la fórmula de la época: "se entregaron en cuerpo y alma al monasterio de San Millán". Aurea quiso ser emparedada. Se lo pidió al Prior, que era Santo Domingo, pero éste parece que le aconsejó que hiciera antes su noviciado. Su maestra se llamaba Urraca y fue también Santa. A ella debió Aurea su vocación de reclusa:

"Yo, por la su doctrina entré entre paredes".

Después del noviciado fue emparedada en una celda pegada a los sepulcros abiertos en las rocas. Bien poca diferencia había entre aquellas tumbas y aquella su celda: una concavidad estrecha junto al risco rezumante; un espacio reducidísimo entre cuatro paredes donde apenas podía moverse la reclusa. El aire y la luz escatimados entraban por un ventanuco abierto hacia la iglesia, para que la emparedada pudiera unir su voz a las de los monjes y recibir el pan de trigo". "Allí pasó trece o catorce años". El cuerpo virginal fue sepultado en un hueco de la roca junto al altar de la Gloriosa. Años más tarde pusieron a su lado el de su madre Amuña. "Nuestra Santa Madre Amuña", como se complacen en llamarla los cronistas emilianenses". Si se siguen las excavaciones iniciadas en 1971 y continuadas en 1972, es posible que aparezca la celda de esta Santa, que ha de estar sin duda alguna tras el paredón que posteriormente se edificó hacia el lado Norte.

SAN JUAN DE ORTEGA

Se dice que no nació en Nájera y quizá tampoco en la Rioja y que sí vino de Quintana de Ortuño (Burgos),

allá por el año 1080. Quiso el santo juntarse con otro santo riojano, Santo Domingo (El de la Calzada), y ambos, maestro y alumno, se dedicaron a elevar puentes para facilitar el paso a los peregrinos que venían de toda Europa camino de Compostela. Toda la Rioja conoció la actividad del Santo. Nosotros lo traemos a este capítulo porque él levantó el puente en Nájera y a él se dedicó una capilla, junto a la entrada del mismo. Hace dos años se ha demolido dicha ermita y han quedado tiradas sus piedras e incluso su altar. Nosotros tenemos la orla de laurel del mismo, hallada entre las piedras. Algún día se dirá que también la destrozó la "francesada"... ¡Cuánto hemos destrozado los españoles por no tener suficiente conocimiento de historia y de arte!

IÑIGO DE VALVANERA

Ya hemos dicho que el siglo XI es nuestro siglo más radiante. Siglo de Oro en nuestra Fe riojana. San Iñigo fue abad de Valvanera, desde 1080 a 1117. Aunque se supone también nacido en tierras de Burgos, por pasarse toda la vida dentro de la abadía llegando hasta los más altos cargos y trayéndose a enterrar a la misma, aunque falleciera lejos de sus dominios, lo hemos tomado para formar cuerpo con el santoral najerillense.

SAN FUNES (Obispo y Mártir):

"No hay por ahora certeza sobre la naturaleza de nuestro ilustre biografiado. Alumno Oscetano, según leyó Risco. Oscetano como otros afirman de Huesca, o de Aux, como quiere Campion". Francisco J. Gómez lo hace natural de Navarrete, o sea, de Corcuetos, cua-

tro poblaciones pequeñas que, por voluntad, se demolieron para crear la amurallada navarrete. Estas poblaciones se denominaban: Corcuetos de San Antón. De San Llorente. De Nuestra Señora del Prado y De San Pedro. Junto a esos campos pasaba —siglos atrás— la vía romana camino de Tritium.

Otra versión dice que era monje benedictino de San Millán y que probablemente fue elevado a la sede de Najera-Calahorra a propuesta de Alfonso I, El Batallador.

Hay dos versiones sobre su muerte. Una se da como que ocurrió entre Ribarecha y Leza, tras de reprender las corruptelas de ciertos clérigos. Otra, se dice que fueron los vecinos de los Corcuetos quienes le mataron cuando salía camino de su sede en Najera. Le mataron a pedradas y le robaron cuanto había recaudado en su misión por las pequeñas poblaciones.

En el altar de la Milagrosa de Logroño (Catedral) descansan sus restos. Antes de ir a parar a Logroño estuvieron en el monasterio de San Prudencio, cerca de Albelda, donde una lápida dedicada a los “tres Santos de la Rioja” decía:

Devoto que aquí te acercas
penetra con gran silencio
porque aquí están enterrados:
Félix, Funes y Prudencio.

BEATA DOÑA URRACA LOPEZ DE HARO (Abadesa de Cañas y su fundadora)

Cañas es un pueblo con importancia decisiva en el quehacer cristiano de la Rioja. Allí nació Domingo. Allí nace Fray Domingo de Silos Moreno, abad que fue de

Silos y Cádiz (1770 a 1853). Allí tenía que nacer Urraca López de Haro, fundadora que fue del monasterio cisterciense para bernardas religiosas creado por ella. Urraca es hija de don López Díaz de Haro IX Señor de Vizcaya y Gobernador de Nájera, y de doña Aldonza Ruiz de Castro. Del linaje —dice Cantera Orive— de los Castros, rivales de los Lara de Castilla. Esta que hemos traído para el final de los santos najerillenses era hija del que está sepultado en el panteón de los Haro. “Claustro de los Caballeros”, Nájera.

El Conde Fernán González en la cuenca

Faltaríamos a nuestra buena intención de cantar las debidas loas a nuestra cuenca najerillense, si omitimos lo que tuvo de relación directa entre el Conde Fundador de Castilla y este preciado mojón.

Para ello, nada mejor que echar mano al poema de Fernán González, de cuya introducción y notas, en la edición "Clásicos Castellanos", se ha ocupado nuestro admirado y querido amigo el Académico, Alonso Zamora Vicente.

Comencemos —de la Rioja hablando— sobre el canto que se refiere a la batalla habida entre el rey don Sancho de Navarra y el conde. Esta batalla se dio en "La Era Degollada".

"Quando ovo el (buen) conde su rrazón acabada,
mando contra Navarra mover la su mesnada;
entro les en la tierra quanto una jornada,
fallo al rrey don Sancho al Era Degollada".

La Crónica también habla de un lugar que llaman "del Era Degollada et es en Vall Pirri". Menéndez Pidal fue quien primero supo localizar este lugar, del que dijo con tanta seguridad como si lo hubiera señalado un labrador de Hormilla o de Azofra: "Valpirri es una llanura que hoy se llama Valpierre, entre Briones y Nájera de N. a S., y entre San Asensio y Cirueña de E. a O."

Berceo también dice: "Por medio de Valpirri un seque-ro logar". La Degollada también se sigue llamando a la cuesta que lleva hacia Santo Domingo, pero Valpierre es otra cosa y fue, en el llano, donde se dio la batalla que dice el poema. El padre Anguiano también lo confirmó, cuando quiso ocuparse de la tradición oral sobre la batalla. "Hay una piedra —en Valpierre— que hasta hoy llaman del conde".

De la batalla salió muy mal parado el rey don Sancho, tan mal parado que finó, y fue tan caballero el conde, que le llevó hasta Nájera. Lo dice el poema:

"Non vos queremos mas la cosa alongar,
ovieron los navarros el campo a dexar,
ovo el rrey don Sancho (muerto) y a fincar,
mandol luego el conde a Nájera levar.
Dexemos a don Sancho —perdon le el Criador—
los navarros maltrechos llorando su sennor,
salieron al buen conde todos con su amor".

Nuevamente toma contacto el conde con esta tierra por mediación de uno de los hombres más famosos nacidos en ella: San Millán.

Estamos en los prolegómenos de la batalla de Hacinas y es allí, en Arlanza, donde, tras una larga oración, recibe en sueños la visita de San Millán, de cuyo hermoso relato, para no ser muy extensos, copiamos los últimos versos:

"Non quiero mas dezir te, lieva dend, ve tu vya.
¿Quieres saber quien trae esta mensajerya?
Millan so (yo) por nombre, Jesu Cristo me envya,
durara la batalla fasta tercero dia.
Quando ovo don Fernando todo esto oydo,
el varon don Millan a los cielos fue ydo,
tornos a Pyedra Fyta donde fuera salido".
fue luego del ermita el buen conde espedido,

Así tenemos a toda esta meritoria y desconocida cuenca, que entra de lleno —aunque no geográficamente— dentro de los desvelos y quebrantos que trajeron a bien y mal traer al conde fundador de Castilla.

Hasta los límites de Canales llegaba el Alfoz de Lara con sus encantadores pueblos llenos de poesía y épicas hazañas: Covarrubias, Lara, Carazo, Salas, Arlanza, Hacinas, Piedrahita de Muñó...

Hasta Nájera y su cuenca llegaban los anhelos del conde Fernán González. ¡Allí estaba el hito emilianense de su mayor devoción! ¡Allí la ciudad donde tenía poderío y palacios el reino navarro! Pero sigamos al conde y veamos cómo, tras breves embajadas y buenas nuevas de la reina de León doña Teresa —hermana de García de Navarra— le ha ofrecido la mano de su sobrina doña Sancha, al joven varón fundador de un nuevo reinado, que ha de llamarse condado y él ser su primer conde. Fernán ha sido citado para juntarse en Cirueña y tratar allí del casamiento de este bravo mozo con la hija del rey que fue muerto en Valpierre. Doña Teresa, mientras tanto le decía a su hermano el navarro: “Bien savedes vos como nos perdimos al rey don Sancho, nuestro padre que era la cosa del mundo que yo más amaba; e dígovos que si yo fuese rey como lo vos sodes, que vengado sería ell ya agora; et vos tenedes agora tiempo de vengarte si quisieredes”.

La unión de ambos parlamentarios y escoltas se haría en Cirueña. Para llevar a buen resultado dicho concierto se había tratado que habían de acudir cinco caballeros de cada parte. Esto lo dice el Poema y las Crónicas, advirtiendo que el Poema, nacido por tradición oral de los juglares, es más real en los hechos que las Crónicas. Nosotros, por nuestra parte, confirmamos tal postura. Sobre el referido encuentro dice el Poema:

“Fueron pora Ciruenna assi commo mandaron;
con el conde de Castiella solos seys viaron;
el rey e los navarros aquel pleyto falsaron,
en lugar de los seys mas de treynta llevaron”.

Fue allí donde cayó preso el conde y, desde allí, dice el Poema que le llevaron a Castroviejo. La Crónica Najerense advierte que fue preso en Pamplona, Clavijo y Tobía. En las tres poblaciones hubo castillo, y dice el cronista que, si lo llevaban de una a otra, era porque buscaban la mejor oculta; el lugar más escondido para no ser hallado y rescatado. Nosotros vamos a dar más fe a los juglares y lo demostraremos sobre el terreno, llevando hacia nuestra cuenca lo que a ella corresponde que hasta hoy ha estado sin descubrir. Este es uno de los pasajes más hermosos del Poema que aconteció hacia el año 960 de nuestra Era y sus hechos todos fueron en tierra riojana.

“Dentro en Castro Viejo al buen conde metieron,
teniendol fuerte sana mala presion le dieron;
commo omnes sin mesura, mesura nol fizieron
los vassallos del conde dexar le non quisieron”.

Preso el conde y junto a él sus cinco seguidores, dijo éste al rey de Navarra que no tenía por qué tener ninguno de sus soldados y jefes con él, rogándole, ya que sólo suya era la culpa, que no les hiciese ningún mal, dejándoles en libertad.

“Solto los don García, a Castyella venieron;
quando los castellanos el mandado sopieron,
nunca tan mal mensaje castellanos oyeron,
por poco con pesar de seso non salieron”.

Llegados a tierras de Burgos hicieron gran pregón de lo acontecido en Cirueña y cómo el conde estaba preso. Castilla entera vivía horas de duelo y decían sin descanso:

“Tornemos en ei conde dol'avemos dexado,
era en Castro Viejo en la carcel echado,
de gentes de Navarra era byen guardado,
nunca fue omne (nado) en presyon mas coytado”.

Cuando el conde está en prisión, cerrado en el penal de Castroviejo y cargado de cepos en los pies, viene de Lombardía, camino de Compostela, haciendo de romero un conde que, sabedor en Navarra de la noticia y conocedor de los méritos del conde, quiere visitarlo y ser mediador, quizá por parte de la Infanta, para que le alivien su pena.

“Un conde muy onrrado que era de Lonbardia,
vynol, en corazón de yr de rromerya,
tomó de sus vassallos muy gran cavalleria,
por yr a Santyago metyo se por su vya.

.....
Fue pora Castro Viejo, demando los porteros
prometyo de les dar muchos dineros.

El conde lombardo cuenta a la Infanta cómo está el preso. Le advierte que si no quiere guarecer al conde de muerte que se perderá toda Castilla. “Et dígotte que fazes en esto grand amor a los moros que son nuestros enemigos mortales, ca este les fazie mucho mal et mucho crebanto, et agora andan ellos muy alegres et muy lozanos”. “Et quien a sus enemigos tal plazer faze, pesar quiere tomar de ellos”. “Et series por siempre iamas onrrada de los de Espannam ca en verdad nunca duenna fiziera tan buena cabalgada como tu faries en esto”. “Ca non a emperador nin cavallero en tod el mundo tan bueno como este es”.

Tanto le dijo y tan bonito el conde lombardo que la Infanta se decide a ir a Castroviejo y salvarlo. Llega al pueblo y por ser la dama que era, al pedir entrar a verlo nadie le

niega el paso. En los prados ha quedado caballo y cuidadores que ya no la verán tornar.

Entra en el castillo y trama a solas con Fernán su escapada sin que los vean sus carceleros, pero antes de intentar salvarle le pide juramento de que si todo sale con bien se casará con ella y sólo con ella. El conde lo jura:

“Cuanto todo ovieron entressy afirmado
luego saco la duenna al conde don Fernando.
Vayamos nos, sennor, que todo es guisado,
del buen rrey don García non sea mesturado”.
“El camino francés ovieron a dexar,
tomaron a siniestra por un grand encinar,
el conde don Fernando non podía andar,
ovol' ella un poco a cuestas a llevar.
Quando se fue la noche el dia quier perescer;
enant que ninguno omne los podiesse veer
vyeron un monte espesso, fueronse y meter,
e ovieron allí la noche atender”.

Llegados aquí vayamos aclarando algunas cosas hasta hoy sin determinar con perfección porque nadie, que sepamos, nadie hasta hoy, estudió este pasaje sobre el terreno. Mi estancia cerca de la zona me ha hecho acudir una y diez veces siguiendo lo que cantaron los juglares y un monje llevó al verso dándonos una joya en la literatura castellana. La realidad es esta: En Castroviejo, pueblo situado sobre la falda oeste de Moncalvillo, existe un cerro a diez minutos del poblado al que llaman “la ermita”. Un anciano me ha dicho.

—Oiga... que a eso le decían los antiguos el Penal...

Ya era suficiente. He subido allí con el viejecillo que olía a tomillo y romero. El hombre, con casi ochenta años encima de sus espaldas, apenas podía andar.

Oiga... no crea que soy estrecho de pecho, ¿eh? Es que tengo un gripazo que no me deja moveme... ¡Sí, señor, ese es el Penal...!

Penal... Prisión... Cárcel... No cabe dudarlo en absoluto: aquí estuvo preso el conde Fernán González, y lleva razón el Poema, y la tenían los juglares. Entre esas paredes, hoy llenas de zarzas y ortigas; entre esos gruesos muros que le daban aspecto de bodega a la prisión, ahí estuvo el fundador de Castilla. Hay un lienzo de pared, con una largura de veinticinco metros, y en la parte este, que es la más ancha, de ocho. No se ven ventanas en lo que hoy existe. Creo que muy pocas tuvo porque su aspecto es de prisión bien cuidada para evitar fugas. El lugar está enclavado entre unos terrenos llamados La Solana y Los Prados. Quizá los prados servían a modo de plaza a la entrada del fuerte. Al cerro donde se eleva esta atalaya le llaman Cerro el Campo. Metido el conde en prisiones y cargado de cadenas, sólo podía ver monte y cielo.

Junto a la fortaleza, por el lado sur, en desnivel muy pronunciado, está el ancho barranco lleno de piedra redonda que arrastran las aguas durante las tormentas. Ahora, en pleno invierno, apenas baja un pequeño arroyo, el resto del cauce está seco.

Buscando a su conde, la Infanta llegó hasta el campo de Alesón y dejando la Ruta Jacobea, que es por donde vino desde Pamplona, subió hasta el Prado. Ella llevaba un plan que quiere poner en práctica esa noche: escapar con el conde. Huir con el hombre que ha sido preso en Cirueña por pretenderla en matrimonio. La joven ha cumplido como correspondía a su alta dignidad y con don Fernando están tratando de la fuga. Ha llamado a la recia puerta y al ver quién era se han hecho crujir sus goznes para dejarle pasar. No van a ir por

donde la Infanta ha subido, que, bajar hacia Manjarrés, Alesón y Nájera es hallar gentes que los denuncien. En ese camino habrá mucho riesgo. Han decidido en común —una vez jurarse matrimonio— escapar hacia el sur, que es ir por monte cerrado.

“El camino francés ovieron a dexar,
tomaron a sinyestra por un grand encinar”.

Siniestra. ¡Exacto! El monte, una vez salidos del penal, estaba a su izquierda y el camino francés o de Santiago, diez kilómetros más abajo a su derecha. Bajaron entre sombras hasta el barranco que llaman Rigüelo, lo cruzaron y se internaron por el encinar buscando Ledesma. Pasaron entre las horas altas de la noche por Las Hoyas, La Serna, Los Mijares y Cayo Lobo, que son términos del monte camino de Ledesma. Desde Castroviejo a esta última localidad, un hombre, a paso normal, tarda dos horas. Pensemos que el conde lleva hierros en los pies y que su paso es muy corto. Que la Infanta a veces —lo dice el Poema— lo llevaba a cuestras. Era verano y si abandonaron el penal a las doce de la noche, cuando todos dormían, el amanecer lo vieron bajando hacia Ledesma.

“Quando se fue la noche el dia quier parescer;
enant que ninguno omne los podiese veer,
vyeron un monte espesso, fueronse y meter
e ovieron allí la noche atender”.

Como todo esto lo hemos seguido por el terreno y con el Poema estudiado en sus más recónditas intenciones, vemos que no entran en Ledesma porque van huyendo de la gente, pero es desde allí donde ven, frente por frente, el macizo de La Demanda con Tobía y Matute bajo las peñas. Monte espeso lo era ayer y lo sigue siendo, aunque en menor cantidad por las tierras labradas en siglos pasados: Selva virgen casi, casi lo tuvo que ser en el siglo X, llena de robles y de hayas gi-

gantescas. Trabado el conde con cepos y hierros en los tobillos, apenas puede andar, pero van descendiendo para llegar al bosque que tienen hacia el oeste. Llegan a la hondonada por donde discurre el Najerilla y buscan su puente: no hay otro que el de jurisdicción de Bobadilla, un puente romano del que ya nos hemos ocupado. Desde Ledesma hasta el monte cerrado de Tobía hay unos diez kilómetros. Quizá saben —lo tienen que saber porque mucha fama tiene y el conde era gran devoto del santo— que muy cerca está Suso y San Millán, pero ir allí es también peligroso. Mejor será internarse en el bosque y esperar.

Cuando están ocultos entre los grandes arbustos aparece lo que el Poema llama "EL MAL ARCIPRESTE". ¿Extraño? En absoluto. Extraño y de difícil localización para quien no ha estudiado esta parte del cantar épico como lo hemos hecho nosotros. Sabemos que Tobía tenía castillo. Aún están los arranques tras los pajares del pueblo.

Quien ha visto a los fugados es un arcipreste porque a mil quinientos metros de Tobía, internándose en el bosque, está el Monasterio de Las Tres Celdas. Este monasterio se consturuyó en el siglo VI. En pleno siglo X tiene grandes propiedades y no pocos religiosos. Yo aventuraría, y con poco error, que este monasterio se llevaba muy mal con los de Suso, amigos del conde Fernán González, por cuestiones de monte y de ganadería. "San Cristóbal", que fue fundación de los tres discípulos de San Millán, era más importante con respecto a monte y ganado que Suso, y ahí tenían que partir muchas enemistades. Ya vimos cómo el rey envía poco menos que desterrado a Tobía al monje Domingo, el hijo de Cañas. ¿Por qué lo mandó a Tobía? Porque, además de ser más hosco, era sitio de enemistad con el monasterio de San Millán.

Y en esta parte es donde han nacido los errores de citar

a Tobía las Crónicas como castillo en vez de haberlo citado como lugar de la fea acción del arcipreste. Pero leamos lo que dice el Poema:

“Dexemos i a ellos en la mata estar,
veredes quanta coyta les querya Dios dar:
d'un arcipreste malo que yba a cazar,
ovyeron los podencos en el rrastro entrarr”.

Los delata el olfato de los perros y les amenaza el mal fraile con denunciarlos al buen rey don García para que los haga de mala muerte morir. El conde, viéndose perdido si cae en manos del enemigo, ofrece al mal clérigo la mejor ciudad de Castilla, que la tendrá siempre por su heredad. Al clérigo le gusta la oferta, pero le pide algo más

“El falso descreydo llien de crueldat,
mas que sy fuese en canes non ovo piedat,
El conde, sy tu quieres que porydad,
dexame con la duenna conplir mi voluntat.
Quando vyo don Fernando cosa tan desguisada,
non serya más quexado syl dies una lanzada.
Dixo el conde “Pydes cosa muy desguisada,
por poco de trabajo demandas grrand soldada”.

La infanta enamorada, viendo el cariz que aquello tomaba, decide aceptar lo que le propone el mal clérigo, y haciendo una señal a Fernán González comienza a quitarse ropas, no sin antes advertir al arcipreste que conviene estar apartados del conde. El arcipreste, nos dice el Poema:

“ovo grand alegruia e tovos'por guaydc
vergüenza nos avya el falso descreydo”.

Apartados de las ropas y del conde, cuando se disponía a tomarla en brazos “el falso creyente”, la infanta le pegó “una topetada”, el Poema dice “travol a la boruca, diol'una grand tyrada”.

El conde no podía ayudarle porque estaba trabado aún de pies con grandes fierros, pero viendo al traile ciego de pasión carnal, y las ropas alejadas de él, se acercó a ellas y tomó el punal del clérigo para metérselo en aquel pecho fermentido y descreído.

Terminado el desliz cogieron la mula y el azor que llevaba el arcipreste para cazar y se fueron por el monte.

“Tovyeron tod el dia la mula arrendada,
el dia fue salido, la noche omillada,
quando vyeron que era la noche quedada,
movyeron se de andar por medio la calzada”.

Esto leído quiere decir que: Desde Tobía o sus lindes montañeras se fueron con la mula hacia Estollo, y, de allí por Berceo, cruzando campos hasta límites de Cirueña, ya conocidos del conde. De Cirueña al punto de partida, con mula ligera, puede hacerse en toda una noche. Ellos tenían prisa para ganar la Calzada y lo hicieron sin traspasar Santo Domingo. Una legua antes de llegar a Byl Forrado (Belorado) se encontraron a todos los caballeros que venían a rescatarlos de Castroviejo, yendo en cabeza de ellos Nuño Laín. La acción ya había sido terminada felizmente en la cuenca del Najerilla.

“Y antes de entrar en Navarra,
Toparon junto al mojón,
Al Conde Fernán González,
En cuya demanda son,
Con su esposa, doña Sancha,
Que con astucia y valor
Le sacó de Castroviejo
Con el engaño que usó”.

En Burgos celebraron las bodas más grandes que hasta entonces se habían conocido, acudiendo los más grandes per-

sonajes de Castilla. Allí no faltaron justas guerreras, juglares y músicos que tocaban cítara y viola. También se jugaba al ajedrez e incluso se alancearon toros. Las bodas reales duraban días y días, a veces hasta semanas. Los reyes Alfonso X y XI tuvieron que poner limitación a tanto abuso.

Estando en estas bodas del conde Fernán iba camino de Burgos, con gran aparato guerrero, el rey de Navarra. Sabido por el Conde salió en su busca y se trabó batalla dejando mal herido el propio conde al rey. Metido en prisión, medió doña Sancha ante el conde y éste le concede libertad para que torne a su reino navarro. Lo que pidió la condesa al conde sobre su padre, de todos fue bien entendido, pues era compensación a lo que ella le hizo a su rey en Castroviejo.

Esto es cuanto hemos podido traer sobre la vida del conde Fernán González hacia nuestro "alfoz najerillense". Esto es lo que hemos tratado de descifrar del viejo poema, para su mejor conocimiento en nuestra literatura, y para que sea mejor entendido en nuestra Rioja, ya que, en ella, ocurrió esta acción tan hermosa y tan romántica.

El Poema ha sido justo en determinar el terreno donde los actores vivieron esas intrigas. Ya hemos visto que no hay fantasía en buscar para nuestra cuenca lo que ella tenía en secreto hasta hoy. El Poema se crece con esta investigación y nosotros, por nuestra parte, hemos hecho justicia a una cuenca donde las acciones grandes en varios terrenos y diversos siglos no habían sido cantadas como el terreno pedía.

Quien se merece todo es la cuenca del Najerilla, ya que de ella hemos tomado cuanto aquí va detallado y, de este encantador episodio también hemos teatralizado una estampa digna de ser conocida en su día.

Santa María la Real

Antes de introducirnos en una hermosa cueva donde se iba a producir un hecho de grandes repercusiones para la historia de Nájera, digamos que estas montañas que vierten sus aguas al Najerilla poseen riquezas minerales en muchos aspectos desconocidas. Someramente, queremos advertir que en jurisdicción de Mansilla hay plomo argentífero. En Viniegra, Mansilla y Villavelayo no falta el cobre. Tobía tiene minas de hierro y de Lugar del Río —dentro de este siglo— se han extraído muchas miles de toneladas de sulfato de bario. Creemos que, La Demanda, aún no ha sido debidamente estudiada con los procedimientos que cuentan los investigadores de este último tercio del siglo XX.

Pero sigamos con Nájera y su transcendental y fortuito hallazgo del rey don García.

El punto inicial para la creación de este monasterio nace de una bonita leyenda, muy al uso —por uno u otro matiz— de aquellos tiempos en lucha contra los árabes, como lo fue siglos atrás contra los romanos. En cada invasión tenían que nacer motivos para acrecentar la fe del pueblo hispano.

Los ejemplos que podemos tomar más significativos están en Valvanera, La Virgen de la Almudena, El Pilar, Montserrat, etc., etc. Una imagen ha de aparecer oculta entre piedras, en un tronco de árbol, dentro de una pared o en una cueva. También existen esas otras fundaciones, en las que la Vir-

gen era llevada en una carreta de bueyes y al llegar a un barranco o cruce de un río los animales se detienen y es causa para elevar allí un santuario dedicado a la Virgen que transportaban. Estas leyendas han sido muy hermosas para muchos siglos de fe. Nuestros antepasados fueron felices escuchándolas y bendiciendo los solares producto del milagro. ¡Ay de nosotros, los que tanto nos tortura buscar y buscar una verdad que nunca hallamos! Nos queda una esperanza: que busquemos.

Sobre Santa María, el motivo inicial fue así, según ha pasado de una a otra generación por escrituras: Parece que el rey don García de Navarra, entroncado con amor en Nájera, el año 1044 estaba haciendo una excursión cinegética por la orilla izquierda del Najerilla, cuando, siguiendo a su azor, que iba tras de una perdiz, ambos se perdieron entre la espesura de la maleza. Cansado de esperar —suponemos nosotros—, se apeó del caballo y comenzó a rebuscar entre los arbustos, matas y ortigas. Algún escudero tendría que ayudarle, pero de él no dice nada la leyenda. El asunto clave es que, don García, adentrándose por la oquedad que allí había, encontró una cueva, al parecer ignorada. En el fondo de la cueva, una Virgen sobre tosco altar y, en él, una jarra o terraza con frescas azucenas. Testigos ante la talla oculta: el azor y la perdiz. Tampoco faltó la lamparilla de aceite que daba tenues resplandores a la pétreo estancia. La leyenda es bonita. Esta imagen que vio el rey —según Constantino Garrán— es la misma que está en el altar de la actual iglesia de Santa María.

No faltan gentes que al saber esto, que es lógico, creen que todo ello es producto de fantasía y que el rey no vio semejante cosa. No, señor. También es necedad ponerse en tal postura. Nosotros vamos a tratar de exponer lo que a nuestro alcance esté, con pruebas reales, evidentes. Haciendo del

hallazgo motivo histórico, y para el que este trabajo vaya leyendo fácil le será comprenderlo.

Que el suceso puede ajustarse a la verdad no cabe la menor duda. En esa vertiente, desde la época de los iberos, ya lo hemos acreditado mediante un prolijo estudio, estaban los poblados primitivos y, sus viviendas rupestres eran cuevas. En ellas vivía una población muy considerable, mayor que la Nájera del siglo XIX. Algunas de aquellas cuevas bajaban hasta el mismo río, como puede apreciarse hoy mismo en el lugar llamado "Paso malo".* Por tanto, es lógico que, el rey estuviera cazando y también que encontrara una cueva. La imagen oculta e, incluso, rindiéndole culto alguna devota familia najerense también es posible. Hay que darlo como real. Tratamos estas cosas lejos de todo fanatismo, que siempre resulta perjudicial en todos los terrenos. No vamos a decir que aquello era un milagro. Nada tiene de ello. Es un hallazgo fortuito. Sus causas, éstas: Había en la Rioja, como en toda España, una fe bien inculcada. Esta fe había sido consolidada ante el pueblo con el sufrido ejemplo de hombres y mujeres que daban su vida con alegría buscando salvación eterna. Desde Jesucristo, allí en Jerusalén, hasta la Roma de los césares, y después por todo el orbe, se extendió una fe altamente valiosa y edificante. De todo ello aún somos consecuencia nosotros. El pueblo fue arrastrado hacia ella viendo el sacrificio de hombres como Millán, Félix, Domingo, Nuño, etc., etc. Y mujeres como Coloma, Amuña, Oria, Potamia, Allodia y Urraca. Hombres y mujeres que se retiraban alejados de la comodidad de sus casas, para pasar privaciones, fríos y terroríficos silencios, en una cueva perdida entre riscos o entre

* En el poblado de Nájera hemos contado seis plantas o pisos en algunos trazados de cuevas. En Camprovín, tres. Frente a Mahave, Baños y Bobadilla, dos. Como los nuevos edificios, así eran estos poblados primitivos.

maleza del bosque. Como mejor obra se hace es con el ejemplo, y estas gentes dieron las muestras más decididas de sacrificio por la fe que en esta cuenca se habían introducido.

Eran los siglos VI, VII, VIII, IX y X. Cinco o seis siglos de gran misticismo por toda la Península, cuando entraron, salvando el Estrecho, gentes que traían otra doctrina y un nuevo Dios. Según iban conquistando tierras —como hizo todo invasor— colocaban sus mezquitas y establecían sus rezos, tan distintos a los cristianos.

Esto lo rechazaba el pueblo, que ya estaba poseído de una mística más sabia y más generosa. Habían predicado, hombres mártires, la buena nueva de Cristo y no iban a creerles a los que se afeitaban la cabeza, despreciaban el cerdo y podían tener varias mujeres con ellos.

Demolían iglesias y perseguían a los cristianos. Los que tenían más fe, como ocurrió después cuando los franceses, recogieron de los altares las imágenes queridas y las guardaron emparedadas. Algunos temían que si los moros entraban en casa y les veían una imagen podían ser denunciados y pagar caro su guarda. Así, para evitar riesgos, las llevaban al monte, encerrándolas en el hueco de un haya o roble; las emparedaban entre murallas o las introducían en una cueva oculta, cuanto más oculta, pues, mejor que mejor. ¿Acaso no hemos visto algo similar en nuestra guerra civil de 1936-1939? ¿No se han escondido libros, imágenes y propagandas de un color u otro en ambas zonas en litigio? ¿No han escondido santos los de la zona republicana a los que, en clandestinidad, han rezado? ¿No han oído misa también en clandestinidad? Pues, con la diferencia de diez siglos, tal pasó entonces.

No olvidemos que en el año 1002 fue incendiado el monasterio de Suso, tras de un rápido avance de los árabes, que

venían desde la meseta castellana buscando arrasar con lo cristiano. ¿Cómo no se iban a esconder las imágenes en Nájera?... Aquella Virgen, tan venerada por ellos, la escondió alguien en la cueva para evitar que fuese destrozada e, incluso, alejar el motivo de denuncia teniéndola en casa. Esto, en vez de menguar la fe, la acrecentó, que, cuando se prohíbe, es cuando más deseos hay de perseverar o de gozar lo prohibido.

En esa lucha entre pueblo libre y dictador se dan los casos de más fe y de mayores ejemplos para consolidar un futuro permanente, como ha sido el de nuestro credo. Allí la escondieron y allí le tenían puesto un altarcito, y, qué duda cabe, incluso, hasta luz. Lo importante, el verdadero milagro, está en la creación de un monasterio que fue una maravilla. ¿Causa de tal erección? La oportunidad, la ocasión, el hallazgo del objeto que al rey le indujo para inmortalizarse haciendo una obra preciosa.

Al idear el rey don García semejante obra, pensó y lo hizo bien, que, bueno fuera convertirlo en panteón de la casa real. De ahí le iba a nacer a Santa María el título de Real. Con dicho panteón tiene Nájera la suerte, la feliz buena nueva, de adelantarse en varios siglos al Escorial. Ya he dicho, en otras ocasiones, y escrito está en *El Cisne del Najerilla*, que, para visitar El Escorial, es preciso estar antes en Nájera, porque uno es continuación de otro, y, en esto, Nájera, se adelantó a Madrid, y don García a Felipe el Segundo. Pero, no queda ahí sólo la cosa. El rey, que mucho quería a Nájera, tanto que la quiso hacer su Corte, ha pensado en ser original en todo el territorio nacional —entonces tan dividido—, y quiere crear una Orden, que se llamará La Terraza o Jarra, por aquella feliz coincidencia de hallar el jarrón lleno de azucenas que adornaban la estancia donde estaba la Virgen. ¡Otra victoria más para Nájera! ¡La primera Orden que se conoció en

España fue la de LA TERRAZA! Más tarde iban a venir: la de Santiago, Montesa, Calatrava, etc., etc., pero quien primero rompió fuego en estas lides fue don García "El de Nájera" y esta ciudad fue la sede de tal Orden.

Al rey don García le caben muchos defectos. La época era durísima, cruel, pero, no se le pueden restar grandes méritos volcados a esta tierra que la tenía en las niñas de sus ojos.

Terminada que fue en un plazo de ocho años la abadía románica, el 12 de diciembre de 1052 y sábado —parece que para más señas— se hacen invitaciones para que acudan grandes personalidades al acto. ¡Quiere que vengan cuanto más elevadas alcornias mejor, pues ellos serán sus fundadores! Y, así, entran en Nájera: El rey de Castilla y León don Fernando el Primero. El de Aragón, Ramiro I, ambos son hermanos del navarro don García. Viene también el conde de Barcelona don Ramón Berenguer I, que era hermano de la reina Estefanía, mujer de don García. Vienen obispos, abades, presbíteros y las figuras más señeras de todas las regiones amigas, tanto en milicia como en saber y religión. No olvidemos que, en esa época, se estaban escribiendo los primeros códices emilianense. ¡Qué gran pena no haberse conservado aquel primer monasterio-abadía, sabiendo que tuvo que ser una verdadera joya del románico! Quizá algo muy parejo al de Silos. Sí sabemos que lo construyeron los monjes de Cluny, de gran preponderancia en toda esta cuenca. Tiempo después se edificó el gótico actual, con su pequeña mezcla de renacimiento. Lástima también que esa joya gótica haya quedado en muchas partes mutilada por la bestia invasora y, en muchos casos, por la bruticie interna que no hace mejor las cosas que los extraños, para qué engañarnos... Que lo diga el expolio sufrido en la biblioteca, farmacia y pinacoteca...

Lamentable ha sido el desinterés, el poco conocimiento que se ha tenido en nuestra tierra por cuanto significa valor artístico. Causa tristeza ver aún cómo la gente de este último tercio del siglo XX, aunque lleve poderoso coche y una cartera abotargada de billetes —blasonando con ello de hombre poderoso...— en cultura está totalmente mutilado. Si esto vemos hoy, cuando el periódico y la información dada desde Madrid llega a todas horas y, en segundos, a la más mínima aldea, ¿qué podemos exigir a los labriegos y artesanos de nuestros siglos pasados que no sabían leer, y menos aún qué era arte y belleza? Gracias que la fe les ponía frontera por temor.

Su voluntad y su estómago estaban juntos día y noche pidiendo pan y un poco de grasa. El arte y la ilustración era cosa del clero y de muy pocas personas más de alta significación: para el pobre sólo ha estado vigente la guerra y la miseria. ¿Cómo pedir admiración al hombre que vivía maldiciendo su existencia?

Hoy mismo, no lo negamos, hoy mismo, se están comiéndolo en muchos pueblos destrozados incalificables, demoliendo casas que son palacios blasonados, con fachadas que hablan de historia y de belleza que, bien restauradas, engrandecen más que los bloques de hormigón y ladrillo cara a vista. Se venden puertas a los anticuarios. Escudos, imágenes, arcas, documentos, tesoros de cada pueblo por cuatro pesetas, cuando no salen para el extranjero.

Ignorantes he conocido que han hecho un cambio del peor gusto y con resultados económicos adversos, al vender una preciosa puerta del siglo XVI a cambio de una con chapa de hierro. Han dado lo que valía 10 a cambio de ponerle un anticuario lo que vale 3, y se creen favorecidos...

Nájera tiene muy buenas casonas, palacetes mejor dicho y que los debe cuidar. Frente al convento de Santa Clara

hay un hermoso ejemplo. ¡Qué palacio para crear en él un pequeño museo, o restaurarlo, dándole vida a esa escalera imperial y, actividad a unos salones con gran señorío. Y es que Nájera hace muchos años que tenía que haber sido declarada toda la ciudad Conjunto con Valor Histórico y Artístico. Así no se hubiera aniquilado la ermita de San Juan de Ortega, algunos viejos edificios y valiosos restos que se elevan aquí y allí denunciando con sus muñones un pasado glorioso que se niegan a olvidar. Navarrete hace varios años que está bajo esa denominación y así se está salvando de haberse hundido toda la arcada sobre la que se alzan preciosas casonas blasonadas. Hubo quien se molestó, por intereses particulares, pero, con el tiempo, Navarrete tendrá supremacía sobre otras poblaciones porque su esplendor del siglo XIV al XIX está en pie y por él acuden miles de viajeros para admirar sus bellezas artísticas.

Menos mal, menos mal que en 1889 hubo un hijo de Nájera que supo darle a Santa María la Real la protección oficial que merecía semejante obra artística, pero... aunque acertada, fue un poco tarde, y así desaparecieron joyas en arte que siempre lamentarán los najerinos.

Vamos a seguir con el monasterio, que a él va dedicado nuestro capítulo. La iglesia fue reedificada entre 1422 y 1453. Su portada, dentro de una sencillez franciscana —a tono con sus moradores— delata el estilo greco-romano del siglo XVI. A los costados, en las jambas, pueden verse los escudos de los reyes fundadores. En un cuartel es curioso cómo destacan las abarcas de cuero: ABARCA. (Sancho Abarca).

No vamos a detenernos pretendiendo hacer de este capítulo una guía del monasterio. Nada más lejos de nuestra idea. Pero sí vamos a dar una pequeña idea de lo que es el edificio más importante de la cuenca del Najerilla, porque siendo la capital del terreno que nos ocupamos ha de perderse un pequeño espacio en resaltar este soberbio edificio.

Cruzando la hermosa iglesia, actualmente restaurada, nos dirigimos al Claustro de los Caballeros, que es punto de arranque para nuestro paseo; ya volveremos después a la iglesia, a su panteón y coro. ¡Ya estamos en el Claustro! Su nombre bien claro nos lo indica: de los Caballeros. En él hay gran cantidad de ellos enterrados. Este Claustro fue comenzado en tiempos que mandaba la casa el prior Fr. Diego de Valmaseda (1521-1528) y la piedra para edificarlo se trajo —según datos que tomo de Ruiz Galarreta y Santiago Alcolea— de San Asensio. “En sus anchurosas galerías de treinta y ocho metros de longitud, sigue todavía el estilo gótico final castellano, recargado y profuso, en sus bóvedas de crucería con simples terceletes y en sus floridos pilares con estatuas sobre repisas y bajo doseletes. Al exterior, hacia el jardín central y entre lisos y contrafuertes, se abren los ventanales apuntados, pero los tímpanos ojivales se llenan con caprichosas tracerías de grutescos, sin paralelo en España, con calados del más exquisito simétrico conjunto de querubines y monstruos afrontados de larga cola enroscada. Todos ellos son diferentes y están sostenidos por tres delgadísimas columnas plateadas”.

En su ángulo noroeste se encuentra la capilla real de la Veracruz, construida y ampliada por doña Mencía López de Haro en el siglo XIII.

En ella pueden admirarse algunos sepulcros, como el de la fundadora, que todavía conserva recuerdos románicos. Luce en la urna escudos con sus armas y las de Portugal, pues estuvo casada esta dama con el rey portugués Sancho II, fallecido en 1248. Sobre la sepultura va su estatua yacente, algo mutilada y con curiosas piezas de vestuario y tocado.

El sepulcro del adelantado mayor de Alava y Guipúzcoa, Diego López de Salcedo, señor de Anguciana, presenta her-

mosa escultura yacente, algo deteriorada, que puede fecharse en el siglo XIII.

El de Garcilaso de la Vega es una arca románica del siglo trece. Carece de estatua, pero tiene una magnífica cubierta a dos vertientes. Está ricamente tallada. En la parte anterior está representado el pasaje bíblico de las santas mujeres visitando el Santo Sepulcro, después de la Resurrección. Este alto personaje, ya hemos dicho que fue muerto en la batalla de Nájera, abril de 1367.

Finalmente, debemos señalar el sepulcro de don García Manrique de Lara, fallecido en 1568. Fue canónigo, tesorero de la catedral de Toledo y ostenta sarcófago primorosamente labrado que se cobija en un hermoso arco de estilo plateresco. "En la galería meridional se halla el sepulcro de Diego López de Haro (muerto en 1214). La estatua yacente presenta rudeza en las formas y en la ejecución; mucho mejor es el bajorrelieve que decora el frente del sarcófago, donde se representa el entierro del difunto, con religiosos, damas y caballeros que muestran con viva expresión su profundo dolor.

La sepultura de su segunda esposa, doña Toda Pérez de Azagra (1216) tiene sarcófago que carece de estatua yacente y muestra en la cara anterior de la tapa a doble vertiente la escena de su entierro; en la ornamentación alternan la flora y la fauna fanástica".

LINAJES ENTERRADOS EN NAJERA:

Montoyas — Gurendes — Castillos — Vergaras — Pereas — Gamarras — Riveras — Morales — Oñas — Guzmanes — Ortices de Zúñiga — Salcedos — Zaldívares — Maldonados — Leivas — Pavías — Hurtados. En el Claustro hay una sepultura en la que está enterrado el Excmo. Sr. Don Pedro Coloma. Por lo que significó este gran caballero en tiem-

po de Felipe IV y por ser hijo de Navarrete, vamos a destacar a grandes rasgos quién era don Pedro Coloma.

Era Caballero del hábito de Santiago y sirvió a los reyes por más de cincuenta años en las embajadas de Francia y Alemania. Fue Secretario de Estado y sostuvo en sí el gobierno de las tres secretarías de Estado: España, Francia e Italia. Felipe IV le hizo Secretario del Despacho Universal de su monarquía. Participó para el casamiento del rey de Francia con doña María Teresa de Austria, infanta de Castilla, hija del rey don Felipe, hallándose en las conferencias que tuvieron las dos majestades en la casa que, entre los dos reinos, se fabricó en Hendaya.

Celebráronse las conferencias para la paz y se ajustaron los tratados estando presente el rey francés; el rey don Felipe IV y el cardenal Macerino. Cada representante llevaba su secretario. Don Pedro Coloma lo era por don Felipe el IV. Redactó el secretario de cada representante nacional su minuta para leerla ante monarcas y testigos.

Le tocó el turno a don Pedro en primer lugar y dio fin a ella sin ningún detalle que aclarar ni objeciones que ponerle a su texto.

El secretario francés sacó la suya y la rompió.

—¿Qué hace vuestra excelencia?... —le dijo don Pedro—.

—Hacer que mi papel blanco no se vuelva colorado a la vista de ese vuestro tan cabal en todo.

Después de la entrevista quedaron los secretarios con el título de Ministros Grandes y Caballeros.

Don Pedro Coloma estaba colmado de títulos y de posesiones. Era, entre otros: Primer Marqués de Canales. Tuvo tres hijos que siguieron en méritos al padre. Enterrado está a

la izquierda, saliendo de la iglesia al claustro. Hemos sido favorecidos con la inscripción que allí consta y que esto sirva para conocimiento de autoridades y vecinos de Navarrete. Allí está, sin duda alguna, el hijo más encumbrado de la Villa, al que, lamentable es decirlo, ni siquiera se le dedicó una calle. Pero sigamos con Santa María:

Familias enterradas en el Monasterio: Hubago — Ortiz de Gaona — Gutiérrez de Cañas — Ariz — Enciso — López — Arcos — Gadea — Arbizu — Guinea — Palomeque — Arista — Martínez — Salazar — Marqués — Rabanera — Zuzola — Villodas — Ozuerruli — Corderos — Santander — García del Valle — Villegas. Esta Villegas es la familia de don Esteban Manuel: Allí están sus padres, sus tíos, sus hermanos, su mujer y algunos de sus hijos, e incluso —lo hallamos—: El Cisne. Si no completo el esqueleto, parte de sus huesos y quizá el cráneo.

PANTEONES. Señores de Vizcaya. Los Lope Díaz de Haro.

DON LOPE DIAZ "DE NAJERA" (IX Señor de Nájera, 1134).

DON DIEGO LOPEZ DE HARO. (El Bueno. X Señor de Vizcaya y uno de los XII Capitanes de la Fama). De la importancia que tuvieron los Lope o Lope Díaz de Haro, ¿qué podemos decir que sea nuevo? Diremos, sí, que a la muerte de ellos se volcaron los poetas de entonces a cantarles: los trovadores. Así, al morir don Diego, dijo Aimeric de Peguilhan: "En Diego que'ra sabis e pros". (Esto lo dijo a finales del siglo XII).

DON LOPE DIAZ DE HARO. (Cabeza Brava. XI Señor de Vizcaya, 1214-1236). Alcalde Mayor de Castilla. El mayor dignatario de la Corte de Alfonso VIII. Conquistador de Baeza y primer poeta de Nájera. Empleaba, según Menéndez Pi-

dal, “el trístico zejelesco en sus canciones burlescas de mal decir con vuelta y estribillo, escrito en lengua gallega que era la que entonces se cultivaba para los trovadores”. Era Alférez del Rey y, ante su cuerpo muerto, dejó escrito otro juglar gallego llamado Da Ponte: “Dios escarnece al mundo dejando por acá a tanto hombre sin prez y llevándose a don Lope Díaz; ¿quién mantendrá la gente con tanto rico don, caballos y armas en abundancia como repartía don Lope? Roguemos para que Dios dé el paraíso al difunto. ¡Amén, amén!... Aquest amén — jamás non si m’obridará”.

Y otro trovador también dijo: “Don Lopo Díaz morto é, o mellor don Lopo, a la fé, que foi nen jamás non será”.

EL DE LOS DUQUES DE NAJERA. Panteón junto al Presbiterio donde reposan:

DON PEDRO MANRIQUE DE LARA: Primer Duque de Nájera. “El Duque Fuerte”. Título otorgado por los RR CC en 1482).

DOÑA GUIOMAR: Duquesa de Nájera, murió en 1506.

DON MANRIQUE DE LARA: Hijo de los duques. Murió en 1493.

DON JUAN ESTEBAN MANRIQUE DE LARA: Tercer duque de Nájera. Rindió a los comuneros de Nájera el 1520 (14-9).

DOÑA MARIA GIRON.

DON RODRIGO.

DON PEDRO y sus hijos.

DON JUAN MANRIQUE DE LARA. (Cuarto duque de Nájera. Murió en 1600. Con él termina la familia de los Lara).

PANTEON REAL: En él se hallan enterrados en primer lugar los reyes fundadores:

DON GARCIA. (El de Nájera).

DOÑA ESTEFANIA. (De Barcelona).

DON SANCHO El Noble y su esposa doña Placencia de Normandía.

EL INFANTE DON RAMIRO. (Señor de Calahorra).

DONA BLANCA DE NAVARRA. (Bisnieta de Don Ramiro).

DON RAIMUNDO. (Infante, hijo de los fundadores).

DON SANCHO II (Abarca).

DOÑA CLARA URRACA. (Esposa de don Sancho. Nieta del Conde Fernán González).

DON BERMUDO. (Rey de León).

DON SANCHO IV "El Sabio". (Fundador de Vitoria).

DOÑA SANCHA. (Esposa de don Sancho IV. Hija de Alfonso VII de Castilla).

Todos ellos representados en buenas estatuas yacentes. Este panteón, debido a la restauración que lleva haciendo desde hace varios años Bellas Artes, ha quedado perfectamente iluminado y convertido en una preciosa estancia. Al fondo del panteón está la cueva —también mejor acondicionada que antes—. En ella, la imagen, o una representación, de la que encontró el rey don García. Según Constantino Garrán, esa imagen es la del Alcázar, que después estuvo en la capilla del viejo cementerio.

Continuando con panteones, vamos a reseñar los que hay en un lateral de la iglesia y que corresponden a los infantes reales. Lo mismo que hizo Felipe II en El Escorial. No olvidemos que aquí estuvo antes de hacer nuestra gran maravilla nacional.

Muchas sepulturas están deterioradas, pero la relación es así:

PANTEON DE INFANTES:

DOÑA MAYOR GARCIA (hija de los fundadores).

JIMENA GARCIA.

SANCHA ZUÑIGA.

FERNANDO GARCIA.

JIMENO GARCIA.

URRACA GARCIA.

ERMESINDA GARCIA.

RAMON SANCHEZ.

RAIMUNDO GARCIA.

ANGELA MUÑOZ.

SANCHA GARCES.

MAYOR ORDONEZ. (Nieto del Cid).

GONZALO GARCIA.

DON ALVARO.

TERESA ORTIZ.

DOÑA TODA LOPEZ DE HARO Y ALVAREZ.

El dominio del apellido García es absoluto.

CORO ALTO: "Hasta la restauración de este monasterio en 1909 hubo en el monasterio dos coros: alto y bajo. El alto es un prodigio del arte gótico florido, transición al renacimiento. Tiene cincuenta sillas talladas en nogal, repartidas en dos órdenes y presididas por la silla abacial. Es obra verdaderamente preciosa, dechado de gracia, elegancia y ligereza, de magnificencia y delicada ejecución. Una de las obras más bellas dentro del estilo ojival castellano, superando —dice Ruiz Galarreta— a la famosa de Santo Tomás de

Avila, porque no son únicamente formas geométricas ornamentales las que enriquecen su preciosa talla, sino que la figura humana entra de lleno en los relieves de los respaldos de sus sillas y en forma de lindas estatuas talladas con perfección precursora del renacimiento”.

“Entrando por la puerta que da acceso, viniendo del claustro, los dos paneles de la banda izquierda representan —en bajo relieve— al principal maestro director de la obra, vestido con túnica de estilo judío, capacete en la cabeza, melena y barbas israelitas, y a don Pablo Martínez de Uruñuela, abad de Santa María en el tiempo que se hizo la sillería, con capa pluvial, mitra y báculo. En la banda opuesta y en los paneles superiores se ven: en la silla segunda la Y de la reina Isabel la Católica, lo que prueba que la sillería es de su época. La silla central aún supera en grandiosidad al resto. Representa la figura del rey don García, en gran tamaño, con aire guerrero y majestad de soberano, cobijada bajo airoso y elegante doselete de prodigiosa ejecución por sus calados y finísimas labores; coronado todo ello con las armas de Navarra y de la abadía. Del escultor de esta maravilla nos ocuparemos en capítulo aparte.

Tiene el claustro, para dar entrada al jardín, una bellísima puerta de piedra, mejor diríamos, un marco de bellas formas, del que arrancan, guardando idéntica armonía, los tres pilares, como en todo el conjunto. Frente a ésta, hay una hermosa puerta que le llaman de Los Reyes, y es la que conduce al Claustro de los Caballeros. Estilo gótico como todo el claustro, con los blasones de Castilla y Navarra-Evreux. Esta puerta tiene de gran importancia que la piedra inicial de un arco del claustro es el arranque centrado en el mismo arco de la puerta.

TAPA DEL PANTEON DE DOÑA BLANCA

Quizá sea la mejor pieza del monasterio la tapa del

panteón de la bisnieta del Cid, hija de García Ramírez de Navarra, esposa de Sancho III y madre de Alfonso VIII "El de Las Navas". No creo que haya quien la supere en mejor línea genealógica de héroes.

Esta tapa es una auténtica joya románica. Uno de los pocos recuerdos que han quedado de la primera fundación románica. Y tiene verdadero valor —aparte de lo artístico, que es mucho— por el hecho de la muerte tan temprana de aquella dulce esposa, que se fue de este mundo al traer al rey vencedor de los árabes en la batalla que más nombre dio a Castilla. El bajo relieve del costado izquierdo representa a la reina en el lecho en sus últimos momentos. Dos ángeles llevan al cielo su alma desnuda. A la derecha, el rey entregado a un profundo dolor siendo sostenido por los condes. A su izquierda, dos grupos de mujeres con dolientes ademanes. La vertiente del mismo lado representa al Señor sentado, en actitud de bendecir, rodeado de una orla almendrada de fina labor. A los lados, los cuatro símbolos de los evangelistas y los doce apóstoles.

Al otro costado, la adoración de los Reyes y la Degollación de los Inocentes. En la vertiente superior, Cristo, entre grupos de vírgenes prudentes y fatuas del Evangelio.

Es documento notabilísimo para el estudio de la indumentaria y costumbres de la época, y una muestra interesante del arte indígena primitivo aunque con influencia francesa de las escuelas de Autón y Tolouse, que se aprecian en el relieve saliente de las figuras y los plegados menudos y paralelos en los ropajes. Este panteón llevaba la siguiente inscripción, que se ha malogrado:

"Aquí yace la reina doña Blanca;
Blanca en el nombre.
Blanca y hermosa en el cuerpo;

Pura y cándida en el espíritu;
Agraciada en el rostro
Y agradable en la condición.
Honra y espejo de las mujeres.
Fue su marido don Sancho
Hijo del Emperador,
Y ella digna de tal esposo.
Parió un hijo y murió de parto”.

A nosotros nos parece la leyenda —que hemos transcrito de otro autor— posterior al trabajo románico, pero, dejémosla como está anteriormente por otros citada.

EL RETABLO DE SANTA MARIA. Es de gusto borrominesco, finales del siglo XVII. En su cuerpo segundo está la Virgen de la Terraza, y a sus costados las estatuas yacentes de los reyes fundadores.

La imagen es de estilo prerrománico y una de las más antiguas de España. Su postura es hierática y la expresión solemne y majestuosa.

Tiene una puerta plateresca que da entrada al altar mayor, desde el Claustro de los Caballeros, que es un alarde de talla sobre madera y elegantes adornos. Lástima que está muy deteriorada y sufrió algún pequeño incendio.

PUERTA DE CARLOS I. Puerta imperial, así como la escalera que conduce a la planta superior del edificio. Es de estilo gótico avanzado, con arco conopial, sobre el que se destaca imponente el escudo policromado del Emperador, quizá en recuerdo a la valiosa ayuda que prestó al monasterio. La escalera y la cúpula son también detalles muy curiosos de este monasterio, que es Monumento Histórico y Artístico Nacional, orgullo de Nájera y de su provincia. Como esta escalera, de la misma época e idéntica factura, aunque, lógicamente, más pequeña, es la del palacete que hemos señalado

existente frente al convento de las Clarisas. Una pena, volvemos a insistir, que no se restaure.

Tiene Santa María la Real una amplia sacristía, y junto a ella la Capilla de San Antón, de la que nos ocuparemos algo más en el capítulo que vamos a dedicarle a don Esteban Manuel de Villegas.

Actualmente se está terminando de restaurar un hermoso salón que servirá, según se nos ha dicho, para celebrar en él los Capítulos de la Orden de la Terraza, que se piensa poner en activo en cuanto lo permitan las circunstancias. No es mala idea, si ella sirve para darle mayor importancia al monasterio. También habrá que edificar en el espacio que ha quedado libre en la fachada que da entrada a Santa María, por ese salón que hemos señalado. Esta en pésimas condiciones ese trozo de edificio y, con ello, se le daría más sabor medieval a esa que pudo ser la calle más hermosa de Nájera: "La Calle de las Viudas". ¡Qué bonito nombre si no se hubiese permitido derrumbar algunos edificios linderos a ella!

Santa María la Real, viéndola por el exterior, semeja una gran fortaleza. Sus cubos y sus altivas paredes le dan seriedad de legendario castillo. Esto y la casa de "Los Juzgados" o antigua cárcel, que está frente a Santa María, adornan un rincón lleno de poesía. Lástima también que se perdió un pasadizo que atravesaba la calle de Las Viudas. Pasadizo que entraba a la Cárcel. Quizá allí vivía algún alto dignatario y así evitaba cruzar la calzada. Quizá entraban por el alto pasaje para ver a los condenados... para administrarle sus últimos sacramentos antes de la ejecución... para actuar en juicios... para huir en caso de algarada... Quizá era vivienda de monjes, como dice Jovellanos. Nájera merece cuidarse; hasta hoy, muy poco se ha hecho para ello, y Nájera denuncia su calidad y su señorío de antigua Corte de Navarra. Es lamentable que ese sabor de historia que se aprecia en sus calles se pierda por falta de cariño al pasado.

La batalla de Nájera

Sabida es la enemistad que reinaba entre los dos Trastámara: don Pedro y don Enrique. No vamos a cansar al lector con grandes preámbulos porque lo interesante para este libro es la batalla de Nájera.

Nosotros siempre hemos tenido recelo al denominar Nájera, ya que más lógico hubiera sido llamarla "de Ventosa", "de Sotés" o de "Arroyo Salado", antes que llevar el título de la ciudad, que sólo presenció el último combate junto a la margen del río, y no el choque donde cayeron los soldados de don Enrique; los unos muertos, y malheridos y prisioneros los otros. El nombre de Nájera le dio más importancia al encuentro y no se lo vamos a menguar nosotros. La historia está trazada así, y como está determinada y denominada seguirá.

Vamos a transcribir, textualmente, parte de lo que publiqué el año 1952 en el libro "Historia de Navarrete". De aquel trabajo tomamos literalmente la batalla, con algunas precisiones que después hemos hallado sobre los lejanos hechos. Siendo así, diremos que don Enrique se asentó en Nájera y don Pedro en Navarrete, como veremos más adelante, y que la batalla se dio entre los campos de Sotés y Ventosa, donde tiene su nacimiento y curso un arroyuelo que llaman Río Salado. Antes de llegar al combate, bueno será que hagamos un pequeño prólogo y así veremos cómo don Pedro llevaba las de perder tiempo antes del combate con su "hermano" Enrique.

Viéndose en tal situación pasó a Portugal y pidió ayuda a su tío, ayuda que le fue negada, saliendo de tal trance decepcionado, pues veía que su corona no era nada fácil reconquistarla. De Portugal pasó a Galicia. Fue allí donde le enteraron que había ciudades y villas que aguardaban las embestidas de don Enrique y, jugándose todo por su don Pedro, estaban dispuestas a morir. Tales eran —entre otras muchas— Logroño y Navarrete en cuanto toca a nuestra provincia. Don Pedro les mandó cartas para que aguantasen y, confiado de ello, pasó a Francia para traer refuerzos y combatir al bastardo. Así es como cayó don Pedro en Bayona y habló con el Príncipe de Gales, con quien trabó acuerdo de ayuda, recabando el derecho a la corona que le estaba usurpando don Enrique. En tal reunión estaba presente y sentado a la mesa, en el centro, el Príncipe de Gales: a su derecha, don Pedro, y a la izquierda, don Carlos, rev de Navarra. Después de comer se ultimaron detalles y quedó establecido que el rev de Navarra le cediese paso a las tropas que vendrían de Francia para entrar por Roncesvalles.

En estos tratos de ayuda “ofreció el rey don Pedro al Príncipe, la tierra de Vizcaya e la Villa de Castro Urdiales y, a Mosen Juan Chandos, condestable de Guiana —que era buen caballero y privado del príncipe— la ciudad de Soria.

Sabida esta reunión por don Enrique, éste consiguió llegar hasta el rey de Navarra, con quien también trabó amistad y formalizaron contrato y juramento, para que no le cediese paso a don Pedro ni a sus compañías. El juramento fue hecho ante un Cristo, en Santa Cruz de Campezo. Don Enrique entregó al rey de Navarra sesenta mil doblas de oro por esta “pleytesía”, tras de lo cual se fue camino de Burgos confiado en que el paso de Roncesvalles estaría bien defendido por el rey navarro. Cuando don Enrique estaba en Tudela se enteró que el rey don Pedro y el Príncipe de Gales pasaban

los Pirineos y, que, el navarro, no les oponía resistencia... Al saberlo, a toda prisa, juntó sus compañías y se fue camino de la Rioja poniendo su real cerca a Santo Domingo, en un encinar muy grande que había junto a Bañares.

Aún quedan algunos árboles junto a la carretera producto de aquel referido encinar. A este pueblo llegaron cartas del rey don Carlos de Francia, en las cuales rogaba y aconsejaba que "non pelease, que escusase aquella batalla, que, en las tropas del Príncipe de Gales venía la flor de la caballería del mundo". Lo mismo le aconsejaba, personalmente, Mosen Beltrán de Claquin (Duguesclin) y el Mariscal Andenehan, y varios más, caballeros vasallos del rey de Francia, pero amigos del bastardo y a sus órdenes para combatir a don Pedro y ganar definitivamente la corona para don Enrique. El bastardo desoyó estos consejos, máxime cuando le dijeron que los de don Pedro venían todos a pie. Sabido esto, ordenó la batalla a su modo para bien ganar. Contaba el bastardo con mil hombres de infantería, que al dar el ataque irían en el centro, bajo el mando del Duque de Andenehan. Mil hombres de a caballo en el ala izquierda, que actuarían desplegados junto a las lomas que, por el Sur, descienden de la Dehesa La Verde. Estos, bajo las órdenes de Don Tello.

Mil más de a caballo en el ala derecha bajo la dirección del marqués de Villena, y otros iefes y amigos del pretendiente. Esta tropa pasaría por las lomas de Ventosa camino de Sotés. Los enemigos de a pie iban a ser cercados bajando desde las alturas la caballería. En total, cuatro mil quinientos hombres eran los combatientes de don Enrique.

Las tropas del rey don Pedro fueron ordenadas de esta guisa: Ya hemos dicho que todos venían de a pie. En vanguardia tenía que ir el Duque de Alencastre, hermano del Príncipe, secundado por varios caballeros e importantes escuderos de Inglaterra, con un total de tres mil. Todos —dice la Crónica— "eran muy usados en la guerra". Dos mil lanzas iban a

ir por la mano derecha bajo el mando del conde de Armiñaque, y en el ala izquierda otras dos mil bajo el mando de Captal de Buch y otros caballeros y escuderos de Guiana. Dice la crónica que, en la batalla postrimera, venía el rey don Pedro y el rey Napol, que era hijo del rey que fuera de las Mallorcas, y otros hombres ilustres, hasta tres mil lanzas. Así que, según estos planteos, eran las tropas de don Pedro unos diez mil hombres de armas.

Entre estos caballeros iba la flor de la caballería de la cristiandad compuesta por Francia, Inglaterra y el Ducado de Guiana. Con el rey don Pedro iban también unos 800 caballeros castellanos todos a caballo, estos fueron quienes dieron alcance a las huidas tropas en la cabecera del puente, tras de la desbandada en que los grandes caballeros del bastardo dieron grupas enseguida.

Don Enrique, adelantándose al hermano, después de pasar Alesanco, se asentó en Nájera, donde puso su real y era camino por donde era forzoso que pasara el rey don Pedro. Aún se le llama a ese barranco, tras de Sta. María, barranco del inglés. Allí estuvo la tienda del famoso Du Guesclín. Cerca de lo que hoy es calle Costanilla, y había puerta de entrada a la ciudad.

Don Pedro —que venía de Alava— pasó el Ebro por Logroño y entró en la ciudad el primero de abril. Dicha ciudad ya sabemos que le era fiel. Fue allí donde le enteraron que don Enrique estaba en Nájera.

Partieron de Logroño don Pedro y todas sus compañías para acampar en Navarrete. Una vez llegados a la Villa, a la hermosa y bien defendida Villa: con murallas, con foso, con recias puertas y con gente decidida para combatir por su rey, mandó una carta a su "hermano", que no vamos a relatar por lo extensa, pero sí diremos que en ella le culpaba —entre otras cosas— de usurpador de sus territorios de Cas-

tilla y de León y le aconsejaba "por Dios e por el Martir Sant Jorge no entrar en batalla". Don Enrique recibió al mensajero, dióle doblas y paños de oro y escribió otra carta para que la llevase a don Pedro a Navarrete. En esta le decía los motivos por los cuales hacía la guerra. Le responsabilizaba de las muertes "de doña Leonor de Aragón; de doña Blanca de Borbón, que era su mujer legítima". "Que mató a doña Juana e doña Isabel de Lara, e a sus primas, e a doña Blanca de Villena, e mató tres hermanos suyos, etc., etc., etc.". Para terminar diciéndole: "E por ende vos rogamos e requerimos con Dios e con el Apóstol Santiago, que nos queredes entrar así poderosamente en nuestros reinos, ca faciéndolo non podemos escusar de Nos defender". "Escrita en el nuestro Real de Nájera, segundo día de abril".

Por el puente que atraviesa el río Najerilla han salido, camino de Navarrete, cientos, ¡miles de guerreros que van a buscar el desquite! ¡Dichosa ambición! ¡Odioso poderío que siempre arrastra tras suyo el fantasma de la muerte! Qué curioso espectáculo para verlo desde La Mota y Malpica, cómo iban aquellos miles de hombres camino del "campo del honor". Van armados hasta los dientes de espadas, ballestas, picas y puñales. ¡Qué ruido de bastimentos! Nájera estaba bien creída que nadie, nadie podía ganar a don Enrique con semejante caballería. Junto a Tricio, Alesanco y Manjarrés pasaron piafando y pisoteando los campos. Aquella batalla iba a ser la más importante del siglo XIV. A la vista del poderío militar y del terreno, yo supongo que don Enrique madrugó para sitiar a don Pedro en Navarrete, pero, la previsión le falló.

Cuando salieron de Navarrete los de don Pedro, ya llevaban más que terciada la legua de camino los del bastardo. También ha subido, al amanecer, el vecindario navarreteño al cerro Tedeón para ver salir por el camino de Santiago las huestes de don Pedro. ¡Las puertas de La Almude-

na, Santiago y El Caño no dan abasto para que pase por ellas tanto infante! ¡Bien creídos están que nadie puede ganar a gentes tan aguerridas y suicidas para morir por don Pedro! Los de don Enrique llevan ese día bandas en las sobreseñales. Los de don Pedro, escudos y banderas blancas con cruces bermejas por San Jorge. Así se les llamó Compañías Blancas. El lugar donde se efectuó el encuentro es terreno quebrado, de suaves lomas, pero desperejo, pésimo para la caballería. La batalla hubiera sido mejor para don Enrique si no madruga tanto y los espera en los llanos de Alesón y Tricio. Ahí estuvo el grave error. En el terreno donde se efectuó el combate hallé una punta de lanza en 1947, hallazgo que conservo como preciado documento.

Trazado de las tropas:

DON ENRIQUE	DON PEDRO
1.000 a caballo: Don Tello	2.000 lanzas Conde de Armiñaque
1.000 Andenehan (a pie)	3.000 Duque de Alencastre
1.000 M. de Villena (a caballo)	2.000 C. de Buch
1.500 con don Enrique en la retaguardia (a caballo)	3.000 con don Pedro en la retaguardia, de ellos 800 a caballo.

Dice la crónica que “tan recio se juntaron los unos contra los otros que, a los de una parte y la otra se les cayeron las lanzas en tierra e juntáronse cuerpos con cuerpos e luego se comenzaron a ferir de las espadas é hachas é dagas clamando los de don Pedro ¡¡Guiana, San Jorge!! y los de la parte de don Enrique ¡¡Castilla, Santiago!!

Como la vanguardia del Príncipe de Gales se retrasó un poco, juzgaron los de don Enrique que la batalla tomaba buen cariz para su parte y se vinieron más a ellos comenzando más y más a herir. A todo esto, don Tello, hermano del

rey don Enrique, y señor de Lara y de Vizcaya, que estaba de a caballo en el flanco izquierdo, no se movía para pelear. Al verlo los de la derecha del Príncipe (que era el conde de Armiñaque) arremetieron contra la caballería de don Tello y, ni éste, ni los que estaban bajo sus órdenes esperaron la acometida. Volvieron grupas y salieron del campo huyendo. ¿Traición?... ¿Cobardía?... ¿Dónde está la verdad en los hechos históricos?...

Viendo los de don Pedro que éstos huían y que no los podían alcanzar ni entorpecer la marcha, por ser de infantería, volvieron sobre las espaldas de los que estaban de a pie en la avanzada del rey que ya peleaba contra la avanzada de su hermano don Pedro y acometieron con tanto furor que, dice la crónica, mataron a prisa muchos de ellos. Esto mismo hizo la otra tropa de la derecha, —la que iba por las lomas de Ventosa— después que les fallaron las gentes de a caballo que habían de pelear con ellos. De tal suerte quedaron todos los de la avanzada de don Enrique cercados que, salieron muertos los unos y prisioneros los otros.

Viendo que la batalla estaba fatalmente perdida, salieron todos los de caballería corriendo sin orden buscando Nájera, que era ciudad donde contaban con gentes a su favor. Mientras los infantes de El Cruel aniquilaban a los de don Enrique, a quienes tenían sitiados, los de caballería, sin detenerse, salieron tras los del bastardo. ¡Allí era de ver cómo corrían gritando tratando de dar alcance a los gastones, bretones y caballeros de Castilla, que seguían fieles al rey! Llegados los de don Enrique hasta el puente vieron que venía el Najerilla muy crecido para iniciar el vadeo y había que pasar por la estrecha calzada. ¡Los del Cruel estaban cerca!... Ya divisaban a las tropas estacionadas para pasar... Es allí donde fueron muertos los grandes hombres y cayeron prisioneros caballeros de alta alcurnia. Muchos consiguiéron

pasar a Nájera —algunos ya muertos—, otros mal heridos, que acabaron por darles tierra en la ciudad del Najerilla o en San Millán.

Entre los que peor parte les tocó pasar fue a Du Guesclin, quien, al huir perseguido por dos capitanes de don Pedro, llegó a un lugar donde había edificaciones (¿Venta de Ventosa?) y se protegió contra las paredes. Un caballero de Castilla le tenía con los brazos en alto cuando llegó el Príncipe de Gales y con él don Pedro. Al verle en tal situación sacó la espada El Cruel, o El Justiciero, y quiso meter su acero en el pecho del pícaro extranjero, fue el Príncipe Negro quien medió, y el mariscal se rindió diciendo: “Me doy al Príncipe de Gales porque es el soldado más valiente que hoy pelea”. En esas frases ya se aprecia el odio que tenía al “hermano” de don Enrique, odio que, en otra batalla, culminaría con su apoyo al bastardo, ayudándole a matar al que ahora le tenía a merced de la espada, diciendo aquello de: “Ni quito ni pongo rey... pero ayudo a mi señor”. Prisionero que fue Du Guesclin y como él tantos y tantos grandes jefes y altas dignidades de la milicia y de la Iglesia, comparecieron en Navarrete ante un Tribunal Militar que don Pedro preparó para tal efecto. Dicho acto lo hemos teatralizado en nuestra obra TESTIGO DE UNA PASION. También cayó prisionero en esta batalla el cronista “de guerra” don Pedro López de Ayala.

A don Enrique y a sus derrotados ejércitos les sirvió como su mejor aliado el Najerilla, que, una vez elevados los puentes, dejaban al contrario separado por una frontera segura. El río Najerilla es, una vez más, fundamental en la historia de España. Quizá este río tuvo mucho que ver en la historia española porque él fue factor muy decisivo. Ya hemos visto cómo a don Enrique le salvó este río. Si cae en manos de don Pedro, posiblemente, la historia hubiera to-

mado otros rumbos muy distintos, pero fue el Najerilla quien quiso que así fuera, para bien o para mal.

Como dato curioso hemos de señalar que Duguesclin salvó la vida y tuvo libertad en el juicio de Navarrete porque don Juan Ramírez de Arellano —Conde de Aguilar e Inestriillas, “Señor de Cameros”— pagó por el rescate de tan famoso guerrero ¡¡cien mil florines!!

Cuando quiso venir a vivir a la villa navarreteña dicho conde —una vez que fue coronado rey don Enrique y destituido de gobernador de aquella fortaleza don Diego Gómez Manrique— los vecinos de Navarrete no lo aceptaron como tal y aunque tiene su palacete —aún existe, y es uno de los edificios de prestigio en la villa— le hacen una guerra a la que se suman por uno u otro bando los vecinos de Entrena, los de Ribafrecha, Clavijo y Lagunilla. Fueron los Reyes Católicos quienes tuvieron que interponer real potestad y con ella traer paz a una zona que venía resentida desde la lucha de ambos Trastámara y que culminó con el apoyo de Duguesclin en la pelea de Montiel, cayendo don Pedro y con él la corona de su testa. El pago de los cien mil florines para conseguir su libertad fue el precio de la corona real en las sienes de don Pedro “El Cruel” o “El Justiciero”. Y esto no lo perdonaron nunca —entre otros pueblos riojanos— los de Navarrete y Ribafrecha.

El Castillo de Nájera y los Comuneros

Ya hemos dicho, en el presente trabajo, y lo hemos publicado anteriormente, que el origen de Nájera es prehistórico y posteriormente ibero. Todo el cerro donde se asentó siglos después el castillo ha sido, a más de las cuevas prehistóricas en las paredes rocosas, lugar de vivienda sobre las laderas cara al río. Allí están parte de sus hogares; allí el cementerio ibero. El montículo, en la parte que sube, cabe Nájera hasta la fortaleza medieval, estaba horadado, y una prueba de ello es, aún hoy, la Cueva que llaman de la Virgen.

Pero ahora es momento de ocuparnos del castillo, y para ello nada mejor que apoyarnos en nuestro amigo Goicoechea, que ya hizo, en su día, un elogioso trabajo sobre los Castillos de la Rioja.

“En la cima de estas dos eminencias, que dominan por un lado la vega del río Najerilla y por el otro una considerable extensión de terreno ondulado —que se dirige hacia el Oeste, salpicado de pueblos— se elevaron dos castillos, poderosísima y terrible fortaleza un tiempo, de los que escasamente quedan unos pocos vestigios.

De la existencia de este doble castillo en Nájera —la Nájara árabe, que quería decir “lugar entre peñas”— es ya testimonio el mismo fuero otorgado a la ciudad en 1133, el

cual habla repetidamente del Castillo exterior (“illo castello de foras”).

La fundación de esta fortaleza es, con toda probabilidad, obra de árabes. Yo diría que es posterior lo árabe, y que ya hubo otras razas que tenían el montículo como fuerte. Claro que, en los tiempos iberos o celtíberos después, no era fortaleza cercada, aunque sí sabemos que las tribus primitivas cercaron los barrancos para contener a los que, buscando dominarlos, querían avanzar y atenzarlos por la espalda. Los que en un principio vieron que sólo con estar en las cuevas elevadas ya era suficiente, quizá, al ver a los romanos acercarse hasta Tritium, pensaron que había que cerrar aquellos portillos y así, todos ellos, fueron atajados con piedras irregulares. Siglos después llegó la técnica de muros elevados, patio de armas, torreones, viviendas artificiales sobre la tierra, cárcel, foso, depósito de víveres y armas modernas. Fue quizá en el siglo VIII cuando se elevó el castillo de Nájera. Lo dice Govantes y lo dice bien “A partir de la formidable “razzia” de Alfonso I por la cuenca del Ebro (755), cuyos efectos destructores llegaron hasta Cenicero y a la cercana Alesanco, sintieron sus dueños musulmanes la necesidad de fortificar la plaza de Nájera en toda regla”. Una vez robustecida esta posición, pasó enseguida a convertirse en el centro estratégico del territorio dominado por los árabes en toda la Rioja Alta, siendo este castillo —estos castillos— el más firme puntal y apoyo, tanto para sus asaltos a terreno cristiano como para la propia defensa. Así, cuando después de la rota de Ibrillos, las cuencas de los ríos Tirón y Oja vieron surgir los formidables baluartes de Grañón, Cerezo y otros castillos cristianos, la fortaleza de Nájera fue la que impuso todavía durante cincuenta años un freno al avance de la Reconquista. Importa advertir que Nájera fue la plaza fuerte más occidental que los árabes pose-

veron de un modo permanente en la Rioja. (Serrano. Cartulario de San Millán).

Una vez más vemos que Nájera sigue siendo fortaleza de frontera. Lo es con los iberos, más tarde con los celtas. Lo siguió siendo con los romanos, donde ya hemos aclarado cómo fue muro de contención para Cantabria. Lo es en la conquista de los árabes y hasta en la Reconquista cristiana. Lo fue posteriormente con los Trastámara. Aún ha de seguir siéndolo más adelante...

El castillo najerense, repetidamente es citado en las crónicas, porque significaba el objetivo máspreciado de los ataques cristianos.

Cuando esta fortaleza, junto con la de Viguera, cayó en sus manos, el avance fue incontenible por los márgenes del Ebro hasta llegar a Tudela. Convertida más tarde Nájera, por especial dilección de los reyes de Navarra don Sancho el Mayor y don García, en capital efectiva de sus estados, el castillo debió de ser objeto de grandes obras de reconstrucción, bien necesarias a causa de las expediciones musulmanas del siglo X, principalmente la de Abderramán, que culminó con la batalla de Valdejunquera.

El castillo de Nájera "castrum nazara" se cita en el Becerro de Santa María la Real de Nájera; en escritura del rey Ordoño II de León, año 923; en la Crónica Silense y en otros muchos lugares. La ciudad, mientras estuvo situada sobre la peña, entre los dos castillos, también estaba amurallada, según se desprende de la Crónica de Aben-Adhari:

"Ordoño, hijo de Alfonso y, Sancho, hijo de García, este último reinando sobre los cristianos, hicieron levadas y avanzaron a la cabeza de sus bandas y gente recogidas de todas partes contra Nájera y quedaron durante tres días acampados ba-

jo los muros de esta ciudad de la frontera inferior, hacia el fin de Dou-I-ichia (comienzos de junio del año 918)".

Que tuvo murallas lo saben los najerinos y quien se interese en visitar el viejo casco. Donde mejor se advierten es desde lo alto del que fue su Alcázar, allí donde estaba el viejo cementerio de la ciudad. Unas murallas de dos metros de anchas bajaban tras de Santa María —de castillo a castillo— y, en la barrancada, la pequeña población también amurallada. Nájera era "frontera interior". Bonita denominación. Tras del castillo del Cerro Malpica, o castillo judío, también hay lienzos de muralla y foso.

La nueva ciudad se edificó al pie de la peña (Sopeña, se denomina este lugar en documentos antiguos). También tuvo sus correspondientes puertas. Un castillo había, defendiendo por el Este la entrada al puente, según se desprende de numerosas alusiones y en ciertos autos sobre el reparo de aquél a mediados del siglo XVII. Dicho castillo tuvo su que hacer cuando la batalla de los Trastámara y, más tarde, durante la sublevación de los Comuneros najerenses... Estaba asentado en el terreno que hoy está destinado para dos casas de Banca, una a cada lado de la carretera. Lo que ayer era castillo de armas, hoy lo es de postura económica. Tan engallado, poderoso y difícil de conquistar éste como el medieval...

La preponderancia de Nájera debió disminuir considerablemente al pasar, después de la batalla de Atapuerca, a la corona de Castilla (1054).

Sin las prerrogativas y ventajas de que antes disfrutó como capital de la monarquía navarra, quedó reducida a desempeñar el papel de una mera plaza fronteriza. Fronteriza en distinto sentido y con grave perjuicio para la región que, siempre, creo yo, hubiera estado más protegida por vinculación

histórica al reino de Navarra. Si antes fue ciudad fronteriza —en algún tiempo— para los navarros, ahora había pasado a ser villa última del confín castellano. Castillos de defensa más que de residencia y lugar de comercio e inteligencia política y militar. Claro que su importancia militar fue todavía grande y los reyes castellanos nunca dejaron de cuidar este estratégico punto defensivo frente a Navarra y al cada vez más lejano reino árabe.

La fortaleza de Nájera fue objeto de atención en el fuero que en 1136 otorgó a la ciudad Alfonso VI, como ratificación de los que gozaba ya en tiempo de los reyes don Sancho y don García "El de Nájera". Exímese allí a los vecinos de los impuestos de pecho y excusadía, como redención de la prestación de trabajar en las obras de los castillos, pero, como contrapartida, debían aquellos labrar las tierras del azor del castillo de afuera.

"Plebs de Nagara deben in illo Castello operari in illa azor de foras cum sua porta, et nihil aliud". "Et homines de Nagara non debent excusadera vel pectum dare in illo Azor de illo Castello de foris cum sua porta sicut supra csriptum est" (Fuero de Nájera).

Por el contrario, los vecinos de Tricio, Arenzana, Huércanos y demás villas pertenecientes al señorío de Nájera estaban exentos de la prestación de labrar en las tierras del castillo, mas no del impuesto a que aquella obligación sustituía.

En 1049, el rey don García eximió a los pueblos de San Millán, Villa Gonzalo (¿...?), Cordovín, etc., etc., de la vela del castillo y de llevar la madera para los palacios de Nájera. (La exención parece hecha en razón de haber recibido el rey 80 vacas, 600 carneros y 100 ganados de cerda de dichos pueblos). En 1370, el rey don Enrique II, en atención a que el abad y monjes del Monasterio de San Millán reco-

gieron y sepultaron honrosamente en su casa a muchos caballeros que murieron en la batalla de Nájera, les hizo merced del derecho del pan o "de la castillería que solía recudir al castillo de Nájera". (Exención de contribución para mantenimiento y construcción mas reparo de los castillos).

La tenencia del castillo de Nájera estuvo siempre en manos de poderosos señores. Citaremos algunos de los principales gobernadores que tuvieron a su cargo la citada fortaleza después de la Reconquista:

1013 a 1038	Bueno Padre.
1036 a 1047	Fortún Garcés.
1062	Lope Fortuniones
1069	Genneco Azenariz.
1070 a 1074	Enneco López.
1075	García Livarriz
1081	Pedro Ihoannes.
1089 a 1100	Conde García Ordóñez.
1107	Diego López.
1110 a 1134	Fortún Garcés Cajal.
1121	Lope Lópiz.
1124	Ferrand Gerciez.
1141	Domingo Martínez
1157	Lupo Momez.
1165	Conde Lupo
1171	Diego Alfonso
1174a 1175	Pedro Ruiz y García Sobrino.
1177	Pedro Rodríguez.

Estos datos han sido tomados de: Archivos, Cronicones, Cartas, Fueros, Diccionarios, etc. Es curioso cuánta denominación se le da a la ciudad de Nájera actual en todos esos siglos pasados. Veamos:

Naiera, Nagera, Naiara, Naiarensi, Naiaram, Negeram, Nagara, Anagara.

Si contamos los posibles títulos "prehistóricos" tenemos: Garusia, Senona, Tenara.

Veamos los árabes: Nazzara, Najara, Nazara, Nájara.

Y ya, en el siglo XVII al XIX: Nájera.

Para terminar actualmente con NAJERA.

¿Terminará aquí su nombre? Quizá no. Sabemos que todo es mutable y se adapta al tiempo que se vive.

Diecisiete nombres para una ciudad. Y aún podíamos decir que quizá haya otro más, que se nos ocurre a nosotros citar: N-NASARA, que quiere decir en árabe, Magistrado en litigios de cristianos y árabes. ¿Ciudad de Magistrados?...

El castillo de Nájera fue uno de los cuatro que el rey don Alfonso VIII entregaba en tercería, por cumplimiento de las condiciones de arbitraje a Enrique de Inglaterra, en las diferencias entre los reyes castellano y navarro. Es digno de notarse que, en las peticiones que doce años más tarde dirigía el rey de Navarra al de Castilla, solicitaba la ciudad de Nájera, cuyo castillo era al par guardado por judíos y cristianos: "castellum christianorum et judeorum".

En las guerras de los Trastámara, don Enrique se ensañó contra los judíos, matando a muchos de ellos, por quienes don Pedro sentía señalada inclinación. Quizá les destruyó su castillo sobre Malpica. No cabe dudarlo porque después ya no se cita en el siglo XV ni XVI.

Lo que siempre nos ha causado extrañeza, el por qué Rizzi no quiso llevar al lienzo y colocarlo en el Monasterio de Yuso la figura de Don Enrique cuando tanto atacó a los judíos de Nájera y, en Yuso, se enterraron algunos jefes caídos en la batalla de Nájera. ¿Era quizá Rizzi simpatizante de don Pedro?...

En la guerra de las comunidades, Nájera fue ciudad que se sumó al movimiento popular, tan envenenado, desde que vinieron los flamencos acompañando al rey. No llegó a triunfar, como era noble y patriótico anhelo, porque el Duque de Nájera don Juan Esteban Manrique de Lara pudo contener a los levantiscos con el poderío de sus castillos. Lo leemos en la "Historia crítica y documentada de las Comunidades de Castilla". Tres eran las fortalezas que tenía entonces el duque de Nájera: El Alcázar, que estaba situado, como sabemos, encima del viejo cementerio. El Castillo de la Mota, en la cresta de lo que parece un casco de navío varado junto al río y desafiando las tierras labrantías.

Otra fortaleza —dice la Historia— más flaca. Esta es la del puente. El Alcázar era palacio y lugar de residencia de ordinario del duque, mientras permanecía en Nájera. En él se aposentó, a su paso por la ciudad Carlos I. La primera vez lo hizo en febrero del año 1520, y luego en junio de 1542, esta vez acompañado de su hijo don Felipe. Es, por tanto, lógico que ambos pisaron esos mosaicos que conservamos de aquella época.

Sobre la rebelión de los comuneros najerenses —y ésta es otra curiosidad histórica de esta famosa cuenca, donde ocurrió todo el devenir de la historia española—, decimos que, sobre dicha rebelión dice una nota de aquel día escrita por el propio duque y enviada al emperador: "perseverando en su maldad cometieron la una de las fortalezas que en ella tengo, y porque aquella es la más flaca (ésta era la del puente), la tomaron y, porque en la otra del alcázar donde Vtra Magt se aposentó estaba mi governador y le pareció que la principal que se dize la Mota no estaba a buen recaudo y que perdida aquella se perdía todo, dexó el alcázar y subiose a la Mota con algunos criados de mi casa que con él estaban y los rebeldes de

la ciudad tomaron el alcázar y cuanto en ella había donde se hicieron fuertes con su apellido de "¡Santa Comunidad!".

Hasta aquí vemos que las cosas les fueron bien a los comuneros, haciéndole perder al duque de Nájera dos de sus tres bastiones. ¿Cuántos eran estos comuneros?: Unos 4.000. ¿Quiénes?... Vecinos de Huércanos, Uruñuela, Camprovín, Matute, Navarrete y Nájera. Habían acudido allí llamados por una cita clandestina desde Nájera. Llevaron sus armas y sus lealtades a Castilla y a sus reyes. Trataron de formar un poderoso ejército como habían hecho en otros lares Padilla, Bravo y Maldonado. También en Nájera pagarían muy caro su alzamiento, pero ignoramos qué cabecillas hubo en la cuenca. Lo que sí sabemos es que se rindieron el 14 de setiembre de 1520 a don Juan Esteban Manrique de Lara, tercer duque de Nájera, a cuyas órdenes peleaba Ignacio de Loyola. ¿Por qué se sublevaron los comuneros de Nájera? Es de suponer que por las mismas causas que los de las ciudades castellanas: "exigir el retorno de las antiguas y liberales costumbres; orden en la hacienda; supresión de tasas odiosas; alejamiento de los funcionarios extranjeros; limitación al derecho de alojamiento; negativa a las alcabalas y del don gratuito; ponerle coto a las condonaciones pontificias y que los predicadores ignorantes no maltraten a los labradores aldeanos, pues las indulgencias no se habían de hacer tomar con terror ni por motivos interesados sino que debían concederse por piadosas exhortaciones".

La rebeldía falló por varias causas, no obstante contar con casi toda Castilla y con altas personalidades de la milicia, la aristocracia y el clero. De Nájera partieron sobre Burgos y después hacia Villalar las tropas que iban al mando del duque de Nájera, tropas que fueron decisivas en la victoria, pero bueno es saber que el primer choque contra las comunidades lo tuvieron en el Najerilla, y aquí también la pri-

mera derrota. La consigna de los comuneros era: Santiago y Libertad. La de los imperialistas: Santa María y Carlos.

Cayó Nájera el 14 de septiembre de 1520. Cayó Villalar el 23 de abril de 1521. De las desastrosas consecuencias de estas luchas civiles, dijo Castelar: "Hasta los cielos lloraban al ver perdidas las libertades de Castilla". El cambio ofrecido desde los Reyes Católicos era bien manifiesto. El levantamiento de las comunidades fue por causa de una rapacidad y orgullo de los flamencos que vinieron con don Carlos I, rapacidad que no aceptaba un pueblo acostumbrado a vivir el sistema más cómodo desde que Isabel y Fernando se apoyaron en el pueblo llano, que era quien daba cosechas y brazos para hacer una España sin divisiones geográficas y sin reyezuelos provinciales o locales que sólo servían para acarrear guerras y miseria.

Del Castillo de la Mota hace mención Enrique Cook en su "Jornada de Tarazona": "Hacia mediodía tiene la ciudad un sólo sierro bien alto en que está la mota o fortaleza del duque, en que hay alguna artillería".

También Jovellanos, a su paso por Nájera en 1795, dejó escrita una breve impresión sobre la en un tiempo famosa fortaleza, con estas palabras: "Tiene la ciudad un puente sobre el Najerilla, algunos restos de su antigua muralla y, en lo alto de la eminente peña y su ladera los de un antiguo castillo cuyos torreones, a medio caer, ennoblecen la escena de todo el país visto de lejos".

Pero aún nos queda una hermosa leyenda que contar de ese castillo. La de haber sido escenario para la mítica lucha de Roldán con el gigante Ferragut. Según la "Crónica de Conquistadores" de Juan Fernández de Heredia, basada en la Crónica de Turpín, en el castillo de Nájera era donde moraba "un gigant terrible, de las partes de Siria, clamado Ferra-

gut, qui era del linaje de Golit", que tenía tanto fuerza él solo como cuarenta hombres juntos. Este forzudo gigante, después de enfrentarse, vencer y encarcelar "como ovelas" a los más esforzados guerreros del ejército de Carlomagno, fue a su vez derrotado y muerto en lucha singular por el famoso Roldán. Después de lo cual, Carlomagno tomó el castillo y sacó de él a los caballeros que Ferragut había encarcelado en prisiones. A Ferragut seguían veinte mil turcos. A raíz de este hecho nació la "Chanson de Roland".

También nos queda por decir una vez más, y ya lo hicimos en "El Cisne del Najerilla", el bonito, doliente y romántico capítulo sobre el apresamiento dentro de aquellas murallas de doña Elvira o Nuña. Apresamiento debido a la traición que le forman sus hijos, y en principal por el hijo mayor del rey don Sancho. Mientras el padre peleaba contra los moros dejó su caballo máspreciado al cuidado de su esposa, aquella esposa que llevó como dote nada más ni menos que el reino de Castilla. El hijo le pidió a su madre el caballo del rey para corretear por los montes y vegas del Najerilla. La madre, lógicamente, se opone porque era el caballo favorito del rey y a él había dado su palabra de guardarlo contra todo empeño. El hijo, viendo que nada puede contra la madre, le levanta una calumnia terrible, diciéndole al padre que su doña Elvira le traiciona... que su esposa le pone los cuernos donde tiene que llevar la corona... Sabido esto por el rey, que está en campaña, ordena que apresen a su mujer en el castillo hasta que él torne a Nájera, y, doña Elvira yace llorando entre las murallas, por culpa de una traición inicua, nacida de un ser que lleva su misma sangre, su misma rama, sus mismos derechos.

Viene el padre del campo de guerra. Pregunta por sus hijos y por su esposa. Los hijos siguen diciendo que le ha deshonrado y le han metido cerrada porque no siguiera haciendo

más aquella afrenta. El peor de ellos es García, a quien don Ramón Menéndez Pidal llama "Frívolo".

Celebra consejo el rey y decide que, si no se presenta defensor de la honra de doña Elvira, ésta será quemada viva. Al consejo se presenta don Ramiro. ¿Quién es este don Ramiro? Un hijo de don Sancho habido fuera del matrimonio, con una noble dama de Navarra. Un hijo bastardo pero que está allí, ante los jueces, para defender la honestidad de doña Elvira. Los hijos de la reina salen huidos, avergonzados y piden a su padre perdón por la calumnia hecha pública contra su madre. Perdón que les concede el rey y su difamada madre también. El tema ha sido "tocado" por varios autores sin olvidarse de teatralizarlo el impar Lope de Vega, dentro del título *EL TESTIMONIO VENGADO*, libro que Menéndez y Pelayo omitió incluir al clasificar la obra del Fénix en el grupo "Crónicas y Leyendas Dramáticas de España", que es a quien creemos pertenece.

La leyenda es bonita, como lo es Nájera, como lo era aquel castillo colocado en un lugar maravilloso. El que haya subido al pico La Mota verá una panorámica extraordinaria. Todo un poema de valles y pueblecillos. Un horizonte de cordilleras y sierras cierra todo el contorno, pero, sin ahogar la mirada. Al pie del Najerilla, bañando tierras de cultivo y besando los muros de una ciudad que hasta hoy está partida en dos mitades, atravesada por carreteras que surcan cientos, miles de coches que desde aquí —cosa extraña— hasta le dan belleza a este paisaje que ha quedado perdido en la época medieval.

Valvanera

Si estamos haciendo un amplio estudio sobre la cuenca del Najerilla, no vamos a dejar orillado o fuera de acción al monasterio de Santa María de Valvanera, Patrona de la Rioja. Ya es mérito para la cuenca que también esté en sus aguas vertientes el citado cenobio del que vamos a relatar, aunque sea sucintamente, su historia.

El que no conozca la cuenca del Najerilla debe cuidarse de alabar con exceso otras latitudes sin tener justa medida de aquello que entra dentro de su cielo. En nuestra provincia —ya lo hemos dicho antes— hay tres cuencas que son importantes Cidacos, Iregua y Najerilla. Las tres son lo mejor que tiene la provincia para colocarlo a la par de quien se precie de haber salido favorecida por la Naturaleza. Quizá la más variada sea la del Cidacos por su terreno fértil por un lado y áspero por otro, pero qué maravilla de colorido y de grandeza en sus barrancadas y cresterías, cuanto más altas las distancias más hermoso el paisaje. La del Iregua y Najerilla tienen parecido aspecto en cuanto a vegetación y cauce, pero, de entre las dos ya se ha visto, por cuánto de prehistoria, historia y arte, me quedo con la que estamos tratando. Recórralo el que busque contrastes, desde Torremontalvo hasta Canales. El gran pintor Godofredo Ortega Muñoz, cuando vino a pintar paisajes de viñedos a estas tierras de Azofra, Alesanco y Hormilla, quedó maravillado del colorido de esas barrancadas llenas de fuerza y de matices rojos, ocres y violetas.

La parte más abrupta de la cuenca está en Anguiano: desde cuatro kilómetros antes de llegar a Mediavilla, hasta la desviación que conduce a Valvanera. ¿Cabe mayor encanto de rocas calizas, de cuevas, precipicios, río estancado o bajo profundas gargantas, y pueblo sacado de una lámina del siglo XV! Desde Anguiano va la carretera colgada a mitad de roca. ¿Qué paisaje puede superar a toda esa cuenca con unas laderas que son un deleite para la mirada? Mucho queda por hacer al organismo de Turismo para que saque un día el partido que tiene todo esto que le ofrece Natura.

Antes de llegar a la Villa de Anguiano, verá el viajero una gran cueva mirando hacia Eras y Mediavilla. Es una cueva natural producida al retirarse —como tantas— las aguas de los mares que cubrían todo el continente europeo.

Cuenta la historia —sacada de una bonita leyenda— que, ahí, en esa cueva llamada de Tromvalos —nombre que se debe a la posición de su mirar a tres valles— cuenta que, ahí dentro, estuvo haciendo sus penitencias el joven Nuño. ¿Quién era Nuño?... Hijo de un vecino de Montenegro; un chico que no se amoldaba a la vida de trabajo y de hogar, prefiriendo el robo y el asalto por todos los pueblos comarcanos. En cierta ocasión, una mañana de primavera en que este joven se disponía a dar “el golpe” a un sencillo labriego, estando agazapado Nuño, como un gato entre matas para tirarse sobre el incauto pajarillo, vio que el pastor, antes de iniciar la labor campera, se arrodilló sobre la gleba haciendo una breve oración en la que solicitaba que aquella sementera que iba a lanzar a la tierra viniera fructificada ciento por uno. No extrañe a nadie este proceder. Lo vemos hoy mismo en cientos de casos. ¿No se ve en televisión cómo al iniciar un partido de fútbol, o un combate de boxeo, o una competición de lo que sea, los participantes se hacen la señal de la cruz? Si esto ocurre hoy, cuando tanta falta de fé tiene esta sociedad mecanizada,

¿qué no podían hacer en aquellos lejanos tiempos donde la fé recientemente pregonada quemaba sus entrañas y les hacía mártires?

Era el siglo XI y no debe extrañar a nadie que, un labrador, al iniciar su tarea, se arrodillara para rezar una breve oración. Como lo hacía al regreso del campo y escuchaba el toque del Angelus, invitándole a un rezo porque todo estaba acabándose para él con la retirada del día.

Nuño, que vio al labrador arrodillado y rezando, sintió remordimiento de su proceder y abandonó la torpe empresa en que buscaba quitarle, como primer medida, la comida de su alforja o zurrón y, si llevaba... algunas monedas para seguir su vida irregular. Dice la leyenda que hasta se le cayó el arma de la mano y que lloró con remordimiento, quizá por haber cometido otros actos de igual torpeza, en los que se pudo ver obligado a quitar la vida a un pobre trabajador. Por ese momento de superación se decidió a retirarse a un lugar lejos del contacto humano, y es así cómo eligió la cueva de Tromvalos o (Tres Valles).

En todo tiempo ha llamado la atención que un hombre se retire para hacer vida en solitario, si para colmo le agregamos meterse en una cueva sobre la misma vertical del Najerilla, donde todo el que pasaba por aquel paraje le veía, la noticia, es lógico, correría por toda la cuenca, tomándole por loco o por santo varón, que mucho abundaban en aquel tiempo. Así fue cómo llegó la noticia hasta Brieva, y allí se entera otro hombre llamado para hacer grandes obras por la fe cristiana: Domingo, que era el clérigo del pueblo. Sabido por él los motivos que indujeron a Nuño a retirarse buscando penitencia, baja hasta Anguiano y busca colaboración en Nuño para llevar una vida en común.

Vamos a entresacar lo más importante de "la historia latina que, a su vez, es traducción de la primera escrita en

castellano paladino y que el P. Minguella atribuye —llevando la prueba hasta las fronteras de la evidencia— al primero de nuestros poetas, aquí ya traído, y dentro de los mayores honores que podíamos rendirle.

Mientras Domingo recorría lugares vecinos, en busca de alimentos, Nuño tuvo una revelación que le dijo: “Despierta, Nuño, deja la roca de Tres Valles y vete a Valvanera. Yo dirigiré tus pasos y te manifestaré lo que de ahora en adelante has de hacer. En el fondo del valle, a mano derecha y en dirección al mediodía, hallarás un gran roble que sobrepuja en elevación a los demás árboles. A sus pies mana una fuente de cristalinas aguas, cuyo caudal no sufre aumento ni disminución. Dentro del árbol hay varios enjambres que allí labran sus panales. Cuando por estas señas encuentres el árbol donde tiene su origen la fuente, lo cortarás, construyendo en aquel sitio un altar bajo la advocación de la Virgen María, haciendo también de la madera del mismo árbol una imagen de Nuestro Señor Crucificado. Tiene el árbol una concavidad y, en ella, sobre un enjambre de abejas y un panal, hallarás una imagen de la Virgen María que, con rostro gozoso, parece como que acaricia al Hijo que tiene sobre las rodillas”.

Escuchada esta revelación despertó Nuño y se sintió gozosísimo y dispuesto a poner inmediatamente en ejecución el mandato del cielo.

Sigue la historia, pero nosotros llegamos al final: “Tanto reforzaron el trabajo que, gracias a Dios, llegaron donde estaba la fuente y muy alegres emplearon todas sus fuerzas en cortar el árbol. Ya cortado y derribado encontraron multitud de abejas y algunos panales, de cuya miel tomaban a veces para alimentarse. Por fin, en un hueco del árbol vieron la imagen de la Virgen y tomada reverentemente, junto con varias reliquias de santos, buscaron un lugar a propósito donde

colocar el precioso hallazgo. Andando el tiempo hicieron con madera de dicho árbol una efigie de Cristo crucificado, con las imágenes que se suelen poner al pie de la cruz. Luego construyeron poco a poco el pequeño oratorio”.

La Virgen de Valvanera parece que es construcción próxima al siglo XI, sin embargo, el culto a la imagen de Valvanera —quizá otra— parece que fue sobre el siglo VIII. Hay que hacer coincidir estas vidas y fundaciones con un paralelismo a la de San Millán, ya que San Millán fue faro inicial dentro de esta zona y de otras muchas, y lo que él hizo sirvió para imitarlo.

Comenzada la primera edificación pronto se correría la voz por la Rioja y por Navarra, tanto de lo que llevaba en sí de milagro como por lo abrupto de la selva y los bellos paisajes en que estaba haciéndose la ermita y cuerpo de edificio para penitentes. Los mismos monjes del valle emilianense serían portadores de esta novedad, y no digamos los del monasterio de San Cristóbal, que ya establecieron el camino por donde había de irse hasta la abadía benedictina.

Se sabe que hubo muy pronto 106 penitentes ocultos, los más río arriba, en cuevas, y juntos, en comunidad, los domingos. Tiempo después “el oratorio se convertiría en Monasterio de varones” —dice la historia latina—.

Se nos debe perdonar, por quienes conocen estas historias de nuestros monasterios, tanto de Valvanera como de Suso y Yuso, el que nos vayamos un poco más que la simple nota de edificación y citas sobre quiénes y cómo comenzaron la obra. Este libro está destinado tanto para los que viven dentro de nuestras fronteras riojanas como para los que habitan en el más apartado rincón de la Península o del otro lado de las fronteras.

Por eso pretendemos hacer un relato, si no total, por

lo menos que les sirva de buena noticia sobre hechos que quizá les son desconocidos. De ahí que este libro es, a más de biografía general de la cuenca, información en todos los quehaceres de la misma a modo de radiografías.

El monasterio crecía y esto a Nuño poco le complacía. Así un día decidió retirarse a mayor soledad. Subió río arriba y se ocultó en una cueva, en las mismas estribaciones del monte Ocijo. Desde aquel refugio a dos kilómetros del santuario no sufría las molestias de tantos ermitaños ni de las gentes que venían de romería.

Tres años pasó oculto en aquella cueva el hijo de Montenegro. Muchas veces estaban ignorantes de si vivía o había muerto el fundador. Hasta que un día —quizá era de obligación bajar a oír misa y no lo hizo— sospecharon sobre su salud y subieron a verle. Aquí dice el texto del que nos servimos: “Cuatro días llevaba ya cadáver en la cueva sin que lo supieran sus hermanos, mas el ángel reveló al presbítero Domingo que había muerto aquel santo varón”. Siguiendo el informe del ángel —o predestinación—, sube río arriba y lo encuentra en la cueva. “Como pudo sacó el cadáver fuera de la cueva y, grandemente dolorido, exhala hondos ayes”. “Le cargó sobre los hombros y espalda tomando el camino del monasterio. Pasado el río y antes de comenzar la subida, sonaron las campanas grandes y pequeñas del Santuario; al oírlas quedaron los hermanos sorprendidos de cómo aunque nadie las tocaba salían de las campanas tan fúnebres sonidos”.

“Llamados los hermanos dijo el sacerdote Domingo: Virtuosísimo Padre y demás Hermanos muy amados, les hago presente que el Santo Varón Nuño murió en la cueva de Alambre”. “En seguida mandó el Padre a los Hermanos que se revitiesen y, ordenada una solemne procesión de treinta religiosos, llevaron con toda reverencia el cuerpo del santo al

monasterio, donde esperaban los demás de la comunidad. Cantado solemne y devotamente el Oficio, se llevó al cadáver a la basílica de la Santa Cruz, que está cerca del Monasterio, y allí fue sepultado conforme el deseo que mucho antes expresara el santo Nuño“.

El primer abad conocido es el que lleva por nombre Sancho, siglo XI, año 1061. Ya preside dicho abad en aquel tiempo la comunidad benedictina.

El rey don García, que tanto favoreció toda esta cuenca —quizá para conseguir méritos a su “pendoneo”— hizo al monasterio de Valvanera la valiosísima donación de la Granja de Villanueva, única fuente de ingresos, aparte de algunas limosnas, que tenían los 103 monjes para sustentarse. Esta granja está situada a cuatro kilómetros de Anguiano y a 19 del santuario, en la margen izquierda del Najerilla, junto al camino romano que llevaba hasta Cuevas. Allí existió un poblado que llevaba el nombre de la Granja.

Dentro de la Granja estaba el palacio de verano del rey de Navarra, con su correspondiente capilla regia. Las ruinas que aún quedan cubiertas de yedra son un encanto verlas desde la carretera. Las paredes recias y bien trabajadas denotan la categoría de construcción que tenía aquel palacio. Aún pueden apreciarse compartimientos internos y lugar de la iglesia. Toda esta propiedad, que era muy considerable en tamaño, estaba rodeada de murallas, para evitar, quizá, que el ganado se precipitase al río Najerilla o fuese robado al mismo tiempo que constituía una recia fortaleza.

Tenía agregadas o fueron compradas para acrecentar la propiedad hasta 400 fanegas de tierra de siembra.

Don Juan I dióle privilegio de exención del servicio militar —servir para la guerra— a los treinta obreros que estaban trabajando a diario en dicha Granja. Lástima que no

sean mejor conocidas estas ruinas, pero trataremos de llegar hasta ello, siempre que tome cuerpo esa asociación que acabamos de crear titulada "Amigos de la Historia Najerillense". Defenderemos las cuevas de Nájera, defenderemos el puente romano de Bobadilla y cuanto merezca ser defendido en toda esta cuenca llena de historia y de arte.

Alfonso VI le concede en 1092 comunidad de pastos con los pueblos vecinos y prohíbe a algunos vecinos de Matute y Tobía roturar, para que sólo Valvanera lo aproveche.

En ese mismo año, el propio rey prohibió que ninguna mujer entrase en el santuario, aludiendo en la prohibición al Concilio de Tres Obispos y un Abad que lo habían ordenado, y añade que "si alguna entrare sea detenida hasta que pague 60 sólidos al Procurador del rey". En el siglo XII continúan las donaciones, algunas muy valiosas. En este siglo se permuta también el Monasterio de Tobía (el de San Cristóbal), por el de San Martín, de Soto. San Millán le cede a Valvanera el de Tobía y Valvanera a cambio le da el de Soto.

No nos detenemos a relatar la cantidad de sucesos —milagros— y mejoramientos de enfermedades que hizo la Reina de los Distercios, pero, como nos parece, por otro lado, dejar a la abadía benedictina un poco huérfana de virtudes si no se relatan aunque sólo sean dos casos, pues lo vamos a hacer y comenzamos diciendo cómo vino al monasterio cierto día una mujer muy hermosa de la ciudad de Burgos, para traer una trenza de todos sus cabellos y un pedazo de camisa, de la mitad para arriba labrado en seda y oro. Le preguntó el abad que, por qué hacía aquello, y ella le responde que: "tenía un marido escudero, bien gracioso e mañoso en todos buenos fechos, el cual amaba a ella muy de corazón e sin arte. E muchas gentes, por mal celo e embidia, envolviéronla con el en tal guisa, que el marido se trabajaba asaz por la matar, mas no lo podía facer a su salvo. Inalmente, nos se atrebiendo a

matarla, puso en su corazón el dexarla: e tomó sus cabellos e su page e sus armas diciendo que lo embiaba a llamar su Señor para asonadas que habia. E tomó tazas, e preseas, e oro, e cinero e todo lo que pudo llevar, con intención de nunca más de ello tornar. Ansi estuvo dos años, e mas carta que ella le embiaba non la quería leer. Entendió ella por estas señales que el marido la tenia aborrecida, e vino en tanto pensamiento e desmayo, que todos creían había alguna mala dolencia que la matase”.

Como tenia esta mujer un hermano religioso, le contó el caso y el hermano le dijo: “yo te ruego que me digas de quales cosas te precias mas en el cuerpo para parescer bien a las gentes. Dixole ella: hermano fuerte cosa es esa para que yo la haya de decir, pero a vos ya puedo. Las cosas en que yo me glorifico vana e locamente son los cabellos e la compostura de los pechos. E dixole el hermano: luego sin mas tardar entra en tu camara con tu moza, e corta los cabellos de la cabeza mas a raiz que pueda ser, e la camisa de que más te precies de la cintura arriba e trahemelo aquí todo”. Cuando se lo hubo llevado le dijo su hermano: “Ahora faz voto a Señora de Valvanera de ir a velar a su Casa e ofrecer de aquello que tuvieres, e promete darla estas cosas en testimonio; e tú verás a tu marido bien breve en tu casa”.

“E la dueña fizo el voto e al tercero día vino el marido con todo lo que había llevado e con más ganancias, con tanto amor e deseo de ver a su muger, como jamás había venido”. El tema es bonito. El relato lleno de poesía: por eso lo hemos traído aquí suponiendo que a todo lector ha de encantarle el suceso y la manera de decir que rezuma sabor medieval.

Otro: “Una muger vecina de Anguiano, truxo aquí una hija suya tullida, de edad de 14 años, y en la puerta de la iglesia apeóla de un asno que la traía, e tomole en los brazos y entrola dentro de la iglesia; e la madre incóse de rodi-

llas, e puso la hija delante de sí, que no se podía tener de piernas. E como la madre desease la salud de la hija, que por tal respeto la había trahído a esta Santa Casa encomendóla a nuestra Señora con toda devoción que ella podía. Estando así la madre, haciendo oración, levantóse la hija, e dio gracias a Dios por tan gran merced, y decía que nuestra Señora de Valvanera había sanado a su hija”.

La Iglesia de Valvanera fue terminada el año 1472, en plena reconquista de los Reyes Católicos buscando acabar con el reino árabe de Granada. El estilo es gótico de transición. Toda ella está edificada con recios sillares y forma su estructura una cruz latina que mide 39 metros de largo por 9,50 de ancha y 15 de alto.

Dice la historia del monasterio que a él vino la reina Isabel, la Católica, a visitar a la Virgen y cerciorarse a la vez del milagro de la “cocina santa”, de la cual se decía que nunca se llenaba de ceniza por muchas carretadas de leña que en ella quemasen. Por sus ojos —dice la historia— vio que era así tal como se decía, de lo cual se maravilló mucho. En ese viaje entregó al monasterio muchas joyas y ornamentos.

El monasterio pasa por varios siglos entre los problemas de gobierno del mismo, unos con mayor ventura que otros, para llegar al siglo XIX, donde tuvo que pagar los tributos de la planta extranjera sobre nuestro suelo. El caso fue así —y, de él, como de toda esta historia de Valvanera, y también sobre la vida de San Millán, tenemos teatralizadas las situaciones—.

Merodeaba por los pueblos vecinos a Valvanera y a principios de 1809 una partida de 19 hombres armados: patriotas según ellos se llamaban. Ladrones en cuadrilla, según les apellidaban muchos, y nosotros decimos que, quizá por su situación de grandes necesidades, cumplían las dos cualidades,

aunque no por eso vamos a decir que no eran patriotas tanto como guerrilleros. Después hemos sabido que el jefe de esta guerrilla era el beneficiado de Mahave, y que se echaron al monte porque habían matado en Mahave a 5 franceses. El alcalde de Matute, que debía participar —como los franceses— en llamarles “brigantes”, viendo en ellos no una banda de valientes, sino una partida de bandidos, los denunció a los franceses que estaban de puesto en Santo Domingo de la Calzada. ¡Ah, las denuncias!... Destacado allí un grupo de franceses, fue en persecución de los verdaderos o supuestos patriotas, los cuales, sabedores de que se les buscaba de cerca, dirigiéndose a Valvanera se refugiaron en el monasterio. Ignoramos qué hora sería cuando los perseguidos llegaron a sus puertas, pero al arribo de ellos estaban todas cerradas y, los monjes, a petición de que se les dejara libre entrada, contestaron humildemente que no les parecía buena medida hacerlo, y que mejor fuera que se retirasen por el monte huyendo de las tropas enemigas.

No era negocio aquel que permitiese dilaciones porque los franceses venían por los montes pisándoles los talones y, así éstos, cogiendo un hacha que, por desgracia, vieron en manos de un chico (pastorcillo sin duda) allanaron con ella la morada conventual y penetraron dentro del monasterio, no dando tiempo para sosiego porque, una vez cerrada la puerta, tuvieron que subir a las ventanas y echarse el fusil al hombro apuntando a los franceses, que ya estaban sobre la plazoleta. Al pedirles rendición, los patriotas, ¿por qué hemos de negarles su dignidad?, contestaron con una descarga cerrada que causó dos muertos a la fuerza invasora. Cuando el jefe de los soldados napoleónicos vio dos muertos en el suelo, lleno de coraje mandó incendiar el monasterio para cercar con fuego a los enemigos en él parapetados, ordenando antes que salieran los monjes, que ya, temerosos, habían levantado

bandera blanca. Mientras ardía el edificio sostenía fuego la fusilería de patriotas guerrilleros najerillenses contra el mayor enemigo que pisó esta tierra en la edad contemporánea. Los que estaban dentro viéronse cercados por el humo y el fuego no tuvieron otro remedio que rendirse. Su torpeza partía de haber buscado refugio en edificio cuando la lógica en la guerrilla es el campo abierto. ¿Quién podía encontrarles dentro de semejante macizo como es la Demanda? Así se justifica que el jefe de la guerrilla era un cura amigo del convento.

Los llevaron presos a Santo Domingo. Al verlos pasar por uno de los pueblos de la ruta: Anguiano, Bobadilla, Baños, Najera... uno del pueblo les dijo: “¡Cobardes, yo no me habría rendido!”.

En Santo Domingo fueron pasados por las armas los diecisiete rebeldes, que quizá pelearon con buena voluntad, pero faltos de dirección.

Los religiosos apresados en el Prestiño se les invitó esa noche a salir para dar cristiana sepultura a los dos franceses muertos siendo a continuación vueltos a encerrar en el mismo lugar.

Destruído casi todo el monasterio; fundida la plata de los objetos escondidos ante los invasores, decidieron los monjes abandonar las ruinas llenas de historia de tan vieja mansión disterciense.

Después vino la exclaustación definitiva y el traslado de la imagen a Brieva, hasta que, en 1880, aparece —por el destruido y abandonado monasterio— un hombre joven y lleno de dinamismo llamado Tiburcio.

Este hombre, en solitario, se decide a poner en marcha la obra. Con una azada que le prestaron en Badarán empezó

a remover tierra, a quitar piedras y a ordenar lo que fueron celdas y salones sagrados para la tierra riojana. El solo se propuso hacer una obra de gigantes.

Si los de Brieva se llevaron la imagen primitiva, a la que se creían con derecho, por haber sido hijo del pueblo Domingo, el pueblo de Tobía se trajo a su predio una Virgen de Piedra que pesaba 30 arrobas.

El disgusto que se llevaron los romeros de Badarán no fue pequeño al ver que tampoco estaba en aquel lugar la imagen a la que ellos rezaban en cada romería, cuando, al finar el día, le dedicaban una Salve en la plazoleta que da al Norte. ¿Cómo bajaron los de Tobía la imagen desde aquella ornacina?... ¿Cómo la llevaron hasta su pueblo por sendas peligrosas sólo transitables para caballería muy avezada a estas montañas?... Son cosas de fe, y la fe da incentivos en todos los tiempos.

Años después tornaron las imágenes cuando el hermano Tiburcio volvía a dar vida al monasterio y comenzaron a llegar nuevos frailes.

Aún siguen yendo todos los años los romeros de Badarán, de Estollo y San Millán por los mismos caminos que lo hacían hace más de nueve siglos. Aún le siguen rezando a la Virgen de piedra que devolvieron los tobianos y que la creen suya.

Hoy, Valvanera, es objeto de visita turística. Desde hace un cuarto de siglo se ha volcado la provincia a darle apoyo y, a más de crecer como era de justicia, tiene un lujoso hostel donde no falta calefacción y cocina selecta. Tiene también calefacción la iglesia, y así, estar en Valvanera constituye todo un lujo en la época estival o en pleno invierno. Valvanera tiene protección del Estado y es un precioso hito riojano y de la cuenca najerillense, que con San Millán, Santa María la Real y el Monasterio de Cañas, forma un magnífico cuarteto que llena de orgullo a toda la comarca riojana.

Esteban Manuel de Villegas

(El Cisne del Najerilla)

Cuanto podíamos decir de este personaje nacido y criado en Matute hasta la edad de cinco o siete años, ya fue dicho en nuestro libro sobre su vida, titulado: "EL CISNE DEL NAJERILLA". No obstante, como esta obra es un compendio de todo lo meritorio en la cuenca, vamos a reseñar algunos datos para mejor información del que está siguiendo con cariño este relato de hechos y personas que entran dentro de dicha demarcación.

En tiempos de Felipe el II vienen desde "la montaña", Santander, a residir en tierras del Najerilla tres hermanos, llamados Villegas de apellido. Dos se han quedado en Nájera y otro sube a Matute. A este último pueblo llega el llamado Francisco. Roque y Juan se habían quedado en Nájera y posiblemente con ellos la madre de ambos.

El 1575 se casa Francisco de Villegas con Francisca González, ella nacida en Pedroso —del cual ya nos ocuparemos al hacer una breve reseña de los pueblos que vierten sus aguas a esta cuenca—.

En Matute está la casona —palacio diremos mejor— que compraron los Villegas. En esa fortaleza y casa labriega van naciendo los hijos del matrimonio: Ana, Hernando, Francisco, María, Diego, Catalina y Esteban, que nace el año 1589.

Pocos años después, buscando mejor fortuna para los hijos jóvenes de este matrimonio, deciden bajar a vivir a Nájera, y así estarán unidos allí todos los Villegas, con lo cual ha llamado a más de una confusión hasta que lo dejamos bien y para siempre determinado con "El Cisne del Najerilla", al publicar incluso la letra del poeta, desconocida por todos los riojanos hasta esa fecha del III centenario de su muerte, y al conseguir copias de los cargos de la Inquisición en los que se dice bien claramente: "Esteban Manuel de Villegas, nacido en Matute y vecino de la ciudad de Nájera".

Siendo muy niño va con su padre a Madrid, coincidiendo con la muerte del rey Felipe II.

Anhelando don Francisco que su hijo Esteban, al que veía buena disposición para las letras, estudiara con buenos profesores, le envía a Madrid, y Madrid le pierde, como se lo dice poéticamente a su amigo Cristóbal de Mesa:

Allá dirijo todo mi progreso
arma las esperanzas el suceso,
pero, como mi madre nordestea,
no permite Cristóbal que te vea
quizá por las pasadas travesuras
de quien a todos tiempos forma idea.

Villegas se ha quedado entrampado en la corte. Debe a varias gentes y ha de ser la buena de doña Francisca quien tiene que apechugar con aquellos vacíos hechos por "don" Esteban, al que no hay forma de encaminarle con seriedad y responsabilidad.

Vuelve a Nájera y comienza a escribir más compenetrado, tomando más seriamente lo que es y significa la vida. Ya sabe muy mucho del bien decir porque en Madrid ha visto a gentes —a las que incluso ha tratado— de buena pluma, no olvidemos que allí están todos los genios del Siglo de Oro

de nuestras Letras. Claro que Nájera es poca cosa para quien buscaba triunfar en las aulas y grandes méritos cuenta para ello. Ya es suficiente que se queden sus hermanos, alguno de ellos metido en las disciplinas de la Iglesia. Esteban prefirió Salamanca y allí le envía su madre rogándole que sea trabajador y aplicado. Ellos no son gente de dinero y debe aprovechar cuanto para su provecho gastan.

Salamanca le llena de ilusiones al joven Esteban. Salamanca es en ese tiempo muy importante para todo joven, porque allí está la savia y la gracia de España. Allí, no hace muchos años que dictaba sus clases Fray Luis de León.

Cargado de conocimientos. Serio, gran conocedor de nuestras letras a más del latín y griego, con su flamante título de Licenciado regresa Villegas de la ciudad del Tormes a la del Najerilla.

“Ya triunfará del Betis
y del anciano Tormes
las presurosas aguas
del Najerilla joven”.

De Villegas, incluso en estos tiempos que vivimos, se han escrito mil cosas fuera de lógica y de conocimiento. Parece mentira cómo se han cebado contra él escritores que, ni de su vida ni casi de su obra tenían conocimiento. Para mejor documentar estas palabras voy a dar un juicio “torpe y necio” de un crítico que se ocupó de Villegas desde su silla del despacho sin pensar en hacer investigación: “Estudió poco y mal porque su familia tenía bienes de fortuna”. (Ilógico, como hemos visto). “Arruinado se dedicó a dar sablazos, a pedir empleos, a estudiar a los clásicos y a buscar un buen partido para el casorio”. Todo falso y, porque buscamos luz para todo cuanto sea del Najerilla, aclaramos esta ceguedad.

Dice que se casó con Ana de Leyva. (Era Antonia). "Murió de viejo y de pedantón". (¿Se puede decir semejante bobería?... ¿Muere alguien por el "microbio" de la pedantería...?). Claro que, al final dice, y ello le salva pero no de tanta irresponsabilidad soltada al principio y queriendo hacer gracia "castiza". "Tradujo maravillosamente a Horacio, Tibullo, Anacreonte, etc., etc. Introdujo feliz e inimitablemente los metros latinos en el parnaso castellano. Fue un poeta delicadísimo, ingenioso, fecundo. Tal vez el más considerable de la reacción contra el gongorismo".

¿No se contradice esto totalmente con lo anterior? ¿Era pedantón o era sabio?...

Al volver de Salamanca (y esto es lo que a muchos no les agrada) quiso llamarse Don Esteban, y no Esteban a secas. También se agregó un Manuel que no llevaba en la pila, pero eso, ¿qué tendrá que ver con su capacidad creadora? El creyó que Esteban Manuel de Villegas sonaba mejor, era más poético. Lo que vio en otros genios, como, por ejemplo: Cervantes, Lope, Calderón, Góngora, Rojas Zorrilla, etc., etc., etc., él quiso hacerlo en sus escritos. ¿Es ello pecado?...

Villegas tiene 28 años y escribe poemas, muchos poemas. Villegas tiene un paisaje maravilloso en su Nájera y, a solas, cuando va subiendo hacia el castillo; cuando pasea por ese delicioso rincón llamado Paso Malo; cuando se mete por las huertas, bajo ramas de frutales que dan encanto a la ribera, lleva en la cabeza muchos poemas, como los llevaba Berceo, como los lleva todo hombre soñador de bellezas, y es allí donde le van naciendo las Cantinelas.

Villegas compuso muchas de éstas, pero sólo vamos a dar a conocer tres, las mismas que colocamos en la obra dedicada al poeta:

A UNA FUENTE

Tú por arenas de oro
corres con pies de plata,
¡Oh dulce fuente fría!

Yo, con mi triste lloro
a tu corriente ingrata
aumento cada día.

Pero tú la porfía
de darme al Ebro parias,
en mi daño contrarias,
animas por matarme;

Yo, por darte y cansarme,
aunque no saco fruto,
malogrado tributo,
lloro nuevos engaños.

Tú me llevas los años
al paso de tu curso;
yo renuevo el discurso
de mis presentes daños.

Casi somos iguales,
¡Oh dulce y clara fuente!:
yo, en continuar mis males
y tú aquesta corriente.

Si dices que me excedes,
yo digo que te excedo;
porque tú parar puedes
y yo cesar no puedo.

DE UN PAJARILLO

Yo vi sobre un tomillo
quejarse a un pajarillo,
viendo su nido amado,
de quien era caudillo,
de un labrador robado.

Vile tan congojado
por tal atrevimiento
dar mil quejas al viento,
para que el cielo santo
lleve su tierno llanto,
lleve su triste acento.

Ya con triste armonía,
esforzado el intento,
mil quejas repetía;
ya cansado callaba,
y al nuevo sentimiento
ya sonoro volvía;
ya circular volaba,
ya rastrero corría;
ya, pues, de rama en rama
al rústico seguía,
y saltando en la grama,
parece que decía;
“Dame, rústico fiero
mi dulce compañía”;
y a mí me respondía
el rústico: “No quiero”.

DE SI MISMO

Dícenme las muchachas;
“¿Qué será, don Esteban,
que siempre de amor cantas
y nunca de la guerra?”.

Pero yo las respondo:
“Muchachas bachilleras,
el ser los hombres feos
y el ser vosotras bellas.

¿De qué sirve que cante
al son de la trompeta
del otro embarazado
con el pavés a cuestras?

¿Qué placeres me guisa
un árbol picaseca,
cargado de mil hojas
sin una fruta en ellas?

Quien guste de los parches,
que muchos parches tenga,
y quien de los escudos,
que nunca los posea;
que yo de los guerreros
no trato las peleas,
sino las de mis niñas
porque éstas son mis guerras”

Pero Esteban quería tener un libro editado —que es lo que todo autor desea— y también “El Cisne” —como él se denominó— lo conseguiría dentro de poco. ¿Cómo? Hablando con el único impresor de Najera, un tal Iván de Mon-gastón. Sirvanos como dato consolador para quien cree que en aquellos siglos había más torpeza en las gentes, que, al cabo de trescientos cincuenta años, en Najera no hay sino

una imprenta, como había en 1614. Esteban lleva a la imprenta su libro titulado LAS EROTICAS o Amatorias. El libro está terminado en 1618, mes de marzo, y le ha colocado una cubierta que hará revuelo, no en Nájera, sino en Madrid, a donde piensa llevarlo.

Como un niño va de contento el poeta, camino de su casa, la vieja casona junto al antiquísimo arco que daba acceso a Nájera viniendo de Santo Domingo. La familia ha decrecido por la muerte del padre de don Esteban. El mozo se está creyendo un Lope o un Cervantes cuando contempla a su "hijo" que tan flamante ha salido con su olor a tinta y papel recién estrenado. Prepara un buen paquete de ellos y, en la diligencia, marcha hacia Madrid, que es meta de todo ambicioso.

¿Qué consiguió Villegas en Madrid cuando distribuyó el libro entre las librerías y los amigos? En primer lugar, darse a conocer como poeta, que nunca es nada malo, y, con la portada, un escándalo mayúsculo, porque Villegas, quizá al estar con cierta desesperación viéndose reducido a vivir en Nájera y creyéndose gran poeta puso en el frontis de la cubierta un poderoso sol, y, rodeándole, débiles estrellas. Bajo esta constelación un lema que decía:

"¿Me surgente quid istae?"... Traducido del latín nos dice: ¿Surgiendo yo (el Sol), qué hace todas éstas?... Las pequeñas estrellas: Cervantes, Lope de Vega, Calderón, Tirso, Quevedo, Góngora y varios más que eran astros grandes con luz propia.

Del revuelo que armó el libro nacido en Nájera se ocupó el que más favor le hizo a Villegas al dedicarle unos versos hirientes pero que le llenaron de mérito por salir de la pluma de Lope:

“Aspire luego de Pegaso al monte
el dulce traductor de Anacreonte,
cuyos estudios con perpetua gloria
librarán del olvido su memoria;
aunque dijo que todos se escondiesen
cuando los rayos de su ingenio vieses”.

Por tercera vez que sepamos regresa a su Nájera de mocedad. Si fue en abril a los madriles del Siglo de Oro —¡admirable Madrid aquel!— volvió en mayo. ¿Por qué regresó tan pronto a Nájera? Yo me supongo que porque había dejado a una niña muy agraciada que estaba enamorada del poeta. Una niña que casi podía ser su hija en edad y en quien el poeta de las Anacreónticas puso sus ojos y la voluntad más decisiva. Tenía 15 años y se llamaba Antonia de Leyva. Había nacido en Azofra y se había prendado de aquel hombre maduro pero muy sabio, inteligentísimo, bien vestido, fino de ademanes y gran conocedor de la vida y del mundo, a más de una facilidad de expresión que cautivaba, porque, bien sabido lo tenemos, ¿qué es aquello que más vence a la mujer, sino la palabra del hombre que la festeja con palabras con ella nunca oyó en otros? Villegas, seguro que le hablaba de nuevas Cantinelas; de versos dedicados a ella, y de tantas cosas que había visto en Salamanca o Madrid; de tantas cosas como tenía leídas y eran elementos mucho más valiosos que el oro, aunque las demás gentes esto no podían jamás estimarlo.

El seis de agosto de 1625 se casaron en la parroquia de la Santa Cruz. Poco a poco fueron llegando los hijos del poeta, a los que fue bautizando en Nájera con los bonitos nombres duples:

Serafín Antonio.—(Por darle honor al padre de la mujer).

María Violante.—(Hermana de Esteban).

Román Francisco—(Patrono de Matute y nombre del padre del poeta).

Bartolomé Bernardo.—(En memoria de su amigo Argensola).

Leonor Antonia.—(Por su mujer).

Manuela Aldonza.

Catalina Beatriz.

Difícil es mantener una familia tan numerosa teniendo el poeta pocos recursos. Así vemos cómo pasa necesidades y vienen días amargos y de luto porque la muerte se ceba en su casa.

A esto hay que sumarle pleitos, pleitos que al poeta de Matute le caen como llovidos del cielo. Cuando menos lo espera le sale alguien trayéndole escándalo, los más lo podemos decir sin error: producto de envidia. Villegas es hombre inteligente y bien vestido. Villegas no alterna con muchos y esto le crea la eterna envidia, y así, al hacer la casa de la calle del Carmen número 2 (hoy 4) le trae semejante pleito, que le cuesta más que la misma obra, perdiendo además todo recurso. Tuvo pleito hasta con un alguacil de Nájera. ¿Por qué? Quizá por la cosa más nimia. La única verdad es que era mucho Don Esteban para convivir entre la mayor parte de las gentes que en ese tiempo poblaban su ciudad. Los diferentes niveles culturales tenían que crear esos sinsabores. Además, él, ¿no les trataría acaso con cierto desprecio? ¿No estaba un poco resentido de no vivir entre los grandes de la Corte? Esto le hacía criar mala uva y el vino salía de su prensa... excesivamente avinagrado.

Mientras tanto escribe y escribe. Es Nájera la fuente de su trabajo y se vuelca a trabajar en obras o críticas de los siguientes autores: Séneca, Simmaco, Tíbulo, Propercio,

Petronio, Marciano, Capella, Ausonio, Virgilio, Horacio, Silvio, Itálico, Marcial, Juvenal, Claudiano, Plauto, Persico, Cátulo, Tertuliano, Luciano y otros. Esto que hemos citado como obra suya, lo hemos dicho porque él se lo decía por correspondencia a su amigo Lorenzo Ramírez de Prado.

Escribió también —nosotros se lo hemos acreditado con todos los honores que merece, enjuiciando cada Sátira— un Antiteatro o “Discurso contra las comedias”, que son cinco Sátiras magníficas de crítica y dedicadas en gran parte contra Lope, aquel que sabiamente le criticó y lo premió dedicándole unos versos.

Pero Villegas tenía que sufrir algo más. A Villegas le faltaba un castigo fuerte y le cayó en la vejez, cuando más daño podía hacerle a su quebrantada salud: Ser castigado por la Inquisición y sufrir un destierro. ¡Pobre Villegas! ¿Por qué lo sancionó la Inquisición? Por conversaciones tenidas en la biblioteca de Santa María con el cuidador de los libros, a donde acudía para hacer sus trabajos buscando material. Los libros no le traicionaban, pero sí lo hizo aquel hombre que no era libre como Villegas, un hombre que se sentía rebajado en sus conocimientos al que don Esteban apabullaba con juicios y razonamientos que en esta mitad del siglo XX han venido a ser apoyados por el mismo Vaticano. Pero, era en el siglo XVII, y allí no cabía salirse de las normas que dictaba la Iglesia, entonces, con más fuerza que el mismo monarca. Contaba don Esteban 70 años. ¡Pobre familia del poeta! ¡Pobre doña Antonia de Leyva, qué triste y gozoso calvario te encajaste al unirte a un poeta!...

La sentencia decía —tenemos fotocopia de ella— que “tenía que jurar “de levi”, siendo gravemente advertido, reprendido y conminado, y que fuese además desterrado de la ciudad de Nájera, de la de Logroño y villa de Madrid a ocho leguas en contorno de cualquiera de ellas”.

Don Esteban Manuel de Villegas. V.º de La Cueva
 Navarra = dice que el está cumpliendo el destino
 de quatro años a que fue condenado por los
 Inq.ºs. A.ºs. en el Reyno de Navarra desde el
 mes de oct. del año pasado en el lugar
 de 1.ª Maria de Diba redonda en La Sierra, donde
 por una gran necesidad y descomodidad, por estar
 se con mas de treinta años de edad y padecien-
 do muchos achaques, falta de salud, aque-
 ra venand.ª fia. y sin el alburgo, conpauca
 asistencia de su sufer. y hijos = en una con-
 sideracion = Pido y suplico a V.º J. que aten-
 diendo a la calidad de su persona, desconsuelo
 y desmedida de sus deudos, y a que en su casa
 fue buen confiante y sujeto siempre a la ob-
 racion de la 1.ª Madre Iglesia. Le haga merced
 de permitir, se vuelva a su casa a cuidar en ella
 los dias de su vida, levantandole el destino
 en lo que se al.ª la falta de cumplir. V.º J.
 de su gran merec. y de la Piedad
 a lo debra en que viviera su vida.

Mediante la reunión que tuvo la familia, acordaron que fuera el pueblo de Santa María de Ribarredonda donde mejor podía estar el poeta. Quizá tenían alguien de la familia, o algún amigo.

Allí fue a cumplir cuatro años de condena, por atreverse a dar juicios sobre dogma de fe. Juicios sinceros y razonados como hombre de gran valía intelectual que era don Esteban.

Villegas no aguanta el destierro, ve que allí se muere, y, cuando lleva un año, escribe una hermosa carta suplicando reconsideración a su causa y a su edad.

El alto mando de la Inquisición en esta región, consideró la petición y le dicen que puede volver a su casa, pero con ciertas limitaciones.

Y un mal día, malo o bueno, porque muy cansado estaba de llevar tantos desasosiegos sobre sus costillas, un mal día: el 3 de septiembre de 1669, murió en la ciudad de Nájera el poeta —después de Berceo— más grande que ha dado la cuenca najerillense:

“Si de mis ansias el amor supiste
tú, que las quejas de mi voz llevaste,
oye, no temas, y a mi ninfa dile,
dile que muero“.

Otro recuerdo a su Nájera fue esta pequeña estrofa:

“Entre peñas resonar solía
que goza eternas la feliz Rioja,
y entre su roja y aseada margen
Nájera oyolas“.

El año 1968, nos cupo la suerte —previa autorización de Bellas Artes de hallar en la Capilla de San Antón dos cráneos y varios huesos más. Allí estuvo el panteón de las Villegas. Allí estuvieron todos los suyos y el mismo Cisne se hizo tierra entre aquellos escombros de fosa común. Algún cráneo de los recogidos, ¿no puede ser el de Don Esteban Manuel de Villegas? Guardados están en Santa María la Real para un día colocarlos dentro de una urna con su respectiva lápida. Es justicia. Esperemos que ello se cumpla —si no en esta época un poco confusa, donde la cultura provincial atraviesa quizá uno de los peores momentos de su historia y no porque falten valores— en el próximo siglo, en que se analizarán las cosas desde un punto de vista más frío y veraz y así recibirán sus homenajes, bien merecidos, aquellos hombres a quienes particularmente hemos ensalzado y bien sabido es que quisimos hacerles hasta monumento, idea que fracasó: BERCEO y VILLEGAS.

Don Esteban Manuel de Villegas es, por sobre todo, un gran humanista. ¡Humanista!... Qué difícil palabra y qué extraña manera de ser para ejercerla en estos tiempos donde todo nuestro elogiado mundo “del progreso”, está programado hacia el dinero.

Se está haciendo trizas el humanismo y nadie trata de buscarle defensa. El dinero, que es fuerza, comodidad y vicio, domina por toda la faz de la tierra, haciendo una todas las conciencias económicas y políticas. Aquel siglo, aquellos siglos de oro, ya no volverán a conocerse más, porque, la sociedad mecanizada y deshumanizada, montada sobre velocidad, ha tirado como lastre los grandes valores de que nació revestida la criatura humana, y, dando un giro de 180 grados, huye de la tradición para destrozarse en el más oscuro vacío. La obra, el sentir y el padecer de don Esteban Manuel de Villegas cada día nos parecen más meritorios.

El Marqués de la Ensenada

«Los cuerdos fuir debrían
de do locos mandan más,
que cuando los ciegos guían
¡guay de los que van detrás!

QUEVEDO.

Tenía que nacer en la cuenca najerillense uno de los hombres más importantes del siglo XVIII, don Cenón de Somodevilla y Bengoechea, más tarde y por méritos, Marqués de la Ensenada.

Nació en Alesanco el 2 de junio de 1702. Dicen que, de modesta familia, aunque hidalgos.

No vamos a hacer una biografía que pueda resultar pesada, cuando ya estamos llegando a las partes finales de nuestro ensayo. Entresacaremos los puntos más valiosos que tuvo este hombre, fuera de serie, para hacer comprender los méritos que concurrieron en el riojano político más famoso hasta entonces. Poco después vendría don Práxedes Mateo Sagasta —tan injustamente olvidado por los riojanos—, nacido en la cuenca hermana del Iregua, en ciertos aspectos pareja en virtudes, pero, ahora, vamos a resaltar lo que pertenece a don Cenón Somodevilla.

Sabemos que fue Ministro principal de la Armada, interviniendo con acierto en la conquista de los reinos de Nápoles y Sicilia.

Después tuvo a su cargo el despacho de Guerra, Marina, Indias y Hacienda. Dice de él un autor: “su clara inteligencia, su espíritu innovador y sus conocimientos, lo mismo en las

ciencias que en las letras, en las artes que en la industria, se hicieron sentir en la sociedad española". Y otro historiador: "Gran suerte tuvo Fernando VI en dar con un ministro como el Marqués de la Ensenada porque a más de sus muchos conocimientos en las más diversas materias abarrotaba de dinero las arcas del Estado sin apelar a procesos arbitrarios, antes bien suprimió algunos para substituirlos por otros que en nada pesaban sobre el país. Lo que sí hacía era fomentar y sanear las rentas del tabaco, la sal, las aduanas y otros; crear un giro de letras que sólo pagaba el extranjero: introducir economías: imponer descuentos; frenar el lujo y —dice este autor— a pesar de no dar precisamente él ejemplo respecto al particular. Dotado de extraordinaria inteligencia y profundo pensador, calculaba con reemplazar los tantos por ciento que se cobraban de las rentas recaudadas por los pueblos, provincias y gremios por una contribución directa: ordenó la formación de un catastro: envió al extranjero a muchos jóvenes para que se dedicaran al estudio de las ciencias, las letras y las artes: llamó a eminentes sabios de otros países para que difundieran aquí los conocimientos científicos, poco menos que olvidados desde los últimos Austrias; construyó muchas obras públicas: abrió caminos: cambió poco menos que radicalmente la organización del ejército y elevó a la marina a altísimo grado de esplendor. Y así con razón decía el P. Isla en 1752 que era el mejor ministro que había conocido la monarquía desde su fundación, sin que, por desgracia, haya tenido hasta ahora quien lo supere".

Este gran hombre, que cambió totalmente el pulso de España, había nacido, para orgullo de la Rioja, en Alesanco, que es decir en la cuenca najerillense.

Hacer mucho, ser generoso e inteligente, volcarse a los demás y no recibir en pago estacazos es muy difícil, casi, casi imposible, y así don Cenón o (Zenón) tuvo que caer en

desgracia, que también es —qué duda cabe— lo humano, repasemos las páginas de nuestra historia nacional.

Un día apareció un irlandés llamado Ricardo Wall, embajador de España en Londres. Se dice que era un hábil diplomático, prudente, pero lleno de antipatía hacia el hijo de Alesanco. Hacía falta un pretexto para hacer saltar al Marqués de la Ensenada del palacio, y se buscó un argumento lejos de nuestras fronteras, simplemente, por razones de un intercambio de colonias entre Portugal y España en aguas del Río de la Plata.

Era, además, vox pópuli por Madrid que el Marqués de la Ensenada vestía con tanto o mayor lujo que el propio rey. No faltó en varias ocasiones quien le dijera al mismo soberano que su Ministro excedía la medida en atuendos y escoltas. También criticaban que, precisamente, quien había nacido en pobreza era el cotilleo de los madriles por tanta fastuosidad. ¡Envidia! ¡Envidia española... o, mejor, diremos, universal!

Hasta que, un día, Fernando VI, viéndole entrar en su despacho con tanto lujo —baste decir que, en ocasiones, llevaba alhajas por valor de 500.000 duros—, mucho nos parece la cifra, pero está sacada de la historia. Viéndole el rey con tanta "majestad", le dice:

—¿No os parece, don Cenón, que es un poco excesivo el atuendo?...

A lo que, el de Alesanco, con gracia y mucha sabiduría, le responde como hubiera hecho Quevedo:

—Señor... por la librea del criado se ha de conocer la grandeza del amo...

Pero, el que fuera tan poderoso como el mismo rey, el que tuvo en su mano la reconstrucción material y cultural de España. El que tanto hizo desde sus Ministerios —como ocurrió

antes y después con tantos otros—, el que se preocupó a diario por quitarle la fatal melancolía que devoraba a su soberano, trayéndole incluso desde Italia a un famoso tenor, para que, alojado en palacio, endulzara aquella tristeza que más tarde acabaría en locura... Aquel hombre que tanto hizo por España y por todos sus hombres en las más diversas escalas sociales quedaba exonerado de todos sus honores, empleos y cargos para ser cerrada su casa; rigurosamente sellados todos sus papeles y desterrado a Granada con su secretario Ordeñana y el abate Mogrobejo. (Fue un 20 de julio de 1754).

En Granada estuvo aguantando el destierro hasta 1768, en que fue objeto de nuevas consideraciones por el siguiente rey, don Carlos III, quien, por fin —los enemigos eran muchos—, acabó también, ¡otra vez más!, desterrándole a Medina del Campo, donde murió —lleno de tristeza y añoranzas de un pasado tan glorioso para su país— el año 1781, a los 79 años de edad.

Como Domingo el de Cañas, como Villegas, don Cenón de Somodevilla —riojano de mucha ley— tuvo que sufrir un destierro porque su valer era mucho, porque no era hombre de aguantar vasallaje y seguir junto a la mediocridad de cuantos le rodeaban dando coba a los poderosos. ¡Ah, qué terrible epidemia la envidia española y cuánto daño ha ocasionado para el mejor encumbramiento de España dentro del concierto universal! Cuánto placer en destruir al valioso aun a costa de malograr valores nacionales. Pero esto es así y, buenas pruebas tenemos de los hombres que, siendo señeros, nos precedieron para mayor orgullo de quienes les miramos con admiración y sano ejemplo.

Sea este capítulo pequeño homenaje que dedicamos al Marqués de la Ensenada, uno de los ministros más importantes que han tenido los monarcas de España, y era, como hemos visto, nacido en esta cuenca.

Arte y gloria de un escultor najerillense

Nos hacía falta en todo este amplio, variado y ambicioso ensayo sobre cuenca tan famosa, un genial artista plástico. Los hemos tenido, y no menguados, en literatura. Vamos a dar a conocer un poco más adelante los muchos escritores de la cuenca en tantos siglos pasados, pero, alguien podía decirnos —sin enmendar la plana—, que no tuvo la cuenca, aunque sí podía llamarle hijo de ella a Rizzi: ya hemos visto cuánto nos dejó en Yuso plasmado, y que nos trajo al Valle de San Millán el retrato de Lope de Vega, sobre planta real, para dejarle entre nosotros, quién sabe si no en homenaje al primer poeta en lengua castellana, Gonzalo de Berceo. Pero, pero... nos podían decir: ¿Y de la escultura, qué se hizo?... ¿Qué pasó en esta cuenca, que todo lo tuvo, para no existir un famoso en trabajos de piedra o madera? Que los hubo, ni dudarlos, pero, ¿quién sabe sus nombres?... ¿Cómo dejar a la posteridad acreditado un apellido?

Vamos a dar conocer uno del que ya nos hemos ocupado al tratar de Santa María la Real, pero, en los últimos respiros del tratado, justo será que le dediquemos este capítulo: **ANDRES DE NAJERA.**

Constantino Garrán nos dejó algo dicho de los hermanos Amutio: Andrés y Nicolás. Ellos, es opinión, que hicieron el maravilloso coro alto de Santa María, del que dijo José

Martí Monsó, en *Estudios Históricos y Artísticos*: “A pesar de la mutilación, aún hay elementos de conjunto y de detalles para estudiar bien este notabilísimo ejemplar de las sillerías góticas. Supera a las de Avila porque no son únicamente formas geométricas ornamentales las que enriquecen su preciosa talla; la figura humana entraba de lleno en los respaldos de las sillas bajas”. Cuando se refiere al rey don García, dice, por boca de Yeyes, el que dejó escrito en su *CRONICA*: “Este rey nació en Nájara, criose en Nájara, tuvo su corte en Nájara y está enterrado en Nájara, y, así, generalmente se le llama el Rey de Nájara. La silla abacial de Santa María de Nájera —dedicada a este rey— atrae desde un principio la atención del espectador; hacia ella convergen las miradas y cuando se ha ido de uno al otro lado del coro examinando los primorosos adornos de que está cuajado, vuélvese la vista hacia la imagen de Don García y nuevamente se admira con deleite”.

Sobre esta joya tallada en madera noble dijo Cean Bermúdez: “La sillería fue ejecutada el año 1495 por los maestros Andrés y Nicolás” y se apoyaba para ello en la documentación que halló en el archivo del Monasterio. Madoz dice, por su parte: “se hizo el año 1493 por los hermanos Amutio, judaizantes vecinos de Cárdenas”.

Hemos llegado a lo esencial: eran dos hermanos nacidos en la cuenca. ¿De Cárdenas?... Bueno es. ¿De Nájera?... Tanto mejor. Lo importante, lo que está reconocido es que eran riojanos. Y, mi opinión es la siguiente, visto tanto juicio y documentación de quienes nos precedieron y nos dieron luz en este caso. Los hermanos Andrés y Nicolás —sin duda alguna los creo judaizantes—, ambos hicieron el coro alto de Nájera, pero, siendo de él su principal ejecutor Andrés. Quizá el hermano Nicolás era menor. De ahí el colocar su retrato en una tabla a la entrada del referido lugar. Una vez terminado

A handwritten signature in dark ink, appearing to read 'Andrés de Nájera', with a large, stylized initial 'A' on the left.

Autógrafo de Andrés de
Nájera (1533)

este coro alto, la fama creció, el nombre de Andrés traspasó más allá de las fronteras riojanas y, por lo que fuera: vanidad, enemistad por el trabajo, temor... se dividen y desde este momento ya no figura Nicolás, sino Andrés. Andrés está en varias provincias, como veremos. Cuando el escultor ha de ir a Burgos, Valladolid, Avila o donde sea, ya es popular el nombre de Andrés el de Nájera y, él, por judaizante, o por enemistad y separación de apellidos en los trabajos de la familia, hasta lo acepta, y así queda documentado como Andrés de Nájera. No extrañe éste cambio de nombre, sabiendo cómo era en aquella época lógico entre estos conversos, a quienes se criticaba e insultaba. Estaba muy reciente la expulsión de los judíos por los Reyes Católicos. Eran años de odio contra ellos.

La fama que le dio Santa María la Real sirvió para que fuese después, año 1528, a Santo Domingo de la Calzada; de éste pasó a la fama. Dice el propio Cean: "las obras de Nájera estarán tal vez en las catedrales de Calahorra y de la Calzada, y en otras iglesias de la Rioja, atribuidas a buenos profesores, como suponemos lo haya él sido, cuando fue nombrado por juez de las de Berruguete".

Aquellos pronósticos fueron una realidad ampliada y mejorada, porque, no sólo hizo los de Santo Domingo, sino también el de San Benito de Valladolid, que fue con el de Nájera su obra cumbre.

De la valía de tan genial artífice sirvan estas frases: "Simples objetos de uso común para satisfacer necesidades ma-

teriales, adquieren por aquellas circunstancias un valor extraordinario, produciendo encanto a la vista como toda manifestación plástica de la belleza y sirviendo de meditación, de enseñanza y de devoción por las imágenes y los asuntos históricos repartidos en lugares de tan suntuoso mobiliario". Si el coro de Santa María la Real se construyó en 1493 (cuando aún resonaba por toda la Península la llegada de Colón a las Indias), el de Valladolid lo fue entre los años 1522 a 1528.

Entre una y otra obra parece que construyó la de Santo Domingo, aún en compañía de su hermano Nicolás: ¿año 1517...? El propio Cean Bermúdez le supone radicado en Santo Domingo y llevando el patronímico Nájera, aunque le cree con apellido San Juan —también por adaptación a lo cristiano, adoptivo—.

Lo que nos da exacta medida de qué escultor fue éste Andrés, lo acredita mejor que nadie la admiración que por él tuvo nada más ni menos que Berrugete, pero de esto ya trataremos más adelante.

En el coro de la Catedral de Sto. Domingo de la Calzada trabajó como iniciador artífice Andrés de Nájera. También figuró como ejecutor Guillén de Holanda y, posterior, Juan de Castro, Francisco de San Gil y Ortega de Córdoba, pero, según datos bien confirmados, ninguno de ellos tomó parte activa en el trabajo por la causa que fuere. Si a características de las obras nos atenemos, las tres son de la misma mano najerillense: Santa María la Real, Santo Domingo de la Calzada y San Benito (en Valladolid), con la diferencia propia de los años que transcurren en las que es lógico alguna innovación, de la mano maestra de Andrés de San Juan, Andrés Amutio o Andrés de Nájera, que con los tres nombres ha pasado a la historia.

Si fue nacido en Cárdenas no hay seguridad, pero sí la hay en sus trabajos citados y en que fue vecino de Santo Do-

mingo de la Calzada, porque en el año 1533, hablando del retablo de San Benito ,se lee:

“el muy reverendo Señor Abad por su parte dixo que nombraba é nombró á maestre Andres de Nájera entallador, vecino de Santo Domingo de la Calzada”.

La gran valía de este escultor, cuya obra perdura con toda vigencia y para enseñanza del curioso en arte, la gran valía decimos, es que ya, en su edad avanzada, era llamado como tasador de otros maestros, que iban a ejecutar obras. Así le vemos tasando la de Felipe Biguerny, que hizo el trasaltar de la Catedral de Burgos: “Tasó la obra de maestre Felipe el maestre de cantería Andrés de San Juan: y se le dieron por sus derechos 7.000 maravedises, como aparece en las cuentas de fábrica del año 1513”. ¿Qué era, en aquel tiempo, maestre de cantería? Lo equivalente a nuestro arquitecto de hoy. Andrés de Nájera hace tasación de aquello que era maestro: “imagería de piedra con hystorias”.

Nuestro escultor najerillense dominaba las dos materias: piedra y madera, aunque, quizá, eligió lo segundo porque para él significaba más plasticidad y mejor objeto en la contemplación.

Para nosotros, aparte de la genialidad de este escultor, cuya fama si no ha sido más elevada ha sido por culpa de no habersele hecho la justicia que merece, y de ello somos todos responsables; para mí, repito, lo que más me acrecienta su valor es el que Berruguete, del que todo ya fue dicho, le tuviera por maestro y le escribiera el día 27 de noviembre de 1532 una carta para que acudiese a ser su juez en la tasación, y advertimos que antes había pensado en Diego de Siloe. Le dice Berruguete que “estaba acabado y asentado todo el retablo, en virtud de lo cual le nombra juez de su parte”. También la comunidad acepta al de Nájera como juez, prefiriéndole a

cualquier otro. Nació pleito de ellos quizá porque la cifra que pedía Berruguete no la aceptaba la comunidad, y tuvieron que reunirse tres jueces, entre ellos, otra vez, el de Nájera, y tasaron la obra en 4.400 ducados, siempre que ponga diversas cosas que faltaban, "sin las cuales quedaba la obra muy falta y muy defectuosa". ¿Quiénes eran estos tres jueces? Diego de Siloe, Andrés de Nájera y Julio de Aquiles. También entró en juego el escultor tan amigo de Andrés, el borgoñón Biguerny, autor de la portada de Santo Tomás, en Haro, y de otras grandes obras, incluso del monumento funerario a Cisneros. Sobre aquel fallo se dejó dicho:

"El fallo sería más o menos justo; quizá el italiano Aquiles, práctico en las obras de pintura y no tanto en las de escultura, tuviera que doblegarse ante la superioridad técnica de Nájera y del Borgoñón".

Con lo manifestado, hemos dejado en parte mejor cantada la vida de este escultor riojano, najerillense, que, en pleno siglo XVI había traído un nuevo estilo para Castilla, género éste que se aplicó en mayor escala a Berruguete, pero que antes ya lo había introducido en Santa María la Real, Andrés y Nicolás Amutio, los vecinos de Cárdenas o de Nájera a quienes es menester hacer un poco más de justicia.

Castillos de la cuenca

Si de tanta faceta importante como tuvo la cuenca omitimos sus castillos, dejaríamos incompleta esta frontera de lo ibero, de lo cántabro, de los árabe y del reino de Navarra, por citar algunas de las épocas en que la cuenca tuvo gran relieve. Ahora vamos a servir, en parte, del trabajo que hizo Cesáreo Goicoechea al ocuparse de los castillos riojanos.

ALESANCO

Dice Madoz: "Hacia el S.O. de la población y a distancia de unas trescientas varas, se encuentra el cementerio cons-



Casa típica en Pedroso

truido poco ha sobre ruinas, según se dice, de un castillo feudal, por indicarlo así porción de cimientos muy sólidos cuya excavación ofrece pedazos de grandes cadenas que demuestran haber existido allí posiciones del castillo.

AZOFRA

“De la existencia de una fortaleza en este lugar hay varios indicios documentales. En el más antiguo, del año 1046, figura un gobernador de aquella, Jimeno Garceiz, como firmante de una donación del rey D. García de Navarra, al monasterio de Santa Coloma. Otra escritura del año 1081 nos habla de un Pedro Ioannes “dominante Nagela sive Azofra”.

CASTROVIEJO

Ya hemos dado amplia referencia del citado castillo en tiempo del Conde Fernán González, y se supone que hubo otro anterior a esta época en un cerro metido en el monte, al que llaman: El Castillo.

El Fuero de Alesón, dado en 1123, cita a Fortún López como señor de Castroviejo. Hacia 1481, Diego Arista y Zúñiga se llamaba señor de Cuevas y Castroviejo.

CENICERO

“La primitiva fortaleza de Cenicero fue una de las que se apoderó Alfonso I en la expedición por la Rioja musulmana (año 755). Fue una plaza fuerte situada más hacia al Este a que llegó en su campaña. “Cenisarium” la llamó el Cronicón Albeldense. Posteriormente a esta época volvió a levantarse un nuevo castillo. La fecha de su erección hay que colocarla en el año 1375 o poco después, por cuanto en una carta de compromiso hecha en ese año, entre la villa de Nájera y los que habían de ir a poblar el lugar de Cenicero se advierte que “convenía que se volviesen allí vecinos y se oviesen cercas y fortalezas para oponerse a los navarros que allí facían mal y daño”.

HORMILLA

“Cerca del pueblo se veía un edificio cercado de paredes muy gruesas con cinco cubos, llamado La Torre, que era fortaleza y palacio del señor García de Ligoarriz, que dominaba en Hormilla en el año 1074”.

NAJERA

De Nájera ya ha quedado todo dicho y no tuvo un Castillo, sino tres, que por algo fue ciudad fortaleza desde los primeros pobladores. Su poderío mayor está en plena época medieval, donde se elevan en sus picos más altos castillos almenados que le dan toda la grandiosidad y guarda que merecían aquellos grandes señores que dentro de ella moraban y regían los destinos de una gran parcela española.

Jovellanos se dolió al ver los tristes muñones de la que fuera antaño aguerrida fortaleza, y aún supo decir cómo embellecían el horizonte.

PAZUENGOS

También de Pazuengos hemos dado nuestra reseña cuando en la juventud de Rodrigo Díaz el de Vivar supo conquistar, en fiero duelo contra Jimeno Garcés de Navarra, el título de Cid Campeador, que tanto le engrandeció para mayor orgullo de nuestras armas y de nuestra historia.

SAN MILLAN DE LA COGOLLA

Con anterioridad a la fundación del monasterio y pueblo de San Millán existió una fortaleza romana en el monte que todavía conserva la denominación de “Castillo”. De aquí sacó el Rvdo. Padre Minguella una inscripción que luego bajó al pueblo de San Andrés y fue estudiada por el Padre Fita. Su texto parece probar la existencia de un castillo o lugar fortificado, donde hubo una guarnición a uno de cuyos soldados muertos en combate se debe la lápida votiva”. Este castillo estaba más dentro de la jurisdicción de Villaverde que de San



Casa-Palacio - Pedroso

Millán, según hemos estudiado el terreno y lo recuerdan los de esa última población.

TOBIA

“El castillo de este pueblo, cabeza un tiempo de importante señorío, se nombra en la escritura de donación hecha por el rey D. Alfonso VII de la iglesia de Santa Coloma y otras al monasterio de Santa María la Real de Nájera en el año 1137: “Eclesia Sancti Petri de Vilanova de Castello de Tobía cum sua hereditate”.

Ya sabemos que el castillo de Tobía está mencionado en la Crónica Najerense, como lugar de prisión del Conde Fernán González, apresado por el rey de Navarra, D. García, en el año 960, a raíz de la sorpresa o trampa contra él sobre terreno de Cirueña. Pero esto ya lo hemos dejado más aclarado en el capítulo destinado al Poema del Conde Fernán González. En el testamento de D. Alfonso El Batallador, el cas-

tillo de Tobía fue otorgado al monasterio de San Millán. El P. Fita —no sabemos si estuvo por estas latitudes, creemos que no y así incurre en errores geográficos dice—: “Entre el Tobía y el Cárdenas, que riega el valle de San Millán, se alza un ramal de la sierra que desciende de las Cogollas, dominando todo el valle un vetusto y fuerte castillo, el cual a los pies de la peña, donde estriba, ve apiñarse por el occidente las poblaciones de San Andrés, Estollo, San Millán, y por el oriente las de Villaverde y Tobía”. Enorme error, pues no puede verse Tobía sino desde un avión. Según esa referencia y la tradición existente, ese castillo podía haber estado en el oeste de Villaverde, en la roca que ellos llaman “de los moros”, pero tampoco hay posibilidad de ello, porque se confunde el castillo con unas cuevas existentes en la roca.

“Tal vez, el medieval que poseyeron los señores de Tobía fuese sucesor de esta antigua fortaleza”. Yo entiendo que eran dos enclavados en muy distinta posición, ya que nada tiene que ver el castillo de Tobía, cuyos arranques de piedra toba aún pueden verse tras del pueblo, junto a la peña que llaman Peña Castillo, y que cerraba el paso hacia la Demanda por este lado, con el que cita el P. Fita, dando vistas al río Cárdenas.

TORREMONTALVO

“Posiblemente, en el emplazamiento que hoy ocupa la Torre-fuerte o castillo de este lugar, o cerca de ella, existió algún castillete o torreón romano, defendiendo el paso del Najerilla”.

Esto ya lo hemos dejado también aclarado cuando hemos citado la defensa de los cántabros en este río y cómo existieron tres puentes para cruzar esta frontera. El paso del Najerilla por Torremontalvo conducía la vía romana que llegaba a Briones desde Varea, previo paso por Cenicero. La

torre del actual castillo de Torremontalvo es una de las pocas medievales que se conservan en tan buenas condiciones dentro de nuestra Rioja. Incluso está habitada por la familia a que siempre perteneció y hacen de ella lugar de visita y de admiración: los condes de Hervías, familiares del otro señorío de Mahave, únicos jalones de una gloriosa época pasada. El estilo de esta fortaleza es el gótico con bonitas almenas y remates en los ángulos.

VENTROSA

“Si en tiempos remotos Ventrosa fue (con otro nombre) una gran ciudad celtíbera (en cuyo predio hemos hallado fragmentos de cerámica que lo acreditan) no cabe duda que tuvo sus bien defendidas y fortificadas murallas medievales, llegando hasta esa época la antigua importancia que tuvo durante el imperio romano.

“Hasta no hace muchos años se conservaban las ruinas del viejo castillo que defendía la villa. Estaba situado sobre una enorme roca que se eleva a bastante altura en el mismo centro de la población” (Madoz).

Muchos más castillos tenía que haber y, entre otros, aventuraríamos que tuvo que tenerlos Canales, Anguiano, Pedroso, Camprovín, pero, no tenemos referencia de ellos, sólo nos limitamos a citar aquellos de los que hay relación escrita y pueden verse restos de sus fortalezas que en el medievo, vinieron a defender del enemigo las riberas siempre codiciadas del río Najerilla.

MAHAVE

Según nos ha dicho personalmente el barón, don Federico Vélez de Medrano, el nombre auténtico debe escribirse así: MAABE. Culpa de esta extraña adaptación a Obras Públicas cuando él era niño.

En la actual residencia del señorío de Mahave parece

que se elevó un castillo con su iglesia adjunta. Según documentos de la casa, fue edificada la fortaleza con la citada iglesia aneja, por el Abad Dolquito, todo ello antes de la dominación árabe.

El lugar es admirable porque domina el río Najerilla al estar asentado, gallardamente, sobre una roca. El barón conserva una moneda romana y algún objeto artístico de origen celtíbero.

La actual iglesia, parte de ella restaurada, tiene la virtud de conservar el ambiente medieval, engrandeciendo la residencia. Dentro de la propiedad, a semejanza de los grandes castillos y propiedades feudales, está la ermita-panteón, a la que han tenido el buen gusto de darle un aspecto exterior de minicastillo.

Allí descansan algunos de los antepasados de esta rama, con tanta trayectoria y méritos para la Rioja e incluso para España: Los Montenegro, los Estúñiga, los Vélez y los Lope o López. El inicio del panteón arranca del siglo XIII. Tiene este panteón estatua yacente en alabastro. Se trata del que fue gobernador del castillo de Nájera siendo Emperador Carlos I. Este gobernador es aquel que cita don Esteban Manrique de Lara, diciendo que “su gobernador del castillo ha considerado que era mejor abandonar el Alcázar y defenderse en el Castillo de La Mota, por ser lugar mejor fortificado”.

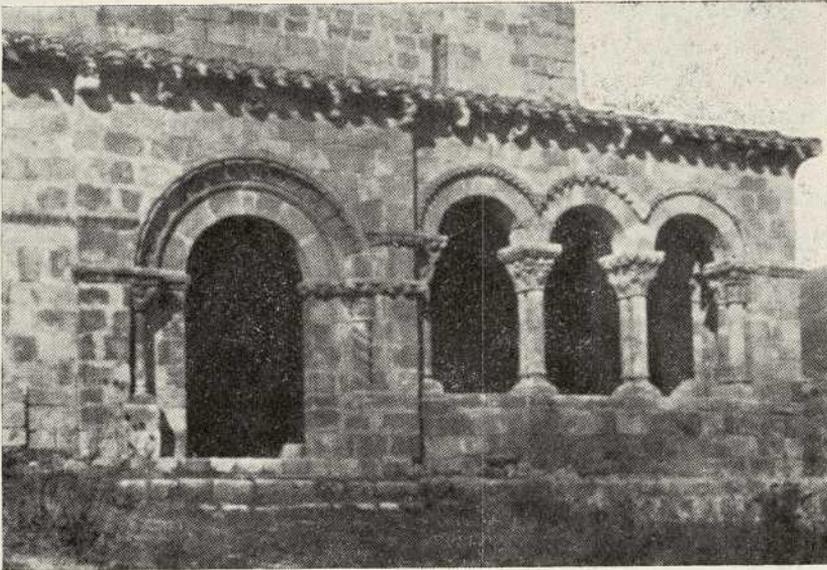
El barón de Mahave nos indica que en el panteón de la derecha descansará él cuando muera. Esta residencia es un pequeño símil del gran mausoleo que tienen los Alba en las proximidades de Madrid.

Nota curiosa sobre los hechos acaecidos en esta residencia ha sido saber lo que deliciosamente nos ha contado el barón, al decir que, próximo a la pared de la ermita, salieron hace varios años —al hacer cimientos— los botones de uni-

formes franceses. ¿Qué eran?... ¿De qué gente se trataba?... Esto, que es anécdota curiosa y valiosa información para nuestra tierra, le pondremos un título:

EL CURA GUERRILLERO DE MAABE

Este cura o beneficiado de Maabe —según noticia fideligna del barón—, junto con otros vecinos de la zona, que ya estaban “complotados”, valga la palabreja, sabiendo que pasaba una patrulla de franceses, mataron a cinco de ellos, que fueron enterrados en la plazoleta de este señorío. Al enterrarlos, salieron huidos formando cuadrilla y se fueron hacia el monte cerrado, ni más ni menos que lo hecho por el cura Merino. Temerosos de la justicia napoleónica, merodean por los pueblos de Bobadilla, Matute, Villaverde, Tobía y Anguiano, tratando de tener siempre la montaña como bastión. Pero... un alcalde, para mejor información, el de Matute, los denuncia a Santo Domingo, donde había sólida guarnición de tropa extranjera. Acude la fuerza que obedecía a Napoleón y los persigue por la sierra adentro, llegando los guerrilleros najerillenses hasta Valvanera, donde buscan refugio. Esto ya lo hemos citado al hacer referencia al Monasterio riojano. Lo que no sabíamos era de qué gente estaba compuesta aquella guerrilla, y hoy ya lo sabemos. El cura guerrillero buscó asilo, ¡torpe idea!, en el santuario que él tanto conocía y donde ahora entendemos tenía buena amistad, era lógico. Las tropas incendian Valvanera, bajan a Maabe y hacen lo mismo con la iglesia del beneficiado. Debemos dejar aclarado y, para siempre, que no eran ladrones ni criminales comunes. Eran patriotas españoles que, guiados del mejor instinto, buscaron refugio en una casa santa donde nada les valió amistad ni fe. Este es un dato curioso que bien ha merecido la pena saberlo porque hemos tenido un cura riojano del porte y valentía de Merino, aunque, este pobre hombre, no tuvo la fortuna de don Jerónimo y, así, Mahave no cuenta en este as-



Una joya del románico en la cuenca - Canales

pecto con la fama de Villoviado (Burgos) y tampoco nuestro humilde pastor pudo llegar a general, pero, lo hecho, hecho, y ello no es poco mérito para nuestra cuenca, donde hubo de todo, como si fuera una nación completa.

Lo románico en la cuenca

CANALES:

Si hemos de comenzar por el inicio del río, que es donde tenemos la mejor obra del románico, nada mejor que detenernos en Canales, ya que allí se yergue la preciosa ermita románica de San Cristóbal.

Esta ermita tiene la gracia en su galería, la que, según nos dice Gaya Nuño, “no es la mejor ni peor galería porticada del siglo XII”.

Toda galería es un añadido a la iglesia o ermita, pero también se ha tratado siempre de que la galería, por ser suplemento de adorno, no sea de inferior calidad a lo que le precede. Mejor vamos a seguir a Gaya, cuya fama de ser justo y sabio en sus críticas no admiten la más mínima duda.

“Y se trata de un claustro embrionario, con la misma traza de arquerías, capiteles y apoyos que serían menester si en vez de no contar sino con un ala cubierta desarrollase las cuatro en un auténtico y verdadero claustro. Lo normal en estos falsos y elementales claustros era que se abrieran en número impar de huecos, el del centro la entrada, generalmente a eje con la iglesia. Estos huecos son casi siempre siete —y siete parece que eran los de la ermita de San Cristóbal antes de que los de la izquierda fueran destruidos—. Parece ser que el siete ha sido, desde tiempo inmemorial, cifra de grandes acontecimientos, traída por las religiones, qué duda cabe. En este caso parece ser reflejo el número de las

siete ciudades bíblicas de Efeso, Esmirna, Pergamo, Thiatyra, Sardes, Filadelfia y Laodicea. Siete son los brazos —decimos nosotros— del candelabro judío. Siete los días de la semana. Siete los astros protectores. Siete las maravillas del mundo, etc., etc., etc.

Se supone que en esas galerías porticadas se reunían los que bien pudieran ser jueces o los hombres buenos para deliberar; algo así como el Tribunal de Riegos de Valencia, o, como en Guernica con el “Arbola”.

En cuanto se refiere a la ermita najerillense con su galería a la parte meridional y acceso a la nave mayor, como dice Gaya, se ha derrochado un caudal de imaginación para darle belleza a los hermosos capiteles”. ¿Quién fue tan digno maestro que supo adornar tan ingenuamente y tan hondas escenas de vida y tránsito post-mortem?... El ejemplar más parecido a la ermita de Canales es la iglesia de Sotosalbos (Segovia).

Dato curioso en este ejemplar románico es que las columnas de la puerta difiere una de otra. Que la de la derecha entrando es estriada y la de la izquierda lisa, y que también cambian en cada lado el dibujo de las impostas como también distintos lo son sus arcos del exterior.

Según Gaya, “se trataba, a no dudar, de un escultor considerable”. “Un escultor que hallaba pequeña y reducida la galería porticada por un prurito de hacer gala de todo su largo repertorio ornamental”.

Los personajes que allí se pueden admirar, como en todo el románico, son un ejemplo en sus largas vestiduras, en sus bien cuidados pliegues rectos y en sus líneas simétricas.

Interesante es la pila bautismal, también de la misma época. Quizá en toda la cuenca sean las pilas bautismales el mejor elemento que ha quedado de este arte, esto en cuanto

a la diversidad de pueblos y sin compararlas —claro está— con los sepulcros.

La iglesia de San Cristóbal, hoy llamada ermita, fue citada por Alfonso VIII en el año 1170. Entra, pues, como todo este arte de la cuenca, dentro del siglo XII, que fue cuando se derramó lo románico bajando desde Canales o subiendo desde Nájera, río arriba. También pudo entrar de tierras sorianas, tan ricas en lo románico.

Esta ermita de Canales tiene, como muy bien dice Gaya, una modalidad arquitectónica eminentemente rural, cuya fluidez de traza y cuya pequeña complicación de una planta extremadamente sencilla cooperan mejor a hacer del arte románico algo muy vivo, muy vigente y muy ligado al paisaje de Castilla, tierra que conserva más cumplidos ejemplares”.

Canales, con su joya románica y sus casonas, donde predomina la heráldica, bien vale un viaje para contemplar una villa en pleno espinazo demandino, lugar elegido por los iberos y romanos para tener poderío sobre un río que está lleno de historia y de arte, y cuya posesión fue —desde su inicio habitable— de gran valor estratégico para los destinos del norte y noroeste español. Si lo románico es la principal manifestación plástica del medievo, al contemplar esta ermita rural llena de humildad y de arte primitivo, nos emocionaremos ante una joya que merece el máximo cuidado.

MANSILLA

En Mansilla tenemos a San Pedro y a Santa Catalina, ambas del período románico. En la de San Pedro aún quedan restos: Nave y portada. En la segunda sólo un tramo de nave. Tiene capiteles de buena talla y un ábside recogido y gracioso, con ventana bien dispuesta en su arquivolta. Reja románica también con inspirados dibujos. Como todo lo de la cuenca hemos de clasificarla dentro del siglo XII.

VILLAVELAYO

Este pueblo fue en su primer origen —debido a su proximidad— dependiente de Canales. La iglesia, del siglo XI y XII, como la de Canales, ofrece una variación extraña por las restauraciones, que llegan hasta el siglo XV. A esta iglesia le ocurre exactamente como a la de Ledesma, en la que se dan cita varios estilos y, como aquélla, a más de los canecillos, tiene gran valor la pila bautismal completamente decorada.

BRIEVA

También en este pueblo tenemos una bonita pila bautismal, quizá del siglo XII. Pie decorado con cenefa y cuadrifolios. En la boca, toscas labores de retículos y róleos, completando la decoración con cruces y otros elementos, todos ellos destacados en relieve.

LEDESMA

Lo más curioso de esta ermita o iglesia románica reside en el ábside semicircular. Está construido con grandes piedras sillares. Tiene dos columnas adosadas y canecillos de muy escasa factura, en los que destacan las bocas rientes.

Tiene una nave. Delante de la principal portada han adosado un cobertizo y le han colocado unos versos a cada lado con muy mal gusto.

La portada es sencilla y pobre de arte “arte rural”. Tiene columnas con capiteles muy primitivos dedicados a unas aves muy originales. Arquivoltas lisas. Lo mejor de la ermita es la pila bautismal, curioso ejemplar lleno de filigrana. Posee esta ermita un pequeño lienzo —a falta de buena restauración—, que los del pueblo —alguien se lo habrá dicho— dicen pertenecer a Goya. ¡Ojalá!

MATUTE

En el que fue viejo cementerio hubo en el siglo XII un

monasterio románico dedicado a Santa María de Certún. Las ruinas que aún quedan vale la pena conservarlas, porque en ellas se aprecia un hermoso y rústico ábside que delata la antigüedad del recinto. Sobre la puerta de entrada, en una piedra, leemos FERRANDUS ME FECIT EN MCCVII. (1207).

Ese ábside trabajado en toba y esa puerta son preciosos recuerdos de una época en que toda la cuenca tuvo un gran momento de esplendor nacional. El Ayuntamiento —dine-ro tiene— podía hacer de esas ruinas una pequeña plazoleta iluminando el ábside.

La puerta de entrada a la Iglesia parroquial de San Román, también es románica, quizá trasladada de otro lugar. Es pobre de factura y carece de filigrana, posiblemente sea la más sencilla de la cuenca, pero atrae la atención del visitante, como ocurre con todo el románico.

En Matute abunda el apellido Ruy Díaz e incluso tienen su escudo. También lo tienen los Armas Montes en una casa de piedra sillar. Hermosa es la casa-fortaleza donde nació Esteban de Villegas, más tarde, por su voluntad —como dejó bien claro en El Cisne del Najerilla—, denominado: Don Esteban Manuel de Villegas.

NAJERA

De Nájera hemos dicho cuanto merecía decirse, pero, por hacer referencia a lo románico, citemos: La tapa del panteón de Doña Blanca, joya del románico en toda España. Y, en la capilla de la Veracruz, el sepulcro de doña Mencía López de Haro, fundadora de esta capilla, que es donde más recuerdos quedan de esos siglos. Así vemos a don Diego López de Salcedo, con estatua yacente, y el sepulcro de Carcilaso de la Vega. En la galería paralela a la iglesia, junto a la puerta, tenemos el magnífico mausoleo dedicado a don Diego López de Haro, muerto en 1214. Este sarcófago con estatua ya-

cente es una excelente obra románica por sus varios motivos con ocasión del entierro del prócer castellano: "dolor en gestos de religiosos, damas y caballeros que llevan elegantes ropas y curiosos tocados en la cabeza. Del siglo XII es también el panteón de doña Toda Pérez de Azagra, fallecida en 1216, segunda esposa del fundador de Bilbao y cuya muerte sólo se hizo esperar dos años del famoso guerrero. Tiene hermosas escenas del entierro de la dama y una tapa a dos vertientes con leyenda.

CAÑAS

En el pueblo que dio fama a Domingo y éste más al lugar nativo, nos vamos a detener un poco porque bien lo vale cuanto allí tiene encerrado desde hace varios siglos.

Si, de cuatro lugares claves con respecto a cuanto significa religión, ha de ocuparse todo investigador en la cuenca najerillense, como son: Valvanera, San Millán (con Suso y Yuso), Santa María la Real y, por último, el Monasterio de Cañas, denominados por orden descendente del río, he ahí que, aquí, en el último, ha de salir tan complacido o más que en los anteriores, aunque sean más débiles las informaciones que de él se han dado. De los anteriores ya hemos dado suficientes detalles, y, ahora, le toca al de Cañas, donde vino al mundo, bajo su cielo riojano, aquel niño que fue famoso varón castellano.

El monasterio de Cañas es fundación que arranca de los señores de Haro o de Vizcaya. Lo fundó el año 1236 la hija del que fue Alférez del Rey, don Alfonso VIII. Alférez del Rey era una altísima distinción, como hemos dejado aclarado cuando, Rodrigo Díaz de Vivar, defiende la honra de su rey en Pazuengos. El Cid, era Alférez de su monarca. En este caso también lo es don Lope Díaz de Haro.

La hija del que fue gran guerrero, y, en aquel tiempo,

algo que a nosotros nos agrada algo más: trovador, y —como dice muy bien Menéndez Pidal— “trovador se llamaba al que hacía canciones burlescas de maldecir”, he ahí que —como hemos dicho antes— a más de Berceo también tenemos otro poeta medieval, pero, éste, al “estilo guerrero”, ¿qué duda cabe?, de hacer poemas que eran burla y de maldición, lo que no deja de ser complemento bélico...

Don Lope Díaz nació en 1124 y se fue de este mundo el año 1170. Vivió, pues, poco, como era promedio en aquellos tiempos: cuarenta y seis años.

Don Lope se casó con doña Aldonza Ruiz de Castro, descendiente de una de las ramas de más alcurnia en Castilla: los Castro. Su padre fue Alcalde de Toledo, y, era sobrina del Duque de Gutierre, Fernández de Castro. De ese matrimonio, del que tuvo varios hijos —también tuvo otros con la mujer anterior a doña Aldonza (o Alfonsa)— de ese matrimonio segundo tuvo una niña a la que bautizaron con el nombre de Urraca.

Hay dos versiones sobre la fundación del monasterio. Una, que fueron los fundadores don Lope y doña Aldonza, mejor aún, para concretar más: doña Aldonza siendo viuda (1174). Otra: que fue doña Urraca la fundadora. Si bien miramos hay cierta similitud entre una y otra versión, ya que, ambas, vivían y doña Aldonza llevó a Urraca al nuevo monasterio siendo esta segunda una niña muy pequeña. Así, pues, vamos a partir de la base, que fue doña Aldonza su fundadora y que ésta vivió dentro del monasterio, siendo viuda, treinta y cuatro años. Don Lope falleció el 6 de mayo de 1170 y doña Aldonza murió en 1205.

Otra duda nace, y esto no debe extrañar cuando se trata de siete siglos de espacio y con no muy buena información, que, unos titulan a doña Urraca como segunda abadesa y otros la colocan en el cuarto lugar.

Doña Urraca murió el año 1262. Cincuenta y siete años después de su madre y, como ella, de edad muy avanzada: pasados los noventa años.

La Orden Cisterciense titula a Doña Urraca de Beata, cuya celebración es el día 7 de junio, y lo hace con estas palabras: "In territorio Hispaniae Calagurritaniensi, Beatae Urracae abbatissae de Cannas et Fundatricis, cujus exemplo et admonitionibus plurimae Virgines adductae sunt in templum Regi Sponso suo".

Según testimonio del tiempo, esta mujer era un dechado de virtudes y sufrimientos, los que llevó con paciencia, cuidando y amparando a sus monjas, incluso cuando tuvieron que abandonar Cañas por causa de guerra entre navarros y castellanos. El monasterio era motivo de enfrentamientos entre las dos "naciones" peninsulares.

Urraca era practicante del Rosario, creado pocos años antes por Domingo de Guzmán, a quien conoció ella de niña porque el santo tenía gran amistad con doña Aldonza.

Las abadesas anteriores fueron, según documentación de la época, las siguientes: Anderguina, Toda y Armenaza. Parece ser que fue en septiembre del 1225 cuando fue proclamada IV Abadesa aquella que era condesa y llevaba sangre real en sus venas: doña Urraca López de Haro.

Ella edificó la mayor parte de la iglesia que vemos en este tiempo, dejándola sin terminar como se aprecia en los muros exteriores. También edificó ese alarde de arquitectura que es la Sala Capitular con sus magníficas portadas, mezcla de románico y gótico, porque eran tiempos de transición, como lo demuestra el propio mausoleo donde reposa la Abadesa.

Lástima que no pudo terminar la obra —quizá por falta

de recursos económicos—, pues nos hubiera legado una joya gótica de valor incalculable.

Ya hemos dicho que murió de muy alta edad: noventa y dos años. Su cuerpo se asegura que yace incorrupto dentro del magnífico sepulcro que mandó construir ella en un principio y que está asentado en el centro de la Sala Capitular. De esa modificación, palabra más acertada, da fe don Felícito Sáenz y Andrés, párroco que dice en su libro así: La presencia de tan venerada momia de doña Urraca, vista con todo detenimiento por el autor de estas líneas, permite aún apreciar a través de sus bien conservados rasgos fisonómicos, que hubo de morir ya de muy avanzada edad, y no menos de los años referidos”.

Lo más destacable del Monasterio de Cañas, aparte de algunas piezas románicas que están expuestas en la Sala-Museo, quizá sea sin duda alguna el panteón de la Abadesa Fundadora doña Urraca. Como en todo lo románico y en sus derivaciones hacia lo gótico, como aquí se ve claro, hay un alarde de gestos y variedad de figuras que son dignas de estudio. En esta obra quizá esté más señalado que en otras de la época. Es meritorio el conjunto de figuras que allí plasmó el escultor: Obispos, abades, clérigos, monjes, religiosos, damas y gente común, todos con los más señalados rasgos de dolor por la pérdida de su abadesa-fundadora. Esto mismo está en la tapa del sepulcro de doña Blanca en Nájera, y más meritorio, porque ella es auténtica joya románica, pero aquí, en Cañas, lo tenemos más destacado por su buena conservación y por su mayor tamaño. ¡Qué decir sobre ropas y tocados de las damas, o sobre las tonsuras de los frailes!

Todo el panteón es de una sola piedra —lo que representa caja— y otra lo es su tapa, en la que está la figura de la abadesa. Todo él está labrado por los cuatro costados, con-

dición difícil de hallar, sólo comparable al de San Millán —otra joya románica de nuestra cuenca—. El tamaño de este panteón es gigantesco: Dos cuarenta de largo, por cincuenta centímetros de alto y setenta y ocho de ancho. Dentro de esas medidas esta perfectamente representado el entierro de la Beata, que es llevada procesionalmente y rezando el Rosario, del que era —ya lo hemos dicho— practicante la hija de don Lope Díaz. Sobre la tapa está la abadesa vistiendo ropas de religiosa y hasta cogulla y toca rizada. Parece rezar el Rosario que tiene entre sus manos, rosario que le cuelga sobre su pecho. En la otra mano tiene, bien agarrado, el signo abacial. A los lados de la abadesa, ángeles sentados y tres monjitas sentadas a sus pies con las manos juntas, oprimiéndose el rostro con marcado dolor, mientras rezan por el eterno descanso de su Madre, la sufrida y querida Abadesa.

Importante es también en esa Sala Capitular la arquitectura. No escapa al visitante ese alarde de suspensión que tienen cuatro cúpulas, a las que sólo da asiento un sencillo y ágil pilar central. La capilla y sus nervaduras denotan claramente lo gótico.

Hermosa es la iglesia y saldrá mejorada ahora que se está rebajando el suelo y salen en las paredes adornos que uno no sabe por qué razón se cubrieron en un tiempo, subiendo medio metro más el suelo, quizá para evitar humedad. Vale la pena visitar Cañas. Desde que se llega a la plazoleta del Monasterio se ven los escudos, en quienes predomina el distintivo de Domingo. Es un pueblo que lleva al santo y del que no se puede desprender pase el tiempo que pase.

CANILLAS DE RIO TUERTO

Muy próximo a Cañas está Caniñas, donde existió su iglesia románica y de la cual sólo queda, como en tantas otras, lo más cuidado: la pila bautismal. Pila de poca altura ésta,

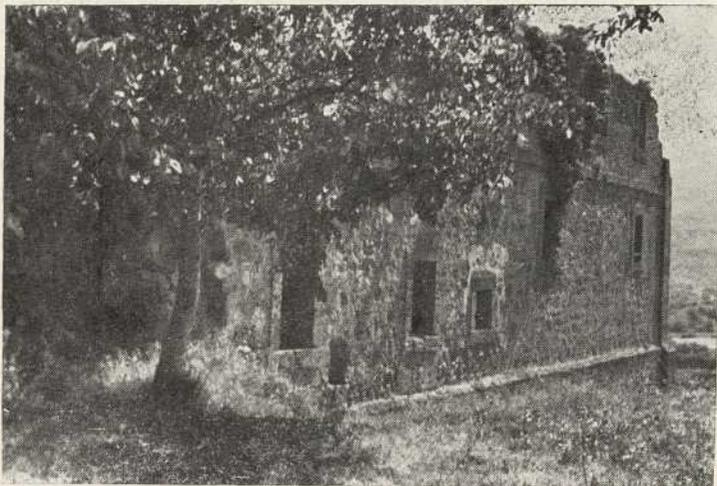
pero de arcos en crucería y una parte alta con roleo, flores y demás filigrana, todo ello con cierta similitud a la de Ledesma y Villavelayo.

SAN MILLAN DE LA COGOLLA (SUSO)

Ya hemos hecho referencia al sepulcro románico del santo, que es una auténtica joya nacional, y ¿qué decir de los marfiles? Fue dicho todo ello, pero aquí lo mencionamos por entrar dentro de lo románico.

LA GRANJA (DE VILLANUEVA)

Si hay unas ruinas admirables en la cuenca najerillense, éstas son las que merecen más respeto. Su título Villanueva corresponde a un pueblo que hubo en sus proximidades y que ha desaparecido. ¡Lástima que no sea fácil su acceso para contemplar esos muros gigantescos adornados con yedra! El tamaño del edificio es monumental. Estaba dividido en dos cuerpos de unos 25 metros cada uno con pasillo central. A su lado pasaba la calzada romana que venía del puente de Boba-



La granja palacio para holgar del Rey Don García

dilla. Es digno de visitar y de admirar aquellos lienzos de pared como poderoso castillo medieval.

Tenía La Granja en sus lados centrales unos arcos netamente románicos y, de lo más rural que pueda pedirse. Piedra berroqueña, dura para trabajarla y preciosa a la vista por su almendrado.

La planta se componía de dos pisos y sótano con aspilleras, quizá para defenderse del invasor que, en época de fundación tanto abundaba por estas zonas najerillenses, ya sabemos el continuo desasosiego de navarros y castellanos por invadir la cuenca del Najerilla.

Todo el edificio e incluso la huerta, con más de mil metros lineales, estaba cercada por una alta muralla como si constituyese un estado aparte. Dice la historia:

“El rey don Alfonso VIII favoreció al monasterio de Valvanera al que parece ser pidió ayuda su Abad don Domingo de Castellón en 1181, recabando al paso de éste por Nájera, la confirmación de la Granja de Villanueva en forma tal que no se pudiesen repetir los graves disgustos que con motivo de su posesión se venían experimentando de los pueblos vecinos al santuario de Valvanera. Para mejor captarse la benevolencia del ilustre monarca de las Navas de Tolosa, le entregó 500 áureos con destino al dote de su hija y para la guerra contra los moros”.

Los disgustos con los pueblos vecinos, entre ellos Matute, eran porque La Granja les dejó sin tierras en toda la vertiente al palacio. ¿Quién hizo tal donación a los frailes de Valvanera? El rey don García. Ese rey que tenía en esta cuenca su territorio y aquí elevó y prestigió cuanto de bueno legó a la posteridad mediante edificios románicos y valiosos castillos que cuidaban sus fronteras. El rey García es sin duda alguna el monarca de la cuenca najerillense. Nadie sino

él supo querer y defender estas márgenes del Najerilla; por eso venía a su Granja para distraerse tras de batallar, para holgar, que éstas eran sus huelgas.

La Granja está situada a cuatro kilómetros de Anguiano. A diecinueve del Monasterio de Valvanera, donde la Rioja tiene su Patrona, Virgen de renombre internacional. La Granja dista de Matute unos cinco kilómetros.

Dentro de este gigantesco edificio estaba el palacio de verano del rey don García. Allí su hermosa capilla; allí sus grandes salones y su poderosa fortaleza con más de dos metros de espesor y con unos lienzos de pared imposibles de escalear. Desde allí una extraordinaria panorámica hacia mediodía. Allí fue, siendo viuda, la reina, para llorar a solas —que es como mejor se pulsa el dolor y se amasa el cariño y los recuerdos reales del ser querido—. Allí pasó doña Estefanía horas amargas contemplando el Najerilla, que se desliza plácido a los pies de la finca. Allí sus fieles servidores que le traían truchas y caza de sus territorios. ¿Qué fue de toda aquella grandeza?

Los vacíos están rotos. Muñones de gruesas paredes claman por tiempos mejores. ¡Qué hermosa está La Granja en su desnudez y en su soledad! ¡Qué bien crecen las matas y la yedra entre paredes que parecen dejar oír el paso de grandes guerreros; místicos varones y fieles servidores que pasaban días y días complaciendo a una rama real con gran amor a esa tierra fronteriza! Aquí, otra vez, vienen al investigador los versos de Jorge Manrique, versos que están flotando por los espacios, añorando tiempos mejores... Aquí yace, muda en el silencio, "La Granja", que eran "las huelgas" del rey don García, ¡Y qué poco se sabe de esto, Señor, en tierra tan hermosa.

VENTROSA

También Ventrosa acredita con su hermoso capitel ro-

mánico expuesto en su bien cuidada iglesia el honor de haber tenido una edificación románica, posiblemente en el solar del actual edificio que, como un castillo, domina esta graciosa y cuidada villa, digna de mejor ventura. Quien visite Ventrosa agradecerá la idea de tal desplazamiento. Pocos pueblos como éste para gozar de paz y delicado remanso dentro de unas bellezas naturales que son hermoso eslabón para esta cuenca tan meritoria y variopinta.

¿Qué falta en la cuenca? Lo vamos a decir y con ello hacemos beneficio a la tierra riojana: mejorar las vías de acceso actuales. Hacer más propaganda de tantas bellezas y, en la grandiosa monumentalidad de Peñalba, y la Peña de Tobía, junto con el Monte del Reloj, hacer una reserva provincial de aves de rapiña y de animales autóctonos de esta sierra. El lugar es privilegiado y el tiempo que vivimos lo exige. Esto sería —sin duda alguna— la mejor manera de apoyar este valioso jalón de tierras riojanas.

EPILOGO

Creo que ha quedado cumplidamente terminada esta "biografía" sobre la cuenca najerillense. Como se ha visto, hemos partido de la prehistoria para llegar, paso a paso, hasta el siglo XIX.

Durante su desenvolvimiento histórico, si hemos resaltado las tribus iniciales, también lo hemos hecho con las invasiones llamadas —en el común de la historia— iberos y, posteriormente, celtas, romanos, godos, árabes y franceses.

Nada hemos dejado de señalar sin salirnos apenas de la cuenca. Cuando la hemos abandonado ha sido para volver a ella y seguir sus caminos y sus quehaceres. Así han desfilado —entre otros aconteceres— desde las primeras escrituras en vascuence y en el castellano naciente: Glosas emilianenses, hasta los versos de Berceo, para terminar en el hijo de Matute: Esteban Manuel de Villegas. Del primer monje hispano, el nacido en Cañas, hasta el mejor ministro de las monarquías, que vio la luz en Alesanco, aunque se le cite también como nacido en Hervías.

Del arte tomamos como punto de partida el neolítico, para llegar al ibero, visigótico, románico y, superficialmente, hemos tocado lo gótico sin detenernos en lo barroco, de cuya escuela hay magníficos ejemplares por toda la cuenca.

De los 51 pueblos que componen —para nosotros— la cuenca, y Nájera su ciudad, hemos destacado cuanto de importante en ella ha existido, pero, como queda algo más que decir, aunque sea sucintamente, daremos algunos pequeños datos que completen esta información, que la creemos interesante para el saber nacional. Empecemos diciendo que la cuenca, como toda la Rioja, tiene un cielo espléndido de



Puente para la calzada romana (Anguiano)

claro, de azul, de transparente. Maravillosos paisajes de los que dijo Jovellanos: "Este es un bellissimo país: a la izquierda, vega y huerta; a la derecha, alto secano y de viña". Poco después seguía diciendo —advertimos que ese día y noche estaba en Somalo, donde parece que fue muy feliz—: "En torno, altos y ojosos negrillos y mucha frondosidad; era el crepúsculo de la tarde; el cielo claro y sereno; la luna nueva brillaba dulcemente en lo alto; el canto de los ruiseñores, el ruido de agua, la sombra de los árboles...

¡Oh, Naturaleza! ¡Oh, deliciosa vida rústica! Y que haya locos que prefieren otros espectáculos a éstos, cuya sublime magnificencia está preparada por la sabia y generosa ma-

no de la Naturaleza! Dejo de mala gana Somalo, que es una mansión muy deliciosa". Esto decía Jovellanos hace más de un siglo. ¿Qué no diría ahora, viendo cómo están las ciudades, tan imposibles de aguantar, por tantas gentes, tantos autos... tantos gases... y tanta inmoralidad en todos los aspectos?...

La cuenca del Najerilla, a semejanza de un gran país, tiene de todo cuanto pueda pedirse con respecto a clima. Desde las huertas exuberantes de verduras y ricos frutos en Cenicero, hasta la uva en campos de Uruñuela, Alesanco, Huércanos, Alesón y Manjarrés. O las riquísimas nueces serranas. Las frescas riberas del río que nos ha ocupado este ensayo tienen, en sus márgenes hasta Anguiano —pueblo que, bueno será decirlo, cuenta con las calles más estrechas de España—, decimos que tienen cuanto se pueda apetecer en calidad con respecto a hortalizas y frutas.

Los valles del Cárdenas y el Río Tuerto, hacen de la cuenca rica tierra paniega. También es pródiga en patatas y en interminables bancales de cereal.

Si de montaña nos ocupamos, desde Pazuengos a Brieva —toda la vertiente al Najerilla— es una selva de robles y un filón gigantesco de hayedos, cuya riqueza es incalculable, sin faltar los hermosos lienzos de pinares que le traen nueva vida al nuevo tiempo.

Tiene riqueza piscícola, y también, bajo las montañas entrañas, ricos minerales que esperan la mano explotadora o denunciadora de sus virtudes, quizá algunas ignoradas. Por cuanto llevamos dicho vemos que esta franja, hasta hoy casi, casi en situación anónima a plano nacional, tiene, desde huerta feraz en la que siempre parece primavera —por algo la llaman los vascos: "Andalucía del Norte"—, hasta las casi nieves eternas sobre las crestas demandinas que pasan los 2.300 metros tomando el nivel del mar. Sobre fauna hablando,

sabido es que abunda el corzo, el jabalí, el zorro e incluso el garduño y abundante ardilla. El cazador tiene donde entretenerse, bien sea con aves fijas de la zona y con las pasajeras, de las que cobra grandes cantidades. En invierno cuenta con la emoción de la caza mayor.

De Nájera ciudad de la cuenca; cabecera de comarca; ex-corte y principal baluarte de independencia, daremos algunos datos complementarios que hemos dejado para el final, ex-profeso, y que ellos sirvan de broche a este humilde ensayo regional.

“En el año 1846 tenía Nájera 528 casas. Componían la ciudad diecinueve calles. El “cronista” dejó dicho que eran sucias, lóbregas y medianamente empedradas. Dos plazas: La de la Constitución una y la otra la del Mercado. En la segunda hay unos soportales de 124 pies por nueve de ancho. Tiene Nájera cuatro plazas o plazuelas: Santa Cruz, Santa María, San Miguel y El Carmen.

Cárcel sólida, capaz y bien ventilada, con entrada por la misma plaza. Este local sirvió de botica y habitación a los monjes de Santa María. En 1839 fue cedida por el Gobierno a la ciudad para aquel destino.

Tenía en 1846 dos escuelas. Tres hospitales, el más antiguo fundado por el emperador don Alfonso VII, denominada La Abadía.

En el barrio de San Fernando fundó en 1600 doña Aldonza Manrique de Lara una “iglesia de orden toscano”. En el mismo barrio hay otra iglesia dedicada por don Miguel de Ulloa, vecino de esta corte, a María Santísima, en la advocación de la Madre de Dios”. “Existe una ermita con el título de Cristo del Humilladero, con su capellán, y en la cual se encuentra el cementerio.

Nájera, como corte, como ciudad rectora, ha tenido importantes figuras en todos los terrenos. Para demostrarlo vamos a dar unos nombres, con los cuales hacemos buenas estas palabras.

ESCRITORES:

Diego Ortúñez de Calahorra.

Francisco de Ariz.

Juan Alonso de Butrón.

Juan de Salazar.

José de Nájera.

José Giménez Samaniego.

Luis de Ariz.

Pedro González de Salcedo.

Francisco Manrique de Lara.

Sancho Londoño (General de Felipe II, famoso en las guerras de Flandes. Escribió un libro titulado "Arte militar").

Gayangos.

Carlos Abriz.

Sancho de Calahorra.

TEOLOGOS:

Fr. Juan Giménez.

Fr. Diego Salazar.

JURISCONSULTOS:

Dr. Juan Martínez de Salazar.

Dr. San Pedro.

Dr. Francisco María Rodezno.

Dr. Salinas.

Dr. Pedro González Salcedo.

Y otros etc., etc., etc., en diversas ramas que no queremos citar por no hacer extensa y monótona esta relación. ¿No fue trovador y de gran fama don Lope Díaz de Haro? ¿No hubo poetas árabes nacidos en esta ciudad?

Nájera tenía en 1846 poco más de dos mil almas. ¡Pensar que dos milenios antes de Cristo pudo tener más de cinco mil habitantes que vivían en sus cuevas! Dos mil almas, “de comunión”, dice el cronista y es curiosa la denominación. Además contaba con dos conventos: uno de franciscanos y el otro de clarisas (los dos existen). Tres parroquias: San Jaime, San Miguel y Santa María con su anexo Santa Cruz, de la jurisdicción del abad de Santa María. Hay tres fábricas de aguardiente. Varias cordelerías y dos tenerías para suela”.

El “cronista”, el gran escritor —diremos ya— de quien copiamos los datos es nada más ni menos que Jovellanos, quien refiriéndose al Monasterio acaba diciendo: “La aversión de estas gentes al Monasterio es indígena e inveterada, más de una vez se manifestó en asonadas y alborotos”.

Si a citar nombres importantes de la cuenca nos dedicamos llenaríamos varios pliegos. Baste ver la heráldica en todos los pueblos de ella, y así podemos asegurar que no faltó gremio ni rama del saber donde no destacara un najerillense. Lo pregona Baños de Río Tobía, Anguiano, Manjarrés, Badarán, Alesanco, Tricio, Pedroso, Huércanos, Canales, la ahogada Mansilla, etc., etc., etc.

En lo que respecta al momento actual, último tercio del siglo XX, basta subir al cerro La Mota, donde se pisan muros y pasadizos del famoso castillo medieval, para ver un espectáculo encantador. La panorámica no ha cambiado de aquella que dio Jovellanos, pero Nájera ya no es la sucia y lóbrega del siglo XIX. Una ciudad blanca y limpia en edificios y en fábricas se va extendiendo por las márgenes del río bus-

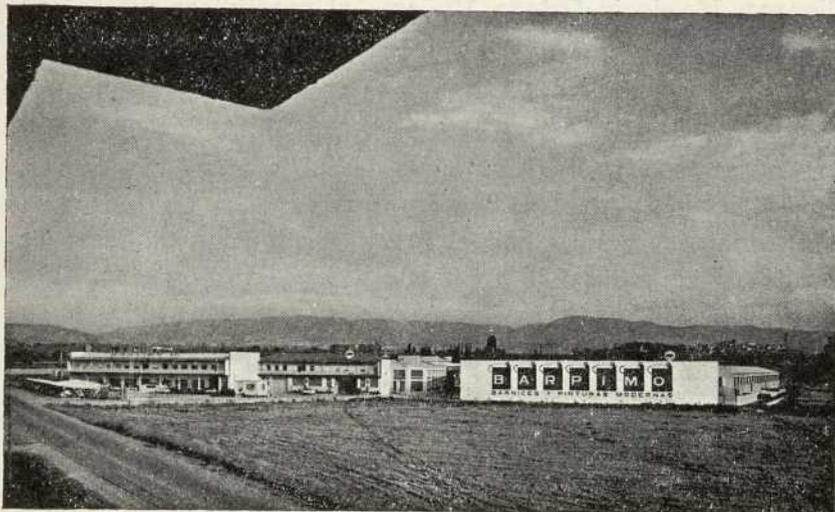


Nájera - Primeras decenas del siglo XX

cando Alesón y Huércanos, a donde llegará, qué duda cabe, antes de finar el siglo. Nájera, la antigua corte —aún tiene prestancia de ello—, es una de las poblaciones que más ha progresado y que más porvenir tiene dentro de los límites provinciales.

Aunque un poco fuera de tema de lo que llevamos tratado, vamos a dar un pequeño detalle de lo que es hoy Nájera. Cuenta con un Instituto al que bajan a diario jóvenes desde los pueblos más diversos, para beber allí el agua del saber dictada por sus profesores. Tiene varios cines y un horter que lleva el nombre de aquel rey castellano que fue coronado muy cerca de los actuales muros de esa edificación. Nájera tiene piscina a nivel de ciudad capitalina. Los domingos y días festivos, es la vieja Corte, lugar de cita para miles de jóvenes que llegan desde los más apartados lugares para

dar alegría a cafés, bares, salas de fiesta y cines. Nájera es población preferida por los vascos para en ella veranear. Esta ciudad tiene cuanto ellos desean: aire puro sin contaminaciones. Pesca y frescura dentro de la población; buenas frutas y la simpatía del najerino, que no es pequeña cosa para vivir con ilusión. Nájera tiene, actualmente, una industria del mueble con renombre nacional. Otras empresas han crecido a raíz de estos fabricados, en cuyas naves trabajan decenas de trabajadores de ambos sexos.



Si a esto de la ciudad rectora de la comarca añadimos lo que significa Baños con su industria de embutidos, de reconocido prestigio dentro y fuera de nuestras fronteras, y San Millán y Valvanera, que son grandes promesas para el turismo, veremos que la cuenca tiene vida propia y puesto destacado para un futuro próximo.

Hablando de paisaje, podemos citar algunos que son una

verdadera delicia para la mirada. Suba el viajero a la carretera que va de Villaverde —antigua Colia— a Estollo, y deténgase en alguna de sus alturas para ver toda la grandiosidad del Valle de San Millán, salpicado de pueblos, a tiro de piedra uno de otro. Vaya el curioso, que aún no conoce ni su tierra, a ver el arranque de la sierra, que nace al pie del monumental paisaje del río Tobía.

Vea esta monumentalidad a dos kilómetros de Matute. Desde allí mismo vuelva la vista al Este y verá la falda del Serradero con unas tonalidades grises dignas de estar en lienzos. Me decía Ortega Muñoz —el prestigioso pintor extremeño— que la Rioja es una auténtica maravilla para el pintor.

Asómese el viajero al Alto de San Antón y verá la mitad de toda esta cuenca, en su parte de cultivos: viñedos, cereales y hortalizas. La panorámica desde San Antón, tanto de día como de noche, es un espectáculo del que muchos riojanos no se han dado cuenta por la prisa que llevan en sus viajes. Lleguese a los desfiladeros de Anguiano —que es otra de las puertas que tiene la cuenca para entrar en La Demanda. La otra está en Lugar del Río. Decimos que siga desde Anguiano hasta Canales, bordeando el pantano de Mansilla, y entenderá que tiene a la vista algo que no le parecerá ni de su tierra riojana. ¡Si estos paisajes estuviesen en otra provincia, en otra nación! Hay quien viene contando maravillas de lo conocido en otras latitudes, y bien sabido tenemos que no conoce su región.

Pero, hay más: admire sin prisa Ventrosa y las Viniegras. Y, para terminar, si quiere ver una estampa única, donde se mezcla la ironía, el dramatismo y, ¿por qué no?... hasta el eserpento valleinclanesco, acérquese durante el estío junto a la ermita románica de Mansilla y, si el pantano está débil de agua, verá surgir como algo fantasmal, una villa que no se

resigna a morir debajo de las aguas, contenidas para ahogarla... y, sin embargo, nunca lo consigue, porque todos los veranos asoma su torre y sus tejados saludando a la naciente cuenca.

Toda esta zona najerillense podemos asegurar que es una auténtica maravilla por donde quiera que se la mire. Una cuenca que es como una pequeña nación —de, aproximadamente, 2.000 kilómetros cuadrados—, en la que nada falta para hacerla variopinta y del mayor interés para el investigador.

Esta manera de ser y de actuar dentro de sus límites, ha repercutido en no pocas facetas del país y, así, España es deudora de agradecimiento a una cuenca totalmente olvidada, por desconocida, dentro de lo nacional.

Si por ser transcendente debe ocupar un lugar elevado en nuestra dinámica, partiendo de la época visigótica, no sólo hemos de limitar su valor a lo nacional, sino a lo europeo e internacional, todo ello, claro está, sin perder la recia personalidad navarro-castellana, o, por mejor decir, ¡riojana!, de la que hemos dado amplias y definitivas muestras en este compendio donde va resumido todo el devenir de la cuenca najerillense, una de las preciadas ramas de este hermoso roble llamado ESPAÑA.

He ahí unos datos que faltaban a este libro y a una cuenca a la que hemos llamado desconocida siendo famosa. Era una obligación hacer esta radiografía antes de que el materialismo reinante acabe pulverizando estos hitos que aún hemos tenido la dicha de contemplar y que están ahí, a la vista de todos. Jalones históricos, como hemos dicho al principio, de los que pasados uno o dos siglos —si alguien los puede contar—, ya no quedará sino el recuerdo de lo escrito. ¡Ojalá que nuestra simiente no haya caído en cizaña y pueda servir de algo para el futuro!

Al cabo de dos años de estar terminado este libro, corroborando lo que habíamos dicho anteriormente sobre la gran extensión que abarca el Tritium romano, se han descubierto unas sepulturas en el término Las Portaladas, noroeste del actual cementerio de Nájera y a más de mil metros del que fue centro de ciudad, junto al templo de Júpiter. De ellas tenemos huesos y ladrillos romanos.

BIBLIOGRAFIA

Para dar más crédito a cuanto aquí se ha escrito, hemos tomado en cuenta a los escritores que, de forma directa o indirecta, nos han facilitado datos mediante publicaciones hechas en su día.

Así, hemos de citar a los siguientes:

Constantino Garrán: "Santa María la Real", "San Millán de la Cogolla y sus dos insignes Monasterios".

Cesáreo Goicoechea: "Castillos de la Rioja".

J. M. Ruiz Galarreta: "Santa María la Real". Guía Artística Ilustrada.

P. Mauro Muñoz: "Valvanera" (Manual Histórico del Monasterio).

Varios autores: "Santos de la Rioja".

Ramón Menéndez Pidal: "El idioma español en sus primeros tiempos", "Poesía juglaresca y juglares", "Poesía árabe y poesía europea".

Antonio García Bellido: "La España del siglo I antes de nuestra era", "España y los españoles hace dos mil años".

Adolfo Schulten: "Los cántabros y astures y su guerra contra Roma".

José Pijoan: "Summa Artis".

F. Sáenz y Andrés: "La Beata Doña Urraca López de Haro y su sepulcro".

Alfredo Opisso: "Historia de España y de las Repúblicas Latino-Americanas".

Pascual Madoz: "Diccionario Geográfico, Histórico y Estadístico de España".

Rafael Lapesa: "Historia de la Lengua Española".

Pedro Aguado Bleye: "Manual de Historia de España".

Juan Antonio Gaya Nuño: "Teoría del románico".

Fray Justo Pérez de Urbel: "Fernán González".

Franck H. T. Rhodes, H. S. Zim y P. R. Shaffer: "Fósiles".

Alonso Zamora, Vicente: "Poema de Fernán González".

INDICE

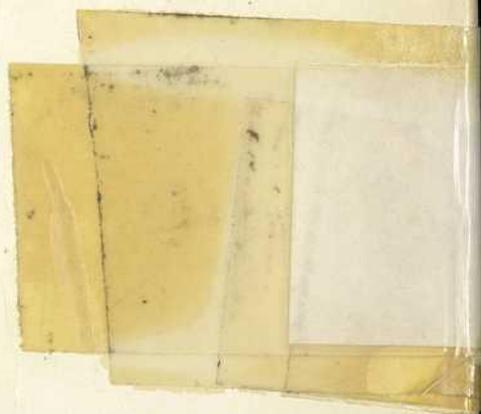
Capítulos

Páginas

Prólogo	7
I Un poco de Geología	10
II Y... apareció el hombre	19
III Inició del clan humano	25
IV La cuenca va siendo poblada	43
V Cerámica neolítica	65
VI La guerra cántabro-astur	72
VII Razones para tomar el Najerilla como frontera	84
VIII Terra sigillata	114
IX Ha llegado la Cruz	117
X Carácter	119
XI Un poco de Lexicografía sobre la cuenca	124
XII Los visigodos en el Najerilla (Suso, joya visigótica)	128
XIII San Millán	140
XIV Monasterio de Yuso	148
XV Las arcas románicas	153
XVI El Cid se nombra Campeador en la cuen- ca del Najerilla	159
XVII Gonzalo de Berceo	164
XVIII Nájera, Corte	172
XIX Los Fueros de Nájera	177
XX Ruta de la Tierra Santa Española	184

XXI El Conde Fernán González en la cuenca ...	198
XXII Santa María la Real	210
XXIII Batalla de Nájera	229
XXIV El Castillo de Nájera y los comuneros ...	238
XXV Valvanera	250
XXVI Esteban Manuel de Villegas	263
XXVII El Marqués de la Ensenada	277
XXVIII Arte y gloria de un escultor najerillense	281
XXIX Castillos en la cuenca	287
XXX Lo románico	296
Epílogo	310

Se acabó de
imprimir esta obra
el día 14 de febrero de
1975 festividad de San Valentín
en los talleres gráficos
de Editorial Ochoa
de Logroño



ANTONIO
CILLERO
IÑECIA

**LA CUENCA DESCOINCIDA
EL MAJELLA**

**R
37**

EDITORIAL
OCHOA
LOGROÑO